Nación, ESTADO y economía

«Contiene el gérmen de muchos acontecimientos posteriores».
—Friedrich Hayek

Ludwig von Mises



Ludwig von Mises

Nación, Estado y economía

I. *Nación y nacionalidad*

1. *La nación como comunidad lingüística*

Los conceptos de nación y nacionalidad, tal como hoy los entendemos, son relativamente recientes. Ciertamente, el término «nación» es muy antiguo: deriva del latín y no tardó en pasar a todas las lenguas modernas; pero estaba ligado a un significado distinto. Sólo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII va adquiriendo poco a poco el significado que hoy le damos y sólo en el siglo XIX este uso del término se generaliza.[1] Y a medida que, junto con el concepto, se desarrolla su significado político, la nacionalidad se convierte en el centro del pensamiento. El término y el concepto de nación pertenecen por entero al universo ideal moderno del individualismo político y filosófico; sólo con la democracia moderna adquieren una importancia práctica.

Para conocer realmente la esencia de la nacionalidad, no podemos partir de la nación misma, sino del individuo. Es decir, debemos preguntarnos qué es lo que en el individuo constituye el elemento nacional y qué es lo que decide su pertenencia a una determinada nación.

Y entonces reconocemos inmediatamente que este elemento no puede ser ni el lugar en que el individuo habita ni el Estado a que pertenece. No todos los que residen

en Alemania o que poseen la ciudadanía alemana son por ello alemanes; por otra parte, existen alemanes que no residen en Alemania y que no poseen la ciudadanía alemana. La común residencia y el vínculo común con el Estado tienen un papel propio en el desarrollo de la nacionalidad, pero no constituyen su esencia. Lo mismo puede decirse de la descendencia común. La concepción genealógica de la nacionalidad no es más utilizable de lo que puedan serlo la geográfica o la estatalista. Nación y raza no coinciden; no existe una nación de sangre pura.[2] Todos los pueblos han surgido de una mezcla de razas. La estirpe no decide la pertenencia a una nación. No todos los que descienden de antepasados alemanes son por esta sola razón alemanes. De otro modo, ¿cuántos ingleses, americanos, magiares, checos, rusos deberían llamarse alemanes? Y viceversa, hay alemanes entre cuyos antepasados no se encuentra ningún alemán. Por lo general, cuando se reconstruye el árbol genealógico de personas pertenecientes a las clases altas de la población, o de hombres y mujeres célebres, sucede que se encuentran antepasados de otra estirpe con mucha mayor frecuencia de lo que sucede con personas de clase baja y de origen oscuro. Sin embargo, es más raro de lo que se está dispuestos a creer que estos últimos sean de sangre pura.

Algunos escritores se han esforzado honestamente en indagar la importancia de la estirpe y de la raza para la historia y la política; con qué resultado, no es este el lugar para discutirlo. Otros escritores, a su vez, pretenden que se puede atribuir un significado político a la comunidad de razas y hacer una política basada en la raza. Sobre la legitimidad de esta pretensión se pueden tener opiniones

diferentes, y no es tarea nuestra examinarlas. Tampoco es claro si —y hasta qué punto— esta pretensión se satisface actualmente, si —y en qué modo— se hace realmente una política de la raza. Sin embargo, hay algo incuestionable a este respecto: puesto que los conceptos de nación y de raza no coinciden, tampoco pueden coincidir la política nacional y la política racial. También el concepto de raza, en el sentido en que lo emplean quienes hacen de él el centro de su política, es un concepto reciente, y en todo caso notablemente más reciente que el de nación. Dicho concepto fue introducido en la política conscientemente como opuesto al concepto de nación, con el fin de refutar la idea individualista de comunidad nacional a través de la idea colectivista de comunidad racial. Estos intentos no han tenido éxito hasta ahora. El escaso significado que reviste el momento racial en los movimientos culturales y políticos actuales contrasta de manera estridente con la enorme importancia que asumen los valores nacionales. Lapouge, uno de los fundadores de la escuela de sociología antropológica, expresó hace un siglo la opinión de que en el siglo XX serían masacrados millones de hombres a causa de uno o dos grados más o menos de índice encefálico.[3] Efectivamente, eso es lo que ha ocurrido. En todo caso, nadie podrá sostener que en esta guerra las partes en conflicto hayan luchado en nombre de la dolicocefalia o de la braquicefalia. Es cierto que nos encontramos tan sólo a finales del segundo decenio del siglo para el que Lapouge lanzó su profecía, y es posible que en todo caso lleve razón; pero en el terreno de las predicciones proféticas nosotros no podemos seguirle y no queremos discutir cosas que todavía están oscuramente ocultas en el seno

del futuro. En la política actual el momento de la raza no desempeña ningún papel, y esto es lo único que cuenta para nosotros.

El diletantismo que domina ampliamente en los escritos de nuestros teóricos de la raza no puede, desde luego, inducirnos a tomar a la ligera el problema racial en cuanto tal. Seguramente ningún otro problema como este, una vez aclarado, puede contribuir en mayor medida a la profundización de nuestra comprensión histórica. Probablemente el camino que lleva a los conocimientos últimos en el terreno de las alternas peripecias del devenir histórico pasa por la antropología y la doctrina de la raza. Lo que hasta ahora estas ciencias han descubierto es realmente poco y está atestado de numerosos errores, de fantasías y de misticismo. Pero incluso en este terreno hay quien hace genuina ciencia; también aquí hay problemas importantes. Es posible que nunca veamos la solución; pero esto no debe impedirnos seguir buscando y no puede inducirnos a negar la importancia del aspecto racial para la historia.

Negar que la esencia de la nacionalidad consista en la afinidad de raza no significa negar la influencia que la afinidad racial ejerce en toda política y en la política nacional en particular. En la vida actúan múltiples fuerzas distintas, cada una en una dirección diversa; para reconocerlas debemos tratar de separarlas mentalmente en lo posible. Lo cual, sin embargo, no significa que en el momento de considerar una de esas fuerzas hayamos de olvidar totalmente las otras que siguen actuando junto o contra ella.

Sabemos que una de esas fuerzas es la comunidad lingüística; y este es un hecho que no se puede negar. Si ahora decimos que la esencia de la nacionalidad reside en la lengua, esta no es una cuestión puramente terminológica sobre la cual nada hay que discutir. Constatamos por de pronto que en esto coincidimos con el uso lingüístico

general. Es a la lengua ante todo y sólo a la lengua en el sentido originario a la que referimos aquella indicación que luego se convierte en la indicación de la nacionalidad. Hablamos de lengua alemana, y cualquier otra cosa que lleve el atributo de alemán lo recibe de la lengua alemana; cuando hablamos de escritura alemana, de literatura alemana, de hombres y mujeres alemanes, la referencia a la lengua es inmediatamente evidente. Y en tal caso es indiferente que la indicación de la lengua sea más antigua que la del pueblo o que en cambio sea derivada de esta última; desde el momento en que resulta ser indicación de la lengua, es esta la que resulta decisiva para la ulterior evolución del uso de esta expresión. Y cuando finalmente hablamos de ríos alemanes y de ciudades alemanas, de historia alemana y de guerra alemana, no es difícil comprender que, en último análisis, también este modo de expresarse se refiere a la indicación originaria de la lengua en cuanto lengua alemana. El concepto de nación, como hemos dicho, es un concepto político. Si queremos definir su contenido, debemos mirar a la política en la que desempeña un papel. Y entonces veremos que todas las batallas nacionales son batallas lingüísticas, batallas en torno a la lengua. El elemento específicamente «nacional» está en la lengua.

La comunidad de la lengua es ante todo consecuencia de una comunidad étnica o social; pero ella como tal, con

independencia de su origen, se convierte luego a su vez en un nuevo vínculo que provoca determinadas reacciones sociales. Al aprender la lengua, el niño asimila los modos de pensar y de expresar su pensamiento que la lengua le traza, y de este modo recibe de ella una impronta que no podrá borrar nunca de su propia vida. La lengua abre al hombre el camino del intercambio mental con todos aquellos que de ella se sirven; él puede influir sobre ellos como ellos pueden influir sobre él. La comunidad de la lengua une a los hombres, la diferencia de lengua los separa. Si a alguien puede parecerle insuficiente la explicación de la nación como comunidad lingüística, que piense tan sólo en la enorme importancia que la lengua tiene para el pensamiento y para la expresión del pensamiento, para las relaciones sociales y para todas las manifestaciones de la vida.

Si a pesar del conocimiento de estas conexiones hay quien de algún modo se opone a la idea de identificar la esencia de la nación con la comunidad lingüística, ello depende de ciertas dificultades que comporta la determinación de las distintas naciones sobre la base de ese concepto.[5] Naciones y lenguas no son categorías inmutables, sino resultados provisionales de un proceso perennemente fluido; ambas se modifican de día en día, de modo que nos encontramos continuamente en presencia de una riqueza de formas intermedias cuya identificación comporta cierto quebradero de cabeza.

Es alemán quien piensa y habla alemán. Así como existen diversos grados de dominio de la lengua, así también existen diversos grados de ser alemán. Las personas cultas

penetran en el uso y en el espíritu de la lengua de un modo completamente distinto que las personas incultas. La capacidad de formar conceptos y el dominio de la palabra son el criterio de la cultura; justamente la escuela da una importancia fundamental a la adquisición de la capacidad de comprender lo que se dice y se escribe y de expresarse de manera comprensible oralmente y por escrito. Ciudadanos de pleno derecho de la nación alemana son solamente quienes se han apropiado completamente de la lengua alemana. Los incultos son alemanes sólo en la medida en que pueden comprender un discurso alemán. Un campesino de un pueblo perdido que sólo conoce el dialecto local, que no es capaz de entenderse con otros alemanes y no sabe leer la lengua escrita, no forma parte propiamente de la nación alemana.[6] Si todos los demás alemanes desaparecieran y permanecieran tan sólo personas que conocen exclusivamente su propio dialecto, habría que decir que la nación alemana se ha extinguido. Tampoco esos campesinos son neutros desde el punto de vista nacional; pero no pertenecen a la nación alemana, sino más bien a una minúscula nación formada por quienes hablan el mismo dialecto

El individuo pertenece por regla general a *una sola* nación. Sucede, sin embargo, a veces que alguien pertenezca a dos naciones. Esto sucede no cuando habla dos lenguas, sino sólo cuando domina dos lenguas de tal modo que piensa y habla en cada una de ellas, y cuando se ha apropiado plenamente del particular modo de pensar que caracteriza a cada una de las mismas. Personas de esta

clase existen más de lo que se cree. En los territorios con población mixta y en las grandes plazas comerciales internacionales suelen encontrarse entre los comerciantes, los funcionarios, etc. Con frecuencia son personas no muy cultas. Entre los hombres o mujeres de cultura más profunda los bilingües son más raros, porque esa perfección absoluta en el dominio de la lengua que caracteriza a la persona verdaderamente culta se alcanza en una sola lengua. La persona culta puede dominar varios idiomas, y todos mejor que el bilingüe; pero esta persona debe adscribirse a *una sola* nación si piensa en *una sola* lengua y si todo lo que absorbe de las lenguas extranjeras lo filtra a través del pensamiento que se ha formado sobre la estructura y los modos de conceptualizar de la propia lengua. Pero también ente los «millonarios de la cultura»[7] existen los bilingües, hombre y mujeres que han reelaborado en sí enteramente la cultura de ambos ambientes culturales. Se encontraban y se encuentran aún con alguna mayor frecuencia que de ordinario allí donde entran en colisión una lengua antigua y plenamente desarrollada de una civilización antigua y una lengua aún poco desarrollada de un pueblo todavía en fase de ingreso en la civilización. En ese caso es física y psíquicamente más fácil alcanzar el dominio de dos lenguas y de dos ambientes culturales. Así, por ejemplo, en Bohemia entre la generación que precedió inmediatamente a la actual, los bilingües eran mucho más numerosos que hoy. En cierto sentido se pueden contar entre ellos todos aquellos que además de la lengua de cultura dominaban también un dialecto.

Todo individuo pertenece, normalmente, por lo menos a *una* nación. Sólo los niños y los sordomudos no tienen

nación; los primeros adquieren una patria espiritual sólo cuando entran en una comunidad lingüística, los segundos la adquieren a través de la educación de su capacidad de pensar para alcanzar la posibilidad de entenderse con los miembros de una nación. El proceso en cuestión es en todo parecido a aquel a través del cual los adultos que ya pertenecen a una nación pasan a pertenecer a otra.[8]

Se ha intentado trasladar inmediatamente a las naciones el método de investigación de los lingüistas, los cuales encuentran una serie de parentelas entre las lenguas, descubren familias y cepas lingüísticas, y hablan de lenguas hermanas y leguas hijas. Otros a su vez han querido transformar la afinidad etnológica en una afinidad nacional. Pero ambas metodologías son inadmisibles. Si se quiere hablar de afinidad nacional, se puede hacer sólo respecto a la posibilidad de entenderse entre quienes pertenecen a una nación. En este sentido los dialectos son afines entre ellos y a una o más lenguas de cultura. También entre estas últimas —por ejemplo, entre varias lenguas eslavas— existe esa afinidad, cuyo significado se agota en facilitar el paso de una nacionalidad a otra.

Por el contrario, es políticamente del todo irrelevante que la afinidad gramatical entre las lenguas facilite su

aprendizaje. De semejante circunstancia no surge un acercamiento cultural o político ni sobre ella se pueden edificar construcciones políticas. El concepto de afinidad etimológica no deriva de la esfera ideal del individualismo político-nacional sino del ideal del colectivismo político-racional, y se ha formado en consciente antítesis con la moderna idea liberal de la autonomía. Panlatinismo, paneslavismo y pangermanismo son ideas quiméricas que se han llevado siempre la peor parte cuando han chocado con las aspiraciones nacionales de los distintos pueblos. Muy en boga durante los ritos de hermanamiento entre pueblos que persiguen momentáneamente fines políticos paralelos, fracasan apenas elevan el nivel de sus ambiciones. Son ideas que nunca tuvieron fuerza suficiente para formar un Estado. Y de hecho no existe un solo Estado que se haya basado en ellas.

A la larga aversión hacia la concepción que considera la lengua como la característica distintiva de la nación contribuyó también de manera decisiva la circunstancia de que nunca se ha conseguido armonizar esta teoría con la realidad, la cual —se afirma— nos muestra casos en que una *única* nación habla varias lenguas y otros casos en cambio en que varias naciones se sirven de *una* lengua. La afirmación de que es posible que los miembros de una *única* nación pertenezcan a varias naciones es sufragada por el ejemplo de la situación de la nación «checoslovaca» y «eslavo-meridional». Checos y eslovacos entraron en la última guerra como una nación unitaria. Las aspiraciones particularistas de pequeños grupos eslovacos por lo menos no tienen un eco externo y no han sido capaces de obtener resultado político alguno. Ahora se prevé la formación de un Estado checoslovaco al que pertenecerán todos los checos y los eslovacos. Pero no por esto checos y eslovacos forma aún una *única* nación. Los dialectos con que se

ha formado la lengua eslovaca son extraordinariamente afines a los dialectos de la lengua checa, y para un campesino eslovaco que hable solamente su propio dialecto no es difícil entenderse con los checos, especialmente con los de Moravia, cuando hablan entre ellos. Si los eslovacos, antes aún de formar una propia lengua de cultura autónoma —lo cual tuvo lugar entre finales del siglo XVIII y principios del XIX— hubieran establecido relaciones políticas más estrechas con los checos, sin duda se habría llegado tan escasamente a la formación de una lengua de cultura eslovaca como, en Suabia, a la formación de una lengua de cultura autónoma suaba. Al intento de crear en Eslovaquia una lengua autónoma contribuyeron de manera decisiva ciertas circunstancias políticas. Pero esta lengua de cultura eslava, elaborada enteramente según el modelo de la lengua checa afín a la misma bajo todos los aspectos, no consiguió desarrollarse, también por circunstancias políticas. Excluida de la enseñanza, de las oficinas y de los tribunales bajo el dominio magiar, fue tirando a duras penas en los almanaques populares y en los panfletos de la oposición. Fue de nuevo el escaso desarrollo de la lengua eslovaca el que hizo que volvieran a ganar terreno los repetidos intentos, iniciados precisamente en Eslovaquia, para adoptar la lengua de cultura checa. Hoy en Checoslovaquia se enfrentan dos tendencias: una que aspira a extirpar de la lengua eslovaca toda traza de lengua checa y a desarrollar una lengua propia pura y autónoma; y otra que desea adherirse a la lengua checa. Si ganara esta última, los eslovacos se harían checos y el Estado checoslovaco se convertiría en un Estado nacional puramente checo. Si en cambio ganara la primera tendencia, el Estado checo se vería obligado —para no aparecer como opresor— a conceder autonomía y probablemente, al final, también la plena independencia a Eslovaquia. No existe una nación

checoslovaca compuesta por ciudadanos que hablan checo y ciudadanos que hablan eslovaco. La lucha a la que asistimos es una lucha por la posibilidad de existencia de una particular nación eslava. El resultado dependerá de circunstancias políticas, sociales y culturales. Desde el punto de vista estrictamente lingüístico, ambos desarrollos son posibles.

No es distinto el caso de las relaciones entre los eslovenos y la nación yugoslava. También la lengua eslovena, desde su nacimiento, se halla en conflicto entre la autonomía y el acercamiento o completa fusión con el croata. El movimiento ilírico quería introducir también la lengua eslovena en el paquete de las reivindicaciones unitarias. Si el esloveno fuera capaz de conservar su autonomía en el futuro, el Estado esloveno no podría dejar de asegurar la autonomía de los eslovenos.

Los eslavos meridionales ofrecen también uno de los ejemplos más citados de dos naciones que hablan la misma lengua. Croatas y serbios se sirven de una misma lengua. La diversidad nacional entre ellos, se afirma, sería exclusivamente de carácter religioso, por lo que nos hallaríamos ante un caso que la teoría que determina el carácter distintivo de una nación en la lengua no estaría en condiciones de explicar. El pueblo serbo-croata es presa de los más agudos contrastes religiosos. Una parte de la población sigue a la Iglesia ortodoxa, otra a la Iglesia católica y otra aún, no ciertamente irrelevante, está formada aún por musulmanes. Estos contrastes religiosos son resultado de antiguas rivalidades políticas que en parte se remontan a épocas cuyas condiciones políticas fueron hace mucho tiempo superadas. Los dialectos de todas estas poblaciones desgarradas por conflictos religiosos y políticos son en cambio extraordinariamente afines. Y lo eran hasta tal punto que los intentos realizados desde varias partes por crear una

lengua de cultura llevaron indefectiblemente al mismo resultado: de todos los esfuerzos resultó siempre y solamente la misma lengua de cultura. Vuk Stefanovic Karadzic quería crear una lengua serbia, Ljudevit Gaj una lengua eslava meridional unitaria; pan-serbismo e ilirismo se contraponían duramente. Pero como disponían de un material dialectal, el resultado de su trabajo fue también idéntico. Las diferencias entre las lenguas que han creado son tan escasas que estas han acabado fundiéndose en una sola lengua. Si los serbios no usaran exclusivamente los caracteres cirílicos y los croatas los latinos, no existiría externamente ningún elemento caracterizador para atribuir un escrito a una u otra nacionalidad. La diversidad de los signos gráficos no puede a la larga dividir a una nación unitaria. También los alemanes emplean escrituras distintas sin que esto haya tenido nunca un significado nacional. Los desarrollos políticos de los últimos años antes y durante la guerra han demostrado que la diversidad confesional entre croatas y serbios, sobre la cual la política austriaca del archiduque Francisco Fernando y su entorno construyó tantos castillos en el aire, desde hace mucho tiempo no tiene ya aquella importancia que tuvo en otro tiempo. No parece que haya ninguna duda sobre el hecho de que también en la vida política de los serbios y de los croatas el momento nacional de la lengua común rechazará todas las influencias paralizantes y que la diversidad religiosa en la nación serbo-croata no tendrá un papel más importante que el que tiene en el pueblo alemán.

Otros dos ejemplos que suelen traerse a colación para demostrar que comunidad lingüística y nación no coinciden son el anglosajón y el danés-noruego. La lengua inglesa, se dice, la usan dos naciones, los ingleses y los americanos, lo cual demuestra ya que es inadmisible buscar la connotación nacional únicamente en la lengua. En realidad los ingleses y los americanos son una nación unitaria.

La tendencia a verlos como dos naciones depende de la costumbre de interpretar el principio de nacionalidad en el sentido de que implicaría necesariamente la reivindicación de todas las partes de la nación en una unidad estatal. En la segunda sección de este capítulo demostraremos que este concepto es erróneo y que por lo tanto no hay que buscar en modo alguno el criterio de la nación en la aspiración a formar un Estado unitario. Que ingleses y americanos pertenezcan a Estados distintos; que la política de estos dos Estados siempre haya sido concorde; y que sus contrastes hayan desembocado a veces incluso en guerra: nada de esto demuestra de por sí que ingleses y americanos no sean *una* nación. Nadie ha podido jamás dudar de que Inglaterra esté ligada a sus *dominions* y a los Estados Unidos por un vínculo nacional, que en tiempos de graves crisis políticas mostrará toda su fuerza solidaria. La guerra mundial ha demostrado que entre los distintos componentes de la nación anglosajona sólo pueden surgir contrastes cuando la colectividad no está amenazada por otras naciones.

Más difícil parece, a primera vista, conciliar el problema de los irlandeses con la teoría lingüística de la nación. Los irlandeses formaban en otro tiempo una nación autónoma que usaba una particular lengua céltica. Todavía a principios del siglo XIX el ochenta por ciento de la población hablaba céltico y más del cincuenta por ciento no entendía una palabra de inglés. Desde entonces la lengua irlandesa ha perdido mucho terreno. Sólo poco más de 600.000 personas siguen usándola, y es raro encontrar aún en Irlanda gente que no entienda el inglés. Es cierto que aún hoy en Irlanda se hacen intentos para revitalizar la lengua irlandesa y generalizar su uso. Pero es un hecho que muchos de los partidarios del movimiento político irlandés son, desde el punto de vista nacional, ingleses. El conflicto entre ingleses e irlandeses es de naturaleza social, religiosa, no

exclusivamente nacional, y así puede suceder que se adhieran al movimiento en gran número también aquellos habitantes de Irlanda que desde el punto de vista nacional no son irlandeses. Si los irlandeses consiguieran la autonomía, no se excluye que gran parte de la población inglesa de Irlanda se asimile a la nación irlandesa.

Tampoco el tan citado ejemplo danés-noruego puede invalidar la tesis que considera que el elemento nacional reside en la lengua. Durante la secular unión política entre Noruega y Dinamarca la antigua lengua de cultura noruega había sido totalmente barrida por la lengua de cultura danesa, manteniéndose a duras penas en los numerosos dialectos de la población rural. Tras la separación de Noruega de Dinamarca (1814) florecieron las aspiraciones a crear una lengua nacional propia. Pero los intentos de quienes se esforzaron en crear una nueva lengua de cultura noruega basándola en la antigua fracasaron definitivamente. En cambio tuvieron éxito quienes trataron simplemente de enriquecerla introduciendo expresiones tomadas del léxico de los dialectos noruegos, manteniendo por lo demás la lengua danesa. En esta lengua se escriben las obras de los grandes poetas noruegos Ibsen y Björson.[9] Y daneses y noruegos todavía hoy forman una nación unitaria aun perteneciendo políticamente a dos Estados.

2. *Dialecto y lengua de cultura*

En los tiempos primitivos toda migración origina una separación no sólo espacial sino también cultural de los clanes y de las tribus. No existen aún relaciones de intercambio

económico; no existe un mercado que pueda actuar en contra de la diferenciación y la aparición de nuevas costumbres. El idioma de cada tribu se aleja cada vez más del hablado por los antepasados cuando las tribus aún convivían. La diferenciación de los idiomas avanzaba de manera imparable. Las generaciones sucesivas ya no se entendían.

La necesidad de una unificación lingüística surge entonces de dos lados. Los comienzos del comercio hacen realmente necesaria la comprensión entre miembros de tribus diferentes. Y esta exigencia se satisface cuando algunos mediadores del mercado adquieren los conocimientos necesarios de la lengua. Para los tiempos primitivos, en los que el intercambio entre regiones lejanas tenía tan sólo una importancia relativamente escasa, se podían hacer por esta vía de uso más general solamente algunas expresiones y vocablos. Mayor importancia en orden a la unificación de los diversos idiomas debían tener las transformaciones políticas producidas por conquistadores que crearon Estados y sistemas políticos de todo tipo. Los jefes políticos de territorios distantes establecieron relaciones personales más estrechas; la llamada a las armas reunía a miembros de todas las clases sociales de numerosas tribus. En parte independientemente de la organización política y militar, y en parte en estrecha vinculación con ella, nacen instituciones religiosas que pasan de una tribu a otra. A los intentos de unidad política y religiosa acompañan al mismo tiempo los intentos de unificación lingüística. El idioma hablado por la estirpe del señor o por la casta sacerdotal no tarda en hacerse preponderante sobre los idiomas hablados por los súbditos y los laicos, y de los distintos dialectos de los miembros del Estado y del clero surge un dialecto mixto unitario.

La adopción de la escritura se convierte en el puntal más sólido de la unificación lingüística. Las doctrinas religiosas,

los cantos, las disposiciones jurídicas y los documentos fijados por escrito confieren la hegemonía al idioma en que se expresan. Se pone así un freno a la ulterior fragmentación de la lengua; existe un ideal lingüístico al que poder referirse como modelo a perseguir y alcanzar. El halo de misterio que envuelve las letras del alfabeto en los tiempos primitivos y que todavía no ha desaparecido enteramente —por lo menos respecto a las impresas— aumenta el prestigio del dialecto en que está redactado. Del caos de los dialectos surge la lengua oficial, la lengua del señor y de las leyes, de los sacerdotes y de los cantores, la lengua escrita. Y mientras se convierte en la lengua de las clases altas y cultas, la legua del Estado y de la cultura,[10] presentándose al fin como la única lengua correcta y noble, los idiomas de los que procede se van devaluando poco a poco, en cuanto se les considera una lengua literaria corrupta y como lenguaje de la gente común.

La formación de lenguas unitarias está siempre influida desde el principio por el concurso de acontecimientos políticos y culturales. El elemento primigenio en el idioma popular lo da el hecho de que toma su fuerza de la vida de quien lo habla. Al contrario, la lengua de cultura y oficial es producto de los estudios y de las cancillerías. Por supuesto, también ella, en última instancia, deriva de la lengua hablada por el hombre común y de las creaciones de poetas y escritores de talento. Pero en todo caso se emplea con una dosis más o menos alta de pedantería y de artificialidad.

El niño aprende el idioma de la madre. En cambio, la lengua oficial se la enseñan en la escuela.

En la disputa que ahora surge entre la lengua de cultura y el dialecto, este último lleva la ventaja de ser el primero que se adueña del individuo desde su periodo más receptivo. Pero tampoco la lengua de cultura carece de apoyos. El hecho de ser la lengua de todos, la que más allá de la fragmentación regional permite entenderse con ambientes más amplios, la convierte en un instrumento indispensable del Estado y de la Iglesia. Ella es el soporte de la tradición escrita y de la mediación cultural. Y por tanto puede triunfar sobre los distintos dialectos. Pero si se separa de estos, si es o se hace, con el paso del tiempo, tan ajena a ellos que sólo puede ser entendida por quien se aplica diligentemente a aprenderla, entonces tiene asegurada la derrota; entonces surge del dialecto una nueva lengua de cultura. Así el latín fue sustituido por el italiano y el eslavo eclesial por el ruso; así probablemente en el griego moderno la lengua vulgar conseguirá triunfar sobre el *catharevousa* del clasicismo.

El brillo con que la escuela y los gramáticos solían rodear a la lengua de cultura, el culto que tributan a sus reglas y el desprecio que muestran hacia quien las quebranta, colocan bajo una falsa luz la relación entre lenguas de cultura y dialectos. El dialecto no es una lengua literaria corrompida, sino una lengua primigenia. Sólo a partir de los dialectos se ha formado la lengua de cultura, ya sea que se haya elevado a lengua de cultura un determinado dialecto o bien una forma mixta artificialmente formada por los diversos dialectos. No se puede, pues, plantear la cuestión de la pertenencia de un determinado dialecto a esta o aquella lengua de cultura. La relación entre lengua de cultura y dialecto no siempre es una relación de coordinación segura o incluso de superioridad o inferioridad, ni están

determinadas a este respecto sólo las relaciones histórico-lingüísticas y gramaticales. También los acontecimientos políticos, económicos y generalmente culturales del pasado y del presente deciden a qué lengua de cultura se inclinan los individuos que hablan un determinado dialecto, y así puede suceder que de esta forma un dialecto unitario se adhiera en parte a una lengua y en parte a otra.

El proceso por el cual individuos que hablan un determinado dialecto pasan luego a servirse exclusivamente, o junto al dialecto, de una determinada lengua de cultura es un caso específico de asimilación nacional. Su signo particular es el paso a una lengua de cultura gramaticalmente afín a través de un recorrido que en el caso en cuestión suele ser el único imaginable. El hijo del campesino bávaro no tiene ante sí en general otra vía para acceder a la cultura que la que pasa por la lengua de cultura alemana, aunque en casos raros puede suceder que se haga directamente francés o checo sin pasar por aquel rodeo. El bajo-alemán, en cambio, tiene ya dos posibilidades: la asimilación a la lengua de cultura alemana, o bien a la holandesa. Cuál de las dos elegirá, no depende ni de factores lingüísticos ni de factores genealógicos, sino de factores políticos, económicos o sociales. Hoy no existe ya una sola aldea en la que se hable bajo-alemán; en todas partes predomina por lo menos el bilingüismo. Si se quisiera separar hoy de Alemania un distrito en el que se habla bajo-alemán y anexionarlo a los Países Bajos, sustituyendo la escuela, la lengua burocrática y jurídica alemana por las holandesas, los interesados directos interpretarían un acto semejante como una opresión nacional. Pero hace cien o doscientos años la separación de una franja de territorio alemán habría sido posible sin dificultad alguna, y los descendientes de los separados de entonces serían hoy buenos holandeses como hoy son buenos alemanes.

En Europa oriental, donde la escuela y la burocracia no tienen aún la importancia que tienen en Occidente, aún es posible una cosa semejante. El lingüista podrá establecer si la mayoría de los dialectos eslavos hablados en la Alta Hungría están más próximos al eslovaco o bien al ucraniano, y tal vez de decidir en muchos casos también, en lo que respecta a Macedonia, si un determinado dialecto está más próximo al serbio o al búlgaro. Pero a pesar de todo no habrá dado aún una respuesta a la cuestión de si la gente que habla ese dialecto se convierte en eslovaca o ucraniana, serbia o búlgara. Pues esto depende no sólo de presupuestos lingüísticos, sino también de precondiciones políticas, confesionales y sociales. Una aldea en la que se hable inequívocamente un dialecto más próximo al serbio puede adoptar en un tiempo relativamente rápido y en mayor o menor medida la lengua de cultura búlgara si al mismo tiempo adquiere una iglesia y una escuela búlgaras.

Sólo de este modo se puede avanzar en la comprensión del muy difícil problema ucraniano. Planteada en estos términos, la cuestión de los ucranianos, es decir si son una nación autónoma o solamente rusos que hablan un dialecto particular, es absurda. Si los ucranianos en el siglo XVII no hubieran perdido su independencia por obra del Estado gran-ruso de los zares, se habría ciertamente desarrollado una lengua de cultura específicamente ucraniana. Y si lo más tarde en la primera mitad del siglo XIX todos los ucranianos, y por tanto también los de la Galizia, de Bucovina y de la Alta Hungría, hubieran caído bajo el dominio zarista, esto tal vez no habría impedido el desarrollo de una literatura ucraniana específica, y esta probablemente no habría tenido, respecto a la de la Gran Rusia, una posición distinta de la mantenida por la literatura bajo-alemana respecto a la alemana; habría quedado como poesía dialectal

sin mayores pretensiones culturales y políticas. Sin embargo, la circunstancia de que muchos millones de ucranianos fueran sometidos al dominio austriaco y también en el plano religioso fueran independientes de Rusia, creó las condiciones para la formación de una particular lengua de cultura rutena. Indudablemente el gobierno austriaco y la Iglesia Católica prefirieron que los *reussen* austriacos desarrollaran una lengua propia en lugar de adoptar el ruso. En este sentido hay una brizna de verdad en la afirmación de los polacos de que los rutenos serían una invención austriaca. Sólo en un punto se equivocan los polacos: cuando piensan que sin este apoyo desde arriba a los primeros conatos de reivindicaciones rutenas no se hubiera formado el dialecto *reussen* en la Galizia oriental. En realidad, no habría sido posible sofocar el levantamiento nacional de los galizianos orientales ni el despertar de las otras naciones sin historia. Si el Estado y la Iglesia no hubieran tratado de dirigirlos por otros carriles, desde el principio se habrían desarrollado mucho más marcadamente en sentido gran-ruso.

El movimiento ucraniano en Galizia por lo menos favoreció sensiblemente las aspiraciones separatistas de los ucranianos ruso-meridionales, y hasta es posible que las hiciera nacer. Los cambios políticos y sociales han estimulado hasta tal punto el ucranianismo ruso-meridional, que no puede excluirse completamente que el mismo no será superado por el movimiento gran-ruso. Pero este no es un problema etnográfico o lingüístico. No será el grado de afinidad de las lenguas y de las razas lo que decida si prevalecerá la lengua ucraniana o la rusa; serán en cambio las circunstancias políticas, económicas, confesionales y culturales en general. Y es muy probable que la decisión última en las zonas antes austriacas y húngaras sea distinta respecto a las zonas que siempre fueron rusas.

Análoga es la situación de Eslovaquia. También la autonomía de la lengua eslovaca respecto a la checa es fruto de un desarrollo en cierto modo casual. Si entre los moravos y los eslovacos no hubiera habido conflictos de naturaleza confesional, y si Eslovaquia, lo más tarde en el siglo XVIII, hubiera estado unida políticamente a Bohemia y Moravia, ciertamente no se habría desarrollado una lengua de cultura escrita eslovaca. Si, por otra parte, el gobierno húngaro se hubiera dedicado menos a la magiarización de los eslovacos y hubiera asegurado un espacio mayor a su lengua en la escuela y en la administración, habría tenido esa lengua un desarrollo mayor y hoy tendría una mayor capacidad de resistencia frente al checo.[11]

El lingüista puede no considerar imposible en general trazar límites lingüísticos coordinando los diversos dialectos con determinadas lenguas de cultura. Pero su decisión no está al margen del transcurso histórico. El elemento decisivo está en los acontecimientos políticos y culturales. La lingüística no puede explicar por qué checos y eslovacos se han convertido en dos naciones separadas y no podría encontrar una explicación si por ventura en el futuro se unieran en una sola nación.

Durante mucho tiempo se ha considerado que las naciones son categorías inmutables, sin advertir que pueblos y lenguas sufren a lo largo de la historia enormes transformaciones. La nación alemana del siglo x es distinta de la nación alemana del siglo xx. Se observa también externamente en el hecho de que los alemanes de hoy hablan una lengua distinta de la de los contemporáneos de los Otones.

La pertenencia a una nación no es una cualidad invariable del individuo; se puede uno acercar más a la propia nación o alejarse de ella; se puede perderla del todo o cambiarla por otra.

La asimilación nacional, que ciertamente hay que distinguir de la mezcla y de la transformación de las razas, con las que en cierto modo interactúa, es un fenómeno cuya importancia histórica nunca será suficientemente apreciada. Es una de las formas fenoménicas de aquellas fuerzas que hacen la historia de los pueblos y de los Estados y las vemos en acción por doquier. Si lográramos comprender plenamente sus condiciones y su esencia, habríamos dado un gran paso en el camino que conduce al conocimiento del desarrollo histórico. En estridente contradicción con la importancia de este problema está el total desinterés que hasta ahora han demostrado la ciencia histórica y la ciencia social a este respecto.

La lengua sirve para relacionarse con el prójimo. Quien desea hablar con su prójimo y entender lo que este dice debe servirse de su lengua. Cada uno, pues, debe esforzarse en comprender y hablar la lengua de su ambiente. Por eso los individuos y las minorías asimilan la lengua de la mayoría. Pero esto supone siempre que entre mayoría y minoría existen relaciones; si no las hay, no existe tampoco

asimilación nacional. La asimilación procede con tanta mayor rapidez cuanto más estrechas son las relaciones entre la mayoría y la minoría y más débiles las relaciones dentro de la propia minoría y entre esta y los connacionales que residen en lugares más alejados. De esto se sigue inmediatamente la singular importancia que acaba adquiriendo aquí la posición social de las diversas nacionalidades, ya que las relaciones personales están más o menos estrechamente ligadas a la pertenencia de clase. Así, los distintos estratos sociales insertos en un ambiente nacional ajeno pueden no sólo conservar durante siglos su carácter específico y su lengua particular, sino también asimilar otros. Un noble alemán que en 1850 emigrara a la Galizia oriental no se hacía ruteno sino polaco; un francés que se hubiera establecido en Praga en torno a 1800 no se hacía checo sino alemán. Pero en la Galizia oriental se hacía polaco también el campesino ruteno que hubiera arribado a la clase señorial, y se hacía alemán el hijo del campesino checo que se hubiera elevado socialmente en la burguesía.[12]

En una sociedad articulada en estamentos y clases, naciones distintas pueden cohabitar durante siglos en un mismo territorio sin perder su autonomía nacional. La historia nos ofrece numerosos ejemplos de ello. En los países bálticos como Livonia, Estonia y Curlandia, en Carniola y en la Estiria meridional se conservó durante generaciones una nobleza alemana en un ambiente nacional ajeno, así como se conservó una burguesía alemana en las ciudades bohemias, húngaras y polacas. Otro ejemplo son los zíngaros. Cuando entre las naciones no existen relaciones sociales, cuando entre ellas no hay *connubium* y el *commercium* se limita simplemente a ámbitos restringidos; cuando cambiar

de estado o clase sólo es posible en casos muy excepcionales, entonces es raro que existan las condiciones para la asimilación. Por esta razón ciertos asentamientos campesinos homogéneos han podido perpetuarse dentro de un país habitado por una población que habla otra lengua, mientras los estratos rurales estaban ligados a la gleba. Pero una vez que el ordenamiento económico liberal hubo eliminado toda exclusión corporativa, abolido todos los privilegios de las ciudades e instaurado la libertad de circulación para los trabajadores, un gran dinamismo se adueñó de las instituciones nacionales rígidas. El ascenso social y las migraciones llevaron a la rápida desaparición de las minorías nacionales o por lo menos las confinaron en una posición defensiva que sólo con muchas dificultades se puede mantener.

El derribo de las barreras que impedían el paso de una clase social a otra, la libre circulación de las personas y todo lo que ha hecho libre al hombre moderno facilitaron enormemente el avance de las lenguas de cultura respecto a los dialectos. Hace ya algunos decenios un filósofo inglés observaba: «Allí donde hoy las relaciones comerciales, en tan gran medida facilitadas, desplazan y mezclan desordenadamente a los hombres de un modo imprevisto, los dialectos, las costumbres, las tradiciones y los usos locales acaban desapareciendo: el silbido de la locomotora fue su canto fúnebre. En pocos años desaparecerán y tal vez sea demasiado tarde para catalogarlos y seguir protegiéndolos.»[13] Ya hoy en Alemania no es posible vivir como campesino o como obrero sin comprender y en su caso saber usar la lengua de cultura alto-alemana. La escuela alemana, por su parte, contribuye a acelerar este proceso.

Hay que distinguir cuidadosamente entre la asimilación natural debida a relaciones personales con quien habla otra lengua y la asimilación artificial, o sea la desnacionalización impuesta coactivamente por el Estado y otros. La asimilación como proceso social está ligada a determinados supuestos; sólo puede realizarse cuando existen las condiciones apropiadas. Los medios coactivos no sirven para nada; jamás podrán tener éxito si no existen o no se crean las condiciones previas. A veces la coacción autoritaria puede dar origen a otras condiciones y propiciar así la asimilación; pero no puede provocar directamente la transformación nacional. Trasladad los individuos a un ambiente en el que, rotas las relaciones con sus conciudadanos, sólo pueden tenerlas con los extranjeros, y habréis preparado el camino a la asimilación. Pero si se está en condiciones de recurrir sólo a medios coactivos, que no influyen en el uso de la lengua corriente, los intentos de opresión nacional no tienen ninguna perspectiva de éxito.

Antes del advenimiento de la democracia moderna, cuando las cuestiones nacionales no habían adquirido aún el significado que hoy tienen, no se podía hablar, sólo por este motivo, de opresión nacional. Cuando la Iglesia Católica o el Estado de los Habsburgo, en el siglo XVII, llevaron a cabo la represión contra la literatura checa en Bohemia, tanto una como otro se guiaban por motivos religiosos y políticos, no político-nacionales. Perseguían a las brujas y a los rebeldes, no a la nación checa. Sólo la época más reciente ha conocido los intentos de opresión nacional en gran escala. Rusia, Prusia y Hungría sobre todo han sido los países clásicos de la desnacionalización forzada. Pero conocemos bien el éxito que han tenido los procesos de rusificación, de germanización y de magiarización. Tras estas experiencias, el pronóstico sobre los futuros intentos de polonización o chequización no es favorable en absoluto.

II. *El principio de nacionalidad en política*

1. *El nacionalismo liberal o pacifista*

Que la política deba ser nacional, es un postulado moderno.

En la mayor parte de los países europeos, desde que empezó la Edad Moderna, el Estado del príncipe sustituyó al Estado medieval de las clases. La idea política que constituye la base del Estado absoluto es el interés del soberano. La célebre máxima de Luis XIV «l'État c'est moi» expresa, en su extrema concisión, la idea que aún estaba viva en los tres imperios europeos hasta los últimos cambios. No menos clara es la fórmula que Quesnay, cuyas doctrinas van a permear la nueva concepción del Estado, antepone a su obra: «Pobre campesino, pobre reino; pobre reino, pobre rey». A él no le basta demostrar que del bienestar de la agricultura depende también el del Estado; considera además necesario demostrar que también el rey puede ser rico sólo si es rico el campesino. Sólo así resulta demostrada la necesidad de adoptar medidas para elevar el bienestar de los campesinos. Ya que el fin del Estado es precisamente el príncipe.

Contra el Estado absoluto surgirá luego en los siglos XVIII y XIX la idea liberal. Ésta renueva la idea política de las repúblicas de la Antigüedad y de las ciudades libres de la Edad Media, relacionándose con la enemistad contra los príncipes de los monarcómacos; mira al modelo de Inglaterra, donde la monarquía ya en el siglo XVII había sufrido

una decisiva derrota; y combate con todas las armas de la filosofía, del racionalismo, del derecho natural y de la historia; conquista a las multitudes con la poesía, que se pone enteramente a su servicio. La monarquía absoluta sucumbe al ímpetu del pensamiento liberal. En su lugar entra, según los países, la monarquía parlamentaria o la república.

Para el Estado del príncipe no existen confines naturales. El ideal del príncipe es aumentar sus posesiones, su máxima aspiración es dejar a su heredero un territorio más extenso que el heredado de su padre. El máximo deseo del rey, en la adquisición de nuevas posesiones, es llegar hasta el punto en que choca con un adversario de mayor o igual fuerza. En principio su hambre de tierra no conoce límites; y en esto coinciden el comportamiento de los distintos soberanos y las doctrinas de los defensores de la idea monárquica. Este principio amenaza sobre todo la existencia de todos los Estados más pequeños y más débiles. Si logran sobrevivir, es sólo por los celos de los grandes que se ocupan escrupulosamente de que nadie se haga más fuerte. Tal es el principio del equilibrio europeo, que hace y deshace coaliciones. Donde es posible hacerlo sin comprometer el equilibrio, los Estados más débiles son aniquilados. Un ejemplo por todos: el reparto de Polonia. Los soberanos consideran a los países como un propietario considera sus bosques, prados y campos. Los venden y los intercambian (por ejemplo, para «redondear») y siempre se transfiere también la soberanía sobre los habitantes. Las repúblicas, según esta concepción, aparecen como bienes libres de los que cada uno puede apropiarse si está en condiciones de hacerlo. Esta política, por lo demás, alcanzó su apogeo sólo en el siglo XIX, en las decisiones de la Comisión imperial de 1803, en la creación de los Estados napoleónicos y en las deliberaciones del Congreso de Viena.

Países y pueblos, a los ojos de los príncipes, no son otra cosa que objeto de posesión; los primeros constituyen la base de la soberanía, los otros las pertenencias de la posesión territorial. De los hombres que viven en «su» tierra el príncipe pretende obediencia y fidelidad, ya que los considera propiedad suya. Este vínculo que le liga a cada uno de sus súbditos acaba siendo, sin embargo, el único elemento que mantiene juntos a todos los individuos y forma con ellos una unidad. El soberano absoluto no sólo considera peligroso cualquier otro vínculo que lo asocie a los súbditos, y por tanto trata de cortar entre ellos todas las relaciones corporativas tradicionales que no tengan origen en las leyes estatales que él ha emanado, y mira con hostilidad a cualquier nueva formación asociativa; pero tampoco permite que los súbditos de sus diversos territorios empiecen a sentirse, en cuanto súbditos, también connacionales. Naturalmente, en el momento mismo en que el príncipe trata de romper todos los vínculos de clase para reducir nobles, burgueses y ciudadanos a súbditos, atomiza el cuerpo social y de este modo crea las premisas para la aparición de un nuevo sentir político. El súbdito, que ha dejado de sentirse miembro de una restringida esfera social, empieza a sentirse hombre, ciudadano de una nación, de un Estado, del mundo. Queda libre el camino para una nueva visión de la realidad.

La teoría liberal del Estado, hostil a los príncipes, condena su sed de conquistas y el mercadeo de los territorios. Parte también del axioma de la coincidencia entre Estado y nación, como ocurre en Gran Bretaña, modelo de libertad, y en Francia, tierra clásica de la lucha por la libertad. Esta teoría considera ese principio tan obvio que ni siquiera lo enuncia explícitamente. Porque cabalmente Estado y nación coinciden y no hay necesidad alguna de modificar este principio, sobre este punto no hay ningún problema.

El problema de los confines del Estado surge solamente cuando la idea liberal conquista Alemania e Italia. Aquí y en Polonia, tras la figura medieval de los déspotas del presente se alarga la sombra de la desaparición de un Estado unitario. Alemanes, polacos e italianos tienen un gran objetivo político: la liberación del propio pueblo del dominio de los príncipes. Es esto lo que, inicialmente, les da una inicial unidad de pensamiento político y luego una unidad de acción. Más allá de los confines del Estado, vigilados por aduaneros y gendarmes, los pueblos se tienden la mano para unirse. A la alianza de los príncipes contra la libertad se contrapone la liga de los pueblos que luchan por la propia libertad.

Al principio absolutista que impele al soberano a someter al propio dominio todos los territorios que consigue conquistar, el liberalismo contrapone el principio del derecho de autodeterminación de los pueblos, corolario necesario del principio de los derechos del hombre.[14] Ningún pueblo y ninguna parte de un pueblo deben ser retenidos contra su voluntad en un conjunto estatal que rechazan. La nación política es la expresión del conjunto de aquellos que, animados del sentimiento de libertad, quieren formar un Estado; el nombre de *patria* pasa a indicar el país que ellos habitan y «patriota» se convierte en sinónimo de «liberal».[15] En este sentido los franceses empiezan a sentirse nación en el momento en que combaten el despotismo de los Borbones e inician la lucha contra la coalición de los monárquicos, que amenazaba su libertad apenas conquistada. Los

alemanes y los italianos adquieren un sentimiento nacional porque los príncipes extranjeros, unidos en la Santa Alianza, les impiden erigir el Estado liberal. Este nacionalismo no se dirige contra aquéllos, sino contra los déspotas que mantienen en la servidumbre también a otros pueblos. El odio de los italianos, inicialmente, no se dirige contra los alemanes, sino contra los Borbones y los Augsburgo; el odio de los polacos no se dirige contra los alemanes o contra los rusos, sino contra el zar, contra el rey de Prusia y contra el emperador austriaco. Y la lucha toma el signo de la lucha contra el extranjero sólo porque extranjeras son las tropas en las que se apoya el despotismo del tirano. Pero incluso en el fragor de la batalla los garibaldinos gritan a los soldados austriacos: «¡Pasad los Alpes y volveremos a ser hermanos!».[16] Entre las distintas naciones que luchan por la libertad el acuerdo es perfecto. Todos los pueblos saludan la lucha de liberación de los griegos, de los serbios, de los polacos. En la joven Europa los combatientes de la libertad están unidos sin distinción de nacionalidad.

El principio de nacionalidad no se lanza contra los miembros de otras naciones, se lanza *in tyrannos.*

De ahí que, en principio, no exista ni siquiera una antítesis entre nacionalismo y cosmopolitismo.[17] La idea liberal, nacional y cosmopolita al mismo tiempo, es revolucionaria porque quiere abatir toda autoridad que no esté de acuerdo con sus principios, pero es también pacifista.[18] ¡Qué motivo de guerra podría haber si todos los pueblos estuvieran liberados! En esto el liberalismo político coincide

con el liberalismo económico, que proclama la solidaridad de intereses entre los pueblos.

Esto es preciso tener presente si se quiere comprender el originario internacionalismo de los partidos socialistas desde Marx en adelante. También el liberalismo es cosmopolita en su lucha contra el absolutismo del Estado monárquico. Como los monarcas se coaligan entre ellos, así también los pueblos se coaligan contra los monarcas. Cuando el *Manifiesto Comunista* llama a los proletarios de todos los países a unirse en la lucha contra el capitalismo, esta es una consigna que se deriva directamente de la afirmación de que existe de hecho una explotación capitalista idéntica en todos los países. Pero esta afirmación no es contraria a la reivindicación liberal del Estado nacional. No es contraria al programa de la burguesía, ya que también ésta, en tal sentido, es internacional. El acento no se pone en la expresión «de todos los países», sino en el término «proletarios», en el tácito supuesto de que las clases que en todos los países tienen la misma ideología y se encuentran en la misma situación social tengan que asociarse. Si una intención polémica puede haber en el llamamiento, ésta se refiere a los intentos pseudonacionales que se oponen a todo cambio de las instituciones tradicionales en cuanto lesivo del carácter específico nacional.

Las nuevas ideas políticas de libertad y de igualdad se afirmaron primero en Occidente. Inglaterra y Francia se convirtieron así en países modelos para el resto de Europa. Pero cuando los liberales pidieron la adopción de instituciones extranjeras, fue natural que la resistencia que ejercían las viejas potencias recurriera al viejo y probado instrumento de la xenofobia. Los conservadores alemanes y rusos combatieron las ideas liberales incluso con el argumento de que se trataba de cosas ajenas y extrañas a sus pueblos. Hay aquí ciertamente un uso torcido de los valores nacionales

por motivos políticos, pero no se trata absolutamente de una aversión hacia la nación extranjera en su conjunto o hacia sus ciudadanos.

El principio nacional, pues, cuando están en juego las relaciones entre los pueblos, es ante todo indiscutiblemente pacifista. Como ideal político, es conciliable con la coexistencia pacífica entre los pueblos lo mismo que el nacionalismo de Herder como idea cultural es conciliable con su cosmopolitismo. Sólo en el curso del tiempo el nacionalismo pacifista, hostil solamente a los monarcas pero no a los pueblos, se convierte en nacionalismo militarista. Pero este cambio se produce solamente en el momento en que los principios políticos modernos, en su avance victorioso desde Occidente hacia Oriente, alcanza los territorios con población mixta.

La importancia del principio de nacionalidad en su configuración pacifista originaria resalta con particular evidencia si consideramos la evolución de su segundo postulado. Al comienzo el principio de nacionalidad contiene sólo el rechazo de alguna dominación extranjera; pide autodeterminación, autonomía. Pero luego se extiende el contenido; no sólo libertad, sino también unidad, es la palabra de orden. Pero cuando reivindica la unidad nacional es absolutamente pacifista.

Una de sus fuentes, como hemos mencionado, es la memoria histórica. Desde el presente oscuro la mirada se proyecta hacia atrás en un pasado mejor. Y este pasado muestra las imágenes del Estado unitario, imágenes no tan fascinadoras para todos los pueblos como pueden serlo para los alemanes y los italianos, pero sin embargo suficientemente atractivas para la mayoría de ellos.

Pero la idea de unidad no es sólo romanticismo, es también importante en el plano del realismo político. En la unidad se busca la fuerza para contrarrestar la alianza de los opresores. La unidad en el ámbito de un Estado unitario ofrece a los pueblos la más alta garantía de poder conservar su libertad. Y tampoco aquí el nacionalismo se contrapone al cosmopolitismo, ya que la nación unificada no quiere la hostilidad hacia los pueblos vecinos, sino la paz y la amistad.

Y así vemos también que la idea unitaria no consigue manifestar su fuerza, capaz al mismo tiempo de destruir y construir Estados, allí donde la libertad y el autogobierno existen ya y parecen estar garantizados sin ella. Hasta ahora, Suiza no ha sido contagiada en modo alguno por esa fuerza, y los que menos muestran tentaciones secesionistas son los suizos alemanes. Y se comprende perfectamente por qué, visto que no podrían hacer otra cosa que cambiar su libertad por la sumisión al Estado autoritario alemán. Pero también los franceses y, en definitiva, los propios italianos se han sentido en Suiza de tal manera libres que no tienen deseo alguno de unirse políticamente a sus connacionales.

Pero aún puede hacerse una tercera consideración en relación con el Estado unitario nacional. No hay duda de que ya hoy el grado de desarrollo alcanzado por la división internacional del trabajo requiere una amplia unificación del derecho y de las instituciones comerciales en general, y esta exigencia se dejará sentir con tanta más urgencia cuanto más la economía se transforme en economía mundial. Cuando las relaciones de intercambio económicas estaban aún en sus comienzos y se extendían a duras penas más allá de los límites de una aldea, la fragmentación de la superficie terrestre en un número infinito de distritos jurídicos y administrativos era la forma natural de organización política. Con independencia de los intereses

militares y de política exterior —que por lo demás no impulsaron por doquier la agregación y formación de grandes imperios, y también allí donde actuaron en tal sentido, en la era feudal y más aún en la del absolutismo, no condujeron a la formación de Estados nacionales—, no existían circunstancias que postularan la unificación del derecho y de la administración. Esta unificación se hizo necesaria en la medida en que las relaciones económicas comenzaron progresivamente a sobrepasar los confines regionales, nacionales y, finalmente, continentales.

El liberalismo, que postula la plena libertad económica, trata de resolver las dificultades que la diversidad de las instituciones políticas pone al desarrollo del mercado sustrayendo la economía al Estado. Tiende a la máxima unificación posible del derecho, al límite a un único derecho mundial. Sin embargo, no cree que para alcanzar este objetivo sea necesario crear grandes imperios o incluso un imperio mundial. Mantiene el punto de vista que adopta ante el problema de las fronteras estatales: que sean los propios pueblos los que decidan en qué medida quieren uniformar sus normas jurídicas; cualquier coerción de su voluntad se rechaza firmemente. Así pues, un profundo abismo separa el liberalismo de todas aquellas concepciones que en razón de la economía quieren crear forzosamente el gran Estado.

Pero la *Realpolitik* debe ante todo tener en cuenta la realidad de los Estados y las dificultades contra las que tropieza la creación de un derecho por encima de los Estados y de una libertad de cambio entre los Estados. Con verdadera envidia, los patriotas y las naciones que viven dispersas en muchos Estados miran entonces a los pueblos que en cambio tienen una unidad nacional. Ellos ven las cosas con ojos distintos de los de los doctrinarios liberales. En Alemania, cuando formaba parte de la Confederación

germánica, se reconocía la necesidad y urgencia de una unificación del derecho y de la jurisprudencia, de las estructuras de mercado y de toda la administración. Se había podido crear una Alemania libre mediante una revolución dentro de los distintos Estados, sin necesidad alguna de agregaciones previas. Para los políticos realistas, está a favor del Estado unitario no sólo la necesidad de contraponer en general a la alianza de los opresores la alianza de los oprimidos para conquistar ante todo la libertad,[20] y la ulterior necesidad de permanecer unidos para tener en la unidad la fuerza de conservar también esta libertad. Más allá de todo esto, es la necesidad del mercado la que empuja a buscar la unidad. Ya no es posible tolerar que se haga añicos la vida jurídica, el sistema monetario, los transportes y muchas otras realidades. En todos estos ámbitos la historia exige la unificación más allá de las confrontaciones nacionales. Y ya los pueblos se disponen a adoptar las primeras medidas para realizarla a escala mundial. Lo primero que hay que hacer entonces, ¿no es tal vez obtener en Alemania lo que los demás pueblos ya han obtenido, es decir, crear un derecho privado alemán que anticipe el futuro derecho mundial, un derecho penal alemán como estadio preparatorio del ordenamiento penal mundial, una unión ferroviaria alemana, un sistema monetario alemán, un correo alemán? Todo esto debe garantizarlo el Estado unitario alemán. Pero el programa de los liberales no puede por tanto limitarse a una «subasta pública de treinta coronas principescas» (Freiligrath); debe ya exigir el Estado unitario, como exige el nivel alcanzado por el desarrollo económico.

Así, en la aspiración al Estado unitario está ya la semilla del nuevo modo de concebir el principio de nacionalidad,

que desde el principio pacifista de impronta liberal da el salto al nacionalismo militarista, al nacionalismo basado en la política de poder, al imperialismo.

2. *El nacionalismo militarista o imperialista*

a) La cuestión nacional en los territorios con población mixta

El Estado absoluto aspira constantemente a expandir el territorio del Estado y a aumentar el número de sus súbditos. Por una parte empieza a conquistar territorios y estimula la inmigración, por otra castiga severamente la emigración. Cuanto más aumentan los territorios y los súbditos, más aumentan los ingresos y los soldados. Sólo en la grandeza geográfica del Estado está la garantía de su conservación. Los pequeños Estados corren el riesgo de ser engullidos por los más grandes.

Todos estos argumentos no valen para el Estado nacional libre. El liberalismo no conoce ni conquistas ni anexiones; como permanece indiferente respecto al Estado en general, no concede importancia alguna ni siquiera al problema de la dimensión del Estado. No obliga a nadie a permanecer contra su voluntad en el conjunto estatal. Al que quiere emigrar no se le retiene. Si una parte de la población del Estado desea apartarse de la Unión, el liberalismo no se lo impide. Las colonias que quieran hacerse autónomas pueden hacerlo libremente. La nación como forma orgánica no puede ser aumentada ni disminuida por modificaciones de naturaleza política, ni el mundo en su conjunto puede ganarnos o perdernos por una circunstancia de este tipo.

El liberalismo ha conseguido afirmarse de manera duradera sólo en la Europa occidental y en América. En Europa

central y oriental, tras un nuevo florecimiento, ha habido un nuevo rechazo; su programa democrático ha sobrevivido sólo en los programas y más raramente en las acciones de los partidos socialistas. La praxis estatal ha transformado en gran medida el principio pacifista de nacionalidad del liberalismo en el principio militarista e imperialista de nacionalidad basado en la opresión. Esa praxis ha acuñado un nuevo ideal que pretende tener un valor propio: el de la grandeza exterior, puramente numérica, de la nación.

Desde el punto de vista cosmopolita hay que decir que la fragmentación de la humanidad en diversas etnias es una circunstancia que comporta enormes costes y sacrificios. Una gran cantidad de trabajo se dedica a aprender las lenguas extranjeras y otra tanta se gasta en traducciones. El progreso cultural se realizaría más fácilmente y los intercambios entre los hombres mejorarían si hubiera una sola lengua. Esto debe admitirlo también quien sabe apreciar el valor cultural inestimable de la diferenciación de las inclinaciones físicas y espirituales y del desarrollo de caracteres individuales y étnicos específicos, y no se puede negar que el progreso de la humanidad resultaría enormemente más difícil si junto a los pequeños pueblos que cuentan tan sólo con algunos centenares de millares o algunos millones de almas no hubiera también pueblos numéricamente más grandes.

Pero incluso el individuo particular podrá advertir que la multiplicidad de lenguas puede resultar incómoda. Lo percibe, por ejemplo, cuando viaja al extranjero, cuando lee escritos extranjeros, cuando quiere hablar o escribir a extranjeros. Para el hombre común puede ser indiferente que su pueblo sea numéricamente más grande o más pequeño; pero para quien trabaja en el campo cultural la cosa tiene la máxima importancia, porque para él «la lengua

es algo más que un simple medio de comprensión en el intercambio social: es uno de sus instrumentos privilegiados, a menudo el único, y tal que no puede ser fácilmente cambiado». Para tener éxito en el campo literario es decisivo que el número de personas a las que el autor pueda darse a entender sea mayor o menor. Nadie más que los poetas y los escritores, que son los guías de los pueblos, desean ardientemente que su propia nación sea numéricamente grande. Y también es fácil comprender la razón de su entusiasmo. Pero por sí mismo esto no basta para explicar la popularidad de este ideal.

Puesto que en primer lugar estos guías no están en condiciones, a la larga, de indicar al pueblo un objetivo que éste no haya elegido autónomamente, y en segundo lugar, existen otras vías para ampliar el público de los escritores, si se amplía la formación cultural de la propia gente, se crearán así más lectores y oyentes que a través de la difusión de la lengua nacional en el exterior. Tal es la vía que han elegido las naciones escandinavas, que se van a buscar en su propia casa las conquistas nacionales, no en el exterior.

Determinadas circunstancias, ajenas al liberalismo de matriz occidental y a su principio pacifista de nacionalidad, han sido decisivas para determinar la transformación en sentido imperialista del Estado nacional, y para hacer que éste, arrinconando los principios antiguos, haya podido identificar el fin de la propia política primero en la conservación y luego en la multiplicación del número de connacionales, incluso a costa del derecho de autodeterminación de las distintas etnias nacionales y de pueblos enteros.

Determinante, ante todo, ha sido el hecho de que los pueblos del Este no poseen territorios de asentamiento netamente separados en amplias zonas, sino que viven amalgamados a las realidades étnicas locales, y también el hecho de que esta mezcolanza étnica se reforma constantemente como consecuencia de las migraciones étnicas. Estos dos problemas han marcado el nacionalismo militarista o imperialista, que es ciertamente de origen alemán, ya que los problemas que los generaron vieron históricamente la luz cuando el liberalismo hubo alcanzado suelo alemán. Pero ciertamente no quedó en absoluto confinado en Alemania, ya que todos los pueblos que se encuentran en la situación de ver, gracias a tales circunstancias, a una parte de sus propios conciudadanos expuestos a la enajenación territorial, siguieron la misma vía que el pueblo alemán, y lo seguirán mientras la historia no consiga encontrar una solución distinta del problema.

Cualquier consideración de los problemas que ahora nos ocupan debe partir de la realidad de la diferencia de las condiciones en que los hombres viven en las distintas partes de la superficie terrestre. Si las condiciones de vida sobre la faz de la tierra fueran iguales en todas partes, no habría ningún motivo, ni para los individuos ni para los pueblos, de cambiar el lugar de residencia.

En cambio, el hecho de que las condiciones de vida sean distintas hace que —en expresión de Ségur— la historia

humana consista en la aspiración de los pueblos a pasar de un lugar peor a otro mejor en el que habitar. La historia mundial es la historia de las migraciones étnicas.

Las migraciones étnicas se producen o en forma violenta, o sea militar, o bien en formas pacíficas. La forma militar fue la dominante en el pasado. Los godos, los vándalos, los longobardos, los normandos, los hunos, los ávaros y los tártaros conquistaron con la violencia sus nuevos territorios de asentamiento, erradicando o sojuzgando a las poblaciones residentes. De este modo se formaron en el territorio dos clases diversas de nacionalidad, los señores y los siervos, que no sólo se contraponían como clases políticas y sociales, sino que también eran extraños entre sí por estirpe, cultura y lengua. A lo largo del tiempo estos contrastes nacionales fueron desapareciendo, bien porque los vencedores fueron absorbidos étnicamente por los vencidos o bien porque, al contrario, los vencidos se asimilaron a los vencedores. Se precisaron siglos para que este proceso se realizara en España, en Italia, en Galia y en Inglaterra.

En Europa oriental existen todavía vastas zonas en las que este proceso de asimilación ni siquiera ha empezado o está apenas en sus comienzos. Entre los barones bálticos y sus colonos, entre la nobleza magiar o magiarizada de Hungría y los campesinos eslavos de raíz románica, entre los burgueses alemanes de las ciudades moravas y los proletarios checos, entre los propietarios de tierras italianas de Dalmacia y los colonos y campesinos eslavos, existe todavía una diversidad nacional abismal.

La doctrina del Estado moderno y de la libertad moderna, que se formó en Europa occidental, no conoce estas situaciones. El problema de la población nacional mixta no existe para ella. Para ella la formación de las naciones es un proceso histórico concluido. Franceses e ingleses no

acogen hoy en sus lugares de residencia europeos a elementos ajenos, habitan en territorios de asentamiento homogéneos, y si algún extranjero aparece entre ellos es asimilado rápidamente de manera indolora. En tierra inglesa o francesa, al menos en Europa (ya que es distinta la situación en las colonias y en Estados Unidos) la aplicación del principio de nacionalidad no podría generar fricción alguna. Y así se podría considerar también que la plena aplicación del principio de nacionalidad consigue garantizar la paz perpetua. Desde el momento en que —según la concepción liberal— las guerras nacen de la codicia de conquista de los reyes, no podrá ya haber guerra una vez que cada pueblo se haya constituido en Estado particular. El principio de nacionalidad, en sus raíces, es pacifista: no quiere guerra entre los pueblos y tampoco cree que haya motivo para ello.

Pero de pronto se descubre que el mundo no tiene el mismo rostro que muestra en las orillas del Támesis y del Sena. Los movimientos de 1848 levantan por primera vez el velo que el despotismo había desplegado sobre la mezcla de pueblos que constituían el imperio de los Habsburgo; seguidamente los movimientos revolucionarios que estallaron en Rusia, en Macedonia y Albania, en Persia y en China, revelaron también allí los mismos problemas. Mientras el absolutismo del Estado monárquico los había sofocado a todos del mismo modo, eso no se podía barruntar. Pero ahora explotan con su carga amenazante apenas comienza la lucha por la libertad

En un primer momento se intentó resolverlos con los instrumentos tradicionales de la doctrina liberal occidental y se recurrió al principio de mayoría, que se consideraba

indicado para solventar todas las dificultades, sin importar si se aplicaba en la forma de plebiscito o en otra forma. Ésta es la respuesta que la democracia conoce. Pero una solución de este género, ¿era imaginable y posible en aquellas circunstancias? ¿Habría podido fundamentar el reino de la paz?

La idea de fondo del liberalismo y de la democracia es la armonía de los intereses de todos los componentes del pueblo y por tanto la armonía de los intereses de todos los pueblos. Puesto que el interés bien entendido de todos los estratos de la población conduce a las mismas finalidades e instancias políticas, se puede dejar la solución de los problemas políticos al voto de todo el pueblo. La mayoría también puede equivocarse. Pero sólo a través de los propios errores y sus consecuencias sufridas en la propia carne puede un pueblo llegar a la consciencia y a la madurez política. Los errores cometidos no se repiten, y se llega a comprender dónde está realmente lo mejor. La teoría liberal niega que existan intereses particulares de algunas clases o de grupos que se oponen al interés general. En las decisiones de la mayoría, pues, no puede menos de ver la justicia, ya que los errores cometidos los pagan caro todos, incluso la mayoría que les ha apoyado, mientras que a la minoría derrotada no le queda sino descontar su incapacidad de tener a la mayoría de su parte.

Ahora bien, apenas se admite la posibilidad, mejor dicho, la necesidad de intereses contrapuestos, el principio democrático *ipso facto* pierde su validez de principio «justo». En el momento mismo en que el marxismo y la socialdemocracia ven por todas partes un inconciliable antagonismo de intereses de clase, deben rechazar coherentemente también el principio democrático. Durante mucho tiempo todo esto no se ha tenido en cuenta, porque el marxismo perseguía objetivos no sólo socialistas sino

también democráticos precisamente en el ámbito de los pueblos entre los cuales conseguía obtener el mayor número de seguidores, es decir, los alemanes y los rusos. Pero esto no pasa de ser un hecho histórico casual, consecuencia de un concurso de circunstancias totalmente particulares. Los marxistas se batían por el derecho de voto, por la libertad de prensa y por el derecho de reunión y de asociación mientras no eran el partido dominante. Allí donde llegaron al poder no hallaron nada más urgente que hacer que eliminar esta libertad.[24] Esto coincide perfectamente con el comportamiento de la Iglesia, que también adopta una actitud democrática allí donde dominan los otros, mientras que no quiere saber nada de democracia cuando es ella la que domina. Para los marxistas, una decisión de la mayoría nunca puede ser «justa» del mismo modo en que lo es para el liberalismo, ya que para ellos esa decisión es siempre y sólo la expresión de la voluntad de una determinada clase. Socialismo y democracia, pues, considerados ya desde este punto de vista, son antítesis insolubles; la palabra «socialdemócrata» implica una *contradictio in adjecto*. Los marxistas confían sólo en la victoria del proletariado, como objetivo y término previo de la evolución histórica; todo lo demás no vale.

También los nacionalistas, al igual que los marxistas, niegan la teoría de la armonía de todos los intereses. Según ellos, entre los pueblos subsisten contrastes inconciliables; en modo alguno podemos someternos a la decisión de la mayoría cuando se tiene la fuerza de oponerse a ella.

La democracia trata ante todo de resolver las dificultades políticas que obstaculizan la fundación del Estado en los territorios con población de nacionalidad mixta con los

medios que han demostrado ser eficaces en los países que ya tenían una unidad nacional. La mayoría debe decidir, la minoría debe adaptarse a las decisiones de la mayoría. Pero esto demuestra que no ve el problema y no capta en absoluto el punto difícil. La confianza en la justeza del principio de mayoría en su capacidad de ser la panacea de todos los males ha sido tan inquebrantable que durante mucho tiempo no se ha querido comprender que en este caso, en cambio, era inservible. Los fracasos evidentes se atribuían siempre a otras causas. Hubo ensayistas y políticos que recondujeron las turbulencias nacionales en Austria al hecho de que en sus territorios faltaba aún la democracia; cuando en el país haya un régimen democrático, todas las fricciones entre las diversas nacionalidades desaparecerán. Pero es exactamente lo contrario. Los conflictos nacionales pueden nacer tan sólo en el terreno de la libertad; donde todas las nacionalidades son conculcadas —como sucedía en la Austria anterior a marzo de 1848 (*Vormärz*)— no puede haber discordias entre ellas.
La aspereza de los conflictos entre las nacionalidades creció en la medida en que la vieja Austria se acercaba a la democracia. La disolución del Estado no eliminó en absoluto tales conflictos; y estos se han exacerbado aún más en los nuevos Estados en los que a las minorías nacionales se oponen las mayorías dominantes sin la mediación de un Estado autoritario capaz de limar ciertas asperezas. Para comprender las razones de fondo del fracaso de la democracia frente a los conflictos entre las nacionalidades en nuestro tiempo hay que intentar arrojar luz ante todo sobre la naturaleza del gobierno democrático.

Democracia es autodeterminación, autogestión, autogobierno. También en la democracia el sujeto se somete a las leyes y obedece a órganos y funcionarios estatales. Pero esas leyes han nacido con su colaboración, y quienes ostentan la autoridad la han obtenido con su ayuda directa o indirecta. Las leyes pueden ser derogadas o modificadas, los funcionarios pueden ser sustituidos si la mayoría de los ciudadanos lo quiere. Tal es la esencia de la democracia, y por eso en democracia los ciudadanos se sienten libres.

Quien se ve forzado a obedecer leyes sobre cuya aprobación no ha tenido ninguna influencia, quien debe soportar estar dominado por un gobierno sobre cuya formación no puede influir, no es libre en sentido político; carece políticamente de derechos aun cuando esté garantizado en su esfera jurídica privada. Esto no significa que en el Estado democrático ninguna minoría sea políticamente libre. Las minorías pueden convertirse en mayoría, y esta posibilidad influye en la posición de la mayoría y en el comportamiento de la misma en relación con las minorías. Los partidos mayoritarios deben cuidarse en todo momento de no reforzar a las minorías con sus comportamientos, de no ofrecerles la posibilidad de llegar al poder, ya que las ideas y los programas de la minoría influyen políticamente sobre el pueblo, con independencia de que consigan o no imponerse. La minoría es, ciertamente, el partido derrotado, pero en la lucha entre los partidos ha tenido la posibilidad de ganar, y normalmente conserva también la esperanza, a pesar de la derrota, de poder ganar un día y convertirse en mayoría.

Quienes pertenecen a minorías nacionales que no gozan de una posición particularmente privilegiada no son

políticamente libres. Aunque se comprometan políticamente, jamás podrán tener éxito, ya que los medios para influir políticamente sobre el resto de la población —o sea, la palabra y los escritos— están estrechamente relacionados con la nacionalidad. En el gran debate político nacional del que salen las decisiones políticas, los ciudadanos de distinta nacionalidad quedan marginados como espectadores mudos. Tal vez sean objeto de las decisiones, pero no concurren a tomarlas. El alemán de Praga debe pagar los transportes públicos y someterse a cualquier disposición municipal, pero debe permanecer ajeno a cualquier batalla política que se refiera al gobierno municipal. Lo que él desea y auspicia para el municipio es totalmente indiferente a sus conciudadanos checos. Porque él no posee ningún medio para influir sobre ellos, a no ser que renuncie a su especificidad étnica y se homologue a los checos, aprenda su lengua y acepte su modo de pensar y de sentir. Mientras no lo haga, mientras permanezca cerrado en su ámbito lingüístico y cultural heredado, estará excluido de cualquier posibilidad de acción política. Aunque formalmente, como corresponde a la literalidad de la ley, sí es un ciudadano de pleno derecho; aunque, por su posición social, sí pertenece a las clases políticamente privilegiadas, en realidad carece políticamente de derechos, es un ciudadano de segunda clase, un paria, porque está sometido al poder ajeno sin tener parte alguna en este poder.

Las ideas políticas que hacen nacer y morir a los partidos, fundar y destruir Estados, están hoy tan poco vinculadas a la nación como cualquier otro fenómeno cultural. Como las ideas artísticas y científicas, son patrimonio común de todos los pueblos; ningún pueblo puede sustraerse singularmente a su influencia. Pero cada pueblo plasma de manera específica y elabora de manera distinta

esta serie de ideas. En cada pueblo estas ideas encuentran un carácter nacional diferente y una diferente constelación de situaciones. El romanticismo fue un ideal internacional, pero cada pueblo lo desarrolló de manera distinta y le dio un contenido diverso, haciendo de él algo diferente. Justamente por esto hablamos de un romanticismo alemán como orientación artística particular que podemos contraponer al romanticismo francés o ruso. Lo mismo puede decirse de las ideas políticas. El socialismo tuvo que ser de una manera en Alemania, de otra en Francia y de otra aún en Rusia, ya que en cada uno de estos países encontró un modo particular de pensar y de sentir políticamente, un distinto desarrollo social e histórico, en una palabra, hombres distintos y condiciones diferentes.

Ahora comprendemos la razón profunda de que las minorías nacionales, que gracias a particulares privilegios tienen el poder político, se apegan a tales privilegios y a la conexa posición de dominio en una medida incomparablemente más obstinada que otros estratos privilegiados. Una clase dominante que desde el punto de vista nacional no es distinta de los dominados, aun cuando sea derrotada conserva siempre una influencia política mayor que la que le correspondería bajo los nuevos dominadores en razón de su consistencia numérica. Conserva como mínimo la posibilidad de batirse en las nuevas condiciones como partido de oposición para conquistar de nuevo el poder, defender sus ideas políticas y hacer que triunfen de nuevo. En Inglaterra los *tories* han experimentado una resurrección política siempre que una reforma les ha privado de sus privilegios. Las dinastías francesas destronadas no han perdido todas las perspectivas de reconquistar la corona. Éstas pudieron formar poderosos partidos que aspiraban a la restauración, y si sus

aspiraciones no se realizaron en la Tercera República, ello dependió de vez en vez de la intransigencia y de la miseria personal de los presidentes, no del irrealismo *in se* y *per se* de tales aspiraciones. En cambio, los dominadores ajenos a la nación, una vez salidos de escena, no pueden ya reconquistar el poder a no ser que acudan a la ayuda de las armas extranjeras; y lo que más cuenta es que apenas han perdido el poder, no sólo son despojados de sus privilegios sino que son completamente impotentes desde el punto de vista político. No sólo no consiguen mantener la influencia correspondiente a su consistencia numérica, sino que, ajenos como son a la nación, no tienen ya la posibilidad de actuar políticamente o de influir sobre los otros, puesto que las ideas políticas que ahora se imponen pertenecen a una esfera cultural que les es ajena, y son pensadas, dichas y escritas en una lengua que ellos no comprenden, y por eso ellos mismos no están en condiciones de hacer valer sus propias ideas en este *milieu.* De dominadores que eran, no se convierten en ciudadanos normales con los mismos derechos de todos los demás, sino en auténticos parias sin poder, que no pueden participar en las decisiones que se toman sobre ellos. Si —dejando a un lado por un momento todas las perplejidades teóricas y ocasionales que puedan dirigirse contra él— identificamos en el antiguo postulado de los estados, *nihil de nobis sine nobis,* un principio de la democracia moderna, nos damos cuenta de que el mismo es inaplicable cuando se trata de minorías, pues éstas son gobernadas pero no concurren a la acción de gobierno. Políticamente, en realidad están sometidos. Pueden incluso ser «tratados» por la mayoría nacional del mejor modo posible y también pueden conservar numerosos privilegios de naturaleza no política e incluso algunos de naturaleza política, pero mantienen la sensación de estar oprimidos, precisamente porque son «trata-

dos» sin que tengan ningún derecho a participar en las decisiones que les afectan.

Los grandes terratenientes alemanes de los territorios de la corona austriaca de mayoría parlamentaria eslava se sentían oprimidos a pesar de poseer un derecho de voto privilegiado que les aseguraba una representación particular en el Parlamento y en las comisiones regionales, y esto porque, precisamente, tenían enfrente una mayoría sobre cuyas ideas políticas ellos no podían influir. Por las mismas razones, se sentían oprimidos los funcionarios y los propietarios de viviendas alemanes que en un municipio con mayoría eslava en los consejos municipales tenían un derecho de voto privilegiado que les aseguraba una tercera parte de los mandatos.

No menos impotentes políticamente son las minorías que jamás han tenido el poder político. Esto no es siquiera necesario subrayarlo particularmente por lo que respecta a quienes pertenecen a las naciones sin historia, y que han seguido viviendo durante siglos como colonizados bajo dominación extranjera; y mucho menos por lo que respecta a los inmigrados en los territorios coloniales de ultramar. Ciertas circunstancias accidentales pueden acaso darles provisionalmente la posibilidad de ejercer cierta influencia política, pero se excluye que esto suceda de forma permanente. Si no quieren permanecer completamente privados de cualquier influencia política no tienen más remedio que adaptar sus propias ideas políticas a las del ambiente en que viven, renunciando a su propia especificidad y a su propia lengua nacional.

Así pues, en las áreas de lengua mixta la introducción de una constitución democrática no significa sin más la introducción de la autonomía democrática. La hegemonía de la mayoría adquiere aquí un significado muy distinto del que tiene en las áreas uniformes desde el punto de vista nacional; para una parte del pueblo no significa democracia sino

hegemonía extranjera. Cuando las minorías nacionales se oponen a las instituciones democráticas y, según las instituciones, acaban por preferir el absolutismo monárquico, el régimen autoritario o una constitución oligárquica, lo hacen porque saben muy bien que para ellos la democracia es sinónimo de sometimiento al poder de otros. Así es por doquier y, hasta ahora, así ha sido en todo tiempo. El ejemplo de Suiza, mencionado con frecuencia, aquí está fuera de lugar. La administración local democrática suiza, dadas las condiciones nacionales del país, puede funcionar sin fricciones sólo porque ya desde hace mucho tiempo las migraciones internas entre las distintas naciones no son absolutamente significativas. Si un día las migraciones de los suizos franceses hacia el Este llevaran a la formación de minorías extranjeras más consistentes en los cantones alemanes, la paz nacional de Suiza no tardaría en ser un recuerdo del pasado.

Esto no puede menos de suscitar graves preocupaciones en todos los amigos de la democracia, es decir, en todos aquellos que ven el remedio político en la autogestión y en el autogobierno del pueblo. En esta situación se encuentran sobre todo los demócratas alemanes en Austria y los pocos demócratas honestos con que el pueblo magiar contaba. Fueron ellos los que contemplaron nuevas formas de democracia que hiciera posible la democracia también en países de lengua mixta.

Contra los defectos congénitos del sistema mayoritario algunos invocan como remedio el sistema electoral proporcional. Pero para los territorios de nacionalidad mixta la elección con el sistema proporcional no es una forma de

superar estas dificultades. El sistema de voto proporcional sólo es aplicable a las elecciones, no a las decisiones sobre actos legislativos, administrativos y jurisdiccionales. La elección con el sistema proporcional, por una parte, hace imposible que, debido a una artificiosa delimitación de las circunscripciones electorales, un partido esté representado en el organismo electivo de un modo que no corresponde a su fuerza; por otra, puede asegurar a la minoría una representación en los organismos electivos y ofrecerle así la posibilidad de controlar a la mayoría y hacer oír claramente su propia voz. Todo esto, en cambio, está excluido cuando se trata de una minoría nacional. Si ésta es minoría en la nación, jamás puede esperar obtener la mayoría en el organismo representativo a través de la elección con el sistema proporcional. Le quedaría tan sólo el segundo significado del sistema electoral proporcional. Pero la mera posibilidad de obtener algún escaño en el organismo representativo tiene escaso valor para la minoría nacional. Aun cuando sus diputados pudieran sentarse en el organismo representativo, participar en las deliberaciones, en la discusión y en las decisiones, quedaría en todo caso excluida de la coparticipación en la vida política. Políticamente, en el verdadero sentido de la palabra, es tan sólo aquella minoría cuyo voto se tiene en cuenta porque tiene la perspectiva de llegar un día al gobierno. Pero como para una minoría nacional esto está excluido, la actividad de sus diputados está limitada *a priori* a la crítica estéril. En las votaciones sus votos pueden ser decisivos sólo si en el orden del día hay cuestiones de escasa importancia en el plano nacional; en todas las demás cuestiones —y son numerosísimas— la mayoría nacional se cierra en banda contra ellos. Para percatarse de cuanto estamos diciendo basta pensar tan sólo en el papel que los daneses, los polacos y los alsacianos han desempeñado en el Parlamento alemán y los croatas en el húngaro, o bien

en la colocación que corresponde a los alemanes en el Parlamento bohemo. Si en la Cámara de los diputados austriaca la situación era distinta, si en ella, no teniendo ninguna nación la mayoría absoluta, la delegación de cada una de las naciones tenía la posibilidad de entrar en la mayoría, esto no demuestra nada contra cuanto hemos dicho, porque Austria era precisamente un Estado autoritario en el que las riendas estaban no en el Parlamento sino en el gobierno. Precisamente la Cámara de diputados austriaca, en la que la formación de los partidos estaba condicionada en primer lugar por los contrastes nacionales, puso de relieve la escasa posibilidad de una colaboración parlamentaria de los diversos pueblos.

Se puede comprender entonces por qué tampoco el principio de la elección con el sistema proporcional puede considerarse como un medio viable para eliminar las dificultades derivadas de la cohabitación de las distintas nacionalidades. Allí donde se ha introducido, la experiencia ha demostrado que, si bien para algunos objetivos es sin duda utilizable y elimina otras fricciones, sin embargo está muy lejos de ser ese medio que soluciona las dificultades nacionales que utópicos bienintencionados han considerado que fuera.

En Austria, tierra clásica de los conflictos interétnicos, en los primeros decenios del siglo XX se formuló la propuesta de eliminar las dificultades nacionales introduciendo la autonomía nacional en razón del principio de personalidad. La propuesta presentada por los socialdemócratas Karl Renner[3] y Otto Bauer[4] preveía la transformación del

Estado autoritario austriaco en Estado nacional democrático. La legislación y la administración del Estado en su conjunto y la administración local de los distritos autónomos no deberían extenderse a las cuestiones controvertidas en el plano nacional; éstas deberían ser tratadas, en las administraciones locales, por los miembros de las naciones mismas, organizadas según el principio de personalidad, por encima de las cuales debería haber unos consejos nacionales como instancias supremas de las diversas naciones. Como cuestiones nacionales controvertidas deberían ser consideradas en primer lugar el sistema escolar y la promoción de las artes y de la ciencia.

Dejemos a un lado la importancia que el programa de la autonomía nacional tuvo en la evolución histórica de los programas germano-austriacos sobre las nacionalidades, así como los presupuestos fundamentales en los que se apoyaba. La única pregunta que aquí debemos hacernos es si este programa habría sido capaz de ofrecer una solución satisfactoria a las dificultades fundamentales que surgen de la cohabitación de pueblos distintos. La respuesta no puede menos de ser negativa. Seguirían intactas como siempre todas aquellas circunstancias que excluyen a una minoría de la participación en el poder, y que, a pesar de la literalidad de las leyes que la llaman a participar en el gobierno, la dejan en cambio en la condición de ser sólo gobernada. Es inimaginable *a priori* seccionar todas las funciones por nacionalidades. Es imposible, por ejemplo, en una ciudad de nacionalidad mixta, crear dos servicios de seguridad, uno alemán y otro checo, cada uno de los cuales operara sólo con respecto a los miembros de la propia nación. Es imposible, en un país bilingüe, crear una doble administración ferroviaria, una dependiente exclusivamente de los alemanes y otra de los checos. Pero si se hace, surgen puntualmente aquellas dificultades de las que

acabamos de hablar. El hecho es que las dificultades de carácter nacional no atañen simplemente al modo de afrontar los problemas ligados inmediatamente a la lengua, sino que afectan a toda la vida pública.

La autonomía nacional habría ofrecido a las minorías nacionales la posibilidad de administrar y organizar autónomamente su sistema escolar. Pero esta posibilidad la tenían en cierta medida también sin la aplicación de este programa, si bien a su cargo. La autonomía nacional les habría asegurado un derecho fiscal específico para tales fines y por otro lado los habría liberado de la obligación de contribuir a la financiación de las escuelas de la otra nacionalidad. Pero esto, en cuanto tal, no tiene toda aquella importancia que le atribuyen los redactores del programa de autonomía nacional.

El estatus que la minoría nacional habría obtenido si se hubiera garantizado la autonomía habría sido parecido al estatus de aquellas colonias de extranjeros privilegiados establecidos por el Estado medieval de clases y luego por el Estado absoluto sobre el modelo heredado del primero, algo semejante a la condición de los sajones en Transilvania. En la democracia moderna esto no habría representado una solución satisfactoria. En general, toda la problemática de la autonomía nacional remite más a las condiciones medievales del Estado de clases que a las de la democracia moderna. En la imposibilidad de crear en el Estado plurinacional una democracia moderna, a los partidarios de esta última que, como demócratas, rechazaban el Estado absoluto, no les quedó otra salida que optar necesariamente por los ideales del Estado medieval de las clases.

Cuando se pretende descubrir un prototipo de autonomía nacional en ciertos problemas de organización de las minorías religiosas, se hace una comparación que es

exacta sólo en un sentido puramente exterior. Se elude, en efecto, que entre los miembros de Iglesias distintas, hoy, cuando la fuerza de la fe no está ya en condiciones de determinar la conducta civil total del individuo como sucedía en otro tiempo, no existe ya aquella imposibilidad de comprensión política que en cambio persiste entre diversos pueblos en virtud de la diversidad de la lengua y de la consiguiente diversidad del modo de pensar y ver las cosas.

El principio de personalidad no puede ofrecer ninguna solución a las dificultades que presenta nuestro problema, porque está expuesto a una enorme decepción sobre la entidad de los problemas controvertidos. Si el objeto del conflicto nacional fueran sólo las llamadas cuestiones de la lengua, se podría razonablemente pensar en construir la paz entre los pueblos afrontando estas cuestiones de un modo particular. Pero el conflicto nacional no se limita en absoluto a las escuelas y centros culturales, a la lengua oficial de los tribunales y de la burocracia, sino que afecta a toda la vida pública, incluida aquella realidad que Renner y muchos otros como él creen que une a las naciones con un fuerte vínculo, o sea, la llamada realidad económica. Sorprende que esto haya podido desconocerse precisamente por los austriacos, que sin embargo se ven obligados a ver a diario cómo todo se ha convertido en manzana de la discordia nacional: las instalaciones ferroviarias y las reformas fiscales, la creación de bancos y los suministros públicos, los aranceles y las exposiciones, las fábricas y los hospitales. Por no hablar de las cuestiones exquisitamente políticas. Todo problema de política exterior en el Estado plurinacional es objeto de controversia entre las distintas nacionalidades, y en ningún país se ha visto más claramente que en Austria-Hungría durante la guerra mundial, cuando cualquier noticia procedente del teatro de la

guerra era interpretada de manera diversa por las distintas nacionalidades, y unos se alegraban mientras otros lloraban y se sentían abatidos cuando los otros triunfaban. Todas estas cuestiones siguen controvertidas en el plano nacional, y si no se las incluye en la solución de la cuestión nacional, la propia solución será incompleta.

El problema que nos plantea la cuestión nacional es precisamente éste: que el Estado y la administración, en el nivel actual de desarrollo económico, deben fundarse necesariamente sobre una base territorial y por tanto abarcar necesariamente, en zonas de lengua mixta, a ciudadanos de distinta nacionalidad.

Hoy los grandes Estados plurinacionales como Rusia, Austria, Hungría y Turquía se han desintegrado. Pero tampoco ésta es una solución del problema constitucional en las áreas de lengua mixta. La disolución del Estado plurinacional elimina muchas complicaciones superfluas porque separa entre ellos los territorios habitados por una población étnicamente homogénea.[30] Debido a la disolución de Austria, el problema nacional para la Bohemia central, para la Galizia occidental, para la mayor parte de la Carniola, está resuelto. Pero sigue siendo un problema en las ciudades y en los pueblos alemanes aislados, englobados en el área lingüística checa de Bohemia, en Moravia, en la Galizia oriental, en el área de Gottsche.

En las zonas de lengua mixta la aplicación del principio de mayoría no lleva a la libertad de todos, sino a la hegemonía de la mayoría sobre la minoría. Ni la situación mejora por el hecho de que la mayoría, íntimamente convencida de que no lleva razón, se muestra proclive a

asimilar coactivamente en la propia nacionalidad a las minorías. En esto naturalmente hay que ver —como ha notado agudamente un escritor— también una expresión del principio de nacionalidad, una concesión a la exigencia de que los confines estatales no superen los confines nacionales.[31] Pero los pueblos torturados esperan su Teseo que aplaste a este moderno Procusto.

Una vía de salida a estas dificultades puede encontrarse en todo caso, ya que no se trata sólo de pequeñas minorías, en los restos de movimientos migratorios desde hace tiempo agotados, como se vería inclinado a pensar quien juzgara esta situación sólo desde el ángulo visual de algunas ciudades alemanas en Moravia o en Hungría o de las colonias italianas en la costa oriental del Adriático. Las grandes migraciones étnicas contemporáneas han conferido una mayor importancia a todos estos problemas. Ya que todos los días nuevos movimientos migratorios crean nuevas zonas de lengua mixta, y el problema que hace algunos decenios era visible sólo en Austria, se ha convertido en un problema mundial bajo otra forma.

La catástrofe de la guerra mundial nos ha hecho ver hacia qué abismo ha sido llevada la humanidad. Y todos los torrentes de sangre que han corrido en esta guerra no han acercado un milímetro la solución del problema. En las zonas de lengua mixta la democracia se le presenta a la minoría como opresión. Donde se es libre de elegir entre oprimir o ser oprimido, es fácil decidirse por el primer término del dilema. El nacionalismo liberal cede así al imperialismo militarista antidemocrático.

b) El problema migratorio y el nacionalismo

La diversidad de las condiciones de vida en las distintas áreas de la superficie terrestre provoca migraciones de los individuos y de pueblos enteros. Si la economía mundial estuviera dirigida por las decisiones de una autoridad suprema capaz de controlarlo y organizarlo todo del modo más funcional, serían valoradas solamente las condiciones de producción más favorables. En ningún lugar se explotaría una mina o una finca poco rentables si en otro lugar estuvieran aún inutilizadas minas o fincas más rentables. Antes de pasar a la explotación en unas condiciones de producción menos rentables habría que comprobar cada vez que no existen ya otras más rentables, y, en el caso de que las menos rentables estuvieran ya en explotación, éstas serían inmediatamente abandonadas siempre que se pudiera encontrar otras cuya rentabilidad fuera de tal manera superior que se pudiera obtener de su abandono, y de la explotación de las nuevas, un beneficio mayor, a pesar de la pérdida que significaría la inutilización del capital ya invertido. Como los trabajadores se ven obligados a instalarse en los lugares de producción o en zonas próximas, las consecuencias para la situación del asentamiento saltan a la vista.

Las condiciones de producción naturales no son en absoluto inmutables, sino que más bien a lo largo de la historia han experimentado drásticas transformaciones. En la naturaleza misma ante todo pueden verificarse transformaciones, por ejemplo a consecuencia de cambios climáticos, catástrofes telúricas y otros acontecimientos físicos elementales. Luego están las transformaciones inducidas por la acción del hombre, por ejemplo el agotamiento de las minas o de la fertilidad del suelo. Pero más importantes todavía son las transformaciones del conocimiento

humano que invalidan los conceptos tradicionales de productividad de los factores de producción. Se suscitan nuevas necesidades, bien por la evolución del carácter humano o bien porque las ha estimulado el descubrimiento de nuevos materiales y de nuevas energías. Se hallan ignotas posibilidades productivas gracias al descubrimiento y la utilización de fuentes de energía antes desconocidas, o bien gracias a los progresos de la técnica de producción, que hace posible emplear fuerzas naturales antes inutilizables o escasamente utilizables. De donde se sigue que al hipotético dirigente supremo de la economía mundial no le bastaría localizar definitivamente las zonas de producción; debería realizar continuos cambios según el cambio de las circunstancias, y cada cambio debería ir acompañado de un traslado de los trabajadores.

Esto que en un socialismo mundial ideal sucedería por disposición del director general de la economía mundial, en el ideal de la economía mundial libre lo realiza la ley de la competencia. Las empresas menos rentables sucumben a la competencia de las más rentables. La producción de materias primas y las industrias se desplazan de las áreas con condiciones de producción menos favorables a las que tienen condiciones más favorables, y con ellas migran los capitales mobiliarios y los trabajadores. El resultado para la dinámica étnica es, pues, en cada caso el mismo: la corriente demográfica va de los territorios menos productivos a los más productivos.

Tal es la ley fundamental de las migraciones individuales y étnicas. Vale lo mismo para la economía mundial socialista y para la libre, y es idéntica a la ley en virtud de la cual se verifica la distribución de la población en todo territorio más restringido, apartado del mundo exterior. Vale siempre, aunque su eficacia puede ser perturbada en medida más o menos relevante por el desconocimiento de la

situación, por aquellos factores sentimentales que solemos llamar amor a la patria o por la influencia de una fuerza externa que impide la migración.

La ley de la migración y de la localización nos permite formarnos una idea exacta de la superpoblación relativa. El mundo, o un país aislado del que es imposible emigrar, deben considerarse absolutamente superpoblados cuando se supera el *optimum* de la población, es decir, aquel punto más allá del cual un incremento del total de la población equivaldría no a un aumento sino a una disminución del bienestar.[32] En cambio, está relativamente superpoblado aquel país en el cual la elevada densidad demográfica impele a utilizar condiciones de producción menos favorables que en otros países, de modo que, *cœteris paribus,* con la misma inversión de capital y de trabajo se obtiene una cantidad menor de producto. En régimen de libre circulación de los hombres y de los bienes, las áreas relativamente superpobladas cederían su excedente demográfico a otras áreas hasta hacer desaparecer la desproporción.

Los principios de libertad, que se han afirmado gradualmente por doquier desde el siglo XVIII, han dado a los hombres absoluta libertad de circulación. El grado creciente de certeza jurídica facilita el desplazamiento de los capitales, y la mejora de los medios de transporte reduce las distancias entre los lugares de producción y los lugares de consumo. Esto coincide —no por casualidad— con una poderosa revolución de todas las técnicas de producción y con la inclusión de toda la superficie del planeta en el mercado mundial. Así el mundo se acerca gradualmente a una condición de libre circulación de hombres y de capitales.

Comienza un imponente movimiento migratorio. En el siglo XIX millones de personas abandonaron Europa para encontrar una nueva patria en el Nuevo Mundo o se desplazaron en el interior del Viejo Mundo. Y no menos importante es la migración de los medios de producción, o sea, la exportación de capitales. Capital y trabajo se trasladan desde las áreas con condiciones de producción menos favorables hacia áreas con condiciones de producción más favorables.

La Tierra sin embargo —por efecto de un proceso histórico del pasado— está dividida en naciones. Toda nación ocupa territorios habitados exclusiva o prevalentemente por sus ciudadanos. Sólo una parte de estos territorios se caracteriza por una población que, gracias a las condiciones de producción, permanecería en ellos incluso en régimen de libertad absoluta de circulación de las personas, y que por tanto no conocería ni emigración ni inmigración. Los demás territorios se caracterizan por asentamientos que en régimen de libertad absoluta de circulación se verían necesariamente constreñidos a ceder o a recibir población.

De este modo las migraciones llevan a los ciudadanos de algunas naciones al territorio de otras naciones. Esto provoca una serie de conflictos específicos entre los distintos pueblos.

Con esto no nos referimos solamente a los conflictos derivados simplemente de fenómenos económicos, que acompañan a todas las migraciones. En los territorios de emigración, ésta provoca una subida del tipo salarial, mientras que lo baja en los países de inmigración. Éste es un fenómeno concomitante necesario de la emigración de los trabajadores, y no, como pretende hacernos creer la doctrina socialdemócrata, una consecuencia accidental del hecho de que los emigrantes provienen de zonas menos civilizadas en las que los salarios son bajos; el motivo que

mueve al emigrante es cabalmente el hecho de que en su patria de origen no puede obtener un salario más elevado a causa de la superpoblación que le caracteriza. Eliminado este motivo, no habría diferencia alguna entre la productividad del trabajo entre Galizia y Massachusetts, y ningún habitante de la Galizia emigraría. Si se quiere elevar las áreas de emigración europeas al nivel de civilización de los Estados de la costa este de Estados Unidos, lo único que se puede hacer es dejar que prosiga la emigración hasta que la superpoblación relativa de las primeras y la subpoblación de los segundos desaparezcan. Es evidente que los trabajadores americanos ven esta inmigración con la misma hostilidad con que los empleadores europeos ven la emigración. Pero sobre la fuga de trabajadores el Junker del este del Elba no piensa de otro modo si su jornalero emigra a Alemania occidental en vez de a América; y el flujo migratorio desde los territorios al este del Elba irrita al trabajador sindicalmente organizado de la Renania no menos que al inscrito en un sindicato de Pensilvania. Pero el hecho de que en un caso exista la posibilidad de prohibir o dificultar la emigración y la inmigración, mientras que en el otro caso puedan pensar una cosa semejante a lo sumo unos pocos extravagantes retrasados un par de siglos en la historia, debe atribuirse a la circunstancia de que en el caso de la emigración interétnica entran en juego también otros intereses además de los intereses de los individuos.

Los emigrantes que se establecen en territorios deshabitados pueden conservar y mantener viva su identidad étnica también en la nueva patria. La separación espacial puede llevar, con el paso del tiempo, a la formación de una nueva nacionalidad autónoma por parte de los emigrantes. Este proceso de autonomización, en todo caso, era más fácil en la época en que los transportes eran sumamente

dificultosos y la transmisión escrita de los valores culturales nacionales estaba fuertemente obstaculizada por la escasa difusión de la escritura. Con el actual desarrollo del transporte, el nivel relativamente elevado de la instrucción y la difusión de los clásicos de la literatura nacional, esta separación nacional y la formación de nuevas culturas nacionales se han hecho mucho más difíciles. La época se orienta prevalentemente hacia un acercamiento de las culturas de los pueblos distantes en el espacio si no ya hacia una fusión entre las naciones. El vínculo de la lengua y de la cultura comunes que une Inglaterra a sus lejanos *dominions* o a los Estados Unidos, políticamente independientes desde hace ya siglo y medio, no se ha debilitado sino que más bien se ha hecho más fuerte. Un pueblo que hoy envía colonizadores a tierras deshabitadas puede estar seguro de que los emigrantes conservarán su identidad étnica.

Si en cambio la emigración se dirige hacia territorios ya habitados, las posibilidades son varias. Puede ocurrir que la afluencia de inmigrantes sea tan masiva o que los mismos tengan características físicas, éticas o intelectuales de tal modo superiores que desplacen a las poblaciones indígenas, como sucedió con los indios de las praderas, que fueron expulsados por los rostros pálidos y condenados a la decadencia; o por lo menos puede suceder que logren conquistar el predominio en la nueva patria, como probablemente habría sucedido a los chinos en los Estados occidentales de la Unión si la legislación no hubiera oportunamente frenado la inmigración; o como podría suceder en el futuro a los inmigrantes europeos en América del Norte y en Australia. Otro es el caso si la inmigración se refiere a un país cuyos habitantes son superiores a los inmigrantes, ya sea numéricamente, ya sea desde el punto de vista de la organización política y cultural. En tal caso

son los inmigrantes los que antes o después tienen que recibir la nacionalidad de la mayoría.

Desde finales de la Edad Media los grandes descubrimientos permitieron a los europeos conocer toda la superficie terrestre. Todas las imágenes tradicionales sobre la habitabilidad de la Tierra hubieron, pues, de cambiar gradualmente; el Nuevo Mundo, con sus extraordinarias condiciones de producción, atrajo a colonizadores de la vieja Europa relativamente superpoblada. Al principio, naturalmente, fueron tan sólo aventureros y gente políticamente insatisfecha los que se trasladaron a aquellas tierras lejanas para encontrar en ellas una nueva patria. La fama de sus éxitos arrastró luego a otros tras sus huellas, primero pocos, luego cada vez más, hasta que en el siglo XIX, al perfeccionarse los medios de transporte marítimos y la eliminación de las limitaciones a la libre circulación, emigraron millones de personas.

No es éste el lugar para analizar el proceso histórico a través del cual todos los territorios coloniales apropiados para el asentamiento de hombres blancos europeos fueron colonizados por ingleses, españoles y portugueses; aquí puede bastarnos el resultado, es decir el hecho de que de ese modo las zonas mejores de la superficie terrestre habitables por los blancos se convirtieron en patrimonio nacional inglés, y lo mismo sucedió paralelamente también con los españoles y los portugueses en América, y en menor medida con los holandeses en Sudáfrica y los franceses en Canadá. Y es un resultado sumamente importante. A él se debe el que los anglosajones sean la nación más populosa entre las naciones civilizadas blancas, y esta circunstancia,

unida al hecho de que los ingleses poseen la mayor flota mercante del mundo y administran políticamente los mejores territorios de la zona tropical, ha llevado a la situación actual según la cual el mundo ha acabado tomando un aspecto inglés y la lengua y la cultura inglesas han impreso su marca sobre el presente.

Para Inglaterra esto significa sobre todo que los ingleses que dejan la isla de Gran Bretaña a causa de su superpoblación relativa pueden trasladarse más o menos siempre a áreas dominadas por la lengua y por la cultura inglesas. Cuando el británico va al extranjero, a Canadá o bien a Estados Unidos, a Sudáfrica o a Australia, deja de ser británico pero no anglosajón. Es cierto que los ingleses hasta hace muy poco no han sabido apreciar esta circunstancia; que no han prestado particular atención a la emigración; que han mirado a los *dominions* y a los Estados Unidos con indiferencia, frialdad y hasta con hostilidad; y que sólo bajo la presión de los esfuerzos que Alemania dirigía contra ellos, trataron de establecer relaciones económicas y políticas más estrechas primero con los *dominions* y luego con Estados Unidos. Y es igualmente cierto que también los otros pueblos que tuvieron menos suerte en la adquisición de posesiones en ultramar descuidaron esta evolución de las cosas al menos tanto como los propios ingleses, y que envidiaron a estos últimos más las ricas colonias tropicales, las colonias comerciales y marítimas, la navegación, la industria y el comercio, que la posesión de los territorios de colonización, que eran menos apreciados.

Sólo cuando la corriente migratoria, procedente inicialmente tan sólo de Inglaterra, se agigantó y empezó a ser alimentada también por otras áreas europeas, surgieron las primeras preocupaciones acerca del destino nacional de los emigrantes. Se notó que, mientras los emigrantes ingleses lograban conservar también en la nueva patria su

lengua madre y la cultura nacional, así como los usos y costumbres de sus padres, los otros emigrantes europeos renunciaban gradualmente a ser holandeses, noruegos, etc., y se adaptaban a la realidad nacional del ambiente en que vivían. Se percataron de que la pérdida de la identidad nacional era inevitable; que podía producirse más o menos rápidamente según las zonas, pero que era ineluctable, y que los emigrantes de la tercera generación a lo sumo, a menudo ya de la segunda y no raramente ya de la primera, se asimilaban a la civilización anglosajona. Los nacionalistas, enamorados de la grandeza de su nación, seguían el fenómeno con preocupación, a pesar de tener la sensación de que nada se podía hacer para contrarrestarlo. Formaron asociaciones que a su vez crearon para los colonizadores escuelas, bibliotecas y periódicos con el fin de contener la pérdida de la identidad de los emigrantes, pero no obtuvieron gran cosa, pues nadie se hacía ilusiones sobre el hecho de que los motivos que impelían a emigrar no eran de orden estrictamente económico, y que la posibilidad de impedir la emigración en cuanto tal no existía. Sólo un poeta como Freiligrath podía pedir a los emigrantes:

Oh sprecht! warum zogt ihr von dannen?
Das Neckartal hat Wein und Korn.
[¡Oh, decid! ¿Por qué os marcháis?
El valle del Neckar es rico en vino y trigo.]

Tanto los políticos como los economistas sabían perfectamente que allí había más vino y más trigo que en su patria.

Todavía a principios del siglo XX a duras penas se sospechaba la importancia de este problema. La teoría del comercio exterior de Ricardo parte aún de la premisa de que

la movilidad del capital y del trabajo existe sólo dentro de las fronteras nacionales. En el interior del país cualquier diversidad local del tipo de beneficio y de salario se nivela mediante las migraciones de capital y de los trabajadores, lo cual no sucede entre diferentes países. Aquí, según Ricardo, falta aquella libre circulación que en último análisis hace que el capital y el trabajo se muevan desde el país que ofrece condiciones de producción menos favorables al que ofrece condiciones más favorables. Lo impiden una serie de factores sentimentales («which I should be sorry to see weakened» [que lamentaría ver debilitados], añade el patriota y político en medio de la argumentación teórica). Capital y trabajo permanecen en el país a pesar de sufrir por ello una disminución de renta, y se orientan hacia aquellos sectores de producción que poseen, si no en absoluto por lo menos relativamente, condiciones más favorables.[34] Como fundamento de la teoría librecambista, por tanto, está el hecho de que capital y trabajo, por razones no económicas, no traspasan los confines nacionales aunque ello parezca ventajoso por motivos económicos. En tiempos de Ricardo esta teoría podía ser válida, pero hoy está completamente superada.

Pero si falla la premisa principal de la teoría ricardiana de los efectos del libre cambio, con ello falla también la propia teoría. No hay ninguna razón para tener que buscar una diferencia de principio entre los efectos del libre cambio en el comercio interno y los que se producen en el comercio exterior. Si entre la movilidad del capital y del trabajo en el interior de un país y la movilidad de los mismos entre Estados no hay más que una movilidad de grado, tampoco la teoría económica puede establecer una diferencia de

principio entre ambas. Esta debe más bien llegar a la conclusión de que al libre intercambio le es connatural la tendencia a atraer las fuerzas del trabajo y el capital con independencia de los confines políticos y nacionales y teniendo en cuenta solamente localidades en que existen las condiciones de producción naturales más favorables. En última instancia, por tanto, el libre cambio ilimitado debe conducir a una modificación de las relaciones de asentamiento sobre toda la superficie terrestre: de los países con condiciones de producción menos favorable, el capital y el trabajo afluyen a los países con condiciones de producción más favorables.

También la teoría librecambista así modificada llega a la misma conclusión que la ricardiana, es decir que, desde el punto de vista puramente económico, nada habla contra el libre cambio y todo habla contra el proteccionismo. Pero llevando a resultados totalmente distintos en relación con el libre cambio sobre los desplazamientos del capital y del trabajo de un lugar a otro, la misma ofrece un criterio también totalmente distinto para examinar las razones extraeconómicas que militan en pro y en contra del proteccionismo.

Si se acepta la tesis ricardiana de que el capital y el trabajo, incluso ante condiciones de producción más favorables, no se ven inducidos a emigrar al exterior, se deduce que en los distintos países iguales empleos de capital y trabajo llevan a resultados distintos. Existen polos más ricos y polos más pobres. Las intervenciones de política comercial no pueden en absoluto modificar esta situación. No pueden hacer más ricos los polos más pobres. Pero parece completamente absurdo el proteccionismo de los pueblos más ricos. Si en cambio se abandona la tesis ricardiana, observamos que en el mundo entero prevalece la tendencia a la nivelación de los tipos de beneficio y de

salario. Entonces no existen ya pueblos más pobres y pueblos más ricos, sino sólo pueblos más densamente poblados y más intensamente cultivados y países que lo están menos.

No cabe la menor duda de que Ricardo y su escuela, en el caso mencionado, no habrían propuesto otra política que la librecambista, ya que no podían ignorar que los aranceles protectores no son el modo de superar estas dificultades. Pero este problema no existió nunca en Inglaterra, a la que la posesión de vastos territorios coloniales hizo que, desde el punto de vista nacional, le pareciera indiferente la emigración. Los emigrantes británicos pueden conservar su identidad étnica incluso lejos de su patria, y si dejan de ser ingleses y escoceses siguen en todo caso siendo anglosajones. Y la última guerra ha demostrado de nuevo qué significa esto en el plano político.

Distinta es la situación del pueblo alemán. Por razones que se remontan al pasado, el pueblo alemán no dispuso de colonias en las que sus emigrantes pudieran conservar su identidad germánica. Alemania es un país relativamente superpoblado; antes o después debe ceder su población excedente, y si por un motivo cualquiera no pudiera o no quisiera hacerlo, esto llevaría inevitablemente a una reducción del tenor de vida de los alemanes a niveles casi mínimos. Pero cuando los alemanes emigran, pierden su identidad nacional, si no ya en la primera generación, seguramente en la segunda, en la tercera o a lo sumo en la cuarta.

Este fue el problema con el que se encontró la política alemana tras la fundación del imperio de los Hohenzollern. El pueblo alemán se halló ante una de esas decisiones que ningún pueblo se ve en la necesidad de adoptar cada siglo. Y fue una fatalidad que la solución de este gran problema se hiciera improrrogable antes de que se

resolviera otro no menor, como era el de la formación del Estado nacional alemán. Sólo para comprender en todo su alcance una cuestión de tal importancia y de tal gravedad histórica se habría necesitado una estirpe libre de disponer sin ningún temor de su propio destino. Pero esto no le estaba permitido al pueblo alemán del imperio granalemán, a los súbditos de los veintidós príncipes confederados. Tampoco en esta ocasión tomó en sus manos su propio destino, sino que confió esta importantísima decisión a los generales y a los diplomáticos; obedeció ciegamente a sus caudillos, sin percatarse de que era arrastrada al abismo. Al final sólo había la derrota.

En Alemania habían empezado a ocuparse del problema de la emigración ya desde principios de los años treinta del siglo XIX. Muy pronto fueron los propios emigrantes los que emprendieron el intento —fallido— de fundar en América del Norte un Estado alemán, y de nuevo fueron los alemanes los que trataron de tomar en sus manos la organización de la emigración. No hay que extrañarse de que estos conatos no pudieran tener éxito alguno. ¿Cómo habría podido triunfar el intento de fundar un nuevo Estado por alemanes que no habían sido capaces ni siquiera en la madre patria de transformar en un Estado nacional la deplorable multiplicidad de decenas y decenas de principados patrimoniales, cada uno con su *enclave*, sus uniones hereditarias y sus leyes locales? ¿Cómo habrían podido los alemanes encontrar la fuerza para mantener un espacio propio en el mundo entre yanquis y criollos si en su propia casa no habían sido capaces de acabar con el ridículo señorío de los tronos en miniatura de los diversos príncipes de Rusin y Schwarzburg? ¿De dónde habría podido venirle al súbdito alemán ese discernimiento político que la gran política requiere, siendo así que en su propia casa se le impedía «juzgar los actos de la suprema

autoridad del Estado con el metro de su limitada capacidad de discernimiento».[35]

A mediados de los años setenta del siglo pasado el problema de la emigración había alcanzado tal importancia que no se podía retrasar más su solución. El punto decisivo no era el crecimiento constante de la emigración. Según los datos recogidos en Estados Unidos la emigración de alemanes (excluidos los austriacos) había aumentado desde las 6.761 unidades en el decenio 1821-30 a las 822.007 en el decenio 1861-70; pero precisamente a partir de 1874 se había producido una contracción, aunque inicialmente sólo momentánea. Mucho más relevante es el hecho cada vez más evidente de que en Alemania las condiciones de producción fueron tan desfavorables para la agricultura y para los más importantes sectores industriales que hacían imposible la competencia con el exterior. La extensión de la red ferroviaria en los países del Este europeo y el desarrollo de la navegación marítima y fluvial favorecieron la importación en Alemania de productos agrícolas en cantidades tales y a precios tan bajos que amenazaban seriamente la supervivencia de un gran número de empresas agrícolas alemanas. Ya a partir de los años cincuenta Alemania era un país importador de centeno y desde 1875 lo fue también de trigo. Y también una serie de sectores industriales, especialmente la industria siderúrgica, tuvo que afrontar crecientes dificultades.

Es evidente cuáles fueron las causas de todo esto, aunque los contemporáneos sólo tuvieron un vago barrunto. La superioridad de las condiciones de producción naturales de los países extranjeros se dejaba sentir cada vez de

manera más incisiva cuanto más reducía sus costes de envío el desarrollo progresivo de los medios de transporte. Se ha intentado también dar una explicación distinta a la realidad de la menor competitividad de la producción alemana contentándose prevalentemente —como es típico de la discusión de los problemas político-económicos en la Alemania de los últimos decenios— con cuestiones secundarias y no esenciales, descuidando en cambio completamente el gran significado de principio que asume el problema.

Si se hubiera reconocido la fundamental importancia de este problema, así como sus conexiones más profundas, se habría tenido que admitir inevitablemente que Alemania estaba relativamente superpoblada y que para conseguir una distribución de la población en toda la superficie terrestre que correspondiera a las condiciones de producción, una parte de los alemanes tenían que emigrar. Quien no hubiera compartido las perplejidades de orden político nacional respecto a una disminución de la población, o por lo menos una detención de su incremento en Alemania, tenía que contentarse con esta explicación. En todo caso, se habría consolado pensando que el traslado a otra parte de algunos sectores de producción habría comportado la apertura de empresas en el extranjero por parte de empresarios alemanes, de suerte que el consumo de la renta empresarial se habría producido en el imperio alemán, con una consiguiente ampliación del margen de maniobra para los productos alimenticios del pueblo alemán.

El patriota que contempla su ideal en los altos índices demográficos tenía que haber admitido que su objetivo habría sido inalcanzable sin bajar el tenor de vida de la nación, a menos que se diera a la nación, con la adquisición de colonias de asentamiento, la posibilidad de conservar

una parte de la población excedente a pesar de su traslado físico lejos de la madre patria. Todas sus energías, pues, tenían que haberse dirigido a la adquisición de un territorio de colonización. A mediados de los años setenta del siglo XIX, y durante un decenio, la situación no era todavía tal que hiciera imposible un objetivo de este tipo. En todo caso, sólo se podía alcanzar por medio de una alianza con Inglaterra. En aquella época, e incluso mucho tiempo después, Inglaterra tenía una gran preocupación, el temor de una seria amenaza rusa sobre sus posesiones en la India. Por ello necesitaba un aliado capaz de mantener a raya a Rusia. Y para esto sólo podía contar con el imperio alemán. Alemania era bastante fuerte para garantizar a Inglaterra la posesión de la India; Rusia no habría osado agredir a la India mientras no estuviera segura de Alemania en sus fronteras occidentales. A cambio de esta garantía Inglaterra habría podido garantizar a su vez una buena contrapartida, y ciertamente lo habría hecho. Acaso habría cedido a Alemania sus extensas posesiones sudafricanas, que entonces contaban solamente con una exigua presencia de colonos anglosajones; acaso habría ayudado también a Alemania a adquirir un territorio colonial más vasto en Brasil o en Argentina, o en la parte occidental de Canadá. Pero que todo esto fuera realizable podía también ponerse en duda

Es cierto que entonces el único modo que tenía Alemania de obtener algún resultado en esta dirección era aliarse con Inglaterra. Pero el *Reich* gran-prusiano de los *Junkers* al este del Elba no quería una alianza con la Inglaterra liberal. Por razones de política interior creía que la Alianza de los tres emperadores, continuación de la Santa Alianza, era el único pacto que podía suscribir, y cuando esta alianza acabó revelándose insostenible, y el imperio alemán, puesto ante la alternativa entre aliarse con Rusia contra Austria-Hungría o bien con esta última contra Rusia, eligió la alianza con Austria, Bismarck trató en todo caso de mantener una relación amistosa con Rusia. Y así se desaprovechó la ocasión para Alemania de adquirir un vasto territorio de asentamiento.

En lugar de tratar de adquirir una colonia de asentamiento aliándose con Inglaterra, el imperio alemán pasó a partir de 1879 al proteccionismo. Como sucede siempre en los momentos de grandes cambios políticos, tampoco aquí se percibió el significado más profundo del problema, así como el sentido de la nueva política que se había emprendido. A los liberales el proteccionismo les pareció una recaída momentánea en un sistema superado; los políticos realistas —esa mezcla de cinismo, falta de principios y egoísmo manifiesto— valoraron aquella política exclusivamente desde el punto de vista de sus propios intereses, en cuanto conducía al aumento de las rentas de los propietarios de tierras y de los empresarios. Los socialdemócratas desempolvaron sus desvaídas reminiscencias ricardianas, pero la fidelidad a la doctrina marxista impidió una visión más profunda de las cosas, que ciertamente no habría sido difícil teniendo a Ricardo como guía. Sólo mucho

más tarde, y también entonces solamente con muchos titubeos, se comprendió el gran significado de aquel giro no sólo para el pueblo alemán sino para todos los pueblos.[38]

La circunstancia que más hay que destacar en la política proteccionista del imperio alemán es su falta de una profunda motivación. Para el político realista estaba suficientemente justificada por el hecho de tener la mayoría en el Parlamento alemán. En cuanto a motivaciones teóricas, en cambio, la cosa se presentaba muy mal. La apelación a la teoría de List de los aranceles de incentivo industrial no era convincente en absoluto. No se refuta el argumento librecambista sosteniendo que el sistema proteccionista sirve para valorizar las fuerzas productivas no explotadas. El hecho de que sin el proteccionismo estas fuerzas no sean valorizadas demuestra que su explotación es menos rentable que la de otras fuerzas productivas utilizadas en su lugar. Tampoco el arancel de incentivo industrial tiene una justificación económica. En cierto modo, las viejas industrias están en ventaja respecto a las jóvenes. Pero desde el punto de vista de la colectividad el nacimiento de nuevas industrias sólo puede considerarse productivo si la menor rentabilidad en la fase inicial tiene por lo menos su cobertura en la mayor rentabilidad que se obtiene en la fase sucesiva. Pero en ese punto las nuevas empresas no sólo son económicamente productivas sino también rentables bajo la óptica económica privada, y habrían nacido también sin incentivos. Toda empresa recién creada tiene que ocuparse de estos costes de fundación

que posteriormente se recuperan. No convence la tesis de quien replica diciendo que casi todos los Estados han sostenido el nacimiento de la industria con aranceles protectores y otras medidas proteccionistas. Queda por ver si el desarrollo de industrias vitales no se habría puesto en marcha también sin tales incentivos. En el interior del territorio del Estado se producen cambios en la localización de la industria sin ninguna ayuda externa. En zonas anteriormente no industriales vemos aparecer industrias que no sólo se consolidan junto a las de las antiguas zonas industriales, sino que a veces expulsan a estas últimas del mercado.

Por lo demás, se puede decir que ninguno de los aranceles protectores fue de incentivo; ni al arancel sobre el trigo ni al arancel sobre el acero ni a ninguno de los demás se les puede dar este nombre. Y List jamás defendió otro tipo de aranceles que los de incentivo, ya que en principio él era partidario del libre comercio.

Por lo demás, en Alemania no se ha intentado nunca formular una teoría del proteccionismo. En efecto, no pueden llamarse tales las prolijas y contradictorias argumentaciones sobre la necesidad de proteger cualquier trabajo nacional y establecer una lista completa de tarifas. Éstas indicaban, ciertamente, la dirección en que se buscaban las razones de la política proteccionista, pero por el hecho mismo de renunciar *a priori* a toda lógica económica y de obedecer a criterios de pura política de poder, no eran apropiadas para afrontar la cuestión de fondo: es

decir si los fines que esperaban alcanzar podían alcanzarse efectivamente por ese medio.

De los argumentos de los proteccionistas debemos apartar ante todo el argumento militar, o, como se dice hoy, de la «economía de guerra», de la autarquía en caso de guerra. De esto volveremos a ocuparnos más tarde. Todos los demás argumentos parten del dato de que en Alemania, para toda una serie de grandes e importantes sectores de producción, las condiciones naturales de producción son más desfavorables que en otros países, y que, por tanto, para producir hay que compensar las desventajas naturales con los aranceles protectores. En agricultura el problema sólo podía ser el de defender el mercado interior; en la industria, el de defender los mercados exteriores, un objetivo que sólo podía alcanzarse con una política de *dumping* de los sectores de producción cartelizados bajo la protección de los aranceles. Alemania, como país relativamente superpoblado que trabaja en una serie de sectores de producción en condiciones más desfavorables que los demás países, tenía que exportar mercancías u hombres. Se decidió a favor de las primeras, pero olvidando que la exportación de mercancías sólo es posible si se entra en competencia con los países que tienen condiciones de producción más favorables, es decir sólo si, aun teniendo costes de producción mayores, se consigue vender a los mismos precios bajos que los países que trabajan con costes de producción inferiores. Pero esto comporta la reducción del salario de los trabajadores y del tenor de vida de toda la nación.

Durante años en Alemania se ha tendido a alimentar grandes ilusiones a este respecto. Para comprender este conjunto de cuestiones se habría tenido que adoptar una lógica económica y no una lógica estatalista y de política de poder. Pero un buen día tenía que imponerse en la mente de todos, con lógica irrefutable, la idea de que el sistema

proteccionista en definitiva está destinado a fracasar. Mientras aún se podía registrar el crecimiento absoluto de la riqueza nacional, se podía fingir ignorar que se estaba erosionando el bienestar relativo del pueblo alemán. Pero observadores atentos del desarrollo económico mundial no podían menos de manifestar su perplejidad sobre el desarrollo futuro del comercio exterior alemán. ¿Cuál sería el destino de las exportaciones de mercancías alemanas cuando en los países que representaban todavía el área de venta de la industria alemana se llegara a desarrollar una industria autónoma capaz de trabajar en condiciones más favorables?[40]

De esta situación surgió en el pueblo alemán el deseo de grandes colonias de asentamiento y territorios tropicales que pudieran abastecer a Alemania de materias primas. Pero como Inglaterra impedía la realización de estas intenciones, aunque poseía vastos territorios en los que los alemanes habrían podido establecerse y disponía de extensas colonias tropicales, se desarrolló en Alemania el deseo de agredir a la propia Inglaterra y de derrotarla en una guerra. Tal fue la lógica que condujo a la construcción de la flota de combate alemana.

Inglaterra intuyó a tiempo el peligro. Al principio intentó un arreglo pacífico con Alemania, dispuesta incluso a pagar un precio elevado. Pero cuando esta intención chocó con la resistencia de la política alemana, Inglaterra se comportó en consecuencia. Estaba firmemente resuelta a no esperar a que Alemania dispusiera de una flota superior a la suya y, por tanto, a anticiparse a romper las hostilidades. Para ello buscó aliados contra Alemania, y, cuando esta última entró en guerra en 1914 contra Rusia y Francia a causa de la cuestión de los Balcanes, también Inglaterra atacó, porque

sabía que en caso de una victoria de Alemania se habría liberado sólo por pocos años de una guerra contra ésta. La construcción de la flota de combate alemana tenía que llevar a la guerra contra Inglaterra antes de que la propia flota alcanzara superioridad sobre la inglesa. En efecto, los ingleses sabían que los buques alemanes no habrían podido tener otro empleo que el de atacar la flota y las costas de Inglaterra. El pretexto con el que Alemania intentó ocultar las verdaderas intenciones que perseguía con la construcción de una poderosa flota militar fue que la necesitaba para proteger su ya extenso comercio marítimo. Los ingleses sabían qué interpretación tenían que dar a esta justificación. En otro tiempo, cuando todavía había piratas, los buques mercantes tenían que ser protegidos en los mares peligrosos con los cruceros. Desde que se instituyó la seguridad sobre el mar (aproximadamente desde 1860 en adelante), esto no era ya necesario. Con mayor razón era imposible explicar la construcción de una flota de guerra, utilizable sólo en aguas europeas, alegando la intención de proteger el comercio.

Se puede también comprender perfectamente por qué las simpatías de casi todos los Estados del mundo se pusieron desde el principio de parte de Inglaterra. La mayoría de ellos tenían buenos motivos para temer el hambre de colonias de Alemania. Existían pocos pueblos de Europa en la misma situación alemana de tener que alimentar a la población en el propio territorio en condiciones más desfavorables que las que se podían encontrar en el resto del mundo. Entre ellos estaban sobre todo los italianos, pero también los checos, y la culpa de que estos dos pueblos acabaran apoyando a nuestros enemigos la tuvo Austria.

La guerra ya se combatió y nosotros la hemos perdido. La economía alemana ha quedado completamente descompuesta por la larga «economía de guerra», y sobre todo deberá pechar con pesadas cargas de indemnización. Pero mucho más grave que todas estas consecuencias inmediatas de la guerra será la repercusión sobre la posición económica de Alemania en el mundo. Alemania ha pagado hasta ahora la adquisición de las materias primas de las que depende, en parte con la exportación de productos industriales, en parte con lo obtenido de sus empresas y de sus capitales exteriores. Todo esto no será ya posible en el futuro. Las instalaciones alemanas en el extranjero fueron expropiadas durante la guerra o utilizadas para pagar la importación de diversos bienes. Pero la exportación de productos industriales encontrará enormes dificultades. Muchos mercados se perdieron durante la guerra y no será fácil volver a conquistarlos. Tampoco aquí la guerra creó ninguna situación nueva, sino que sólo aceleró el desarrollo que se habría producido también sin ella. El bloqueo del comercio provocado por la guerra ha hecho nacer nuevas industrias en las áreas tradicionales de exportación de Alemania. Habrían surgido en todo caso aunque no hubiera habido guerra, pero más tarde. Ahora que existen y trabajan en condiciones más favorables que aquellas en las que se ven obligadas a operar las empresas alemanas, harán una aguerrida competencia a las exportaciones alemanas. El pueblo alemán se verá obligado a limitar sus propios consumos. Trabajará con salarios más bajos, lo cual significa que tendrá que vivir peor que los demás pueblos. El resultado será un descenso del nivel de la civilización alemana. En efecto, la civilización es riqueza. Sin bienestar, sin riqueza, no ha habido nunca civilización.

Ciertamente, quedaría abierta la emigración. Pero los habitantes de zonas eventualmente interesadas no quieren

acoger inmigrantes alemanes porque temen la presión que necesariamente ejercería la inmigración sobre los salarios. Ya mucho antes de la guerra, Wagner podía afirmar que aparte de los judíos no existe otro pueblo que, como el alemán, esté «disperso en tantos fragmentos étnicos e individuos esparcidos casi por toda la faz de la Tierra entre otros pueblos civiles y otras naciones, de las que unas veces forma el elemento de absoluta solidez y otras sólo una especie de fertilizante cultural, raramente a niveles sociales de dirección, sino con mayor frecuencia a niveles intermedios que llegan hasta las posiciones sociales inferiores de los hombres y mujeres más humildes». Y añadía que esta «diáspora alemana» no es mucho más querida, aunque sí más respetada, que la de los judíos y los armenios, y por lo general está expuesta a un rechazo mucho más drástico por parte de la población indígena.[42] ¿Y qué sucederá entonces después de esta guerra?

Sólo ahora podemos darnos cuenta plenamente del daño adicional que el abandono de los principios liberales ha infligido al pueblo alemán. ¡Qué distinta sería hoy la posición de Alemania y de Austria si éstas no hubieran llevado a cabo el desafortunado retorno al proteccionismo! Ciertamente, el total de la población no sería tan elevado como lo es actualmente. Pero una población numéricamente inferior podría vivir y trabajar en las mismas condiciones favorables que los demás países del mundo. El pueblo alemán sería más rico y feliz de lo que es hoy, no tendría enemigos y nadie que le envidiara. Hambre y anarquía, tal es el resultado de la política proteccionista.

El desenlace del imperialismo alemán, que ha precipitado al pueblo alemán en la miseria más negra, reduciéndole a un pueblo de parias, demuestra que los jefes a los

que ha obedecido en la última generación no iban por el buen camino. Por ese camino no era posible conquistar ni gloria ni honor ni riqueza ni felicidad. Las ideas de 1789 no habrían conducido al pueblo alemán al punto en el que hoy se encuentra. Los hombres del Iluminismo, a los que hoy se les reprocha una falta de sentido del Estado,[43] ¿acaso no comprendieron mejor qué es lo que favorece al pueblo alemán y al mundo entero? El curso de nuestra historia demuestra, con más claridad de lo que podrían hacerlo todas las teorías, que el patriotismo rectamente entendido lleva al cosmopolitismo, que la salvación de un pueblo no consiste en oprimir a otros pueblos sino en la cooperación pacífica. Todo su patrimonio, toda su cultura espiritual y material, los ha sacrificado el pueblo alemán inútilmente a un fantasma, sin salvar a nadie y perjudicándose sólo a sí mismo.

Un pueblo que cree en sí mismo y en su propio futuro, un pueblo que piensa que recuperar el sentimiento seguro de lo que une a los ciudadanos no es simplemente una casualidad de nacimiento sino la posición común de una cultura que para cada uno de ellos vale más que cualquier otra cosa, debería ser capaz de soportar tranquilamente el éxodo de algunos individuos hacia otras naciones. Un pueblo consciente de su propia valía renunciará a retener coactivamente a quien quiere irse y a insertar coactivamente en la comunidad nacional a quienes se prestan a ello voluntariamente. Dejar que la fuerza de atracción de la propia cultura se demuestre en la libre competencia con los demás pueblos: sólo esto es digno de una nación orgullosa, sólo esto sería auténtica política nacional y cultural. Para hacer esto no se necesita recurrir a la fuerza y a la dominación política.

El hecho de que ciertos pueblos favorecidos por el destino se arroguen la posesión de vastos territorios coloniales no podía ser una razón válida para adoptar una política distinta. Es cierto, esas colonias no se conquistaron con bellos discursos, y no se puede pensar sin horror en los espantosos genocidios que prepararon el terreno a algunos de los más florecientes asentamientos coloniales actuales. Pero también otras páginas de la historia mundial se escribieron con sangre, y nada es más insensato que intentar justificar el imperialismo de nuestro tiempo, con todas sus brutalidades, refiriéndose a los crímenes de generaciones lejanas. Es preciso reconocer que el tiempo de las expediciones de conquista ha pasado definitivamente, y que hoy por lo menos no es ya admisible usar violencia a pueblos de raza blanca. Quien quiera atacar este principio básico del derecho público internacional moderno, que es el sedimento de las ideas liberales de la era de las Luces, debería meterse contra todos los demás pueblos del mundo. Fue un error fatal querer proceder a un nuevo reparto del globo con los cañones y los acorazados.

Los pueblos que padecen una superpoblación relativa en el territorio en que viven no pueden ya servirse hoy de los instrumentos a los que se recurría normalmente en la época de las grandes migraciones étnicas. Hoy debemos reivindicar absoluta libertad de emigración e inmigración e ilimitada circulación de capitales. Sólo así se podrán obtener las condiciones económicas favorables e indispensables para sus connacionales. Ciertamente, el conflicto entre las nacionalidades por la conquista de la hegemonía estatal no podrá desaparecer jamás completamente de los territorios de lengua mixta, pero perderá su virulencia en la medida en que se limiten las funciones del Estado y se amplíen en cambio las libertades del individuo. Quien quiera la paz entre los pueblos debe combatir el estatismo.

c) Las raíces del imperialismo

Suelen buscarse las raíces del imperialismo moderno en el deseo de conquistar territorios de asentamiento y colonias de explotación. En este sentido el imperialismo se explica como una necesidad económica. Que esta es una concepción inadecuada, se comprende perfectamente en cuanto consideramos la posición del liberalismo respecto al mismo problema. La consigna del liberalismo es la libertad de circulación; al mismo tiempo, es contrario a todas las empresas coloniales. Es irrefutable la demostración aportada por la escuela liberal de que el libre cambio y sólo el libre cambio está justificado desde el punto de vista económico y de que sólo él garantiza de manera óptima el sostenimiento de todos, esto es, la máxima renta del trabajo al mínimo coste.

Este dogma liberal no puede ser invalidado ni siquiera por la afirmación —sobre cuya veracidad no queremos pronunciarnos aquí— según la cual existirían pueblos que no están ni estarán nunca maduros para autogobernarse. Estas razas inferiores —se afirma— deberían, pues, ser gobernadas por las razas superiores sin que en ningún caso sea limitada la libertad económica. Así es como los ingleses han entendido durante mucho tiempo su dominio sobre la India, y del mismo modo se entendió el Estado libre del Congo: puerta abierta a la actividad económica de todas las naciones en libre competencia tanto con los ciudadanos de la raza dominadora como con los propios indígenas. El que luego la praxis de la política se aparte de este ideal; que la misma considere, hoy como siempre, a los indígenas sólo como un medio y no como un fin en sí mismo; que excluya de los territorios coloniales —como hacen sobre todo los franceses con su sistema de asimilación político-comercial— a todos aquellos que no pertenecen

a la raza dominante, todo esto no es más que la consecuencia de la lógica imperialista. Pero ¿cuál es el origen de esta lógica?

Se puede encontrar para el imperialismo también una motivación individualista. Tal es la motivación que brota de las situaciones de las áreas con población mixta. Aquí las consecuencias de la aplicación del método democrático tenían que llevar inevitablemente al nacionalismo militarista, agresivo. No es diferente la situación de aquellos territorios hacia los cuales se orienta hoy la corriente de inmigración. Aquí el problema de la lengua mixta se presenta constantemente, y por tanto no puede menos de presentarse también el nacionalismo imperialista. Así en América y en Australia vemos crecer las tendencias a limitar la indeseada inmigración de nacionalidad extranjera, por el miedo de ser puestos en minoría en el propio país por los extranjeros. Y se trata de tendencias que se han impuesto inevitablemente en el momento mismo en que surgió el temor de no poder ya asimilar completamente a los inmigrados de origen extranjero.

No hay duda de que ha sido este el punto del que partió el renacimiento de la idea imperialista. A partir de entonces el espíritu del imperialismo ha venido socavando gradualmente los fundamentos de toda la construcción ideal del liberalismo, hasta sustituir la misma motivación individualista de que había partido por una motivación colectivista. En la base de la idea del liberalismo está la libertad del individuo; esta concepción rechaza cualquier dominio de una parte de los hombres sobre otra y no reconoce pueblos dominadores y pueblos esclavos, así como, en interés del propio pueblo, no distingue entre amos y esclavos. El imperialismo integral no atribuye ningún valor al individuo. Para él el individuo vale tan sólo como elemento de una totalidad, como soldado de un ejército. El liberal

no da excesiva importancia al número de conciudadanos. No ocurre lo mismo con el imperialismo, el cual aspira más bien a una magnitud numérica de la nación. Para llevar a cabo las conquistas y mantenerlas es preciso tener la supremacía militar, y la importancia militar depende también siempre del número de combatientes de que se dispone. Así, alcanzar y mantener una población numerosa se convierte en un fin específico de la política. El demócrata aspira al Estado nacional unitario porque cree que tal es la voluntad de la nación. El imperialista quiere un Estado lo más grande posible y para obtenerlo le es indiferente que corresponda o no al deseo de la nación.[44]

En el modo de concebir el poder y sus límites el Estado nacional imperialista apenas se distingue del viejo Estado absoluto. Al igual que este último, no reconoce otros límites a la extensión de su dominio que los que le impone una potencia igualmente fuerte que a él se opone. También su afán de conquista es ilimitado. Del derecho de los pueblos no quiere ni siquiera oír hablar. Cuando «tiene necesidad» de un territorio lo toma y acaso pretenda también que los pueblos sometidos consideren todo esto justo y razonable. Considera a los pueblos extranjeros no como sujetos sino como objeto de la política. Éstos son —precisamente como en otro tiempo ocurría con el Estado absoluto— una pertenencia del territorio en el que residen. Tal es la razón de que también en la terminología imperialista moderna se repitan expresiones que se creían olvidadas.

En efecto, se habla de confines geográficos, de la necesidad de usar una franja de territorio como «bastión»; de nuevo se redondean territorios, intercambiándolos y vendiéndolos por dinero.

Estas doctrinas imperialistas son hoy comunes a todos los pueblos. Ingleses, franceses y americanos, que arremetieron contra el imperialismo, no son menos imperialistas que los alemanes. Hay que decir, sin embargo, que su imperialismo se distingue del alemán anterior a noviembre de 1918 sobre un punto importante. Mientras que los demás dirigieron sus intentos imperialistas solamente hacia los pueblos tropicales y subtropicales, respetando en cambio fielmente los principios de la democracia moderna con respecto a los pueblos de raza blanca, los alemanes, precisamente por su situación en las áreas de lengua mixta de Europa, practicaron abiertamente su política imperialista también contra los pueblos europeos.[46] Las grandes potencias coloniales se atuvieron firmemente, en Europa y en América, al principio democrático pacifista de nacionalidad practicando el imperialismo solamente con los pueblos africanos y asiáticos. Por tanto, no cayeron en contradicción con el principio de nacionalidad de los pueblos

blancos como hizo el pueblo alemán, el cual intentó practicar el imperialismo por doquier, también en Europa.

Para justificar la aplicación de los principios imperialistas en Europa, la teoría alemana se vio obligada a combatir el principio de nacionalidad, sustituyéndolo por la doctrina del Estado unionista, según la cual los Estados pequeños hoy no estarían ya legitimados para existir por ser demasiado pequeños y débiles para formar un área económica autónoma. Por ello deberían buscar un *Anschluss*, una anexión a Estados más grandes, para formar junto con ellos una «comunidad económica y de trinchera».[47]

Si con esto se quiere simplemente decir que los Estados pequeños no están en condiciones de oponer una resistencia adecuada al afán de conquista de los vecinos más poderosos, no hay nada que objetar. En efecto, los Estados pequeños no pueden medirse en el campo de batalla con los grandes, y, en el caso de guerra entre ellos y un gran Estado, están destinados a sucumbir, a no ser que reciban ayuda del exterior. Ayuda que raramente viene a faltar, porque la prestan Estados grandes o pequeños no por compasión o por razones de principio, sino por su estricto interés. En realidad, observamos que durante siglos los Estados pequeños se han conservado tan bien como las grandes potencias, y el transcurso de la guerra mundial indica que también en el presente los Estados pequeños en el fondo no parecen ser los más débiles. El hecho de que se intente inducirles con amenazas a la anexión a un Estado más grande o de obligarles con la violencia de las

armas a someterse, no es una prueba a favor de quien afirma que «las soberanías de los Estados pequeños son un anacronismo».[48] Esta afirmación no es hoy menos verdadera o falsa de lo que fue en tiempos de Alejandro Magno, de Tamerlán o de Napoleón. Las ideas políticas de la edad moderna señalan como más segura que en siglos anteriores la existencia de un Estado pequeño. La circunstancia de que las potencias centrales a lo largo de la guerra mundial obtuvieran victorias militares sobre algunos Estados pequeños no nos autoriza en modo alguno a afirmar que «la pequeña gestión de la realidad estatal» está hoy tan superada como la de una pequeña siderurgia. Cuando Renner, considerando las victorias militares que las tropas alemanas y austriacas obtuvieron sobre los serbios, cree liquidar el principio de nacionalidad con la fórmula marxista «las condiciones materiales de la realidad estatal se rebela a sus condiciones ideales —una contradicción teórica que en la práctica resulta fatal para el pueblo y el Estado»—, olvida el hecho de que la debilidad militar fue fatal para los Estados pequeños también en los milenios precedentes.

La afirmación de que todas las pequeñas realidades nacionales están superadas la justifican Naumann, Renner y sus seguidores diciendo que un Estado debe por lo menos disponer de un territorio que garantice una autosuficiencia económica. Lo dicho en páginas anteriores demuestra que este argumento no se sostiene. El criterio de la autosuficiencia económica de un Estado no tiene sentido en una época en que la división del trabajo abarca áreas extensísimas si no directamente al mundo entero. Es totalmente indiferente que los habitantes de un Estado hagan frente

a sus necesidades directamente o indirectamente a través de la producción interna; lo único importante es que estén en condiciones de hacerles frente. La pregunta que Renner oponía a las naciones austríacas que aspiraban a la autonomía política —¿dónde pensaban adquirir esta o aquella mercancía una vez que se hubieran separado de la comunidad del Estado austro-húngaro?— era totalmente absurda. Incluso cuando la estabilidad estatal unitaria era una sólida realidad, aquellas naciones recibían esas mercancías no gratuitamente sino sólo a cambio de algo equivalente, lo cual no resulta mayor cuando la unidad política se quebró. Esta objeción habría tenido sentido solamente si viviéramos en una época en la que fuera imposible el comercio internacional.

La verdadera cuestión, pues, no es la dimensión del territorio estatal. Distinta, en cambio, es la cuestión de la capacidad de un Estado para sobrevivir con una población poco numerosa. En tal caso se trata de saber si los costes de un gran número de estructuras estatales son mayores para los Estados pequeños que para los grandes. Los pequeños Estados que aún existen en gran número en Europa, como Liechtenstein, Andorra, Mónaco, pueden, por ejemplo, crear una organización judicial propia jerárquicamente articulada sólo si se agregan a un Estado vecino. Es claro que la existencia de un Estado de este género sería absolutamente imposible desde el punto de vista financiero si quisiera tratar de montar una organización judicial amplia semejante a la que un Estado más grande pone a disposición de sus propios ciudadanos, por ejemplo creando un Tribunal Supremo. Puede decirse que, desde este punto de vista, los Estados que cuentan con una población numéricamente inferior a las unidades administrativas de los Estados más grandes, consiguen sobrevivir sólo excepcionalmente, es decir, cuando la población es particularmente

rica. Los Estados más pequeños en los que no existe este supuesto deben apoyarse administrativamente en un Estado vecino más grande, al menos por razones financieras.[50] Pero naciones que son demográficamente tan pequeñas que no responden a estas condiciones no existen ni pueden existir, ya que el desarrollo de una lengua de cultura autónoma presupone siempre la existencia de centenares de millares de ciudadanos.

Cuando Naumann, Renner y sus numerosos seguidores recomiendan a los pequeños pueblos de Europa la anexión a una Europa central guiada por Alemania, malinterpretan la esencia de la política proteccionista. Por motivos políticos o militares, una alianza con el pueblo alemán que asegurase a todas las partes la independencia sería desde luego deseable para los pequeños pueblos de la Europa oriental y occidental. Pero en absoluto podría parecer aceptable por ellos una unión en función exclusiva de los intereses alemanes. Pero precisamente esto era lo que tenían en mente los fautores de la Europa central. En efecto, éstos querían una liga que pusiera a Alemania en condiciones de sostener militarmente la competencia de las grandes potencias mundiales en lucha por la posesión de las colonias; una posesión colonial cuyas ventajas habrían favorecido tan sólo al pueblo alemán. Además, ellos imaginaban el imperio centroeuropeo como una comunidad proteccionista. Pero es precisamente esto lo que no quieren estos pueblos más pequeños, que no desean ser únicamente áreas para la venta de los productos de la industria alemana, ni quieren renunciar en su casa a aquellos

sectores industriales que tienen allí su ubicación natural ni a importar las mercancías producidas fuera de Alemania a precios inferiores. Para los Estados prevalentemente agrarios, para los cuales se preveía la incorporación al imperio centroeuropeo, se pensó que como motivo de atracción habría bastado el aumento de los precios de los productos agrícolas que se habría producido inevitablemente como consecuencia de la acogida en el área aduanera centroeuropea. Es innegable que por lo menos Rumanía, una vez admitida en una unión aduanera austro-húngara, habría experimentado un aumento de los precios de sus propios productos agrícolas. Pero se olvida que, por otra parte, habrían aumentado los precios de los productos industriales, por lo que Rumanía habría tenido que pagar los precios internos alemanes más altos mientras paga precios más bajos en el mercado mundial manteniéndose fuera de la unión aduanera con Alemania. Si hubiera sido admitida en esta unión, las pérdidas habrían sido superiores a las ganancias, ya que actualmente Rumanía es un país relativamente poco poblado, o por lo menos no superpoblado; lo cual significa que buena parte de sus productos de exportación puede exportarlos, hoy y en un futuro previsible, sin recurrir al *dumping*. Rumanía no tiene empresas en la producción primaria, y tiene pocas en la industria que no tengan una ubicación natural. Distinta es la situación de Alemania, la cual precisamente en los principales sectores de producción trabaja en condiciones más desfavorables que las de los países extranjeros.

La lógica imperialista, que alberga la pretensión de ayudar al desarrollo económico moderno a ser justo, es en realidad prisionera de las concepciones feudales de la economía natural. En la época de la economía mundial es incluso un contrasentido hacer pasar por propuesta económica la propuesta de crear grandes áreas económicas autárquicas.

En tiempos de paz es indiferente producir medios de subsistencia y materias primas para el propio país o venderlos al extranjero a cambio de otros productos propios, siempre que el cambio sea económico. Cuando un príncipe medieval adquiría una franja de tierra en la que funcionaba una industria minera, tenía el derecho de declarar suya esa industria. Si en cambio un Estado moderno se anexiona una posesión minera, no por esto las minas son propiedad de sus súbditos. Éstos tienen que comprar los productos del propio trabajo exactamente como lo han hecho siempre, y la circunstancia de que se hayan producido cambios en el ordenamiento político no tiene ninguna consecuencia en lo que respecta a la propiedad de esas minas. Si el príncipe celebra la anexión de una nueva provincia, si se ufana por la grandeza de su reino, ello es perfectamente comprensible. Pero si el pequeño burgués se regocija porque «nuestro» reino se ha hecho más grande, porque «nosotros» hemos adquirido una nueva provincia, esta alegría no brota de la satisfacción de necesidades económicas.

Desde el punto de vista político-económico el imperialismo no corresponde en absoluto al nivel de desarrollo económico alcanzado en 1914. Cuando los hunos atravesaron Europa matando y quemando, las cenizas que dejaban tras sí perjudicaron sólo a sus enemigos. Cuando, en cambio, las tropas alemanas destruyeron minas de carbón y fábricas, infligieron un golpe también al aprovisionamiento del consumidor alemán. Cualquiera que esté dentro del comercio internacional se dará cuenta de que en el futuro el carbón y muchos productos industriales sólo podrán fabricarse en medida reducida y a costes más altos.

Una vez que esto se ha comprendido, a favor de la política de expansión nacional no queda más que el argumento militar. La nación debe ser numerosa para poder

proporcionar muchos soldados. Pero se precisan los soldados para conquistar territorios en los que poder criar otros soldados. Éste es el círculo al que la lógica imperialista no puede escapar.

d) El pacifismo

Fanáticos y filántropos han abanderado siempre la idea de la paz universal perpetua. De la miseria y la desesperación en que las guerras han precipitado a individuos y pueblos ha surgido la nostalgia profunda de la paz que nadie deberá ya perturbar jamás. Los utópicos describen con los más vivos colores las ventajas de una situación sin guerras e incitan a los Estados a unirse en un pacto de paz duradero que comprenda a todo el mundo. Apelan a la nobleza de ánimo de los emperadores y de los reyes, y se refieren a los mandamientos divinos y prometen la gloria eterna a quienes quieran realizar sus ideales, una gloria con mucho superior a la de los grandes héroes de la guerra.

La historia ha archivado sistemáticamente tales propósitos de paz. Estos no han sido nunca otra cosa que curiosidades literarias que nadie tomó jamás en serio. Los poderosos jamás pensaron renunciar a su poder y jamás se les ocurrió subordinar sus propios intereses a los de la humanidad, como pretendían los ingenuos utópicos.

Muy distinto del juicio sobre este viejo pacifismo que confía en genéricas consideraciones filantrópicas y siente horror por la sangre vertida, es el juicio que hay que formular sobre el pacifismo de la filosofía iluminista del iusnaturalismo, del liberalismo económico y de la democracia política que floreció a partir del siglo XVIII. Este no brota de un sentimiento que pide al individuo y al Estado renunciar a perseguir sus intereses terrenales por amor a la gloria

y en la esperanza de una recompensa ultraterrena, ni se afirma como un postulado abstracto, carente de una conexión orgánica con otras exigencias éticas. Aquí, más bien, el pacifismo emana con necesidad lógica del entero sistema de la vida social. Quien desde un punto de vista utilitarista rechaza el dominio del hombre sobre el hombre y postula el derecho íntegro de los individuos y de los pueblos a la autodeterminación, ha rechazado ya implícitamente la guerra. Quien ha puesto como base de su concepción del mundo la armonía de los intereses rectamente entendidos de todas las clases en el interior de la nación y de todas las naciones entre sí no puede encontrar un motivo razonable para hacer la guerra. Quien piensa que los aranceles protectores y las prohibiciones comerciales son medidas que perjudican a todas las partes interesadas puede comprender todavía menos cómo se puede considerar la guerra de otro modo que como un acto destructor y nihilista, en una palabra, como un mal que castiga a todos, vencedores y vencidos. El pacifismo liberal postula la paz porque considera inútil la guerra. Y esta es una concepción que sólo se puede entender desde el punto de vista de la libertad económica elaborado por la teoría clásica de Hume, Smith y Ricardo. Quien quiera preparar una paz duradera debe ser, como Bentham, un defensor de la libertad de comercio y de la democracia, intervenir decididamente para que sea abolida toda dominación política de colonias por parte de la madre patria, y luchar por la total libertad de circulación de las personas y de los bienes.[51] Ya que estas y no otras son las premisas de una paz perpetua. Si se quiere conseguir la paz, hay que eliminar de la faz de la tierra la posibilidad de conflictos entre los pueblos.

Y la fuerza para hacerlo la poseen sólo las ideas del liberalismo y de la democracia.[52]

Apenas se abandona este punto de vista, nada plausible puede oponerse a las guerras y al conflicto. Si se está seguro de que entre los distintos estratos de la sociedad existen antagonismos de clase inconciliables que no pueden resolverse más que mediante la victoria violenta de una clase sobre otra, y si se cree que entre distintos pueblos no es posible otra relación que aquella en que uno vence y el otro pierde, entonces, naturalmente, hay que admitir que las revoluciones en el interior y las guerras en el exterior son inevitables. El socialista marxista rechaza la guerra exterior porque ve el enemigo no en el pueblo extranjero sino en la clase poseedora del propio pueblo. El imperialista nacionalista rechaza la revolución porque está convencido de la solidaridad de intereses de todos los estratos sociales de la nación en la lucha contra el enemigo exterior. Ambos no son fundamentalmente contrarios a la intervención armada y a las soluciones cruentas como lo son en cambio los liberales, los cuales admiten la guerra sólo con fines defensivos. Por ello no hay nada más vil que la indignación de los socialistas marxistas por la guerra y los chovinistas por la revolución motivada por consideraciones filantrópicas por la sangre inocente derramada. *Quis tulerit Gracchos de seditione querentes?*

El liberalismo rechaza la guerra de agresión no por consideraciones filantrópicas sino por un criterio de utilidad. La rechaza porque juzga nociva la victoria que de ella

debe seguirse y no quiere conquistas porque ve en ellas un medio inútil para alcanzar los objetivos últimos que persigue. No con las guerras y las victorias, sino sólo con el trabajo, puede un pueblo crear las condiciones para la prosperidad de sus conciudadanos. Los pueblos conquistadores al final decaen, ya sea porque son aniquilados por pueblos más fuertes, o bien porque como clase dominante son superados culturalmente por los pueblos sometidos. Ya una vez los germanos conquistaron el mundo, pero al final tuvieron que sucumbir. Ostrogodos y vándalos acabaron combatiendo; visigodos, francos y longobardos, normandos y varegos quedaron vencedores en el campo de batalla, pero fueron vencidos culturalmente por los pueblos sometidos; los vencedores adoptaron la lengua de los vencidos y fueron absorbidos gradualmente por ellos. Como dice el coro de *La Sposa di Messina,* «los conquistadores van y vienen; nosotros obedecemos, pero permanecemos». A la larga, la espada resulta ser el medio menos indicado para expandir una nación. Es «la impotencia de la victoria» de que habla Hegel.

El pacifismo filantrópico quiere eliminar la guerra sin eliminar sus causas.

Alguien ha propuesto resolver la controversia entre los pueblos por tribunales de arbitraje. Como en las relaciones entre los individuos, no se admite ya que uno se tome la justicia por sí mismo, y la parte ofendida, excepto en casos particulares excepcionales, tiene sólo el derecho de apelar al tribunal, así debería ser también en las relaciones entre los pueblos. También aquí la fuerza debería ceder al derecho. Resolver pacíficamente las controversias entre los pueblos no sería en definitiva más difícil que resolverlas entre ciudadanos de una nación. Los adversarios de la jurisdicción arbitral en las controversias internacionales deberían ser juzgados de manera no diferente a como son juzgados los pendencieros señores feudales, los cuales, cuando podían, ofrecían resistencia a la jurisdicción estatal. Ciertamente, habría que vencer ciertas resistencias. Si se hubiera hecho ya hace muchos años, se habría evitado la guerra mundial, con todas sus trágicas consecuencias. Otros partidarios de la jurisdicción arbitral entre los Estados

no llegan tan lejos en sus reivindicaciones. Auspician la introducción obligatoria de la jurisdicción arbitral por lo menos para el próximo futuro, y no para todas las controversias sino sólo para aquellas que no se refieren ni al honor ni a las condiciones de existencia de los pueblos, es decir, sólo para los casos pequeños, mientras que para los demás podría mantenerse el viejo método de la decisión en el campo de batalla.

Pero es una ilusión pensar en reducir de este modo el número de guerras. Ya desde hace muchas décadas las guerras sólo han sido posibles por causas importantes. Sobre esto no es ni siquiera necesario citar ejemplos históricos ni dar una larga explicación. Los Estados absolutos hicieron la guerra siempre que lo requería el interés de los príncipes que confiaban en la expansión de su poder. Los príncipes y sus consejeros pensaban que la guerra era un medio como cualquier otro: libres de cualquier consideración por las vidas humanas que ponían en juego, se aplicaban fríamente a ponderar las ventajas y los inconvenientes de la intervención militar lo mismo que un jugador de ajedrez calcula sus jugadas. La vía de los reyes estaba literalmente sembrada de cadáveres. Las guerras no se iniciaban, como suele afirmarse, «por motivos fútiles». El motivo de la guerra era siempre el mismo: el afán de poder de los soberanos absolutos. Lo que en el exterior aparecía como causa de la guerra era tan sólo un pretexto (piénsese, por ejemplo, en la guerra por Silesia de Federico el Grande). La época democrática no conoce ya guerras emprendidas por el soberano sin el conocimiento de la nación. Incluso las tres potencias imperiales europeas, últimas representantes de la vieja concepción absolutista del Estado, no tenían ya desde hacía mucho tiempo fuerza para desencadenar tales guerras. La oposición interna democrática era ya demasiado fuerte. Desde el momento en que

la victoria de la idea liberal del Estado contribuyó a la afirmación del principio de nacionalidad, las guerras sólo fueron posibles por motivos nacionales. Esta realidad no podían cambiarla ni la circunstancia de que el avance del socialismo pusiera en peligro el liberalismo, ni el hecho de que al timón estuvieran todavía las viejas potencias militares de la Europa central y oriental. Esto es un éxito de la idea liberal que nada podrá ya borrar; y no deberían olvidarlo todos aquellos que se dedican a denigrar sistemáticamente el liberalismo y el iluminismo.

Si, pues, para los casos de conflicto menos importantes que surgen en las relaciones entre los pueblos hubiera que elegir entre acudir al procedimiento arbitral o bien dejar la decisión a las negociaciones entre las partes en causa, es una cuestión que aquí nos interesa menos, por importante que sea. Sólo hay que constatar que todos los compromisos de los que se ha hablado en los últimos años parece que son indicadores simplemente para resolver tales contenciosos menos relevantes, y que hasta ahora todos los intentos de extender ulteriormente el ámbito de la jurisdicción arbitral internacional han fracasado.

A quien afirma que se pueden eliminar *todas* las controversias internacionales a través de los tribunales de arbitraje, de modo que quedara neutralizada enteramente la solución bélica, habría que recordarle que toda jurisdicción presupone en primer lugar la existencia de un derecho universalmente reconocido, y en segundo lugar la posibilidad de aplicar los principios jurídicos a los casos singulares. Ahora bien, ni una cosa ni otra son adecuadas para aquellas controversias internacionales de las que hablamos. Todos los intentos realizados para crear un derecho internacional material cuya aplicación pudiera resolver las controversias entre los pueblos han fracasado. Hace cien años la Santa Alianza intentó levantar como pilar del

derecho internacional el principio de legitimidad. La situación patrimonial de los soberanos absolutos de entonces tenía que ser protegida y garantizada contra otros soberanos y también, como correspondía al pensamiento político de la época, contra las pretensiones de los súbditos revolucionarios. No es necesario indagar mucho sobre las causas del fracaso de este intento. Y, sin embargo, parece que hoy aflora de nuevo un gran deseo de repetirlo y de crear, con la Sociedad de Naciones de Wilson, una nueva Santa Alianza. Y el hecho de que hoy no existan soberanos absolutos que garanticen su situación patrimonial, sino que existan pueblos, es una diferencia que no modifica la esencia de las cosas. El hecho decisivo es que se garantice una situación patrimonial. Como hace cien años, se trata una vez más de un reparto del mundo que pretende ser eterno y definitivo. Pero esta situación no durará más que la otra, y, no menos que la otra, acarreará sangre y miseria a la humanidad.

Cuando fue arrollado el principio de legitimidad tal como lo entendía la Santa Alianza, el liberalismo proclamó un nuevo principio para regular las relaciones internacionales. Se pensó que el principio de nacionalidad significaba el fin de todas las controversias internacionales y que tenía que ser la norma para resolver pacíficamente cualquier conflicto. La Sociedad de Naciones nacida en Versalles acoge también este principio, naturalmente sólo para los pueblos de Europa. Olvida sin embargo que precisamente la aplicación de este principio enciende las rivalidades étnicas allí donde conviven desordenadamente elementos de distintas etnias. Aún pesa más en el platillo de la balanza el hecho de que la Sociedad de Naciones no reconozca la libre circulación de las personas y que los Estados Unidos gocen de la prerrogativa ulterior de rechazar a los inmigrantes indeseables. Una Sociedad de Naciones

así puede durar mientras tiene el poder de mantener a raya a los adversarios; su prestigio y la fuerza de sus principios se basan en el poder coercitivo al que sus miembros tienen que plegarse pero que no reconocerán nunca como una norma jurídica que hay que respetar. Los alemanes, los italianos, los checos, los japoneses, los chinos, etc., no podrán nunca considerar justo que los inmensos territorios de América del Norte, de Australia y de las Indias Occidentales tengan que seguir siendo propiedad exclusiva de la nación anglosajona y que los franceses puedan cercar millones de quilómetros cuadrados de la mejor tierra como si se tratara de una finca privada.

La doctrina socialista espera de la realización del socialismo la instauración de la paz perpetua. «En ese punto —piensa Bauer— cesan aquellas migraciones individuales que, gobernadas como están por las ciegas leyes de la competencia capitalista, están sustraídas casi completamente a los efectos de una normativa consciente. En su lugar se pone la reglamentación planificada de las migraciones por parte de las comunidades socialistas. Éstas atraerán inmigrantes a las zonas en que un aumento del número de trabajadores eleva la productividad del trabajo, e inducirán a una parte de la población a emigrar cuando la tierra, aumentando el número de ocupados, dé rendimientos decrecientes. Desde el momento en que la emigración y la inmigración son reglamentadas conscientemente por la sociedad, el poder sobre los confines lingüísticos está en manos de cada nación. De tal modo las migraciones sociales no podrán ya violar, contra la voluntad de la nación, el principio de nacionalidad.»

Podemos imaginarnos la realización del socialismo de dos maneras. La primera es la maximalista de la realización

del Estado socialista mundial, del socialismo que unifica a todo el mundo. Aquí la autoridad a la que corresponde la dirección suprema de la producción definirá las localizaciones de cada producción y por tanto regulará también las migraciones de los trabajadores; así pues, desempeñará las mismas funciones que en la economía libre —hasta ahora no realizada ni siquiera aproximadamente— corresponden a la competencia entre productores. Esta función trasladará a los trabajadores desde las zonas en que las condiciones de producción son más desfavorables a aquellas en que son más favorables. Pero de este modo también en la comunidad socialista aparecerán los problemas nacionales. Si se quiere limitar en Alemania y ampliar en Estados Unidos la industria textil y la siderúrgica, no hay más que desplazar obreros alemanes al área anglosajona. Son estos traslados los que, como dice Bauer, violan continuamente, contra la voluntad de la nación, el principio de nacionalidad. Pero lo violan no sólo, como él opina, en el sistema económico capitalista, sino también en el socialista. El hecho de que en la organización económica liberal esos traslados estén gobernados por la «ciega» ley de la competencia capitalista mientras que en la comunidad socialista sean «conscientemente» regulados por la sociedad, es puramente secundario. Ya que si la regulación consciente de las migraciones obreras obedece a criterios de pura racionalidad económica —algo que también Bauer, y con él todo marxista, presupone como un hecho axiomático—, entonces llevará inevitablemente al mismo resultado al que conduce la libre competencia, es decir, al hecho de que, saltando las relaciones de asentamiento nacional históricamente heredadas, los obreros son trasladados a las zonas en que se necesitan para explotar las condiciones de producción más favorables. Pero aquí es donde está la raíz de todas las fricciones nacionales. Sería una simple utopía suponer que en

la comunidad socialista las migraciones obreras más allá de los confines de las áreas de asentamiento nacional no deben llevar a los mismos conflictos nacionales que se verifican en la comunidad libre. Naturalmente, tal suposición es admisible si se piensa en la comunidad socialista como una comunidad no democrática, ya que, como hemos visto, todas las fricciones nacionales se verifican tan sólo en democracia. El socialismo mundial, entendido como un imperio mundial de la esclavitud universal de los pueblos, aportaría seguramente la paz nacional.

Pero la realización del socialismo también es posible de otro modo distinto del Estado mundial. Podemos imaginar que una serie de entidades estatales socialistas autónomas coexistan —como Estados nacionales unitarios— una junto a otra sin que se instaure una dirección colectiva de la producción mundial. Las distintas comunidades, que en tal caso son propietarias de los medios de producción naturales y de los productos que se encuentran en su territorio, mantienen simplemente una relación de intercambio recíproco de bienes. En semejante socialismo los conflictos nacionales, respecto a lo que sucede en los países que tienen una organización económica liberal, no sólo no se atenuarían sino que se exasperarían sustancialmente. El problema migratorio no perdería nada de su capacidad potencial de generar conflictos étnicos. Los Estados probablemente no se cerrarían totalmente a la inmigración, pero negarían a los inmigrantes la estabilidad de residencia y la obtención de la plena participación en la renta de la producción nacional. Se produciría, a nivel internacional, una situación parecida a la de los trabajadores temporeros que emigran a Sajonia para la recolección de la remolacha de azúcar. Como toda comunidad socialista dispondría del producto de los recursos naturales que se encuentran en su propio territorio, y por tanto la renta de los ciudadanos de los distintos

territorios sería distinta —mayor para un pueblo, menor para otro—, bastaría este motivo para oponerse a la afluencia de elementos extranjeros. En el sistema económico liberal los ciudadanos de todos los pueblos tienen la posibilidad de adquirir la propiedad privada de los medios de producción de todo el mundo, de suerte que, por ejemplo, también los alemanes tienen la facultad de asegurarse una parte de los recursos naturales de la India, y por otra parte el capital alemán a su vez puede emigrar hacia la India para contribuir a explotar allí las condiciones de producción más favorables. En un sistema social socialista esto no sería posible, pues en él el poder político y la explotación económica tienen que coincidir. Los pueblos europeos serían excluidos de la posesión de otras partes de la tierra. Deberían tolerar impasibles que de los inmensos recursos naturales de los territorios de ultramar se beneficiaran sólo los residentes, y deberían asistir pasivamente a la no utilización de una parte de estos recursos naturales por la imposibilidad de crear el capital que los explote.

Todo pacifismo que no se base en un orden económico liberal, basado a su vez en la propiedad individual de los medios de producción, será siempre utópico. Quien desee la paz entre los pueblos debe intentar poner fuertes límites al Estado y a su influencia.

No es casual que las ideas principales del imperialismo moderno puedan encontrarse en los escritos de dos padres del socialismo alemán y del socialismo moderno en general, es decir, en las obras de Engels y de Rodbertus. Para la concepción estatalista de un socialista es natural que un Estado, por necesidades geográficas y comerciales, no pueda permitir que se le cierre el acceso al mar. La cuestión del

acceso al mar —que siempre ha guiado la política de conquista rusa en Europa y en Asia y ha dictado los comportamientos del Estado alemán y austriaco respecto a Trieste y del Estado húngaro en lo que atañe a los eslavos meridionales, y que ha parido las tristemente célebres teorías del «corredor» a las cuales se quiere sacrificar la ciudad de Danzig— para los liberales ni siquiera se plantea. El liberal no comprende cómo se puede usar a hombres como «corredor», ya que el criterio *a priori* del que parte es que hombres y pueblos no pueden nunca ser usados como medios, pues son siempre fines, y no puede concebir a los hombres como una pertenencia del territorio en que habitan. El partidario del liberalismo comercial que asume el criterio de la plena libertad de circulación no logra comprender qué ventaja puede ofrecer a un pueblo la facultad de transportar las mercancías de exportación hasta la costa atravesando un territorio que pertenece al propio Estado. Si la vieja Rusia zarista hubiera adquirido un puerto noruego y además un «corredor» que condujera hasta este puesto atravesando Escandinavia, no por ello habría conseguido acortar las distancias de las distintas regiones internas de Rusia desde el mar. Lo que la economía nacional rusa siente como una desventaja es la circunstancia de que los lugares de producción rusos están muy distantes del mar y por tanto no pueden beneficiarse, desde el punto de vista de los transportes, de las ventajas que ofrece la facilidad del transporte marítimo de las mercancías. Pero la eventual adquisición de un puerto escandinavo no modificaría esta situación; si existe el libre cambio, es absolutamente indiferente que los puertos más cercanos estén gestionados por funcionarios rusos o extranjeros. El imperialismo en realidad necesita puertos porque tiene necesidad de puntos de apoyo para su flota en cuanto quiere desencadenar guerras económicas. La

economía no estatizada del libre cambio no conoce este argumento.

Rodbertus y Engels se oponen ambos a las reivindicaciones políticas de los pueblos no alemanes de Austria. Engels echa en cara a los paneslavistas que no comprendieran que los alemanes y los magiares, cuando en Europa las grandes monarquías eran una necesidad histórica, «fundieran en un gran imperio a todas aquellas pequeñas naciones entumecidas, impotentes, anémicas, permitiéndolas participar en desarrollos históricos a los que, abandonadas a sí mismas, habrían permanecido siempre ajenas». Y admite que «hechos tales no pueden verificarse sin aplastar por la fuerza millares de tiernas florecillas nacionales. Pero en la historia, sin la fuerza, sin una férrea crueldad, no se obtiene nada; y si Alejandro, César, Napoleón, hubieran tenido los mismos sentimentalismos, la misma capacidad de conmoverse que los paneslavistas invocan a favor de sus clientes fracasados, ¿qué habría sido de la historia universal? ¿Acaso los persas, los celtas o los germanos cristianos no valen lo que los checos, los ogulinos, los sereshanos?»[57] Estas frases podrían haber sido escritas por un escritor partidario del pangermanismo o, *mutatis mutandis,* por un chovinista checo o polaco. Engels prosigue: «Hoy, sin embargo, la centralización política se ha convertido, como consecuencia de los gigantescos progresos de la industria, del comercio y de las comunicaciones, en una necesidad mil veces más imperiosa que en los siglos XV y XVI. Todo lo que todavía debe centralizarse, hoy se centraliza. ¡Y ahí están los paneslavistas que no piden "liberar" a los eslavos semigermanizados suprimiendo una centralización que todos sus intereses reclaman!» Esto no es, en esencia,

otra cosa que la teoría de Renner de la tendencia a la centralización que domina la vida del Estado, y de la necesidad económica que domina al Estado plurinacional. Como se ve, los marxistas ortodoxos han sido injustos con Renner al llamarle hereje «revisionista».

El camino hacia la paz perpetua no pasa por el reforzamiento del centralismo estatal, según las aspiraciones del socialismo. Cuanto más se amplía el espacio que el Estado pretende ocupar en la vida del individuo, tanto más importante resulta para él la política y tantas más áreas de fricción se crean en las zonas con población mixta. Reducir al mínimo el poder estatal, como ha exigido siempre el liberalismo, significaría atenuar de manera esencial los conflictos que surgen entre las distintas naciones que conviven en el mismo territorio. La única verdadera autonomía nacional es la libertad del individuo frente al Estado y a la sociedad. La «estatización integral» de la vida y de la economía lleva inevitablemente a la lucha entre los pueblos.

La plena libertad de circulación de las personas, la defensa más amplia posible de la propiedad y de la libertad de cada uno, la eliminación de cualquier coerción estatal en la escuela; en una palabra, la más puntual y completa ejecución de las ideas de 1789: tales son los presupuestos de una situación pacífica. Si entonces cesan las guerras, quiere decir que «la paz ha brotado de las fuerzas interiores de los seres humanos, que los hombres, o mejor los hombres libres, se han hecho pacíficos».

Nunca como hoy hemos estado tan lejos de este ideal.

3. *Sobre la historia de la democracia alemana*

a) Prusia

Uno de los fenómenos más extraordinarios de la historia de los últimos cien años nos lo ofrece el hecho de que las ideas políticas modernas de libertad y de autogobierno no han conseguido penetrar en el pueblo alemán, mientras que han sabido imponerse casi por doquier sobre la faz de la Tierra. La democracia ha sabido superar en todas partes el viejo absolutismo estatal. Sólo en Alemania y en Austria —además, naturalmente, de en Rusia— la revolución democrática ha sido repetidamente derrotada. Mientras que todo pueblo de Europa y de América ha atravesado una época de liberalismo político-constitucional y político-económico, solamente en Alemania y en Austria el liberalismo ha encontrado pocos éxitos. Ciertamente, en el terreno político, el viejo Estado absoluto, representado en su expresión más pura en la Constitución de Prusia bajo Federico el Grande, tuvo que hacer algunas concesiones, pero estaba muy lejos de transformarse en una monarquía parlamentaria de tipo inglés o italiano; como resultado de los grandes movimientos políticos del siglo XIX aquí hemos tenido el Estado autoritario.

El Estado democrático que vemos realizado casi por todas partes a principios del siglo XX se apoya en la identidad del gobierno y de los gobernados, del Estado y del pueblo. Gobierno y gobernados, Estado y pueblo, son aquí una misma cosa. No ocurre lo mismo en el Estado autoritario. Aquí están por una parte los elementos que rigen el Estado, los cuales se consideran a sí mismos y sólo a sí mismos como el Estado; el gobierno brota de ellos y con ellos se identifica. Por otra parte está el pueblo,

que aparece sólo como objeto y no sujeto de la acción de gobierno, que se dirige al Estado a veces rogando y a veces exigiendo, pero sin identificarse con él. Esta antítesis ha encontrado su expresión más elocuente en el lenguaje del primer parlamentarismo austriaco, en el cual se contraponen las «necesidades estatales» a las «necesidades nacionales». Con las primeras se entendía la cuota de gasto financiero que el Estado obtiene tomándolo para sí del presupuesto; con las segundas, la cuota que trataba de arrancar el pueblo; y los diputados sudaban la gota gorda para obtener, como compensación por la aprobación de las necesidades estatales, la aprobación de las «necesidades nacionales», las cuales a veces coincidían con las de los distintos partidos, si no ya simplemente con las del diputado individual. A un político inglés o francés estas contraposiciones le habrían parecido inconcebibles, ya que nunca habría podido comprender cómo puede ser necesario para el Estado sin ser al mismo tiempo necesario para el pueblo, y viceversa.

La contraposición entre autoridad y pueblo que caracteriza al Estado autoritario no es totalmente idéntica a la que existe entre soberano y pueblo que caracteriza al Estado absoluto; y es aún menos idéntica a la contraposición entre el soberano y las clases en el viejo Estado de clases. Sin embargo, todas estas formas dualistas conllevan una connotación común en su contraposición al Estado democrático moderno, con su fundamental unidad de gobierno y pueblo.

No han faltado intentos de explicar el origen y el fundamento de esta peculiaridad de la historia alemana. La explicación más simple la dieron aquellos estudiosos que creyeron entender el Estado autoritario como emanación de un particular espíritu alemán y trataron de caracterizar al Estado nacional democrático como «no alemán», como

algo que no encaja en el ánimo del alemán.[59] También se ha intentado aducir como explicación la particular situación política de Alemania, en el sentido de que un Estado amenazado por enemigos externos, como el alemán, no habría podido tolerar en su interior una constitución liberal. «Es razonable que el grado de libertad que puede permitirse en las instituciones gubernamentales deba ser universalmente proporcional a la presión político-militar que se ejerce en los confines del Estado.»[60] Nadie puede negar que existe un nexo íntimo entre la situación política y la constitución de un pueblo. Lo que sorprende es que nunca nos preocupemos de aducir tan sólo la situación política externa y no también la interna para explicar el orden constitucional. En las páginas siguientes seguiremos el procedimiento inverso. Trataremos de explicar la muy discutida especificidad de la vida constitucional alemana sobre la base de las relaciones políticas internas, es decir, sobre la base de la posición de la Prusia alemana y de Austria en los territorios de lengua mixta.

Cuando los súbditos de los príncipes alemanes empezaron a despertar de su secular sueño político, encontraron su patria reducida a harapos, repartida como un bien patrimonial entre una serie de familias cuya impotencia en el exterior era apenas enmascarada por la tiranía que ejercían en el interior. Sólo dos príncipes territoriales eran bastante poderosos para mantenerse con autonomía; pero sus instrumentos de poder no se apoyaban en su posición en Alemania sino en sus posesiones extraalemanas. Para

Austria esta afirmación no precisa de ulterior demostración, ya que el hecho jamás fue negado. Distinto, en cambio, es el caso de Prusia. De ordinario se ignora la circunstancia de que la posición de Prusia en Alemania y en Europa permaneció siempre insegura hasta que los Hohenzollern consiguieron —primero con la anexión de Silesia, entonces medio eslava, luego con la conquista de Posnania y la Prusia occidental— formar una entidad estatal mayor y territorialmente homogénea. Precisamente aquellas empresas en las que Prusia basaba su posición de poder —su participación en la victoria sobre el sistema napoleónico, el aplastamiento de la revolución de 1848 y la guerra de 1866— habrían sido imposibles sin la ayuda de los súbditos no alemanes de sus provincias orientales. Ni siquiera la adquisición de nuevos territorios alemanes por medio de las batallas de 1813 y 1866, combatidas con la ayuda de sus súbditos no alemanes, desplazó el centro de gravedad del Estado prusiano de Oriente a Occidente. Conservar íntegramente sus posesiones al este del Elba continuó siendo para Prusia una condición de su existencia.

El pensamiento político del alemán, que poco a poco maduraba espiritualmente, acercándose a la vida pública, no podía mirar a ninguno de los Estados existentes en suelo alemán. Lo que el patriota alemán veía ante sí era tan sólo las ruinas del antiguo esplendor imperial y la lamentable y desordenada administración de pequeños príncipes alemanes. La vía para la construcción del Estado alemán sólo podía pasar por la aniquilación de estos pequeños déspotas. Sobre esto todos estaban de acuerdo. Pero ¿qué hacer con las dos potencias alemanas?

La dificultad del problema puede apreciarse mejor por la comparación con Italia. La situación en Italia era parecida a la de Alemania. Al Estado nacional moderno se contraponía una multitud de pequeños príncipes y la gran

potencia de Austria. Con los primeros los italianos no tardaron en acabar, pero con la otra nunca lo consiguieron solos. Y Austria no sólo dominaba directamente gran parte de Italia, sino que también en las restantes regiones protegía la soberanía de los distintos príncipes. Sin la intromisión de Austria, Joaquín Murat y el general Pepe ya habrían construido el Estado nacional italiano. En cambio los italianos tuvieron que esperar aún mucho tiempo antes de que el cambio de relaciones entre Austria y las demás potencias les ofreciera la posibilidad de alcanzar su objetivo. Italia debe su libertad y su unidad a la ayuda francesa y prusiana y, en cierto sentido, también a la inglesa. Para conquistar luego también Trieste para el reino de Italia se precisó la ayuda del mundo entero. Los italianos, por sí solos, perdieron todas las batallas contra Austria.

En Alemania la situación era distinta. ¿Cómo habría podido triunfar el pueblo alemán sobre dos poderosas monarquías militares como Austria y Prusia? Con la ayuda extranjera, como en el caso de Italia, no se podía contar. Lo más natural habría sido que la idea nacional alemana se hubiera impuesto a los alemanes de Prusia y de Austria con tanta fuerza que les hicieran desear la unificación de Alemania. Si los alemanes, que en el ejército prusiano eran una amplísima mayoría y constituían un elemento importante en el austriaco, se hubieran demostrado alemanes como en 1849 los magiares se habían demostrado magiares, de las turbulencias de la revolución de 1848 habría surgido un imperio alemán libre y unido desde el Belt al Adigio. Los elementos no alemanes en los ejércitos austríaco y prusiano seguramente no habrían estado en condiciones de resistir con éxito el asalto de todo el pueblo alemán.

Pero los alemanes de Austria y de Prusia eran también contrarios, o por lo menos partidarios sólo con ciertas condiciones, a las aspiraciones unitarias, y éste era el hecho

decisivo. Los hombres de Paulskirche habían naufragado no —como quiere la leyenda— por doctrinarismo, idealismo o abstracción profesoral, sino por la circunstancia de que la mayoría del pueblo alemán participó solamente con un interés escaso en la causa del pueblo, y que quería no sólo el Estado *alemán,* sino al mismo tiempo el Estado austriaco y prusiano, por no hablar de aquellos que no se sentían en absoluto alemanes sino solamente austriacos o prusianos.

Nosotros, que hoy estamos acostumbrados a hacer coincidir el prusiano puro y el austriaco puro solamente con las figuras del conservador del este del Elba y del clerical alpino; nosotros, que percibimos en la apelación a Prusia y a Austria tan sólo pretextos de los enemigos del Estado nacional, difícilmente podemos luego estar dispuestos a conceder aunque sólo sea la buena fe a los patriotas negro-amarillos y negro-blancos de otro tiempo. Hay en esto no sólo una grave injusticia hacia hombres de cuyas honestas aspiraciones no se debería permitir dudar, sino que a través de esta visión absolutamente antihistórica cerramos el camino para comprender algunos procesos muy importantes de la historia alemana.

Todo alemán conoce aquel pasaje del viejo Goethe en *Dichtung und Wahrheit* (*Poesía y verdad*) en el que el poeta describe la profunda impresión que suscitó en los contemporáneos la figura de Federico el Grande.[61] Es cierto que tampoco el Estado de los Hohenzollern, que en la historiografía cortesana ha sido exaltado como la realización de todas las utopías, era mejor que los demás Estados alemanes, y Federico Guillermo I y Federico II no eran déspotas

menos odiosos que cualquier señorón del Württemberg o de Hesse. Pero una cosa distinguía a la Prusia brandenburguesa de los demás territorios alemanes: el Estado no era ridículo, y su política tenía un propio fin consciente y cierto en su ambición de potencia. Se podía odiar a este Estado, temerle, pero no ignorarle.

Así, pues, si los pensamientos políticos de los mismos alemanes no prusianos, sin el apremio de su existencia estatal, se orientaban furtivamente hacia Prusia, y si incluso los extranjeros formulaban un juicio no del todo desfavorable sobre este Estado, ¿por qué sorprenderse de que inicialmente el pensamiento político en tierra prusiana se aferrara con mayor frecuencia al Estado que, con todos sus errores, tenía en todo caso de su parte la ventaja de existir realmente, en lugar de a la imagen soñada de un Estado alemán cotidianamente contradicha por la miseria del Sacro Romano Imperio? Así, en Prusia se formó una conciencia estatal prusiana, y los que pensaban y sentían de este modo no eran solamente los miembros pagados por el aparato estatal prusiano y sus numerosos beneficiarios, sino también hombres de segura fe democrática como Waldek,[62] y con él miles y miles de personas.

Se suele reducir la cuestión alemana a la antítesis demasiado estrecha entre la visión gran-alemana y la pequeño-alemana. En realidad el problema era más profundo y más amplio. Era sobre todo la antítesis neta entre el sentimiento nacional alemán, por un lado, y la conciencia austriaca y prusiana del Estado, por otro.

El Estado unitario alemán sólo habría podido construirse sobre las ruinas de los Estados alemanes; quien hubiera querido hacerlo, habría tenido ante todo que erradicar la mentalidad que trataba de conservar los Estados prusiano

y austriaco. En marzo de 1848 este pareció un objetivo fácil de alcanzar. Entonces se podía esperar que los demócratas prusianos y austriacos, colocados ante la necesidad de decidir, optaran —aunque probablemente tras una serie de luchas intestinas— por una gran Alemania unida. Sin embargo, en ambos grandes Estados alemanes la democracia fue derrotada antes de que se considerara posible. En Viena y en Berlín esta resistió durante pocas semanas, luego entró en escena el Estado autoritario y optó por echar el freno. ¿A qué se debía ello? En efecto, el vuelco había sido extraordinariamente repentino. Inmediatamente después, la completa victoria de la democracia en marzo, la fuerza del nuevo espíritu, había empezado a ceder y ya al poco tiempo el ejército prusiano, guiado por el príncipe de Prusia, apenas huido del país, pudo pasar a la ofensiva contra la revolución.

Fue general la opinión de que la actitud de las provincias orientales de Prusia fue decisiva.[63] Si se tiene en cuenta este punto, no resulta demasiado difícil aclarar las causas de ese cambio tan repentino. En aquellas provincias orientales los alemanes eran minoría en una población que hablaba otra lengua, y de la aplicación de los principios democráticos debían temer la pérdida de la hegemonía de que habían gozado hasta entonces. Se habrían convertido en una minoría que jamás habría podido contar con la conquista del poder, saboreando inevitablemente las delicias de aquella ilegitimidad política que es el destino de todas las minorías extranjeras.

Los alemanes de las provincias de Prusia, de la Posnania y de Silesia no podían esperar nada bueno de la democracia. Fue esto lo que condicionó la actitud de los alemanes de Prusia, ya que en los territorios de lengua mixta los

alemanes tenían un peso político superior al que les habría correspondido en razón de su número. Entre ellos estaban casi todos aquellos que pertenecían a las clases sociales más altas de aquellas provincias: funcionarios, profesores, comerciantes, propietarios de tierras y los principales hombres de negocios. Así, pues, en los estratos superiores de los alemanes de Prusia los ciudadanos de las zonas limítrofes amenazados representaban una fracción numéricamente superior a la de los propios alemanes de las zonas limítrofes de toda la población alemana de Prusia. La masa de los habitantes de las zonas limítrofes se unió compacta a los partidos que apoyaban al Estado dándoles la preponderancia. Sobre los súbditos no alemanes de Prusia la idea del Estado alemán no consiguió ejercer poder alguno, mientras que sus súbditos alemanes temían a la democracia alemana. Tal fue la tragedia de la idea democrática en Alemania.

Aquí están, pues, las raíces del particular tipo de mentalidad política del pueblo alemán. Fue la situación de peligro de los alemanes de las zonas limítrofes la que hizo palidecer rápidamente el ideal de la democracia en Alemania y la que hizo regresar a los súbditos de Prusia tras la breve luna de miel de la revolución, y echarse, humildemente arrepentidos, en brazos del Estado militar. Ellos sabían, pues, qué les esperaba en la democracia. Por más que execraran el despotismo de Potsdam, se veían obligados a plegarse a su voluntad, a no ser que quisieran caer bajo el dominio de Polonia o de Lituania. A partir de entonces se convirtieron en la guardia fiel del Estado autoritario. Con su ayuda el Estado militar prusiano aplastó a los liberales. Todos los problemas políticos de Prusia en aquel punto fueron valorados exclusivamente a la luz de la situación en Oriente. Fue esa situación la que determinó la actitud débil de los liberales prusianos a lo largo del conflicto constitucional. Y fue también esa situación la que indujo a Prusia, por lo menos mientras

fue posible, a buscar la amistad con Rusia y a frustrar las esperanzas en la alianza natural con Inglaterra.

Nada más fácil en aquella situación para el Estado autoritario prusiano que aplicar también a la solución del máximo problema nacional alemán los métodos empleados para conquistar y mantener su posición en Alemania. En Alemania las armas de los *Junkers* habían triunfado. Habían derrotado a la burguesía alemana, neutralizado la influencia de los Habsburgo, dado a los Hohenzollern la hegemonía sobre los pequeños y medianos príncipes. El poder militar prusiano oprimió a los elementos no alemanes que vivían en las provincias orientales eslavas de Prusia, en el Schleswig septentrional y en la Alsacia-Lorena. Ofuscado por el fúlgido esplendor de las victorias obtenidas en tres guerras, el militarismo prusiano, como habría hecho añicos por la fuerza cualquier obstáculo que se le hubiera puesto en su camino, así creía que tenía que emplear la fuerza incluso para resolver todos los problemas nuevos que iban surgiendo. Con la fuerza de las armas había que defender la posición gravemente amenazada de los Habsburgo y de los alemanes en la monarquía danubiana, y proceder a nuevas conquistas en Oriente, Occidente y Ultramar.

El error implícito en este cálculo hacía tiempo que lo había descubierto la teoría liberal del Estado. Los teóricos y los políticos del poder deberían haber recordado aquellas famosas palabras de Hume según las cuales todo dominio se basa en el poder que ejerce sobre las mentes, todo gobierno es siempre y solamente minoría y sólo puede dominar a la mayoría porque esta última o está convencida del buen derecho de los dominadores o considera deseable su dominio en interés propio.[64] Además, no habría

tenido que descuidar el hecho de que el Estado autoritario alemán, también en Alemania, se basaba en último análisis no en la fuerza de las bayonetas sino, sobre todo, en una determinada disposición del espíritu alemán, determinada por las condiciones nacionales de asentamiento del pueblo alemán en el Este. No deberían haberse hecho ilusiones a propósito del hecho de que en realidad la derrota del liberalismo alemán era reconducible exclusivamente a la circunstancia de que las condiciones de asentamiento en el Este eran de tal naturaleza que la llegada de la democracia habría llevado a la represión y a la deslegitimación de los alemanes, de suerte que se había creado en amplias franjas del pueblo alemán una predisposición a las corrientes antidemocráticas. Habrían tenido que confesarse a sí mismos, finalmente, que también el Estado autoritario alemán, como cualquier otro, se basa no en la victoria de las armas sino en la del espíritu, sobre las victorias conseguidas por los principios autoritario-dinásticos sobre los liberales. Nadie fue tan miope respecto a esta serie de contextos como aquella escuela de políticos realistas alemanes que negaba cualquier influencia de las corrientes espirituales en la vida de los pueblos y pensaba que todo se reduce a las «relaciones de fuerza objetivas». Cuando Bismarck afirmaba que sus éxitos se debían únicamente al poder del ejército prusiano y se burlaba de los ideales de la *Paulskirche*, pasaba por alto el hecho de que también el poder del Estado prusiano se basaba en ideales, si bien en ideales opuestos, los cuales se habrían derrumbado sin más si las ideas liberales hubieran penetrado en el ejército más de lo que realmente sucedió. Esto lo sabían perfectamente aquellos círculos que se esforzaban afanosamente en mantener al ejército lejos del «derrotismo moderno».

El Estado autoritario prusiano no podía derrotar a todo el mundo. Un pueblo irremediablemente condenado a

permanecer en minoría habría podido obtener una victoria de este género sólo con la fuerza de las ideas, gracias a la opinión pública, nunca con las armas. Pero el Estado autoritario, sumergido en el desprecio absoluto a la prensa y a toda la «literatura», desdeñaba los instrumentos de lucha ideales. Para sus adversarios, sin embargo, el pensamiento democrático hacía sólo propaganda. Sólo en plena guerra, cuando era ya demasiado tarde, en Alemania se comprendió el poder que se ocultaba en esta propaganda y lo inútil que era usar la espada contra el espíritu.

Si el pueblo alemán consideraba injusto el reparto de los territorios coloniales sobre la faz de la tierra, tenía que haber tratado de cambiar la idea a la opinión pública mundial, la cual consideraba injusto este reparto. Que lo hubiera conseguido, es otra cuestión. Pero no es del todo inverosímil pensar que para esta batalla se habría podido encontrar un conjunto de aliados, junto a los cuales se habría podido obtener mucho y tal vez todo. Es cierto que un pueblo de 80 millones de individuos que empiece dando batalla a todo el resto del mundo no tenía esperanza de futuro, a no ser que hubiera utilizado instrumentos ideales. Una minoría no puede doblegar a la mayoría con las armas; sólo puede hacerlo con el espíritu. Una auténtica *Realpolitik* es sólo aquella que sabe poner las ideas a su servicio.

b) Austria

La concepción teleológica de la historia, según la cual todos los acontecimientos históricos son efecto de determinados objetivos que se fijan al desarrollo humano, ha asignado al Estado danubiano de los Habsburgo, que durante cuatrocientos años ha mantenido su posición entre las potencias

europeas, distintas tareas. Ahora tenía que ser el escudo de Occidente contra la amenaza del Islam, ahora el baluarte y el refugio del catolicismo contra las herejías; unos quisieron ver en él el puntal del conservadurismo en general, y otros aún del Estado cuya variada composición nacional destinó a ser mediador ejemplar de la paz entre los pueblos.[65] Como se ve, las misiones eran muchas; y según como se fuera configurando la situación política, se prefería uno a otro aspecto. Pero la historia sigue en curso sin fijarse en estas quimeras. Príncipes y pueblos se preocupan muy poco de lo que la filosofía de la historia les prescribe como misión a cumplir.

La historiografía causal no busca la «misión» o la «idea» que pueblos y Estados deben realizar, sino la idea política que transforma pueblos y unidades étnicas en Estados. La idea política que constituía el fundamento de todas las formaciones estatales de los últimos siglos de la Edad Media y de los primeros de la Edad Moderna era el principado. El Estado existía por voluntad del rey y de su casa. Esto vale tanto para el Estado de Habsburgo austriaco —desde Fernando, que como emperador alemán se llamó I, hasta el Fernando que fue el único que se llamo I como emperador austriaco— como para todos los demás Estados de aquella época. En esto el Estado austriaco no era distinto de los demás Estados de su tiempo. Las tierras patrimoniales de Leopoldo I no eran distintas del Estado de Luis XIV o de Pedro el Grande. Pero luego los tiempos cambiaron. El Estado absoluto sufrió el ataque del movimiento liberal y en su lugar surgió el Estado nacional libre. El principio de nacionalidad se convirtió en el pilar de la cohesión estatal, en la idea misma del Estado. En esta evolución no

pudieron participar todos los Estados sin modificar sus confines geográficos; muchos tuvieron que aceptar modificaciones territoriales. Pero para la monarquía danubiana el principio de nacionalidad significó la negación de su misma legitimidad para existir.

Algunos patriotas italianos clarividentes pronunciaron ya desde 1815 la condena a muerte del Estado de la dinastía Habsburgo-Lorena; no más tarde de 1848 en todos los pueblos que formaban el imperio hubo hombres que sostenían esta idea, y de más de una generación pudo decirse tranquilamente que toda la juventud intelectual de la monarquía —a excepción de una parte de los alemanes de los Alpes educados en escuelas católicas— era hostil al Estado. Todos los no alemanes del imperio esperaban ardientemente el día que había de llevarles la libertad y un Estado nacional propio, ya que deseaban separarse del Estado nacido de la «política matrimonial». Algunos llegaron a comprometerse. Veían lúcidamente cuál era la situación en Europa y en el mundo, no se hacían excesivas ilusiones sobre los obstáculos que todavía se interponían a la realización de sus ideales, y por ello estaban dispuestos por el momento a contentarse con su propia condición, adecuándose a la realidad de hecho del Estado austriaco y húngaro, o, mejor, haciendo de la doble monarquía una pieza de su juego. Los polacos, los eslavos meridionales, los ucranianos y, en cierto sentido, también los checos, trataron de aprovecharse para sus fines del peso de este gran Estado que aún conservaba todo su poder. Algunos observadores superficiales han querido sacar de esta actitud la consecuencia de que estos pueblos se habían reconciliado con la existencia de hecho del Estado y que más bien lo deseaban. Nada más equivocado. El irredentismo no desapareció jamás realmente del programa de uno cualquiera de los partidos no alemanes. Se toleraba que las esferas oficiales

no declararan abiertamente en Viena los fines últimos de sus aspiraciones nacionales, pero en privado —aun observando externamente las limitaciones impuestas por los párrafos del Código penal sobre la alta traición— no se pensaba ni se hablaba de otra cosa que de la liberación y del día en que se sacudirían el yugo de la dinastía extranjera. Los ministros checos y polacos e incluso numerosos generales eslavo-meridionales no olvidaron jamás que eran hijos de pueblos oprimidos y jamás se sintieron, a pesar del rango que ocupaban en la corte, otra cosa que precursores del movimiento liberal que quería separarse de este Estado.

Sólo los alemanes han adoptado una actitud distinta respecto al Estado de los Habsburgo. Es cierto que también en Austria ha habido un irredentismo alemán, aunque no puede interpretarse en tal sentido cualquier viva a favor de los Hohenzollern o de Bismarck en las fiestas del solsticio, en las asambleas estudiantiles o en los comicios electorales. Pero si bien los gobiernos austriacos en los últimos cuarenta años de existencia del imperio, salvo raras excepciones, han sido más o menos antialemanes y han perseguido a menudo con leyes draconianas ciertas manifestaciones relativamente inofensivas de los sentimientos nacionales alemanes, mientras que ciertos actos mucho más violentos de las otras nacionalidades gozaban de una benévola tolerancia, los partidos fieles al Estado han tenido siempre la ventaja entre los alemanes. Hasta los últimos días del imperio los alemanes se han sentido como los auténticos pilares de la idea del Estado, como los ciudadanos de un Estado alemán. ¿Fue ofuscación? ¿Fue inmadurez política?

Sin duda, una gran parte, mejor dicho la mayor parte del pueblo alemán en Austria, era y sigue siendo hoy políticamente atrasada. Pero no podemos contentarnos con

esta explicación. No puede satisfacernos la explicación de una congénita inferioridad política del alemán; más bien, debemos tratar precisamente de descubrir las causas que han llevado al pueblo alemán a la cola de los rutenos y de los serbios. Lo que nos preguntamos es cómo ha podido suceder que, mientras todos los demás pueblos del imperio acogieron con entusiasmo las ideas modernas de libertad y de independencia nacional, los austriacos alemanes se identificaron de tal modo con el Estado de los Habsburgo que acabaron por aceptar de buena gana, para salvarlo, los inmensos sacrificios materiales y de sangre que les impuso la guerra durante más de cuatro años.

Eran alemanes los escritores que formularon la teoría de que el doble Estado austro-húngaro no era una construcción artificial, como pretendía una doctrina desviada del principio de nacionalidad, sino una unidad geográfica natural. No es necesario demostrar la enorme arbitrariedad de este planteamiento. Con este método se puede incluso demostrar tanto que los húngaros y los bohemios tenían que formar un *único* Estado, como lo contrario. ¿Qué es una entidad geográfica individual, qué son los confines «naturales»? Nadie puede decirlo. Con el mismo método Napoleón I, en su tiempo, motivó las pretensiones de Francia sobre Holanda, ya que los Países Bajos no habrían sido otra cosa que un terreno de aluvión originado por ríos franceses; y con el mismo método ciertos escritores austriacos han intentado sostener, para contrastar la realización de las aspiraciones unitarias italianas, el derecho de Austria sobre las tierras bajas de la Alta Italia. Si los alemanes estuvieron del lado del Estado de los Habsburgo, ciertamente

no lo hicieron porque fueran entusiastas de las doctrinas geográficas ya perfiladas en todos los extremos previstos.

Otra concepción es la del Estado como área económica, una concepción sostenida sobre todo por Renner, que, además de esto, considera también válida la concepción geográfica del Estado. Para Renner el Estado es una «comunidad económica», «un área económica organizada». Según él, las áreas económicas homogéneas no deben ser disgregadas, razón por la que sería una locura querer empezar a destruir la realidad territorial de la monarquía austro-húngara.[67] Pero los pueblos no alemanes de Austria han rechazado precisamente esta área económica y no se han dejado influir por los teoremas de Renner. ¿Por qué, en cambio, los alemanes, y precisamente los alemanes en Austria, han creado, y en parte justificado, estas doctrinas orientadas a demostrar la necesidad de este Estado?

El hecho de que los alemanes hayan tenido siempre una simpatía por el Estado austriaco, aunque no fuera en absoluto un Estado alemán y cuando le convenía oprimiera a los alemanes no menos que a los demás pueblos o acaso más, debemos intentar comprenderlo en razón del propio principio que nos explica la evolución de la mentalidad política del conservadurismo y militarismo alemán-prusiano.

El pensamiento político de los alemanes de Austria sufría de la doble orientación hacia el Estado alemán y el Estado austriaco. Ciertamente, los alemanes de Austria, desde cuando se habían despertado del sueño secular en

que los había sumergido la Contrarreforma, y en la segunda mitad del siglo XVIII habían comenzado tímidamente a ocuparse de problemas políticos, dirigieron su pensamiento también al imperio y algunos temerarios soñaron ya en el *Vormärz* [marzo de 1848] en el Estado unitario alemán. Pero nunca llegaron a comprender claramente que se trataba de elegir entre ser alemanes o ser austriacos, y que no se podía querer al mismo tiempo el Estado alemán y el austriaco. No se dieron cuenta o no quisieron darse cuenta de que una Alemania libre sólo es posible si ante todo es destruida Austria, y que Austria sólo puede sobrevivir si arrebata al imperio alemán una parte de sus mejores hijos. Tampoco se dieron cuenta de que los objetivos que perseguían eran inconciliables, y que lo que querían era absurdo. No se percataron de su superficialidad, de aquella superficialidad que ha generado toda la lamentable indecisión de su política y que ha llevado al fracaso de todo lo que han emprendido.

Desde Königgrätz se puso de moda en Alemania del Norte dudar de los sentimientos filoalemanes de los alemanes de Austria. Identificando sin más al alemán con el alemán del imperio, y luego también —fieles a la mentalidad estatalista vigente— a todos los austriacos con la política de la corte vienesa, no fue difícil encontrar una base para esta explicación. Esto no quita que fuera absolutamente injusta. Los alemanes de Austria no olvidaron nunca sus raíces étnicas; nunca, ni siquiera en los primeros años que siguieron al fracaso de la campaña bohema, les abandonó el sentimiento de la común pertenencia a la nación alemana más allá del recinto negro-amarillo. Eran y querían seguir siendo también alemanes; que luego quisieran ser también austriacos, los últimos que se lo reprocharían serían aquellos que anteponían el pensamiento prusiano al alemán.

No menos injusta es la concepción difundida en los círculos de corte austriacos, según la cual los alemanes de Austria no tomarían en serio su ser austriacos. Los historiadores de orientación católica lamentaban tristemente el ocaso de la vieja Austria, de aquel Estado absoluto austriaco que desde Fernando II hasta el estallido de la revolución de marzo era el refugio del catolicismo y del legitimismo europeo. Su total incomprensión de todo lo que desde Rousseau se ha pensado y escrito y su rechazo de todos los cambios políticos que se habían producido en el mundo desde la Revolución francesa les inducía a creer que aquel viejo Estado de los Habsburgo que exaltaban habría podido seguir existiendo si «judíos y masones» no lo hubieran llevado a la ruina. Todo su rencor se dirigía contra los alemanes de Austria y sobre todo contra el partido alemán-liberal, a los cuales atribuían la culpa del declive del viejo imperio. Asistían a la gradual e inexorable disgregación interna del imperio y echaban la culpa de ello precisamente a los únicos que sostenían la idea del Estado austriaco, a los únicos que aceptaban ese Estado, o más bien lo querían.

En el momento mismo en que las ideas de libertad superaban también los confines austriacos ansiosamente vigilados por Metternich y Sedlnitzky, fue el final para el viejo Estado familiar de los Habsburgo. Si no había caído antes, si había conseguido mantenerse durante otros setenta años, ello se debía exclusivamente al pensamiento político de los austriacos alemanes: el mérito exclusivo era de los partidos alemán-liberales, de aquellos cabalmente que más que todos los demás habían sido objeto del odio y de la persecución de la corte, incluso más que aquellos que abiertamente amenazaban y combatían la estabilidad del Estado.

La base material del pensamiento político de los austriacos alemanes estaba en el hecho de que los asentamientos

alemanes estaban dispersos en todo el territorio del imperio de Habsburgo. Como resultado de la colonización, en Austria y en Hungría la burguesía y la intelectualidad de las ciudades eran por doquier alemanas, y la gran propiedad agraria estaba en gran parte germanizada, y por todas partes había asentamientos alemanes, incluso en medio de los territorios de habla extranjera. Toda Austria tenía exteriormente una huella alemana, por todas partes se podía encontrar cultura y literatura alemana. Los alemanes estaban presentes por doquier, incluso entre la pequeña burguesía, entre los obreros y los campesinos, si bien en algunas regiones de Hungría y las zonas costeras esta presencia de la minoría alemana era bastante escasa en las clases más bajas. Pero en todo el imperio (excluida la Alta Italia) el porcentaje de alemanes entre los hombres de cultura y las personas de clase social más alta era realmente notable, y todos los hombres de cultura y los grandes burgueses que no eran alemanes y no querían reconocerse en la nación alemana eran en realidad alemanes por formación cultural, hablaban alemán, leían alemán y se mostraban por lo menos exteriormente como alemanes. La parte de la población austriaca que sentía con mayor intensidad la tiranía del gobierno de Viena y que parecía ser la única capaz de sustituir al poder de los círculos de la corte estaba formada por grandes burgueses y profesionales libres, por hombres de cultura, es decir, de aquellas clases que solemos definir cabalmente como «burguesas» e «intelectuales». Pero en todo el imperio éstos eran alemanes, al menos en los países que formaban parte de la Confederación germánica. Y si Austria no era de por sí alemana, alemán era su aspecto político. Cualquier austriaco que hubiera querido participar en la cosa pública tenía que conocer la lengua alemana. Para los ciudadanos de población checa o eslovena la vía de la cultura y el ascenso social pasaba por

el germanismo, ya que no había una literatura que les diera la posibilidad de prescindir de los tesoros de la cultura alemana. Quien subía la escala social era alemán porque precisamente las personas de las clases más altas eran alemanas.

Todo esto los alemanes lo sabían perfectamente y estaban convencidos de que así tenía que ser. Estaban muy lejos de querer germanizar a todos los no alemanes, pero pensaban que esto sucedería espontáneamente. Creían que cada checo y eslavo meridional trataría por su propio interés de convertirse en ciudadano de cultura alemana. Creían que sería siempre así, es decir, que para los eslavos la vía de la cultura pasaba por el pangermanismo y que el ascenso social estaba estrictamente ligado a la germanización. Que también estos pueblos pudieran desarrollar una cultura y una literatura autónomas, y que de su seno pudiera surgir también una burguesía nacional autónoma, nadie en absoluto lo pensaba. Y así pudo nacer entre ellos la ingenua creencia de que toda Austria sentía y pensaba políticamente como ellos, y que todos debían necesariamente poner su ideal en el grande y poderoso Estado unitario de Austria, el cual no podría tener otra fisonomía que la alemana.

Éstas fueron las ideas políticas con las que los austriacos alemanes entraron en la revolución. La decepción que recibieron fue aguda y dolorosa.

Hoy, contemplando retrospectivamente el conjunto del desarrollo de los últimos siete decenios, es fácil decir qué punto de vista deberían haber asumido los alemanes frente a la nueva situación de hecho; es fácil indicar qué vía mejor habrían podido emprender. Hoy podemos mostrar claramente cuánto mejor habría sido si la nación alemana en Austria hubiera trazado en 1848 aquel programa que luego en 1918 fue obligada a hacer propio. El papel que le habría

correspondido al pueblo alemán en 1848 en caso de descomposición de Austria en tantos Estados nacionales autónomos, habría tenido que ser mucho mayor que el que le ha tocado en suerte en 1918 tras la terrible derrota sufrida en la guerra mundial. ¿Qué es lo que entonces impidió a los alemanes emprender una neta separación entre alemanes y no alemanes? ¿Por qué no fueron ellos los que hicieron la propuesta, y por qué la rechazaron cuando fueron los eslavos los que la hicieron?

Ya se observó antes que estaba ampliamente difundida entonces entre los alemanes la opinión de que la germanización de los eslavos era sólo una cuestión de tiempo, y que se habría realizado sin coerción externa alguna, por una evolución necesaria. Esta convicción tuvo sin duda que influir en toda la actitud sobre el problema de las nacionalidades. Pero la razón de fondo era otra, y consistía en que los alemanes no podían ni querían renunciar a las minorías diseminadas como enclaves en los territorios habitados prevalentemente por otros pueblos. En territorio eslavo tenían por todas partes hermanos de estirpe, todas las ciudades eran enteramente o en gran parte alemanas. En realidad, de ese modo habrían renunciado tan sólo a una fracción de toda la población alemana en Austria. Pero en lo que respecta al significado que habría adquirido la pérdida que habrían sufrido, lo importante no era el peso numérico de estos enclaves étnicos respecto a todo el resto de la población alemana presente en Austria. Estos enclaves étnicos estaban formados en su mayor parte por las clases más altas de la nación. Renunciar a ello significaba una pérdida mucho más grave de lo que podía parecer por su simple expresión numérica. Significaba renunciar a la parte mejor del pueblo alemán en Austria, perder la Universidad de Praga, los comerciantes e industriales de Praga, de Brno, Pilsen, Budwein, Olmütz, Trieste, Leibach,

Lemberg, Czernowitz, Pest, Pressburg, Timisoara, etc., que tanta importancia tenían para Austria. Significaba destruir una labor de colonización secular, exponer a los campesinos alemanes de todos los territorios del vasto imperio, y a los oficiales y funcionarios alemanes, a la pérdida de todos sus derechos.

Se comprende ahora toda la trágica situación en que se encontraba el pueblo alemán en Austria. Los alemanes se habían levantado con un audaz y tozudo espíritu de rebelión para quebrar el despotismo y tomar el gobierno del Estado, para hacer del patrimonio hereditario dinástico una Austria grande y libre. Y aquí tuvieron que reconocer que la gran mayoría del pueblo no quería en absoluto esta Austria grande y libre, y que ellos mismos preferían permanecer siendo súbditos de los Habsburgo en vez de ciudadanos de una Austria que tuviera un marchamo alemán. Descubrieron con horror que la aplicación de los principios democráticos habría llevado inevitablemente a la disolución de ese imperio, el imperio en que ellos habían sido y seguían siendo espiritualmente hegemónicos. Tuvieron que reconocer que la democracia privaría inevitablemente de los derechos políticos a los ciudadanos alemanes de los territorios habitados prevalentemente por eslavos. Tuvieron que reconocer que los alemanes de Praga y de Brno estaban ciertamente en condiciones de quitar el cetro a los Habsburgo y establecer el gobierno parlamentario, pero que con esto no tenían nada que ganar sino mucho que perder. En efecto, bajo el despotismo de los funcionarios regios podían siempre vivir como alemanes; podían también ser súbditos, pero súbditos que gozaban de los mismos derechos que los demás súbditos. En cambio, en un Estado libre se habrían convertido en ciudadanos de segunda clase, mientras que los demás —extranjeros cuya lengua no entendían, cuya mentalidad les era ajena, sobre cuya

política no habrían podido ejercer influencia alguna— habrían recogido los frutos de su lucha de liberación. Reconocieron que contra la corona eran impotentes, porque ésta siempre podía movilizar contra ellos a pueblos a los que nunca habrían podido hacer llegar su voz; reconocieron —y tuvieron que percatarse de ello con dolor, cuando los regimientos eslavos aplastaron la insurrección de los ciudadanos y de los estudiantes alemanes— que no tenían ninguna perspectiva de liberarse del yugo que los oprimía. Pero al mismo tiempo comprendieron que se veían obligados a preferir la victoria de la vieja Austria reaccionaria a la del nuevo Estado liberal, porque bajo el cetro de los Habsburgo se podía aún vivir como alemanes, mientras que bajo el predominio eslavo para ellos habría sido solamente la muerte política.

Raramente un pueblo se ha encontrado en una situación política más difícil que aquella en que vinieron a encontrarse los austriacos alemanes tras las primeras jornadas cruentas de la revolución de marzo. Su sueño de una Austria alemana libre se había desvanecido precozmente. La presencia de numerosos connacionales dispersos en áreas de asentamiento extranjeras no los inducía ciertamente a querer la disolución de Austria en tantos Estados nacionales; tenían que auspiciar la supervivencia del Estado y por tanto no les quedaba más que apoyar el Estado totalitario. Pero los Habsburgo y sus partidarios no querían la alianza con los liberales anticlericales. Habrían preferido ver perecer el Estado con tal de no compartirlo con el partido alemán liberal. Por otra parte, una vez que comprendieron que los alemanes de Austria tenían que apoyar al Estado lo quisieran o no, y que en Austria se podía gobernar sin ningún peligro sin, o mejor, contra los alemanes, porque no estaban en condiciones de formar una oposición seria, los Habsburgo regularon en consecuencia su política.

Así, a los alemanes de Austria se les hizo imposible cualquier política rectilínea. No podían mirar seriamente a la democracia porque habría sido un suicidio político, ni podían renunciar al Estado austriaco, porque, a pesar de todo, ofrecía una protección contra la durísima opresión extranjera. De este conflicto interior brotó toda la ambivalencia de la política de los alemanes.

El centro de gravedad de esta política consistía en conservar el patrimonio nacional, como fue llamado, o sea, el esfuerzo de detener el gradual proceso de aniquilación de las minorías alemanas dispersas en las áreas de asentamiento extranjeras. Una empresa destinada *a priori* al fracaso, ya que estas minorías se encaminaban a la desaparición.

Sólo los asentamientos rurales, en los que los residentes alemanes vivían en aldeas, encerrados en sí mismos, tenían la posibilidad de seguir salvaguardando sus propias características germánicas. Naturalmente, también el proceso de desgermanización es imparable. Ya las relaciones económicas con los vecinos de etnias distintas, que se hacen más intensas cuanto más avanza el desarrollo económico, liman las diversidades haciendo difícil a una pequeña columna separada de la corriente principal étnica de origen conservar la lengua madre. Luego está la acción que ejerce la escuela; también la escuela alemana en tierra extranjera se ve forzada a acoger en los programas de estudio la lengua del país si no quiere dificultar excesivamente el avance sucesivo de los niños. Pero una vez que la juventud ha aprendido la lengua del país en el que vive, comienza ese proceso de adaptación al ambiente circunstante que al final lleva a la completa absorción por este último. El impulso decisivo, sin embargo, lo da una precisa circunstancia: que una localidad inserta en un organismo económico moderno en el cual los procesos migratorios son inevitables, no puede vivir a la larga sin acoger a la población procedente

del exterior y sin ceder población al exterior. En el primer caso, está expuesta a la inundación por parte de elementos de otra nacionalidad y, como consecuencia ulterior, a la pérdida del carácter nacional originario también por parte de la población indígena; en el segundo caso, la parte de población que permanece logra conservar la nacionalidad originaria, pero los emigrantes pierden su identidad nacional. De los muchos asentamientos rurales dispersos y aislados en tierra de Habsburgo han perdido sus caracteres genéricos sólo aquellos en los cuales ha surgido la moderna empresa industrial o minera. En los demás no ha habido ninguna aportación de población externa. Pero los elementos mejores y más dinámicos se van trasladando poco a poco; incluso logran hacer fortuna económicamente, pero pierden sus caracteres nacionales. Los que permanecen, en cambio, consiguen tal vez conservar su identidad étnica, pero a menudo, lamentablemente, a través del emparejamiento entre consanguíneos.

Las minorías alemanas de las ciudades dispersas en tierra eslava estaban destinadas a una completa e irremediable desaparición. Con la eliminación de los vínculos anteriores a 1848 también en Austria empezó el movimiento migratorio. Hubo migraciones internas de enormes dimensiones. Millares de personas se trasladaron del campo a la ciudad y a las zonas industriales, los recién llegados eran sobre todo eslavos que los alemanes se apresuraron a considerar numéricamente minoría.

Y así los alemanes de las ciudades asistieron al subir concéntrico de la oleada eslava. En torno al núcleo de la

ciudad en la que durante siglos los alemanes habían habitado se formó un anillo de suburbios en los cuales no se oía una sílaba de alemán. En el interior de la vieja ciudad todo seguía teniendo un cariz alemán, alemanas eran las escuelas, alemán hablaba la administración municipal y en manos alemanas seguían estando todos los servicios municipales. Pero día tras día el número de alemanes se iba contrayendo. La primera en desaparecer fue la pequeña burguesía alemana. Para la artesanía, en otro tiempo terreno fértil sobre el que había crecido la colonización de estas tierras, habían llegado tiempos oscuros; se redujo ininterrumpidamente, al no poder competir con la industria de fábrica, aquella industria que precisamente atraía a los trabajadores eslavos. La artesanía alemana se hundió en el proletariado, y sus hijos, en el contacto con sus nuevos compañeros, se eslavizaron. Pero también el número de familias patricias alemanas se redujo cada vez más. Incapaces ya de adaptarse a las nuevas condiciones, se empobrecieron o extinguieron. Antes, quien procedía de abajo se había germanizado. Ahora ya no. El eslavo, enriquecido, no se avergonzaba ya de sus orígenes étnicos. Si las viejas familias alemanas se cerraban a los nuevos emergentes, éstos formaban una nueva sociedad eslava de clases altas.

La política alemana en Austria, basada en el mantenimiento de la posición del poder político de estas minorías, se convirtió así en una política conservadora, reaccionaria. Pero toda política conservadora está destinada *a priori* al fracaso, ya que por su naturaleza quiere conservar lo que no se puede conservar, impidiendo una evolución que no se puede impedir. En el mejor de los casos, no consigue más que ganar tiempo; pero hay que preguntarse si esto merece la pena. Todo reaccionario carece de autonomía espiritual. Dicho con las imágenes de la estrategia

militar, como suele hacerse en Alemania siempre que se razona de política, se podría afirmar que el conservadurismo es la defensa, y, como toda defensa, obedece a las reglas operativas dictadas por el adversario, mientras que es el atacante quien dicta las suyas al defensor.

Toda la estrategia de la política alemana en Austria se reducía a mantener posiciones indefendibles durante el mayor tiempo posible. Aquí se batía por un puesto en la administración municipal, allí por una cámara de comercio, más allá aún por una caja de ahorros o simplemente por un puesto de empleado. Se daba un significado enorme a cuestiones insignificantes. Era ya bastante penoso ver cómo, al comportarse así, los alemanes se ponían sistemáticamente en contra de la justicia, negando por ejemplo a los eslavos la apertura de una escuela, o bien tratando de impedir con todos los instrumentos de poder disponibles la creación de asociaciones o la convocatoria de una asamblea. Peor aún era ver cómo en estas batallas acabaron normalmente siendo derrotados, saliendo de ellas humillados y acostumbrándose así a retroceder siempre, a ser siempre los perdedores. La historia de la política alemana en Austria es una secuela ininterrumpida de fracasos.

El efecto que tal situación tuvo sobre los alemanes fue devastador. Poco a poco fueron acostumbrándose a ver cualquier medida, cualquier ocasión política, exclusivamente bajo la óptica de su significado local. Toda reforma de la vida pública, toda medida económica, ya fuera la construcción de un ferrocarril o la instalación de una fábrica, se convirtió en cuestión de patrimonio nacional. Ciertamente, también los eslavos consideraban todo esto o cualquier cosa desde este punto de vista, pero el efecto sobre el carácter de la nación para ellos fue distinto, ya que los alemanes, comportándose de este modo, se hicieron reaccionarios, enemigos de cualquier innovación, adversarios

de cualquier institución democrática. Y de este modo dejaron a los eslavos la fama gratuita de ser los defensores del espíritu moderno en Austria, reservándose para sí la de inmóviles defensores de una realidad anacrónica. Todo proceso cultural y económico, especialmente toda reforma democrática que se consiguió realizar en Austria, tenía que chocar inevitablemente contra las minorías alemanas en las regiones de lengua mixta. Por ello fue obstaculizada por los alemanes, y cuando al fin triunfó, la victoria fue una derrota de los alemanes.

Esta política quitó a los alemanes toda libertad con respecto a la corona. En la revolución de marzo los alemanes de Austria se sublevaron contra los Habsburgo y su absolutismo. Pero el partido alemán-liberal, que había escrito en su propia bandera los principios de 1848, no fue capaz de liderar la lucha contra la dinastía y la corte. En efecto, al no tener una fuerte radicación en las regiones de lengua mixta, se encontró a la completa merced del gobierno. La corte podía aniquilarlo cuando y como quisiera. Y así lo hizo.

El imperio de los Habsburgo había sido erigido por Fernando II sobre los escombros de las libertades de las Dietas y sobre las ruinas del protestantismo. Había tenido que combatir no sólo contra la Dieta bohemia, sino también contra las de la Estiria y de Austria. Los rebeldes bohemios lucharon al lado de los de la Baja y la Alta Austria contra el Kaiser, y la batalla de la Montaña Blanca estableció el dominio absoluto de los Habsburgo no sólo sobre Bohemia, Moravia y Silesia, sino también en tierra austriaca. En su origen el imperio de los Habsburgo no fue ni alemán ni checo, y cuando en 1848 tuvo que combatir de nuevo por su propia supervivencia, los movimientos liberales checo y alemán se rebelaron contra él al unísono. Después de la institución del pseudo-constitucionalismo de los años

sesenta, la corte habría preferido mucho más apoyarse en los eslavos que en los alemanes. Durante años gobernó con los eslavos contra los alemanes porque a nada odiaba más que al elemento alemán, al cual no podía perdonar la pérdida de la propia posición política en el imperio alemán. Pero la buena voluntad de la corte no consiguió asegurar la fidelidad de los checos y de los eslavos meridionales al Estado austriaco. En todos los demás pueblos de Austria la idea liberal triunfó sobre el autoritarismo, y con ellos el Estado autoritario a la larga no consiguió establecer forma alguna de colaboración. Sólo con los alemanes fue distinto. Contra su propia voluntad, éstos no podían separarse del Estado austriaco. Cuando el Estado los llamaba, se ponían siempre a su servicio. En la agonía del imperio, los alemanes permanecieron fieles a los Habsburgo.

Un giro en la historia de los alemanes austriacos fue la paz de Praga, que expulsó a Austria de Alemania como entidad política. La ingenua fe en la posibilidad de unificar Alemania y Austria había desaparecido. Pareció entonces que había que elegir entre ser alemanes o austriacos. Pero los alemanes en Austria se negaron a aceptar la necesidad de esta elección; querían seguir siendo, mientras fuera posible, al mismo tiempo alemanes y austriacos.

El dolor con que en 1866 los alemanes-austriacos advirtieron el cambio repentino de la situación fue profundo. De ese golpe en realidad nunca se recuperaron. La decisión había caído sobre ellos de manera tan imprevista y los acontecimientos en el campo de batalla se habían desarrollado de manera tan rápida que no les dejó ni siquiera tiempo para comprender la gravedad de lo que había sucedido. La patria alemana los había expulsado. ¿Acaso no eran también alemanes? ¿Y no seguían siendo alemanes aunque para ellos no hubiera ya un lugar en la nueva entidad estatal erigida sobre las ruinas de la Confederación germánica?

Nadie ha expresado con más sinceridad este dolor que el viejo Grillparzer. El que había puesto en boca de Ottokar von Horneck la alabanza de Austria «jovencita de rosadas mejillas», y que a Libusse le hace predecir con arcanas palabras un gran futuro para los eslavos.[69] Él, que era completamente austriaco y completamente alemán, encuentra su equilibrio en los orgullosos versos:

Als Deutscher ward ich geboren,
Bin ich noch einer?
Nur was ich deutsch geschrieben,
Das nimmt mir keiner.

[Alemán nací,
Pero ¿lo soy aún?
Sólo lo que escribí en alemán
Nadie me lo quitará.]

Pero los alemanes-austriacos tuvieron que plegarse al hecho de que ya no existía una Alemania, sino sólo una Gran Prusia, y ellos mismos desde aquel momento no existían para los alemanes del imperio; nadie se habría afligido ya por ellos, y las bellas palabras pronunciadas en los torneos y festivales de tiro al blanco eran a diario desmentidas por los hechos. La política de la Gran Prusia se disponía a recorrer las sendas que acabarían llevándola al Marne. Para los alemanes de Austria no había ya ningún interés. Los pactos que desde 1879 la monarquía austrohúngara firmó con el imperio alemán fueron cerrados por el gobierno autoritario de la Gran Prusia con el emperador de Austria y con la oligarquía magiar de Hungría. Y fueron precisamente estos pactos los que quitaron a los

alemanes de Austria la esperanza de poder contar con la ayuda de los alemanes del imperio para sus aspiraciones irredentistas.

La derrota sufrida en Königgrätz por la idea de la Gran Alemania fue inicialmente enmascarada por el hecho de que precisamente debido al infeliz resultado de la guerra el partido alemán-liberal consiguió durante breve tiempo ejercer cierta influencia directa, aunque limitada, sobre la gestión del Estado. Durante una decena de años fue candidato a varios ministerios y proporcionó también ministros e incluso un presidente del Consejo, llevando a cabo algunas reformas importantes contra la voluntad de la corona, de la aristocracia feudal y de la Iglesia, hasta el punto de que alguien ha llamado a esta fase, con cierta exageración, la dictadura del partido liberal en Austria. En realidad en Austria el partido liberal no ha dominado nunca, ni podía hacerlo. La mayoría de la población jamás siguió sus banderas. ¿Cómo habrían podido los no alemanes adherirse a este partido alemán? Y entre los mismos alemanes, incluso durante su periodo áureo, encontró una virulenta oposición entre los campesinos de los Alpes, ciegamente fieles al clero. Su colocación en la Cámara de los diputados no se debía a que contara con la mayoría de la población, sino simplemente al sistema electoral, que de un modo refinado favorecía a la gran burguesía y a los intelectuales mientras que negaba a las masas el derecho de voto. Bastaba una ampliación cualquiera del derecho electoral, una modificación cualquiera de las circunscripciones y de las reglas electorales, para perjudicarle. Era un partido democrático obligado a temer la aplicación coherente de los principios democráticos. Tal era la contradicción interna que le amenazaba y que habría acabado llevándole a la desaparición: una contradicción que se derivaba con férrea necesidad de aquel *proton pseudos* (vicio básico) de su

programa que aspiraba a unir el elemento alemán y el elemento austriaco.

El partido alemán-liberal pudo ejercer cierta influencia sobre el gobierno mientras se le permitió desde arriba. Las repetidas derrotas militares y políticas sufridas por el viejo Estado absoluto austriaco obligaron momentáneamente a la corte a ceder. Tenían necesidad de los liberales, y si fueron llamados a desempeñar funciones ministeriales no fue porque no se podía resistir a su presión, sino porque sólo de ellos se esperaba la reordenación de las finanzas públicas y la realización de la reforma del ejército. Sin saber a qué atenerse, se les confió la reconstrucción, ya que era el único partido que aceptaba Austria. Cuando luego se pensó que ya no se le necesitaba, cayó en desgracia. Y cuando pensó resistir, fue aniquilado.

Aquello fue realmente el suicidio de Austria, ya que el partido alemán liberal había sido el único que aceptó este Estado, el único que lo quiso sinceramente y que obró en consecuencia. Los partidos en los que se apoyaron los gobiernos sucesivos no querían a Austria. Los polacos y los checos, que tenían ministros con cartera, eran con frecuencia técnicamente hábiles y a veces hicieron una política que benefició al Estado austriaco y a sus pueblos. Pero todas sus aspiraciones se dirigían constantemente hacia los futuros proyectos nacionales de su propio pueblo. Su relación con Austria obedecía a la exclusiva consideración de las aspiraciones autonomistas de su pueblo. Ante su propia conciencia y ante sus propios conciudadanos, la función pública que ejercían tenía valor tan sólo por los éxitos que obtenían en la lucha de emancipación nacional. Su gente, cuya opinión era la única que contaba verdaderamente para ellos en cuanto parlamentarios, no les atribuía el mérito de haber desempeñado bien la función pública sino el de haber hecho algo por sus exclusivas aspiraciones nacionales.

Además de los checos, de los polacos y de algunos eslavos meridionales y de los alemanes clericales, ocuparon los más altos cargos en el gobierno autoritario austriaco funcionarios cuyo único fin político era la perpetuación de aquel gobierno y su único medio político el *divide et impera.* Aquí y allá aparecía también de vez en cuando algún viejo liberal, por lo general un profesor, que intentaba en vano nadar contra corriente para luego desaparecer a su vez definitivamente, tras muchas decepciones, de la escena política.

El punto en el que los intereses de la dinastía y los alemanes parecían encontrarse era el rechazo de la democracia. Los alemanes de Austria no podían menos de temer cualquier paso en la vía de la democratización, porque esto los habría puesto en minoría y expuesto a la arbitrariedad despiadada de mayorías de distintas nacionalidades. El partido alemán-liberal así lo había comprendido y por tanto luchó enérgicamente contra cualquier intento de democratización. La contradicción en que de tal modo vino a encontrarse respecto a su programa liberal decretó su fin. No hay duda de que, colocado ante una gran decisión histórica en la que tuvo que elegir entre una miserable prórroga del Estado austriaco por algunos decenios al precio de la renuncia a los principios liberales de su programa, y la inmediata destrucción de este Estado abandonando a su destino las minorías alemanas en territorios de lengua mixta, hizo la elección equivocada. Por esto se le puede criticar. Pero tampoco hay duda de que en la situación en que se encontraba no podía elegir libremente. No podía libremente abandonar a su destino las minorías, así como no pudo hacerlo ninguno de los partidos alemanes que le sucedieron en Austria.

Por eso no hay reproche menos legítimo que aquel según el cual los alemanes liberales habían sido malos

políticos. Este juicio suele basarse en su actitud en la cuestión de la ocupación de Bosnia y Herzegovina. Bismarck especialmente la tomó tremendamente a mal porque el partido alemán liberal se manifestó contra las tendencias imperialistas del militarismo de los Habsburgo. Hoy el juicio sobre esto sería distinto. Lo que hasta ahora se ha reprochado al partido alemán liberal —es decir, haber intentado oponerse al militarismo y haber pasado a la oposición precisamente al principio de la política expansionista que terminó llevando al final del imperio— redundará en el futuro en su honor, no en su censura.

En todo caso, el partido alemán liberal tenía un conocimiento de las condiciones del Estado austriaco mucho más profundo que el que pudieran tener todas las demás fuerzas y todos los demás partidos del país. Fue especialmente la dinastía la que hizo todo lo posible para acelerar la disgregación del imperio. Su política se debía más al resentimiento que a consideraciones racionales. Su ira ciega y su odio persiguieron al partido liberal incluso hasta después de su desaparición. Puesto que los alemán-liberales se hicieron antidemocráticos, la dinastía, cuya única voluntad estaba siempre orientada a restaurar el viejo absolutismo estatal, y a la que incluso el autoritarismo estatal le parecía una forma demasiado moderna de constitución política, creyó que se podía permitir de vez en cuando pequeños trucos democráticos. Y así se lanzó repetidamente a ampliar el derecho electoral contra la voluntad de los alemanes, obteniendo puntualmente el resultado del descenso de los diputados alemanes en la Cámara de diputados, con el creciente aumento de la influencia de los radical-nacionales no alemanes, hasta la supresión final del Parlamento austriaco. Con la reforma electoral del gobierno Badeni, del año 1896, el imperio entró en una fase de crisis abierta. El Parlamento se convirtió en un lugar en

el que los diputados no perseguían otro fin que demostrar la imposibilidad de supervivencia de este Estado. Quienquiera que observara los informes parlamentarios en la Cámara de los diputados austriaca no podía menos de ver que este Estado seguía en pie sólo porque la diplomacia europea se esforzaba en alejar lo más posible el riesgo de guerra. La situación política interna de Austria estaba madura para el derrumbe ya a veinte años del final de la guerra.

También los partidos alemanes que sucedieron al partido alemán-liberal demostraron dominar la situación política mucho menos que los tan denigrados alemán-liberales. Las fracciones alemán-nacionales, que tan duramente se opusieron a los alemán-liberales, al principio de su actividad parlamentaria (cuando su problema entonces era ganar a los alemán-liberales) hicieron profesión de democracia. Pero muy pronto se dieron cuenta de que en Austria la democratización se identificaba con la desgermanización y también ellos se hicieron antidemocráticos como lo habían sido los alemán-liberales. Los alemán-nacionales —si se prescinde de las sonoras palabras con las que intentaron en vano enmascarar la pobreza de su programa, y de sus tendencias antisemitas, que desde el punto de vista de la defensa de los caracteres étnicos alemanes en Austria eran absolutamente suicidas— se distinguían de los alemán-liberales sólo en un punto. En el programa de Linz renunciaron a las pretensiones alemanas sobre la Galizia y sobre Dalmacia, contentándose con reivindicar para el grupo étnico alemán las tierras de la ex Confederación germánica. Pero al hacer esta reivindicación cometieron el mismo error ya cometido por los alemán-liberales, es decir, infravaloraron la capacidad de desarrollo y las perspectivas futuras de los eslavos de Austria occidental. Al igual que los alemán-liberales, no se decidieron a abandonar a su destino a las minorías alemanas dispersas en los territorios

de lengua mixta, ya que su política estaba empapada de la misma indecisión de los viejos alemán-liberales. Es cierto que jugaron con las ideas irredentistas con mayor frecuencia que aquéllos, pero en realidad jamás miraron a otra cosa que a mantener el Estado austriaco bajo la guía y la hegemonía alemanas. Al encontrarse ante la misma elección frente a la cual se habían encontrado antes los alemán-liberales, acabaron por seguir el mismo camino: es decir, decidieron conservar el imperio y rechazar la democracia. Y así también su destino fue idéntico al de los viejos alemán-liberales. Fueron usados por la dinastía de la misma manera. La dinastía pudo maltratarlos a su gusto, sabiendo que siempre podía fiarse de ellos.

El error capital que cometieron los alemán-liberales al valorar a sus conciudadanos de otra lengua fue ver en todos los no alemanes nada más que enemigos del progreso, aliados de la corte, de la Iglesia y de la aristocracia feudal. Nada más fácil que comprender cómo pudo surgir esta idea. Los pueblos no alemanes de Austria eran igualmente contrarios tanto al proyecto de la Gran Alemania como al de la Gran Austria. Habían comprendido antes que todos los demás, mucho antes incluso que el partido alemán-liberal, que el único soporte de Austria había que buscarlo en el partido que unía a los alemán-liberales. Por tanto, destruir este partido se convirtió en objetivo prioritario, y al principio exclusivo, de su política, y para hacerlo buscaron y encontraron aliados en todos aquellos que como ellos lo combatían hasta la muerte. Tal fue la génesis del grave error que los liberales pagaron muy caro. Éstos no comprendieron el elemento democrático presente en la lucha de las naciones eslavas contra el imperio. En los checos no vieron otra cosa que los aliados y los humildes servidores de los Schwartzenbergs y de los Clam-Martinics. El movimiento eslavo, a sus ojos, se había comprometido

aliándose con la Iglesia y con la corte. Quien había combatido en las barricadas de 1848, ¿cómo podía olvidar que la insurrección de la burguesía alemana había sido aplastada por los soldados eslavos?

De este desconocimiento del contenido democrático de los movimientos nacionalistas se derivó la insensata actitud del partido alemán-liberal respecto a los problemas nacionales. Así como no dudaba de la victoria final de la luz sobre las tinieblas, del iluminismo sobre el clericalismo, del mismo modo tampoco dudó de la victoria final del grupo étnico progresista alemán sobre las masas reaccionarias eslavas. En cualquier concesión hecha a las pretensiones eslavas no veía otra cosa que una concesión al clericalismo y al militarismo.[70]

Que la actitud de los alemanes respecto a los problemas políticos de Austria estaba condicionada por la situación forzada en que la historia los había puesto, lo demuestra del modo más evidente la evolución del programa sobre las nacionalidades elaborado por la socialdemocracia alemana en Austria. La socialdemocracia había arraigado inicialmente entre los alemanes, y durante muchos años no fue otra cosa que un partido alemán con muchos compañeros de viaje entre los intelectuales de las demás naciones. En este periodo, al no poder desempeñar un papel en el Parlamento a causa del sistema electoral, pudo considerarse

ajena a las luchas nacionales. Pudo aceptar la idea de que todas las discordias nacionales no eran otra cosa que un asunto interno de la burguesía. Sobre las cuestiones vitales para el grupo étnico alemán en Austria no asumió una actitud distinta de la que adoptó en Alemania el partido hermano frente a los *Junkers*, los nacional-liberales o incluso los pangermanistas. Si aquellos partidos alemanes que libraban la batalla nacional les reprochaban —exactamente como hacían con los alemanes clericales y los cristiano-sociales— que perjudicaban con su actitud al propio pueblo, el reproche entonces estaba plenamente justificado, si bien la entidad del daño era en realidad mínima precisamente por la escasa incidencia política de la socialdemocracia de entonces. Sin embargo, cuanto más aumentó el peso político de la socialdemocracia en Austria —y aumentó sobre todo porque en la situación austriaca la socialdemocracia era el único partido democrático entre los alemanes de Austria— tanto más en la misma tuvo que asumir la responsabilidad que correspondía a cualquier partido alemán en Austria en las cuestiones nacionales. La socialdemocracia empezó a hacerse alemán-nacional, y de este modo no pudo evitar —precisamente como los dos más viejos partidos de Austria— aquella situación que en Austria había llevado al antagonismo entre germanismo y democracia. Al igual que el partido alemán-liberal, que al final tuvo que abandonar sus principios democráticos para no perjudicar al grupo étnico alemán, y del partido alemán-nacional, que había hecho lo mismo, también la socialdemocracia habría tenido que uniformarse si la historia no la hubiera precedido disgregando el Estado austriaco antes de que este giro se hubiera realizado enteramente.

Inicialmente la socialdemocracia —después de que una serie de declaraciones programáticas de valor puramente

académico fueran superadas por los hechos— probó con el programa de la autonomía nacional.

No hay duda de que este programa se basa en una comprensión más profunda de los problemas nacionales respecto al programa de Linz, en el que sin embargo a su tiempo colaboró la flor y nata de la Austria alemana de entonces. En los decenios que transcurrieron entre ambos programas habían sucedido muchas cosas que habían hecho abrir los ojos también a los alemanes de Austria. Pero tampoco entonces pudieron éstos liberarse de la situación forzada en la que la necesidad histórica los había confinado. Tampoco el programa de la autonomía nacional, aunque hablase de autonomía y de autogestión, en el fondo era muy distinto de lo que habían sido, en su núcleo efectivo, los programas sobre las nacionalidades de los alemán-liberales y de los alemán-nacionales: es decir, un programa para salvar al Estado austriaco de la hegemonía de Habsburgo-Lorena sobre las tierras patrimoniales imperial-regias. Tras la impresión de su mayor modernidad respecto a los programas anteriores, en esencia este no era en absoluto distinto de los otros. Ni siquiera se puede decir que fuera más democrático, ya que democracia es un concepto absoluto, no de grado.

La diferencia más importante entre el programa de la autonomía nacional y los anteriores programas alemanes sobre las nacionalidades consiste en la necesidad que el primero advierte de justificar y demostrar la legitimidad y la necesidad de que el Estado austriaco exista no sólo desde el punto de vista de la dinastía y del de los alemanes, sino también desde el de las demás naciones. Además, no se contenta con la retórica de la que hacían amplio uso los llamados escritores negro-amarillos cuando por ejemplo

se referían a la frase de Palacky según la cual Austria tenía que haber sido inventada si no hubiera existido. Sin embargo, esta motivación, debida especialmente a la contribución de Renner, no es en absoluto convincente. Parte de la idea de que el mantenimiento del área aduanera austro-húngara como área económica especial es interés de todas las poblaciones de Austria, y que por tanto cada una de ellas está interesada en crear un sistema que garantiza al Estado una capacidad de supervivencia. Que esta argumentación no es exacta lo vimos hace poco, y una vez que se ha descubierto el error de fondo del programa de autonomía nacional nos damos cuenta también sin dificultad de que el mismo no contiene sino el intento de encontrar una salida de emergencia de las luchas nacionales sin disgregar el Estado de los Habsburgo. No era, pues, del todo equivocado el epíteto de «imperial-real» dado a los socialdemócratas, ya que precisamente en el momento del caleidoscópico cambio de la constelación de los partidos en Austria, en el momento en que los alemán-nacionales renuncian en parte a sus sentimientos austriacos y adoptan actitudes irredentistas, ellos, los socialdemócratas, aparecen como el único partido del Estado en Austria.

El derrumbamiento de Austria evitó a la socialdemocracia que llegara demasiado lejos en esta dirección. En los primeros años de la guerra mundial, Renner, especialmente, con sus teorías, que sus adversarios tacharon de social-imperialismo, hizo todo cuanto pudo en tal sentido. El que la mayoría de su partido no siguiera ciegamente por este camino no fue mérito particular de aquella mayoría, sino la consecuencia de la creciente insatisfacción respecto a una política que infligía a la población grandes sacrificios cruentos y la condenaba al hambre y la miseria.

Los socialdemócratas alemanes y alemán-austriacos podían hacerse pasar por demócratas porque fueron partidos de oposición sin ninguna responsabilidad mientras el pueblo alemán no conseguía aceptar plenamente los principios democráticos, temiendo de su aplicación un empeoramiento de la situación de los alemanes en las áreas de lengua mixta del Este. Cuando, con el estallido de la guerra mundial, cayó también sobre ellos una parte —y acaso la mayor parte— de la responsabilidad del destino del pueblo alemán, también ellos recorrieron el camino ya emprendido anteriormente en Alemania y en Austria por los partidos democráticos. Con Scheidemann en el Reich alemán y con Renner en Austria, ellos llevaron a cabo aquel cambio que estaba destinado a alejarlos de la vía de la democracia. Si la socialdemocracia no se adentró ulteriormente en este camino, si no se convirtió en el nuevo gendarme del Estado autoritario que en cuestión de democracia se habría a duras penas distinguido de los nacional-liberales en Alemania y de los alemán-nacionales en Austria, se debe al cambio repentino de toda la situación.

Ahora bien, tras la derrota en la guerra mundial, con todas las consecuencias que ha tenido para la posición alemana en los territorios multiétnicos, fueron eliminadas las circunstancias que hasta ahora han mantenido alejados de la democracia a todos los partidos alemanes. El pueblo alemán puede buscar su salvación hoy tan sólo en la democracia, en el derecho de autodeterminación de los individuos y de los pueblos.[72]

[Segunda Parte]

GUERRA Y ECONOMÍA

1. *La situación económica de las potencias centrales durante la guerra*

Los fenómenos económicos de la guerra mundial son únicos en la historia por el modo y el grado en que se han verificado; nada parecido había sucedido jamás con anterioridad y jamás sucederá de nuevo. Esta combinación de circunstancias estaba efectivamente condicionada por el nivel de desarrollo actual de la división del trabajo y por el estado de la técnica militar de aquel tiempo, pero en particular por el agrupamiento de las potencias beligerantes, así como por las características específicas —geográficas y técnico-productivas— de los territorios. Sólo la conjunción de toda una serie de premisas podía llevar a aquella situación que en Alemania y Austria-Hungría ha sido resumida de un modo totalmente impropio en el término de «economía de guerra». Dejemos abierta la cuestión de si esta guerra será la última o si en cambio será seguida de otra. Pero una guerra que ponga a una de las partes en una situación económica semejante a aquella en la que vinieron a encontrarse las potencias centrales en esta guerra no se repetirá, no sólo porque es irrepetible la combinación de circunstancias histórico-económicas de 1914, sino también porque un pueblo no podrá nunca encontrar las precondiciones políticas y psicológicas que hicieron que el pueblo alemán

esperara ganar finalmente una guerra de tantos años en tales condiciones.

No hay modo peor de desconocer el aspecto económico de la guerra mundial que el de decir que en todo caso «la comprensión de la mayoría de estos fenómenos no se obtiene de un buen conocimiento de la situación económica de paz en 1913, sino del examen de la situación de las economías de paz en el periodo que va del siglo XIV al XVIII o de la economía de guerra de la época napoleónica».[1] La superficialidad de esta concepción y su incapacidad de permitirnos captar la esencia de los fenómenos resulta evidente si intentamos imaginar, por ejemplo, que la guerra mundial se llevó a cabo, *cœteris paribus,* al nivel de división internacional del trabajo alcanzado cien años antes. Si así hubiera sido, la guerra no habría podido convertirse en guerra de rendición por el hambre, pues esta fue la esencia de la guerra mundial. Otro agrupamiento de las potencias beligerantes habría dado una imagen completamente distinta.

Los fenómenos económicos que acompañaron a la guerra mundial sólo pueden comprenderse si no se pierde de vista ante todo su dependencia del desarrollo actual de las conexiones internacionales de las distintas economías, en primer lugar la alemana y la austro-húngara, luego también la de Inglaterra.

La historia de la economía es el desarrollo de la división del trabajo. En el punto de partida está la economía doméstica autárquica de la familia, que es autosuficiente porque

produce todo lo que necesita o consume. Las distintas economías domésticas, desde el punto de vista económico, no están diferenciadas. Cada una sirve sólo a sí misma. No hay mercado económico, no hay intercambio de bienes económicos.

Lo que pone fin al aislamiento de las distintas economías es el reconocimiento de que el trabajo hecho en régimen de división del trabajo mismo es más productivo que el trabajo realizado sin esa división. El principio del mercado, el intercambio, conecta entre sí a los distintos productores particulares. La economía, de algo referente a los individuos particulares que era, se convierte en un asunto social. Paso a paso avanza la división del trabajo. Limitada primero a una esfera restringida, se extiende cada vez más. Y en esto fue la era del liberalismo la que generó progresos más considerables. Todavía en la primera mitad del siglo XIX gran parte de la producción rural europea vivía en general en condiciones de autosuficiencia. El campesino consumía sólo los medios de subsistencia que él mismo había producido; usaba vestidos de lana o de algodón cuyas materias primas él mismo había producido, con las que luego se hilaba, se tejía y se cosía dentro del grupo familiar. Su vivienda y las construcciones rurales las había construido y las mantenía él personalmente, acaso con ayuda de los vecinos con los que había intercambiado servicios análogos. En los valles aislados de los Cárpatos, de Albania y de Macedonia la guerra mundial reveló la existencia de condiciones semejantes. Pero es demasiado conocido como para que tengamos que estudiar aquí detalladamente en qué gran medida este orden económico no corresponde ya a la situación económica existente hoy en el resto de Europa.

El desarrollo de la división del trabajo tiende, en el aspecto espacial, a propagarse a toda la economía mundial,

es decir a alcanzar una situación en la que cada producción se transfiere a las áreas más favorables a la productividad tras haber comparado todas las posibilidades de producción existentes sobre la faz de la tierra. Estas migraciones de la producción se producen continuamente, cuando, por ejemplo, la cría de ganado disminuye en Europa central y aumenta en Australia, o cuando la producción de lino en Europa es superada por la producción de algodón en América y en Asia.

No menos importante que la división espacial del trabajo es su división personal, que en parte está condicionada por la primera. Cuando los sectores de producción se diferencian espacialmente, no puede menos de seguir también una diferenciación personal de los productores. Si vestimos ropa de lana australiana y consumimos mantequilla siberiana, naturalmente no es posible que el productor de la lana y el de la mantequilla sean una única persona como sucedía en otro tiempo. Sin embargo, la división personal del trabajo se desarrolla también con independencia de la espacial, como puede constatar cualquiera que pasee por las calles de nuestras ciudades o recorra las secciones de una fábrica.

La dependencia de la dirección de la guerra del nivel de desarrollo alcanzado de vez en vez por la división espacial del trabajo no hace por sí misma imposible, ni siquiera hoy, cualquier guerra. Determinados Estados pueden encontrarse en estado de guerra sin que sus relaciones económicas se vean sustancialmente afectadas. Una guerra franco-alemana en 1914 no habría debido o podido llevar a un colapso económico de Alemania exactamente como habría debido o podido hacerlo en 1870-71. Pero hoy debe parecer absolutamente imposible una guerra que estuviera dirigida por uno o varios Estados excluidos del comercio mundial contra un adversario que en cambio mantuviera relaciones comerciales libres con el mundo externo.

Es también este desarrollo de la división del trabajo el que hace que carezcan de perspectiva las revueltas locales. Todavía en 1882 las poblaciones de Montenegro y de Herzegovina podían rebelarse durante semanas y meses contra el gobierno austriaco sin que se resintiera su sistema económico basado en la cooperación familiar autárquica. En Westfalia o Silesia un levantamiento extendido a un ámbito tan restringido se habría podido ya entonces sofocar en pocos días interrumpiendo los suministros. En los siglos pasados las ciudades podían entrar en guerra contra el campo; ya desde hace mucho tiempo no pueden hacerlo. El desarrollo de la división espacial del trabajo y su progresiva ampliación a toda la economía mundial tienen efectos pacíficos superiores a todos los producidos por los esfuerzos de los pacifistas. Habría bastado el conocimiento de la interconexión de los intereses materiales en toda la economía mundial para indicar a los militaristas alemanes la peligrosidad, o mejor dicho, la imposibilidad de sus ambiciones; pero estaban tan obsesionados con sus ideas de poder que no eran capaces de pronunciar la pacífica expresión «economía mundial» sino en el contexto de una lógica de guerra. Para ellos, «política mundial» era sinónimo de política militarista, construcción de la flota u odio a Inglaterra.[4]

Que la dependencia económica del comercio mundial tuviera una importancia decisiva para quien inicia una campaña militar, no podía naturalmente pasar inadvertido ni siquiera a quienes en el *Reich* alemán se ocuparon durante decenios de preparar la guerra. Si a pesar de ello no

lograron comprender que Alemania, al menos por su situación económica, no estaría en condiciones de mantener un esfuerzo bélico contra más de una gran potencia, los motivos decisivos son dos, uno político y otro militar. El primero ha sido sintetizado por Helfferich con estas palabras: «La propia configuración de los confines alemanes excluye toda posibilidad de una interrupción permanente de la importación de trigo. Nosotros tenemos tantos vecinos —ante todo un gran trecho de mar, luego Holanda, Bélgica, Francia, Suiza, Austria, Rusia— que resulta absolutamente impensable la eventualidad de una interrupción simultánea de todas las numerosas vías marítimas y terrestres de aprovisionamiento de víveres. El mundo entero tenía que aliarse contra nosotros; pero contemplar, aunque sólo sea por un instante, semejante eventualidad significa tener una desconfianza ilimitada en nuestra posición exterior.»

Pero desde el punto de vista militar se creía, considerando la experiencia de las guerras europeas de 1859, 1866 y 1870-71, que se podía pensar en una guerra de apenas unos pocos meses, si no ya de semanas. Todos los planes militares alemanes se basaban en la certeza de conseguir

derrotar completamente a Francia en pocas semanas; en Berlín, quien se hubiera atrevido a declarar que la guerra llegaría a durar tanto que aparecieran los ingleses e incluso los americanos en el continente con sus ejércitos de millones de personas, habría sido el hazmerreír de todos. Nadie imaginó que la confrontación bélica tomaría el cariz de una guerra de posiciones; no obstante la experiencia de la guerra ruso-japonesa, se creía poder acabar la guerra europea en breve tiempo con una serie de rápidas ofensivas.

Los cálculos militares del estado mayor no se equivocaron menos que sus cálculos económicos y políticos.

Se equivoca, pues, quien sostiene que el imperio alemán descuidó afrontar los preparativos económicos indispensables para la guerra. Lo cierto es simplemente que calcularon que la guerra sería de breve duración, y para una guerra breve no había por qué tomar otras precauciones económicas que las de orden financiero y de política crediticia. Sin duda, antes de la guerra se habría juzgado absurda la idea de que Alemania se había de ver obligada un día a combatir sólo en alianza con Austria-Hungría (o mejor, con los alemanes-austriacos y con los magiares, ya que los eslavos y los rumanos de la monarquía estaban con el corazón, y muchos de ellos también con las armas, de parte del enemigo), con Turquía y Bulgaria contra casi todo el resto del mundo. Y en todo caso, si se hubiera reflexionado con calma, se habría llegado a comprender que una guerra de este tipo no podía ni debía emprenderse, y que, si una política increíblemente equivocada la emprendió, había que conseguir la paz lo antes posible, incluso a costa de sacrificios muy altos. En efecto, sobre una cosa no podía haber duda alguna: que al fin habría necesariamente una tremenda derrota que expondría al pueblo alemán,

inerme, ante las condiciones más duras de sus enemigos Una paz rápida en tales circunstancias habría por lo menos ahorrado bienes y sangre.

Esto se habría podido comprender inmediatamente en las primeras semanas de la guerra, sacando las únicas consecuencias posibles. A partir del primer día de guerra, pero lo más tarde después de las derrotas sobre el Marne y en Galizia en septiembre de 1914, había para la política alemana un único objetivo razonable: la paz, aun al precio de graves sacrificios. Y aquí prescindimos completamente de que hasta el verano de 1918 se había presentado en múltiples ocasiones la posibilidad de llegar a la paz en condiciones medianamente aceptables, y que con ella se habría conseguido probablemente salvar del dominio extranjero a los alemanes de Alsacia, del Tirol del Sur, de los Sudetes y de las provincias orientales de Prusia. Aun admitiendo que con la prosecución de la guerra habría sido posible alcanzar una paz algo más favorable, no se debían afrontar los enormes y desproporcionados sacrificios que la continuación de la guerra requería. Que fuera así, que se quisiera en cambio proseguir durante años una disparatada lucha suicida, es culpa ante todo de los escrúpulos políticos reinantes y de los graves errores cometidos en la valoración militar de los acontecimientos. Pero también contribuyeron mucho unas disparatadas ideas de política económica.

Nada más comenzar la guerra afloró una fórmula cuyas nefastas consecuencias que todavía hoy siguen sin poder ser del todo valoradas globalmente: la fórmula de la «economía de guerra», un auténtico fetiche verbal. Con esta

expresión quedó marginada cualquier consideración que pudiera llevar a un resultado desfavorable a la prosecución de la guerra. Con este único término se liquidó cualquier lógica económica; todo cuanto concernía a la «economía de paz» no valía para la «economía de guerra», la cual obedecía a otras leyes. Armados de esta fórmula, un puñado de burócratas y de oficiales que habían obtenido plenos poderes gracias a los decretos de emergencia sustituyeron por el «socialismo de guerra» los restos de economía liberal que habían dejado en pie el socialismo de Estado y el militarismo. Y cuando el pueblo hambriento empezó a quejarse, se le tranquilizó con la idea de la «economía de guerra». Si un ministro inglés al principio de la guerra lanzó el eslogan «business as usual» —que, por lo demás, nadie siguió en Inglaterra en el curso de la guerra—, en Alemania y en Austria pusieron todo su empeño en recorrer con soberbia caminos que fueran lo más nuevos posible. Se pusieron a «organizar» sin percatarse de que sólo estaban organizando la derrota.

La empresa económica más importante realizada por el pueblo alemán durante la guerra —la reconversión de la industria a las necesidades bélicas— no fue obra de la intervención estatal; fue resultado de la economía libre. Aun cuando lo que se hizo en este terreno en el imperio es, en cifras absolutas, mucho más importante que lo que se hizo en Austria, no hay que olvidar, sin embargo, que eran muy superiores los problemas que la industria austriaca tenía que resolver en proporción con sus fuerzas. La industria austriaca, en efecto, no sólo tuvo que hacer frente a todo lo que la guerra requería además de a las necesidades de una economía de paz, sino que también tuvo que reparar lo que se había descuidado en tiempo de paz. Los cañones con los que la artillería de campo austro-húngara entró en guerra eran obsoletos; los obuses

pesados y ligeros y los cañones de montaña eran anticuados ya cuando fueron empleados y no correspondían ni siquiera a las exigencias más elementales. Estos cañones procedían de fábricas estatales, mientras que la industria privada, que en tiempos de paz estaba excluida del suministro del material de artillería de campo y de montaña, mientras podían suministrarlo sólo a China y a Turquía, tuvo no sólo que fabricar el material para la potenciación de la artillería, sino también sustituir los modelos inutilizables de las viejas baterías por otros nuevos. No muy distinta era la situación del suministro de uniformes y de botas a las tropas austriacas. El tejido llamado gris-azul —o más exactamente azul-claro— se reveló inadecuado para los uniformes de campaña y tuvo que ser oportunamente sustituido por el de color gris. El suministro de botas al ejército, que en tiempo de paz había sido encargado a industrias de calzado mecanizadas que trabajaban para el mercado, tuvo que ser transferido precisamente a las fábricas antes excluidas de la intendencia.

La enorme superioridad técnica que los ejércitos alemán y austro-húngaro habían alcanzado en la primavera y en el verano de 1915 en el teatro bélico oriental, y que constituyó la base principal de la victoriosa campaña que los llevó de Tarnovo a Gorlicia, ya dentro de Volinia, fue obra tanto de la industria privada como de las extrañas prestaciones del trabajo alemán y austriaco al suministrar material bélico de todo tipo destinado al teatro de la guerra occidental y al italiano. Las administraciones militares de Alemania y de Austria-Hungría sabían muy bien por qué razón no cedieron a las presiones orientadas a estatalizar las empresas suministradoras de material bélico. Apartaron su explícita preferencia por la empresa pública, que habría correspondiendo mejor a su ideología inspirada en la política y en la omnipotencia del Estado, porque sabían muy bien

que la poderosa función industrial que había que cumplir sólo podían afrontarla empresarios que actuaran bajo la propia responsabilidad y con medios propios. El socialismo de guerra sabía muy bien por qué razón no osó acercarse a las fábricas de armas en los primeros años de guerra.

2. *El socialismo de guerra*

El llamado socialismo de guerra ha sido considerado suficientemente motivado y legítimo por doquier sobre todo con referencia a la emergencia creada por la guerra. Se ha dicho que en la guerra no es posible dejar que siga operando la economía libre porque es inadecuada, y que debe ser sustituida por un sistema más perfeccionado, la economía administrada. El que una vez terminada la guerra se deba volver o no al sistema «no alemán» del individualismo, es una cuestión a la que —se dice— es posible dar respuestas distintas.

Esta motivación del socialismo de guerra es tan insuficiente como característica del pensamiento político de un pueblo al que el despotismo del partido de la guerra ha impedido toda manifestación libre de sus opiniones. Es insuficiente porque sólo podría tener cierta fuerza la persuasión si estuviera confirmado que la economía organizada está en condiciones de ofrecer rendimientos más elevados que los de la economía libre, algo que hay que demostrar. Para los socialistas, que en todo caso luchan por la socialización de los medios de producción en orden a eliminar la anarquía de la producción, no se necesita el estado de guerra para justificar las medidas de socialización. Pero para los adversarios del socialismo la referencia a la guerra y a las consecuencias económicas no es una circunstancia que pueda aconsejar la adopción de semejantes medidas.

Para quien opina que la economía libre es la forma superior de la acción económica, precisamente la emergencia provocada por la guerra debería representar el elemento nuevo para exigir la eliminación de todas las barreras que obstaculizan la libre competencia. La guerra como tal no exige una economía organizada, aunque en algunas direcciones puede poner ciertos límites a la persecución de los intereses económicos. En la época del liberalismo ni siquiera una guerra de las dimensiones de la guerra mundial (suponiendo que sea imaginable una guerra semejante en una época liberal y por tanto intrínsecamente pacifista) habría favorecido tendencias socializadoras.

La motivación más socorrida para justificar la necesidad de adoptar medidas socialistas era el argumento del asedio. Alemania y sus aliados se encontraban en la condición de una fortaleza asediada que el enemigo quiere doblegar mediante el hambre. Frente a semejante peligro había que adoptar todas las medidas típicas de una sociedad asediada. Había que considerar el conjunto de los recursos disponibles como un único bloque sometido a una administración unificada, del que poder disponer para cubrir de manera uniforme las necesidades de todos. Por consiguiente, había que racionar el consumo.

El argumento se basa en hechos incuestionables. Es un hecho evidente que la presión mediante el hambre (en el sentido más amplio del término), que en la historia de las guerras en general se había empleado tan sólo como un medio táctico, en esta guerra se empleó en cambio como medio estratégico. Pero las consecuencias que de él se

sacaban eran erróneas. Una vez que se había considerado que la situación de las potencias centrales era comparable a la de una fortaleza asediada, se deberían haber sacado las únicas consecuencias que se obtenían desde el punto de vista militar. Habría sido conveniente recordar que, según todas las experiencias de la historia de las guerras, una plaza fuerte asediada no puede menos de estar hambrienta, y que por tanto su caída puede evitarse sólo con la ayuda externa. El programa de «mantenerse firme» habría tenido sentido por tanto sólo si se hubiera podido contar con el hecho de que el tiempo trabajaba a favor de los asediados. Pero como no se podían esperar ayudas del exterior, no se habría debido cerrar los ojos ante la evidencia de que la posición de las potencias centrales empeoraba de día en día y que era indispensable cerrar la paz aun a costa de sacrificios no justificados por la posición táctica del momento. En efecto, los adversarios habrían estado aún dispuestos a hacer concesiones si a cambio hubieran obtenido la posibilidad de abreviar la duración de la guerra.

No es admisible que el estado mayor alemán desconociera todo esto. Si a pesar de ello se insistió en la consigna de «mantenerse firmes», fue no tanto por un desconocimiento de la situación militar como por la esperanza en una cierta condición psicológica del adversario. Un pueblo de mercaderes como el anglosajón se habría cansado antes que los pueblos de las potencias centrales, habituados a la guerra. Apenas hubieran sentido los ingleses la guerra sobre su propia piel, se habría visto que, ante la perspectiva de limitar su tenor de vida, serían mucho más sensibles que los centroeuropeos. Este error garrafal, esta incomprensión de la psique del pueblo inglés, les indujo también a adoptar la guerra submarina, primero limitada y luego ilimitada. La guerra submarina se basaba también en otros

cálculos equivocados, es decir, en una sobrevaloración de las propias capacidades operativas y en una infravaloración de las medidas de defensa del adversario, y finalmente también en un total desconocimiento de los presupuestos políticos de la beligerancia y de lo que en la guerra está permitido. Pero no es tarea de este escrito afrontar tales cuestiones. Dejemos a los expertos establecer qué fuerzas precipitaron al pueblo alemán en esta aventura suicida.

Pero prescindiendo completamente de estas carencias, derivadas más que otra cosa del aspecto genéricamente militar de la cuestión, la teoría del socialismo «de asedio» tiene graves fallos también desde la óptica de la política económica.

Al comparar a Alemania con una ciudad asediada se pasaba por alto el hecho de que la comparación sólo era pertinente en lo relacionado con los bienes no producidos en el interior del país y no sustituibles por los que sí lo son. Para tales bienes, cuando no se trataba de artículos de lujo, el racionamiento del consumo era en todo caso oportuno desde el momento en que todas las posibilidades de aprovisionamiento estaban excluidas como consecuencia de la agravación del bloqueo y de la entrada en guerra de Italia y Rumanía. Hasta ese momento habría sido mejor naturalmente garantizar la plena libertad de comercio y de transporte por lo menos para las cantidades importadas del exterior, para no reducir el incentivo a obtenerlas por vías indirectas. Fue en todo caso un error la iniciativa —tomada especialmente en Austria al principio de la guerra— de combatir el aumento de los precios de estas mercancías con el Código penal. Si los comerciantes animados por intenciones especulativas hubieran ocultado las mercancías para hacer subir los precios, ello habría contribuido eficazmente a limitar su consumo ya

desde el principio de la guerra. La medida que limitaba el aumento de los precios no podía menos de tener consecuencias nocivas. Para los bienes que no podían en modo alguno ser producidos en el interior del país y tampoco podían ser sustituidos por sucedáneos producidos en el interior, el Estado habría tenido que imponer más bien precios mínimos en lugar de precios máximos para limitar lo más posible su consumo.

La especulación anticipa los futuros cambios de precio; su función económica consiste en nivelar las diferencias de precio entre las distintas localidades y los distintos periodos y equilibrar entre ellos las reservas disponibles y la necesidad, gracias a la presión que ejercen los precios sobre la producción y los costes. Cuando al principio de la guerra la especulación empezó a pedir precios más altos, ello conllevó ciertamente un aumento momentáneo de los precios por encima del nivel que se habría alcanzado espontáneamente en ausencia de especulación. Pero como en tal caso también se limitó el consumo, las reservas de bienes disponibles para la siguiente fase de la guerra aumentaron también y comportaron para la fase siguiente una atenuación de los precios respecto al nivel que se habría formado espontáneamente en ausencia de especulación. Para eliminar esta indispensable función económica de la especulación se tenía que haberla sustituido inmediatamente con alguna otra cosa, por ejemplo con la confiscación de todas las reservas, su gestión por el Estado y el racionamiento. Lo único que no había que hacer era contentarse simplemente con la aplicación del Código penal.

Cuando estalló la guerra, el ciudadano común pensó que duraría de tres a seis semanas. Con este cálculo reguló el tendero su especulación. Si el Estado hubiera estado mejor informado, habría tenido el deber de intervenir. Si

pensaba que la guerra terminaría al cabo de cuatro semanas, habría podido intervenir para impedir que los precios subieran más de lo necesario y alcanzar el fin de armonizar sus reservas disponibles y sus necesidades. Incluso para hacer esto no habría sido suficiente fijar precios máximos. Si en cambio el Estado estaba convencido de que la guerra duraría mucho más de lo que pensaban los civiles, debería haber intervenido fijando precios mínimos o bien adquiriendo mercancías con el fin de acumular reservas estatales. En efecto, existía el riesgo de que la especulación comercial, ignorando las secretas intenciones y los planes del estado mayor, no habría impulsado inmediatamente al alza los precios en la medida en que era necesario para asegurar el reparto de las pocas reservas existentes para todo el tiempo que durase la guerra. Habría sido uno de esos casos de intervención absolutamente necesarios y legítimos del Estado sobre los precios. El hecho de que no se llegara a ello es fácilmente explicable. Las autoridades políticas y militares no sabían nada sobre la previsible duración de la guerra. Por tanto, todos sus preparativos fracasaron, los militares no menos que los políticos y los económicos.

Por lo que respecta a todas aquellas mercancías que, a pesar de la guerra, pueden producirse en el área de las potencias centrales libres del enemigo, el argumento del «asedio» era totalmente inaplicable. Fue un acto de diletantismo de la peor especie fijar precios máximos para esos bienes. Su producción habría podido ser estimulada sólo por precios elevados; limitando el aumento de los precios quedó estrangulada.

Será tarea de la historia económica ilustrar en detalle las locuras de la política económica de las potencias centrales durante la guerra mundial. Una vez, por ejemplo, se ordenó reducir, por falta de forraje, la cantidad de ganado

e incrementar sus sacrificios; otra se decretó la prohibición del sacrificio y se adoptaron medidas para incrementar la cría de ganado. Análoga falta de planificación reinó en todos los demás sectores. Medidas y contramedidas se cruzaban hasta que toda la estructura del sistema económico se hizo añicos.

El efecto más deletéreo de la política del socialismo de asedio fue la política de aislacionismo de los distritos que registraban una producción agrícola excedentaria respecto a las áreas en las que el consumo superaba a la producción. Es fácil comprender cómo en los Sudetes las autoridades de distrito checas, que con el corazón estaban de parte de la *Entente,* se esforzaron en limitar al máximo la exportación de productos agrícolas desde los distritos sometidos a su jurisdicción a las zonas alemanas de Austria, sobre todo a Viena. Menos comprensible es que el gobierno vienés lo tolerase, y que tolerase también que los distritos alemanes los imitaran, y que incluso Hungría bloqueara las fronteras con Austria, de suerte que en Viena ya había carestía cuando en los campos y en Hungría todavía abundaban las provisiones. Pero es totalmente inconcebible que una política de aislamiento regional idéntica se aplicara también en el imperio alemán, donde fueron los distritos agrarios los que se cerraron respecto a los industriales. Que la población de las grandes ciudades no se rebelase contra esta política sólo se puede explicar con su total sometimiento a una visión estatalista de la vida económica, con su ciega confianza en la omnipotencia de las intervenciones oficiales y con su recelo de décadas respecto a cualquier libertad.

Si el estatalismo quería impedir el inevitable colapso, en realidad no hizo sino acelerarlo.

3. *Autarquía y economía de las reservas*

Cuanto más resultaba evidente, a medida que la confrontación proseguía, que los imperios centrales acabarían siendo derrotados en la guerra del hambre, tanto más enérgicamente subrayaron algunos la necesidad de prepararse de otro modo para la próxima guerra. La economía nacional tenía que ser transformada de tal modo que Alemania estuviera en condiciones de sostener incluso una guerra de varios años. Había que producir en el interior del país todo lo necesario para alimentar a su población y equipar y armar a sus ejércitos y sus flotas, para no depender ya, bajo este aspecto, del exterior.

No se precisan largas disquisiciones para demostrar que este programa era irrealizable. Lo era porque el imperio alemán tiene una densidad demográfica demasiado elevada para poder producir en el interior del país los productos alimenticios que necesita su población sin tener que recurrir a las materias primas extranjeras, y porque toda una serie de materias primas indispensables para la fabricación del armamento moderno ni siquiera existen en Alemania. Y es un sofisma tratar de demostrar, como hacen los teóricos de la economía de guerra, la posibilidad de una economía alemana autárquica alegando la posibilidad de emplear materiales sustitutivos. Según ellos, no siempre sería indispensable emplear productos extranjeros, ya que existirían productos indígenas que nada tienen que envidiar a los extranjeros en el aspecto cualitativo y económico. Al espíritu alemán y a su ya gloriosa tradición de perfección en la ciencia aplicada se le confiaría una gran tarea que cumpliría de manera espléndida. Los intentos hechos hasta ahora en este terreno habrían dado ya resultados favorables. Y ahora nosotros seríamos más ricos que antes porque habríamos aprendido a explotar mejor

que antes materiales siempre desatendidos, empleados para fines menos importantes o no empleados de manera completa.

El error de este razonamiento salta a la vista. Es cierto que la ciencia aplicada aún no ha dicho la última palabra y que podemos aún contar con ulteriores perfeccionamientos de la técnica no inferiores en importancia a la invención de la máquina de vapor o del motor eléctrico. Y es posible que una u otra de estas invenciones encuentre precisamente en tierra alemana las condiciones naturales favorables a su aplicación, y que la misma consista acaso en hacer utilizable una materia prima que abunda en Alemania. Pero entonces la importancia de este hallazgo consiste precisamente en el hecho de modificar los parámetros de localización de una producción, es decir, de conferir a las condiciones de producción de un país consideradas hasta ahora poco favorables una forma más favorable en las circunstancias dadas. Históricamente se han producido numerosos casos de semejantes desplazamientos. Esperemos que en el futuro se den en Alemania tales y tantos que la conviertan —mucho más de lo que hoy es— en un país dotado de condiciones de producción más favorables. Si esto sucede, el pueblo alemán se habrá librado de muchas preocupaciones.

Pero estas transformaciones en la forma relativa de las condiciones de producción deben distinguirse netamente de la introducción del uso de sucedáneos y de la producción de bienes en condiciones de producción peores. Desde luego, siempre es posible sustituir el algodón por el lino y los zapatos de cuero por zuecos. Pero en el primer caso habremos sustituido un material menos costoso por otro más costoso, es decir, que tiene mayores costes de producción; en el segundo, en cambio, uno mejor por otro peor. Lo cual significa que habremos empeorado el tenor de vida.

Si en lugar de los sacos de yute empleamos sacos de papel y sustituimos las ruedas de goma de los automóviles por ruedas de hierro, si bebemos café «de guerra» en lugar de verdadero café, significa que nos hemos hecho más pobres, no más ricos. Y si aprendemos a utilizar inteligentemente los desperdicios que antes tirábamos a la basura, esto ciertamente no nos hace más ricos, más de lo que seríamos, por ejemplo, si obtuviéramos cobre de la fundición de obras de arte.[7] Ciertamente, el bienestar no es el bien supremo, y para el individuo no menos que para los pueblos puede haber razones para preferir una vida austera a una vida lujosa. Pero entonces dígase abiertamente sin recurrir a teoremas artificiosos que prefieren convertir lo blanco en negro y viceversa, y no se intente enmascarar la realidad de los casos con supuestos argumentos político-económicos.[8]

Con esto no pretendemos en absoluto negar que la emergencia bélica pueda haber producido, y en efecto lo haya hecho, muchos inventos útiles. En qué proporción haya constituido todo esto un enriquecimiento duradero de la economía general alemana, lo veremos seguidamente.

Sólo los partidarios de la autarquía, que posponen todos los demás objetivos a los militares, proponen un argumento coherente. Quienes ven realizados todos los valores en el Estado y conciben este último como una

organización militar siempre dispuesta a la guerra, deben pedir a la política económica del futuro que aparte todas las demás consideraciones y se centre en preparar las estructuras internas de la economía nacional para la autosuficiencia en caso de guerra. Sin mirar a los costes añadidos que surgirán, la producción —según éstos— debe ser dirigida dentro de las líneas que el estado mayor indique como las más oportunas. Si con todo esto sale perdiendo el bienestar de la población, ello no cuenta en absoluto en vistas al fin superior que hay que alcanzar. La mayor felicidad del hombre no consiste en el bienestar, sino en cumplir el propio deber.

Pero también este razonamiento oculta un grave error. Admitamos que, sin tener en cuenta los costes, sea posible producir en el interior del país todo lo que se precisa para sostener el esfuerzo bélico. Sin embargo, en la guerra el problema no se limita simplemente a la disponibilidad de armas y material bélico, sino que comprende también su disponibilidad en cantidad suficiente y en calidad óptima. Un pueblo que se vea obligado a fabricarlos en condiciones de producción menos favorables —o sea, a costes más elevados— entrará en liza en condiciones de avituallamiento, equipamiento y armamento peores que las de su enemigo. Ciertamente, la inferioridad de los medios materiales puede compensarse hasta cierto punto con el valor personal de los combatientes. Pero que existe un límite más allá del cual todo el valor y el espíritu de sacrificio de este mundo no sirven para nada, lo hemos experimentado por enésima vez en esta guerra.

El reconocimiento de la imposibilidad de realizar las ambiciones autárquicas dio origen al plan de una futura economía estatal de las reservas. El Estado, para prepararse a una posible nueva guerra de hambre, tenía que acumular reservas de todas las materias primas que no era posible

producir en el interior. En el plan se contemplaban también reservas masivas de trigo e incluso grandes *stocks* de forraje.[9]

En el aspecto económico, la realización de estas propuestas no parece impensable. En cambio, carece absolutamente de perspectivas en el aspecto político. Es difícil suponer que los demás pueblos asistan impasibles a esta acumulación de reservas de guerra en Alemania sin recurrir a su vez a contramedidas. Para desbaratar todo el plan les bastaría controlar la exportación de las materias primas estratégicas y permitirla de vez en cuando tan sólo en cantidades no superiores a las necesidades corrientes.

Lo que con expresión totalmente impropia se ha querido llamar economía de guerra en realidad oculta tan sólo los presupuestos económicos de la estrategia bélica. Toda estrategia bélica depende del nivel de vez en vez alcanzado por la división del trabajo. Las economías autárquicas pueden entrar en guerra una contra otra, mientras que las distintas partes de una comunidad que trabaja y comercia sólo pueden hacerlo en la medida en que están en condiciones de retroceder hacia la autarquía. Por eso vemos cómo disminuye cada vez más el número de guerras y de conflictos a medida que progresa la división del trabajo. El espíritu del industrialismo, que actúa incesantemente en pro del perfeccionamiento de las relaciones comerciales, aniquila el espíritu del militarismo. Los grandes progresos experimentados por la economía mundial en la era del liberalismo han reducido notablemente el espacio de las instituciones militares. Si aquellos estratos del pueblo alemán que tenían una visión lúcida de la interconexión de

las distintas economías nacionales en el ámbito de la economía mundial dudaban de que pudiera desarrollarse una vez más una guerra, y a lo sumo contaban con un estado de guerra transitorio, con ello demostraban que comprendían la realidad de la vida mejor que los que se abandonaban a la ilusión de poder poner en práctica también en la era del comercio mundial los principios políticos y militares de la guerra de los Treinta años.

Examinada en sus contenidos, la fórmula de la economía de guerra revela que en el fondo no tiene otra cosa que la pretensión de reducir el desarrollo económico a una condición más favorable a la estrategia militar que la que existía en 1914. El problema se reduce a saber hasta qué punto se quiere llegar. ¿Se limitarán simplemente a hacer posible la dirección de la guerra entre grandes Estados, o bien se llegará a hacerla posible también entre distintas partes del país y entre la ciudad y el campo? ¿Se trata solamente de poner a Alemania en condiciones de hacer la guerra a todo el resto del mundo, o de dar la posibilidad también a Berlín de hacer la guerra al resto de Alemania?

Quien por razones éticas quiere que la guerra como fin en sí misma permanezca como un dispositivo permanente de las relaciones entre los pueblos, debe saber que esto sólo puede suceder a costa del bienestar general, ya que para realizar este ideal militar, aunque sólo sea aproximadamente, habría que retrotraer el desarrollo económico mundial por lo menos a la situación de 1830.

4. *Los costes de la economía de guerra y la inflación*

Las pérdidas que la economía mundial sufre a causa de la guerra consisten, dejando aparte las desventajas que comporta la exclusión del mercado mundial, en la destrucción

de bienes como consecuencia de las operaciones militares, en el desgaste definitivo de toda clase de material bélico y en la suspensión del trabajo productivo que habrían desarrollado como civiles los efectivos dedicados al servicio militar. Se producen ulteriores pérdidas, siempre relativas a la suspensión del trabajo, en la medida en que el número de trabajadores disminuye constantemente en una cifra equivalente al número de caídos, y resultan menos productivos los supervivientes como consecuencia de las heridas sufridas, de las penalidades soportadas, de las enfermedades contraídas y de la mala alimentación. Estas pérdidas están compensadas sólo en una mínima parte por el hecho de que la guerra actúa como factor dinámico que impele a la población a mejorar las técnicas de producción. Ni siquiera el aumento numérico de los trabajadores que se produjo durante la guerra gracias a la utilización del trabajo femenino e infantil —de otro modo no utilizado— y a la prolongación del horario laboral, y ni tampoco el ahorro obtenido mediante la limitación del consumo, consiguen equilibrar tales pérdidas, de suerte que la economía nacional acaba siempre saliendo de la guerra con notables pérdidas en términos patrimoniales. Bajo la óptica económica, la guerra y la revolución son siempre un pésimo negocio, a no ser que de ello resulte una mejora en el proceso de producción tal que el excedente de bienes producido después de la guerra pueda compensar las pérdidas sufridas durante la misma. El socialista convencido de que el ordenamiento socialista de la sociedad actúa como multiplicador de la productividad económica puede desinteresarse de los sacrificios que costará la revolución social.

Sin embargo, incluso una guerra desventajosa para la economía mundial puede enriquecer a determinadas naciones o Estados. Si el Estado vencedor está en condiciones

de imponer al derrotado cargas tales que no sólo cubran los propios gastos de guerra sino que generen un excedente, entonces la guerra ha sido ventajosa. El militarismo se basa precisamente en la creencia de que estos beneficios de guerra son posibles y pueden asegurarse de forma duradera. Cuando un pueblo cree que es más fácil ganar el pan con la guerra que con el trabajo, difícilmente se podrá convencerle de que es más grato a Dios sufrir una injusticia que cometerla. La teoría del militarismo puede ser refutable; pero si no se consigue hacerlo, es imposible apelar a principios éticos para convencer al poderoso de que renuncie al uso de la fuerza.

La argumentación pacifista se pasa cuando niega simplemente la posibilidad de que un pueblo pueda beneficiarse con la guerra. La crítica del militarismo debe empezar a plantearse la cuestión de si el vencedor puede fundadamente contar con permanecer siempre siendo el más fuerte, o si, por el contrario, no debe temer ser derrotado por otro más fuerte aún. La argumentación militarista puede defenderse de objeciones de este tipo sólo si parte del supuesto de que existen caracteres raciales inmodificables. Quienes pertenecen a la raza superior, y que en sus relaciones recíprocas se atienen a los principios pacifistas, se mantienen firmemente unidos contra las razas inferiores y tratan de someterlas asegurándose así un predominio eterno. Pero la misma posibilidad de que entre los pertenecientes a las razas superiores existan diferencias que inducen a una parte de ellos a aliarse con las razas inferiores para luchar contra todos los demás de la propia raza implica el peligro que la situación auspiciada por el militarismo representa para todas las partes. Y si se abandona enteramente el supuesto de la constancia de los caracteres raciales y se considera lógicamente posible que la raza que antes era la más fuerte es superada por la que

antes era la más débil, es claro que cada una de las partes debe siempre pensar que tiene que afrontar nuevos conflictos en los cuales puede también lleva las de perder. Con estos supuestos, la teoría militarista no es defendible. No existe ya la seguridad de que la guerra implique una ganancia, y la situación auspiciada por el militarismo aparece por lo menos como una situación de conflictividad permanente que compromete en tal medida el bienestar que el vencedor acaba obteniendo menos de lo que habría podido cosechar en una situación pacífica.

En todo caso, no se precisaba tanta perspicacia económica para comprender que una guerra significa, por lo menos de inmediato, destrucción de bienes y miseria. Era claro para cualquiera que ya el estallido de la guerra habría comportado un funesto estancamiento de toda la vida productiva, y a principios de agosto de 1914 en Alemania y en Austria se miraba al futuro con mucha aprensión. Sorprendentemente, en cambio, parecía que la realidad era distinta. En lugar de la crisis esperada, se abrió un periodo de prosperidad económica y en lugar del desastre vino la expansión. La guerra se reveló como una coyuntura favorable; los hombres de negocios, que antes de la guerra habían sido tendencialmente, en su mayor parte, pacifistas, hasta el punto de que por el temor que demostraban ante cualquier barrunto de guerra habían sido constantemente atacados por los belicistas, empezaron a reconciliarse con la guerra. De pronto no había ya mercancías sin vender, y empresas que durante años habían trabajado sólo con pérdidas empezaron a obtener pingües beneficios. El paro, que había alcanzado dimensiones peligrosas en los primeros días y semanas de guerra, desapareció completamente y los salarios empezaron a subir. Toda la economía nacional ofrecía la imagen de una feliz expansión. Y no tardaron en aparecer

también estudiosos que trataron incluso de explicar sus causas.

Quien esté libre de prejuicios, naturalmente, no puede tener duda sobre el hecho de que la guerra, por lo menos de inmediato, no puede provocar una expansión económica por el simple hecho de que una destrucción de bienes no puede originar un incremento de riqueza. No habría sido tan difícil comprender que la guerra es sin duda una buena ocasión de negociar para los fabricantes de armas, municiones y equipos militares de todo tipo, pero lo que éstos ganan se compensa por las pérdidas de los demás sectores de producción y que los verdaderos daños de la guerra que sufre la economía nacional no se mitigan en absoluto. La coyuntura bélica es semejante a la coyuntura causada por un terremoto o por una epidemia. El terremoto se traduce en buenos negocios para los constructores y el cólera en un incremento de los negocios de los médicos, de las farmacias y de los empresarios de pompas fúnebres. Pero aún nadie ha tratado por ello de exaltar el terremoto y el cólera como estímulo de las fuerzas productivas útiles para la colectividad.

Partiendo de la observación de que la guerra incrementa los negocios de la industria de armamentos, algunos autores han tratado de reconducir la guerra a las maquinaciones de los beneficiarios de la industria bélica, tesis que parece encontrar apoyo en el comportamiento de la industria de armamento y de la industria pesada en Alemania. A decir verdad, los defensores más acérrimos de la política imperialista podían encontrarse no en los ambientes industriales sino en los de las profesiones intelectuales, sobre todo de los funcionarios públicos y del personal docente; sin embargo, los medios financieros para la propaganda bélica procedían, antes y durante la guerra, de la industria de armamentos. La cual, no obstante, puede decirse que generó el militarismo y el imperialismo no más de lo que los destiladores de aguardiente generaron el alcoholismo y la industria editorial sea la responsable de la literatura de pacotilla. No fue la oferta de armas la que provocó su demanda sino al contrario. En sí y por sí los industriales no están sedientos de sangre; ganarían lo mismo, por supuesto, produciendo otros artículos de amplio consumo. Fabrican cañones y fusiles porque hay demanda de ellos; fabricarían igualmente artículos pacíficos si con ellos pudieran realizar negocios mejores.

Si el conocimiento de esta conexión de las cosas se hubiera difundido inmediatamente, no se habría tardado en comprender que la coyuntura bélica favorecía sólo a una pequeña parte de la población, y que por el contrario la economía nacional en su conjunto se empobrecía por días, aunque la inflación extendiera sobre estos procesos un velo que una mentalidad deshabituada por el estatalismo a todo sentido de la racionalidad económica no estaba en condiciones de rasgar.

Para comprender el significado de la inflación conviene imaginársela, con todas sus consecuencias, fuera del marco de la economía de guerra. Supongamos que el Estado hubiera renunciado a todas estas ayudas que hacía afluir a sus finanzas a través de la emisión de papel moneda de todo género. Es claro que la emisión de billetes, si prescindimos de la cantidad relativamente insignificante de bienes recibidos de los países extranjeros neutrales como contrapartida del oro sustraído a la circulación y exportado a esos países, no incrementó en modo alguno los medios materiales y personales empleados para hacer la guerra. Con la emisión de papel moneda no se fabricó ni un solo cañón ni una granada más de lo que se habría podido fabricar sin poner a funcionar la máquina de hacer billetes. La guerra no se combate con «dinero», sino con los bienes que se adquieren a cambio de dinero. En orden a la producción de bienes de uso bélico era indiferente que la cantidad de dinero con la que se adquirían fuera mayor o menor.

La guerra incrementó considerablemente la necesidad de dinero. Muchas empresas se vieron obligadas a aumentar sus existencias de caja debido a que, por una parte, el recurso más frecuente a los pagos al contado en lugar de a los créditos a largo plazo como antes era normal, y, por otra, el empeoramiento de las estructuras comerciales y la

creciente inseguridad, habían alterado toda la estructura del sistema de pagos. Las numerosas cajas militares creadas sólo durante la guerra o que sólo entonces ampliaron su ámbito operativo, y la extensión de la circulación monetaria por parte de las potencias centrales a los territorios ocupados, contribuyeron por su parte a aumentar la necesidad de dinero de la economía nacional. Este aumento de la necesidad de dinero dio origen a una tendencia al aumento del valor del dinero, o sea, una tendencia al aumento de la capacidad de compra de la unidad monetaria, la cual actuó en sentido contrario a la tendencia opuesta desencadenada por el aumento de emisión de billetes.

Si este volumen de billetes emitidos no hubiera superado la dimensión que el mercado habría podido absorber —teniendo en cuenta la mayor necesidad de dinero inducida por los acontecimientos bélicos— sin aumentar el valor del dinero mismo, no valdría ni siquiera la pena gastar tantas palabras. En realidad el aumento de billetes circulantes fue muy superior. Cuanto más duraba la guerra, tanto más la actividad de la casa de la moneda se puso al servicio de la administración financiera. De aquí se derivaron aquellas consecuencias que la teoría cuantitativa del dinero prevé: los precios de todos los bienes y servicios se fueron por las nubes, y con ellos los precios de las letras sobre el exterior.

La caída del valor del dinero favoreció a los deudores y perjudicó a los acreedores. Pero los fenómenos sociales que acompañaron al cambio del valor del dinero no acabaron aquí. El aumento de los precios provocado por el aumento de la masa monetaria no afecta inmediatamente a toda la economía nacional y a todas las mercancías. En efecto, la incrementada masa monetaria se distribuye sólo gradualmente sobre las mismas. Inicialmente se vierte sobre

determinadas empresas y sobre determinados sectores de producción, y por tanto provoca tan sólo la demanda de determinadas mercancías, no de todas: sólo posteriormente aumentan también los precios de otras mercancías. «Durante la emisión de billetes —afirman Auspitz y Lieben— la incrementada masa de medios en circulación se concentrará en manos de una pequeña fracción de la población, por ejemplo en manos de los proveedores y de los productores de mercancías de utilidad bélica. Como consecuencia, aumentará la demanda de artículos diversos por parte de estas personas y por tanto aumentarán los precios como las ventas de estos artículos, pero especialmente los precios de los artículos de lujo. De este modo mejora la situación de los productores de todos estos artículos; su demanda de otras mercancías aumentará, y el aumento de los precios y de las ventas continuará y se extenderá a un número cada vez mayor de artículos, hasta afectar a todos.»[12]

Si la reducción del valor del dinero se verificase de golpe en toda la economía nacional y afectase a todas las mercancías en la misma medida, no comportaría una redistribución de la renta y la riqueza, que es lo que ocurre con la inflación. La economía nacional en cuanto tal no gana nada, y lo que unos individuos ganan otros tienen que perderlo. Quien lleva al mercado las mercancías y los servicios a los que primero afecta el movimiento ascendente de los precios, se encuentra en la favorable situación de poder vender ya a precios superiores, mientras que aún puede comprar a los viejos precios inferiores las mercancías y los servicios que desea comprar. Por otra parte, quien vende las mercancías y los negocios que sólo más tarde experimentan un aumento de los precios, se ve a su vez

obligado a comprar ya a precios más altos mientras que al vender sólo puede obtener los viejos precios más bajos. Mientras el proceso de cambio del valor del dinero está aún en curso, se producirán siempre estos beneficios por parte de unos y estas pérdidas por parte de otros. Cuando finalmente el proceso se detenga, cesarán obviamente también estos beneficios y estas pérdidas, pero los beneficios y las pérdidas del periodo intermedio no serán reequilibrados. Los proveedores —en el sentido amplio del término, incluidos por tanto también los trabajadores de la industria bélica y el personal militar que obtuvieron mayores ingresos ligados a la situación bélica— no sólo, pues, ganaron por haber atravesado una buena coyuntura económica en el sentido usual del término, sino también por la circunstancia de que la masa monetaria añadida se vertió primeramente en sus bolsillos. El aumento del precio de los bienes y servicios que aportaron al mercado fue doble, ya que fue provocado una vez por la mayor demanda de sus artículos y una segunda vez por la incrementada oferta de dinero.

Tal es la esencia de la llamada coyuntura bélica, la cual enriquece a unos en lo que sustrae a otros. No es aumento de riqueza, sino sólo transferencia de patrimonios y de rentas.[13]

La riqueza de Alemania y de la Austria alemana era sobre todo riqueza de capital. Por más que se sobrevaloren las riquezas agrícolas y naturales de nuestro país, hay que admitir que existen otros a los que la naturaleza ha

dotado de riquezas mayores, que poseen tierras más fértiles, minas más rentables, energías hidráulicas más potentes y territorios más accesibles, gracias a su posición sobre el mar, a las cadenas montañosas y al curso de los ríos. Las ventajas de la economía nacional alemana no se deben al factor natural sino al factor personal de la producción y a una ventaja fruto de la historia. Tales ventajas se manifestaban en una acumulación de capital relativamente grande, especialmente en las mejoras de los terrenos de la superficie agrícola y forestal utilizada y en la rica dotación de medios de producción de todo tipo —carreteras, ferrocarriles y otras infraestructuras comerciales, edificaciones con sus correspondientes instalaciones, máquinas y herramientas— y finalmente de materias primas ya extraídas y de semielaborados. Este capital se había acumulado gracias al largo trabajo del pueblo alemán; era el instrumento que la nación industrial alemana precisaba para su trabajo, de cuya utilización vivía. Año tras año este patrimonio se iba incrementando por su frugalidad.

Las fuerzas naturales que yacen en el suelo no se destruyen si se utilizan de manera apropiada en el proceso de producción; forman en este sentido un factor de producción eterno. El fondo de materias primas acumulado en el suelo representa sólo una reserva limitada que el hombre consume poco a poco sin poder sustituirla en modo alguno. Tampoco los bienes de capital duran eternamente, ya que en el proceso de producción son gradualmente transformados de medios de producción producidos y semielaborados, en un sentido amplio del término, en bienes de consumo. La transformación es más rápida en el llamado capital circulante y más lenta en el llamado capital fijo. Por eso no sólo el incremento sino también el nuevo mantenimiento del capital patrimonial presupone una continua renovación de los bienes de capital. Las materias primas

y los semielaborados que se destinan al consumo una vez transformados en mercancías listas para el uso, tienen que ser sustituidos por otros materiales y semielaborados, así como las máquinas y las herramientas de todo tipo empleadas en el proceso de producción tienen que ser sustituidas a medida que se van desgastando. La realización de esta tarea presupone una valoración exacta de las dimensiones del proceso de desgaste de los bienes productivos. Cuando se trata de medios de producción que hay que sustituir simplemente por medios homogéneos, la cosa no es difícil. Se puede conservar la red de carreteras de un país tratando de mantener en buenas condiciones sus distintos tramos mediante continuas actuaciones de mantenimiento técnico, y se puede ampliarla añadiendo poco a poco nuevas carreteras o prolongando las ya existentes. En una sociedad estática en la que no se produce cambio alguno en la economía, este modo de proceder sería aplicable a todos los medios de producción. Pero en una economía sometida a continuas transformaciones este procedimiento simple es insuficiente para la mayoría de los bienes de producción, ya que los medios de producción gastados y obsoletos no son sustituidos por medios homogéneos a ellos sino por otros medios distintos. Las instalaciones obsoletas no son sustituidas por instalaciones del mismo tipo, sino por otras de un tipo mejor, cuando incluso no se cambia toda la orientación productiva, en cuyo caso los bienes de capital obsoletos en uno de los sectores de producción —que es así redimensionado— se verifican a través de la inversión de nuevos bienes de capital en otros sectores de producción que hay que ampliar o poner en marcha de nueva planta. El cálculo en términos físicos, suficiente para las relaciones primitivas de una economía estacionaria, debe entonces ser sustituido por el cálculo del valor en dinero.

Los bienes singulares de capital desaparecen en el proceso de producción. El capital en cuanto tal se mantiene y aumenta. Pero esto no se produce por una necesidad natural, con independencia de la voluntad de los sujetos económicos, sino que es más bien el resultado de una actividad que regula conscientemente la producción y el consumo de tal modo que se conserve por lo menos el valor total del capital y se destina al consumo sólo los excedentes que se consigue obtener más allá de este valor total. Esto presupone el cálculo en términos de valor, cuyo instrumento es la contabilidad. Función económica de la contabilidad es examinar el resultado de la producción. La misma debe establecer si el capital ha sido incrementado, mantenido o bien reducido. Sobre los resultados conseguidos se construye luego el plan económico y el reparto de los bienes entre producción y consumo.

La contabilidad no es en absoluto un instrumento perfecto. La exactitud de sus cifras, que tanto impresiona a los no iniciados, es puramente aparente. La valoración de los bienes y de los derechos con la que debe operar se basa siempre en estimaciones que se fundan en la interpretación de elementos más o menos inciertos. Mientras esta incertidumbre provenga del lado de las mercancías, la praxis comercial aprobada por las normas de la legislación mercantil trata de prevenirla procediendo con la máxima cautela posible, es decir, pretendiendo una baja valoración de los asientos activos y una alta valoración de los pasivos. Pero las carencias de la contabilidad derivan también del hecho de que las valoraciones procedentes del lado monetario son poco fiables, porque también el valor del dinero está sujeto a cambios. En la vida cotidiana no se tiene en cuenta este defecto mientras se tenga en consideración el dinero real, el llamado dinero metálico de valor pleno. En efecto, tanto la praxis comercial como el

derecho han adoptado de lleno la ingenua concepción del mercado según la cual el dinero tiene valor estable, o sea, la relación de intercambio existente entre el dinero y las mercancías no está sujeta a cambios por el lado del dinero.[14] La contabilidad asume que el valor del dinero es estable. En la praxis comercial se han tenido siempre en cuenta tan sólo las fluctuaciones del crédito y del dinero-signo, o sea, del llamado dinero-papel, respecto al dinero real, recurriendo a la provisión contable de las correspondientes reservas y amortizaciones. Por desgracia, la economía estatalista alemana también sobre este punto ha abierto el camino a un cambio de las perspectivas teóricas. Extendiendo, en la teoría nominalista del dinero, la idea de la estabilidad del valor del dinero metálico en el interior del fenómeno del dinero, ha creado las condiciones preliminares para que se verificaran aquellos malhadados efectos de reducción del valor del dinero que aquí hemos descrito.

Los empresarios no se percataron de que la reducción del valor del dinero hacía irrealistas todos los asientos del balance. Al redactar los balances omitieron contabilizar el cambio de valor del dinero que mientras tanto se había verificado respecto al balance anterior. Así, pudo suceder que añadieran regularmente a la renta neta del año una cuota del capital social, considerándola, distribuyéndola y consumiéndola como beneficio. El error cometido (por ejemplo, en el balance de una sociedad anónima) no contabilizando entre los pasivos la depreciación monetaria fue compensado sólo en parte evitando aumentar el valor de los componentes patrimoniales registrados entre los asientos activos, ya que esta falta de consideración

del aumento nominal de valor no se aplicó también al capital circulante, desde el momento en que en el caso de las reservas destinadas a la venta aparecía la sobrevaloración. Y era precisamente esta última la que constituía el extra-beneficio inflacionista de las empresas. La falta de cálculo entre los asientos activos de la depreciación monetaria quedó limitada al capital fijo invertido, con la consecuencia de que también para las amortizaciones se operó con sumas inferiores, correspondientes a las viejas relaciones de valor del dinero. Pero esto tampoco pudo ser compensado, normalmente, por el hecho de que las empresas establecieran con frecuencia especiales reservas para hacer frente a la reconversión a la economía de paz.

La economía alemana entró en la guerra con una rica reserva de materias primas y de semielaborados de todo tipo. En tiempo de paz todo lo que de estas reservas se destinó al uso y al consumo fue regularmente repuesto. Durante la guerra, en cambio, las reservas se fueron consumiendo sin que nadie pudiera producir lo que debía reemplazarlas. Por tanto desaparecieron de la economía nacional, y el patrimonio nacional se redujo en una suma equivalente a su valor. Esto pudo enmascararse por el hecho de que, en el patrimonio del comerciante o del productor, en lugar de esas reservas aparecieran créditos activos en dinero, normalmente créditos del préstamo de guerra. El hombre de negocios pensó que era tan rico como antes; más aún, en la mayoría de las veces habrá vendido las mercancías a precios superiores a los que jamás habría esperado obtener en tiempo de paz, y así habrá creído que era más rico. Pero no se percataba de que sus créditos, debido a la disminución del valor del dinero, se devaluaban cada vez más. Veía subir las cotizaciones de sus títulos exteriores expresados en marcos o coronas y

pensaba que también esto era una ganancia. Pero cuando consumía en todo o en parte estos pseudo-beneficios, sin darse cuenta reducía poco a poco su capital.

De este modo la inflación acabó tendiendo un velo sobre la destrucción de capital. Individualmente cada uno creía que se había hecho más rico o por lo menos que no había perdido, mientras que en realidad su patrimonio disminuía. El Estado gravaba estas pérdidas de las unidades económicas como «beneficios de guerra», y gastaba las cantidades ingresadas para fines improductivos. Pero la opinión pública no se cansaba de ocuparse de los grandes beneficios de guerra que en gran parte no eran en absoluto beneficios.

Fue un delirio general. Quien ganaba más dinero que antes —y tal era el caso de la mayoría de los empresarios y de los asalariados, y, finalmente, a medida que el dinero seguía depreciándose, de todos a excepción de los capitalistas perceptores de rentas fijas— era feliz con su beneficio aparente. Mientras toda la economía nacional consumía su capital e incluso las reservas acumuladas en las distintas economías familiares se derrochaban en bienes de consumo, todos disfrutaban de tanta prosperidad. Y, como coronación de todo, algunos economistas se

dispusieron a emprender profundas investigaciones sobre sus causas.

Una economía racional sólo es posible desde que la humanidad se acostumbró al uso del dinero, ya que el cálculo económico no puede renunciar a reconducir todos los valores a un denominador común. En todas las grandes guerras el cálculo económico sufrió una serie de convulsiones a causa de la inflación. En otro tiempo la causa fue el empeoramiento del valor intrínseco del dinero metálico; hoy es la inflación del papel moneda. El comportamiento económico de todos los beligerantes se extravía, y a sus ojos escapan las verdaderas consecuencias de la guerra. Se puede afirmar sin exageración que la inflación es un indispensable instrumento ideal del militarismo. Sin ella las repercusiones de la guerra sobre el bienestar colectivo se manifestarían de un modo mucho más rápido e incisivo, y la gente se cansaría de la guerra mucho antes.

Ya hoy no es fácil medir en todo su alcance la entidad de los daños materiales que la guerra ha infligido al pueblo alemán. Semejante intento lo hace más difícil la necesidad de partir de la situación económica antes de la guerra, y por ello mismo está destinado a quedar incompleto. Pues nosotros no podemos valorar los efectos dinámicos de la guerra mundial sobre la vida económica del globo, porque no tenemos posibilidad alguna de medir en toda su entidad la dimensión de la pérdida que comportó la desorganización del sistema económico liberal, del llamado sistema económico capitalista. Nunca las opiniones divergen tanto como sobre este punto. Algunos sostienen que la destrucción del aparato productivo capitalista abre la vía a un desarrollo insospechado de la civilización, mientras que otros temen que de ello se derive una recaída en la barbarie.

Aun prescindiendo de tales consideraciones, para valorar las consecuencias económicas de la guerra mundial sobre el pueblo alemán nosotros no podemos en absoluto limitarnos a calcular de manera estática los daños de guerra que se verificaron materialmente. Más pesadas que estas pérdidas patrimoniales, ya en sí y por sí inauditas, son, también aquí, los daños de carácter dinámico. El pueblo alemán estará confinado, bajo el aspecto económico, en su insuficiente área de asentamiento europea, y millones de alemanes que hasta ahora se han ganado el pan en el extranjero serán repatriados por la fuerza. Lo cual quiere decir que el pueblo alemán habrá perdido el considerable capital que poseía en tierras extranjeras. Además de esto, quedó dañada la base misma de la economía alemana, o sea, la elaboración de materias primas importadas del exterior para las necesidades de los propios países exteriores. Así, pues, por mucho tiempo el pueblo alemán quedará reducido a la miseria.

Más desfavorable aún que la situación del pueblo alemán en general es la situación de los alemanes austriacos. Los costes de guerra del imperio austro-húngaro fueron soportados casi enteramente por ellos. La mitad austriaca del imperio contribuyó a los gastos de la monarquía en medida mucho más amplia de lo que hiciera la mitad húngara. A su vez, las cargas concernientes a la mitad austriaca del imperio recayeron casi exclusivamente sobre los hombros de los alemanes. El sistema fiscal austriaco cargó los impuestos directos casi exclusivamente sobre los empresarios industriales y comerciales, dejando indemne la agricultura. Este método de imposición en realidad no tuvo otro significado que el de sobregravar a los alemanes y desgravar a los no alemanes. Aún más sorprendente es el hecho de que los préstamos de guerra fueran suscritos casi en su totalidad por la población alemana de Austria, y que

actualmente, tras la disolución del Estado, los no alemanes rechacen cualquier contribución al pago de los intereses y del principal de los préstamos de guerra. Por otra parte, la enorme cantidad de créditos activos en posesión de los alemanes fue drásticamente reducida por la devaluación. La notable cantidad de empresas industriales y comerciales en manos de los alemanes austriacos, y también sus propiedades agrícolas en los territorios no alemanes, fueron expropiadas en parte a través de las medidas de nacionalización y socialización, en parte a través de las disposiciones del tratado de paz.

5. *La cobertura de los costes de guerra estatales*

Para cubrir los costes de la guerra que las arcas del Estado tenían que afrontar había tres vías.

La primera era la confiscación de los bienes materiales necesarios para sostener la guerra y el reclutamiento del personal necesario, sin indemnización alguna en lo relativo a los primeros y con remuneraciones muy bajas para los segundos. Éste parecía el medio más sencillo, y los representantes más coherentes del militarismo y del socialismo se batieron decididamente para que fuera empleado. De este medio se hizo un uso amplio especialmente en el reclutamiento del personal militar. La obligación del servicio militar para todos en periodo de guerra se introdujo por primera vez en algunos Estados y se extendió sustancialmente en otros que ya lo preveían. Se consideró como algo sorprendente que el soldado recibiera por sus servicios una remuneración simplemente irrisoria frente al salario percibido por el trabajo libre, mientras el obrero de la industria de las municiones recibía un alto salario y a los propietarios de material bélico expropiado y confiscado

se les resarcía por lo menos de un modo proporcionado. La explicación de esta anomalía puede hallarse en el hecho de que hoy incluso para un salario muy alto se pueden contratar sólo unas pocas personas, y que en todo caso sería poco prometedor querer reunir un ejército de millones de personas mediante alistamientos. Respecto a los enormes sacrificios cruentos que el Estado exige a los individuos, parece bastante secundario que remunere con un salario más o menos alto la pérdida de tiempo que el soldado soporta por su deber de prestar el servicio militar. Para este último no existe remuneración adecuada en la sociedad industrial, porque en una tal sociedad ese servicio no tiene precio; sólo se puede exigir coactivamente, y entonces importa poco que sea altamente remunerado o que lo sea a los niveles ridículamente bajos en que lo fue en Alemania. En Austria el soldado en el frente recibía una paga de 16 *Pfennigs* por día y una indemnización de guerra de 20, o sea en total 36 *Pfennigs* diarios El hecho de que los oficiales de la reserva también en los Estados continentales y la tropa inglesa americana recibieran una paga más alta se explica teniendo en cuenta la circunstancia de que en los Estados continentales, para los oficiales en servicio permanente, y en Inglaterra y América para el servicio miliar en tiempo de paz, se añadía una paga base que se percibía como punto de partida en tiempo de guerra. Pero sea cual fuere el nivel más o menos alto que pueda alcanzar la paga del soldado, nunca debe considerarse como un resarcimiento adecuado para una persona reclutada por decreto. Sólo valores ideales, nunca los

materiales, pueden compensar el sacrificio que se pretende del soldado alistado.

Por lo demás, la expropiación sin indemnización del material bélico no se tomó nunca seriamente en consideración. Por su propia naturaleza tuvo que referirse solamente a los bienes existentes en cantidad suficiente en las distintas unidades económicas al principio de la guerra, y no a la producción de nuevos bienes.

La segunda vía de que disponía el Estado para procurarse los medios necesarios era la de la introducción de nuevos impuestos y del agravamiento de los ya existentes. También de este instrumento se sirvieron en el periodo bélico sólo cuando se pudo. Desde varias partes se había contemplado la exigencia de que el Estado tratase ya durante la guerra de recuperar todo su coste con impuestos; y se habían referido a este respecto a Inglaterra, que en las guerras anteriores había adoptado esta política. Es cierto, en efecto, que Inglaterra cubrió en gran parte con los impuestos, ya durante la guerra, los costes de conflictos de menor entidad y de escaso peso financiero en relación con la riqueza nacional. En cambio, esto no sucedió en las grandes guerras combatidas por Inglaterra, como las napoleónicas y la mundial. De haber querido recuperar inmediatamente las grandes sumas que precisaba esta guerra exclusivamente mediante los impuestos, descartando la vía de la deuda pública, se habría tenido que dejar a un lado en el establecimiento y la exacción de los impuestos todo criterio de justicia y de uniformidad en la distribución de la carga fiscal y tomar donde se podía en aquel momento.

Se debería haber quitado todo a los poseedores de capitales mobiliarios (no sólo a los grandes sino también a los pequeños, por ejemplo a los titulares de depósitos en las cajas de ahorros), eximiendo por otra parte en mayor o menor medida a los propietarios de inmuebles.

Pero aplicar con criterios de uniformidad los elevados impuestos de guerra (y tales tenían que ser si se quería cubrir anualmente los costes bélicos afrontados en el mismo año) significa forzar a quien no dispone de liquidez para pagarlos a contraer deudas para obtenerla. Los propietarios de tierras y los titulares de empresas comerciales se ven entonces obligados a pasar en masa al endeudamiento o bien a enajenar parte de sus propiedades. En el primer caso, no sería el Estado, sino que serían muchos particulares los que se endeudarían obligándose a pagar intereses a los poseedores de capitales. Ahora bien, el crédito privado en general es más caro que el crédito público. Los propietarios de tierras y de casas habrían tenido que pagar por sus deudas privadas intereses superiores a los que habrían tenido que pagar indirectamente por la deuda pública. Pero si para pagar los impuestos se vieran obligados a enajenar partes más o menos considerables de su propiedad, esta repentina oferta de una parte notable del patrimonio inmobiliario habría rebajado fuertemente los precios de venta, originando pérdidas a los propietarios más antiguos y beneficios a los capitalistas que hubieran podido disponer en aquel momento de liquidez para comprar a buen precio. El hecho de que el Estado haya sostenido los costes de la guerra no enteramente a través de los impuestos sino la mayor parte contrayendo deudas cuyos intereses se pagan con el fruto de los impuestos, no significa, pues, como muchos suponen, haber favorecido a los capitalistas.

Hemos visto una y otra vez que se sostiene la idea de que la financiación de la guerra mediante la deuda pública equivale a trasladar los costes de la guerra desde la generación actual a las futuras. Algunos añaden que esta traslación es también justa, puesto que la guerra se ha combatido no sólo en interés de la generación actual sino también en interés de nuestros hijos y nuestros nietos. Pero es una concepción absolutamente errónea. La guerra sólo puede hacerse empleando bienes actuales. Se puede combatir sólo con armas existentes y se puede hacer frente a todas las necesidades de la guerra sólo echando mano del capital ya existente. Desde el punto de vista económico, es la generación actual la que combate la guerra, y es ésta la que tiene que soportar todos los costes materiales. Las generaciones futuras están implicadas sólo en cuanto son nuestros herederos a los cuales dejamos menos de lo que habríamos podido dejarles si no hubiéramos entrado en guerra. Que ahora el Estado financie la guerra mediante deudas u otra cosa, no cambia en nada esta realidad de hecho. Haber financiado la mayor parte de los costes de la guerra recurriendo al endeudamiento del Estado no significa en absoluto haber descargado las cargas de la guerra sobre el futuro. Significa tan sólo que se ha adoptado un determinado principio de reparto de los costes de la guerra. Si, por ejemplo, el Estado tuviera que sustraer a cada ciudadano la mitad de su patrimonio para estar en condiciones de financiar la guerra, inicialmente es indiferente que lo haga gravándole *una tantum* la mitad de su patrimonio o sustrayéndole anualmente en forma de impuesto una cantidad equivalente a la mitad de ese patrimonio. Para el ciudadano es indiferente pagar de una vez 50.000 coronas de impuestos que pagar cada año los intereses de esa cantidad. Pero esto alcanza la mayor importancia para todos aquellos ciudadanos que no estarían en condiciones de

pagar esas 50.000 coronas sin endeudarse, es decir, de hacerse prestar la cantidad que deben pagar como impuesto, ya que por este préstamo contraído como ciudadanos privados tendrían que pagar intereses superiores a los que el Estado —que disfruta de un crédito más barato— paga a sus acreedores. Aun fijando tan sólo en el 1% esta diferencia entre el crédito privado más caro y el estatal más barato, esto equivale en nuestro ejemplo a un ahorro anual de 500 coronas para el ciudadano sujeto al impuesto. Si él puede aportar año tras año su contribución para el pago de los intereses de la deuda pública que le corresponde, ahorra 500 coronas respecto a la suma que tendría que emplear anualmente para pagar los intereses de un préstamo privado que le habría puesto en condiciones de pagar la elevada suma temporal debida como impuesto de guerra.

Cuanto más fuerza adquiría la idea socialista a lo largo de la guerra, tanto más se tendía a cubrir sus costes con un impuesto especial sobre la propiedad.

Sin embargo, la idea de someter a un especial impuesto progresivo los incrementos de renta y de patrimonio durante la guerra no es necesariamente socialista. En sí y por sí, el principio de la imposición según la capacidad contributiva no es socialista. Nadie niega que quienes en tiempo de guerra consiguieron una renta más alta que en tiempo de paz e incrementaron su patrimonio demostraron, *cœteris paribus,* mayor capacidad contributiva que aquellos que no habían conseguido incrementar su renta o su patrimonio. Y aquí conviene dejar totalmente a un lado la cuestión de la medida en que tales incrementos nominales de la renta y del patrimonio haya que considerar como incrementos efectivos o más bien como un hinchamiento a escala mundial de la expresión monetaria a consecuencia de la reducción del valor del dinero. Ya que no hay duda de que una persona que antes de la guerra tenía una renta

de 10.000 coronas y durante la guerra había subido a 20.000 coronas se encontraba en mejores condiciones que otra que se había quedado en su renta de 10.000 de antes de la guerra. La verdad es que en esta falta de consideración del valor del dinero, incluso obvia dada la tendencia general de la legislación alemana y austriaca, se ocultaba un prejuicio intencionadamente desfavorable respecto a los propietarios de bienes inmobiliarios y en particular de los agricultores.

Las tendencias socialistas en el impuesto sobre los beneficios de guerra aparecían sobre todo en sus motivaciones. Los impuestos sobre los beneficios de guerra se basan en la idea de que todo beneficio de un empresario representa un robo a la colectividad en su conjunto, y que por tanto por razones jurídicas debe ser enteramente recuperado. Tal tendencia se manifiesta en el nivel desproporcionado de los impuestos, los cuales se acercan cada vez más a una auténtica confiscación de todo el incremento del patrimonio y de la renta, y sin la menor duda acabará también por alcanzar su objetivo explícito. Pues sobre una cosa realmente no hay que hacerse ilusión alguna: el juicio desfavorable sobre la renta del empresario que emerge de estos impuestos de guerra no se limita simplemente al periodo bélico, y la motivación que de ellos se dio —es decir, que tales incrementos del patrimonio y de la renta en esta fase de emergencia nacional habrían sido contrarios a la ética—, podrán reconfirmarse con la misma justificación, aunque con otras argumentaciones en los detalles, también en la fase posbélica.

Las tendencias socialistas se manifiestan también en la idea del impuesto único sobre el patrimonio. La popularidad de que goza esta idea —una popularidad tan grande que hace improbable cualquier seria discusión sobre su oportunidad— sólo puede explicarse con la aversión

de toda la población hacia la propiedad privada. A la cuestión de si un impuesto único sobre la propiedad es preferible a un impuesto corriente, socialistas y liberales darán una respuesta totalmente distinta. Se puede sostener que el impuesto patrimonial corriente, repetido cada año (prescindiendo completamente de su mayor equidad y uniformidad, porque permite corregir en el año sucesivo los posibles errores en materia de imponible cometidos en el año anterior, y porque no depende de la casualidad de lo que se posee en un determinado momento y de la correspondiente valoración, ya que determina año por año la posesión sobre la base del nivel de su consistencia patrimonial), ofrece respecto al impuesto único sobre el patrimonio la ventaja de no quitar a cada uno la disponibilidad de sus bienes de capital. Si uno gestiona una empresa con un capital propio de 100.000 marcos, para él no es en absoluto indiferente pagar una cantidad *una tantum* de 50.000 marcos como impuesto patrimonial o bien pagar cada año tan sólo la suma correspondiente a los intereses que el Estado tiene que pagar para remunerar una deuda de 50.000 marcos. Ya que podemos esperar que con ese capital él logre conseguir un beneficio superior a la suma que el Estado tendría que exigirle para pagar los intereses de los 50.000 marcos, y que permanecería en su bolsillo. Pero el punto decisivo de la posición liberal no es éste, sino el criterio social de que el Estado, a través del impuesto único sobre el patrimonio, transfiere capital de manos de los empresarios a las de los capitalistas y de los prestamistas de dinero. Si el empresario, después de pagar el impuesto patrimonial, quiere seguir con su empresa dentro de las mismas dimensiones en que la gestionaba antes del impuesto patrimonial, debe procurarse la suma que le falta recurriendo al crédito, y como individuo particular se verá obligado a pagar intereses más elevados de los que el Estado

habría tenido que pagar. La consecuencia del impuesto patrimonial será, pues, un mayor endeudamiento de los estratos empresariales de la población respecto a los capitalistas no empresariales, los cuales, como consecuencia de la reducción de la deuda de guerra, cambiarán una parte de sus créditos hacia el Estado por créditos hacia los particulares.

Los socialistas naturalmente van mucho más lejos. Quieren emplear el impuesto patrimonial únicamente para reducir las deudas de guerra, de las que muchos de ellos quieren liberarse de una manera aún más sencilla a través de la bancarrota del Estado. Piden el impuesto patrimonial para ceder al Estado cuotas de propiedad de empresas económicas de todo género, de sociedades anónimas industriales, de minas y de fincas agrícolas. Su batalla la libran bajo el lema de la participación del Estado y de la sociedad en el producto de las empresas privadas.[20] Como si el Estado no participara igualmente, a través de la legislación fiscal, en el producto de todas las empresas, hasta el punto de no tener ninguna necesidad de un título jurídico privado para obtener renta de las propias empresas. Hoy el Estado participa del producto de las empresas sin siquiera la obligación de colaborar de un modo cualquiera a la dirección del proceso productivo, y sin tan siquiera la posibilidad de ser perjudicado de un modo cualquiera por eventuales pérdidas sufridas por la empresa. Pero si el Estado tiene cuotas de participación en todas las empresas, participará también en las pérdidas, y se verá, por tanto, obligado a preocuparse también de la gestión de las distintas empresas. Y esto es precisamente lo que quieren los socialistas.

6. *Socialismo de guerra y socialismo auténtico*

La cuestión de si el socialismo de guerra es auténtico socialismo ha sido acaloradamente debatida en varias ocasiones. Hay quien responde afirmativamente con la misma decisión con la que otros responden negativamente. En el debate se ha podido observar el fenómeno sorprendente de que, a medida que la guerra proseguía y se hacía cada vez más evidente que terminaría con el fracaso de la causa alemana, disminuía también la propensión a definir el socialismo de guerra como socialismo auténtico.

Para poder tratar correctamente el problema, es preciso ante todo tener muy presente que el socialismo significa transferencia de los medios de producción de la propiedad privada de los particulares a la propiedad de la sociedad. Esto sólo y no otra cosa es el socialismo. Todo lo demás es accesorio. Para la solución de nuestro problema es absolutamente indiferente, por ejemplo, quién tiene el poder en una colectividad, por ejemplo quién tiene el poder en una colectividad socializada, un emperador hereditario, un César o la comunidad popular democráticamente organizada. No constituye la esencia de la comunidad socialista el hecho de estar gobernada por consejos de obreros y soldados. También otros poderes pueden realizar el socialismo, por ejemplo la Iglesia o el Estado militar. Por lo demás, conviene observar que una eventual elección de la dirección general de la economía socialista en Alemania en los primeros años de guerra sobre la base de una completa universalidad e igualdad del derecho de voto, habría dado a Hindenburg y Ludendorff una mayoría mucho más sólida que la que habrían podido alcanzar Lenin o Trotski en Rusia.

Tampoco es esencial el modo de emplear lo que la economía socialista produce. Para los fines de nuestro problema

es indiferente que este producto sirva en primera instancia para fines civiles o bien para combatir una guerra. Para el pueblo alemán, o por lo menos para su inmensa mayoría, no había ninguna duda de que la victoria en la guerra se consideraba en aquel momento el objetivo más urgente. Que esto se apruebe o no es igualmente indiferente.[21]

Igualmente indiferente es que el socialismo de guerra se realice sin una transformación formal radical de las relaciones de propiedad. Lo que interesa no es la letra de la ley, sino el contenido material de las normas jurídicas.

Si tenemos presente todo esto, entonces no es difícil comprender que todas las medidas del socialismo de guerra aspiraban a poner la economía sobre una base socialista. El derecho de propiedad permanece formalmente intacto. El propietario, según la letra de la ley, siguió siendo propietario de los medios de producción. Pero se le quitó el poder de disponer de su empresa. No era él quien tenía que establecer qué había que producir, hacerse con las materias primas, contratar a los obreros y finalmente vender el producto. El objetivo de la producción le era prescrito,

las materias primas le eran suministradas a determinados precios, los trabajadores le eran asignados y tenía que pagarles según parámetros salariales sobre cuya determinación él no tenía ninguna influencia directa. A su vez, el producto se le compraba a un precio determinado, si no es que se le pagaba simplemente con un salario por toda la producción. Esta organización no se realizó uniforme y simultáneamente en todos los sectores productivos, y en algunos no lo fue en absoluto. También su red tenía los agujeros de las mallas bastante amplios, de modo que muchos podían evitarla. Una reforma tan gigantesca que provoca un cambio total en las relaciones de producción no puede ciertamente llevarse a cabo de un solo golpe. Pero el objetivo que se perseguía y al que se acercaban cada vez más en toda nueva disposición era éste y no otro. El socialismo de guerra no fue en modo alguno un socialismo integral, pero fue plena y auténtica socialización, una vía que debía llevar al socialismo y que conducía al mismo. Si la guerra hubiera durado más y se hubiera seguido recorriendo el camino emprendido, se habría llegado a la socialización integral y sin excepciones.

En nada modifica este marco la circunstancia de que el producto vaya ante todo al empresario. Las medidas del socialismo de guerra en sentido estricto no eliminan de raíz el beneficio empresarial y el interés del capital, aunque la fijación de los precios por parte de la autoridad representa ya un buen paso adelante en esta dirección. Pero del cuadro completo del socialismo de guerra forman parte precisamente todas las medidas de política económica tomadas durante la guerra, y sería un error considerar sólo algunas medidas e ignorar otras. Todo lo que la dictadura económica de las distintas instancias organizativas de la economía de guerra dejó libre fue capturado por la política fiscal. La política fiscal de guerra estableció el principio de que todo

beneficio adicional respecto a las ganancias del periodo prebélico tenía que ser confiscado mediante los impuestos. Tal fue, desde el principio, el objetivo al que tendió y se aproximó en todas las medidas sucesivas que fue adoptando. Y no hay duda de que habría alcanzado plenamente también este objetivo con sólo haber podido disponer aún de un poco más de tiempo. Se modificó sin ninguna consideración el valor del dinero que mientras tanto había cambiado ya por su cuenta, lo cual significó limitar el beneficio empresarial no al total alcanzado en el periodo prebélico sino a una fracción de este total. Así, mientras por una parte el beneficio del empresario se limitaba por arriba, por otra no se le garantizaba con seguridad que lo obtendría. Como siempre, habría tenido que pechar solamente con las pérdidas sin tener en cambio ninguna posibilidad de obtener un beneficio.

Muchos socialistas han explicado que ellos no pensaban en absoluto en una expropiación sin indemnización de los empresarios, de los capitalistas y de los propietarios de tierras. Muchos de ellos pensaban que una comunidad socialista habría podido también dejar que clases propietarias siguieran percibiendo la renta que percibían antes de su instauración, ya que la socialización habría provocado un aumento tan notable de la productividad que sería fácil soportar esa indemnización. Una transición regulada al socialismo habría permitido indemnizar a los empresarios en cifras superiores a las introducidas por el socialismo de guerra. Éstos habrían seguido recibiendo en forma de renta garantizada cuanto habían ganado antes. Que luego estas rentas de las clases propietarias pudieran ser permanentes o tan sólo fueran percibidas durante un tiempo determinado, es una circunstancia secundaria. Ni siquiera el socialismo de guerra resolvió definitivamente la cuestión. Los aumentos del impuesto sobre los patrimonios,

sobre las rentas y sobre las herencias, sobre todo gracias al desarrollo de la progresividad de las cuotas, habrían podido alcanzar rápidamente la confiscación plena.

A los poseedores de capital de préstamo se les siguió garantizando por el momento los intereses. Puesto que la inflación infligía continuas pérdidas a sus patrimonios y a sus rentas, no representaban un objeto apetecible para una mayor intervención del fisco. Respecto a ellos la función de la confiscación la cumplía ya la inflación.

La opinión pública alemana y austriaca, completamente dominada por la mentalidad socialista, estigmatizó repetidamente el hecho de que se hubiera tardado tanto tiempo en gravar los beneficios de guerra, y que también con posterioridad no se hubiera procedido con el necesario rigor. Se debería haber pasado inmediatamente a confiscar todos los beneficios de guerra, o sea, todos los incrementos patrimoniales y de renta obtenidos durante la guerra. Desde el primer día de guerra se habría tenido que realizar la socialización integral, excluyendo sólo las rentas procedentes de propiedades conseguidas antes de la guerra. Ya se preguntaban por qué no se había hecho y qué consecuencias se habrían derivado para la reconversión bélica de la industria si se hubiera seguido esta sugerencia.

Cuanto más se perfeccionaba el socialismo de guerra, tanto más se hacían sentir algunas consecuencias de un ordenamiento socialista de la sociedad. Ciertamente, en el aspecto técnico las empresas no trabajaban de un modo más irracional que antes, ya que los empresarios que habían quedado al frente de sus empresas y conservaban formalmente su cargo siguieron cultivando la esperanza de poder retener —aunque fuera ilegalmente— una parte más o menos considerable de las mayores ganancias obtenidas, y esperaban del futuro por lo menos la abolición de todas las medidas del socialismo de guerra, que incluso

oficialmente seguían definiéndose como medidas excepcionales y limitadas exclusivamente a la duración de la guerra. Sin embargo, especialmente en el sector del comercio, podía advertirse la tendencia a un aumento de los gastos, desde el momento en que la política de precios de las autoridades y la praxis de los tribunales en la aplicación de las normas penales en los casos de superación de los precios máximos establecían los precios permitidos sobre la base de los gastos del empresario, incluido un aumento por «utilidad cívica», de modo que la ganancia del empresario aumentaba tanto más cuanto más aumentaban sus costes de adquisición y sus gastos.

De la máxima importancia fue la parálisis de cualquier iniciativa empresarial. Puesto que participaban más de las pérdidas que de los beneficios, el incentivo para aventurarse en especulaciones perspicaces no podía menos de ser escaso. Muchas ocasiones productivas quedaron inutilizadas en la segunda mitad de la guerra porque los empresarios evitaban el riesgo conexo a nuevas inversiones y a la adopción de nuevos métodos productivos. Para estimular la producción era ya más idóneo el método adoptado al principio de la guerra, especialmente en Austria. Éste consistía en que el Estado asumiera la responsabilidad por las eventuales pérdidas. La opinión sobre este punto cambió hacia el final de la guerra. Cuando en Austria se vieron obligados a importar determinadas materias primas del exterior, surgió el problema sobre quién tenía que cargar con el «riesgo de paz», es decir, el riesgo de sufrir pérdidas a causa de la caída de los precios que se esperaba que produciría la llegada de la paz. Los empresarios con limitadas posibilidades de ganancia afiliados a las «centrales» estaban dispuestos a aceptar el negocio sólo si el Estado estaba a su vez dispuesto a cargar con las eventuales pérdidas. Pero como esto no era posible, la importación quedó suspendida.

El socialismo de guerra fue tan sólo la prosecución a ritmos acelerados de la política del socialismo de Estado introducida ya mucho antes de la guerra. Desde el principio la intención de todos los grupos socialistas fue no dejar caer después de la guerra ninguna de las medidas adoptadas durante la misma, sino más bien proseguir en la construcción del socialismo. Si la opinión pública tuvo una impresión distinta y si sobre todo en el ámbito del gobierno se habló siempre y sólo de disposiciones excepcionales mientras duraba la guerra, ello tenía el objetivo de disipar posibles dudas respecto a los ritmos acelerados de la socialización y sofocar cualquier oposición. En realidad se había dado ya con la fórmula bajo la cual tenían que circular las ulteriores medidas de socialización: se empezó a hablar de *economía de transición*.

El militarismo de los oficiales del Estado Mayor se derrumbó, pero la economía de transición pasó a manos de otros poderes.

[Tercera Parte]

SOCIALISMO E IMPERIALISMO

1. *El socialismo y sus adversarios*

El espíritu militarista-totalitario del Estado prusiano tiene su contrapartida y culminación en las ideas de la socialdemocracia y del socialismo alemán en general. Para quien observe las cosas superficialmente, el Estado autoritario y la socialdemocracia se presentan como antítesis irreconciliable, entre las cuales no existe mediación alguna. En efecto, durante más de cincuenta años se han enfrentado con dura hostilidad. Sus relaciones no eran las de una oposición política que rigen entre partidos políticos también distintos en otros pueblos; eran en cambio relaciones de total extrañeza y de enemistad mortal. Entre *Junkers* y burócratas, por una parte, y socialdemócratas por otra estaba excluido todo contacto personal y puramente humano; jamás por una parte o por otra se hizo el intento de comprender al adversario o de discutir con él.

El odio implacable de la monarquía de los *Junker* no se refería, sin embargo, al programa económico-social del partido socialdemócrata alemán. Este programa contiene dos elementos de distinto origen unidos sólo por un nexo muy lábil. Por una parte, hace suyas todas aquellas reivindicaciones políticas que el liberalismo, especialmente su ala izquierda, representa, y que en parte también ya ha realizado en muchos estados civilizados. Esta parte del programa del partido socialdemócrata se basa en la gran idea

política del Estado democrático que quiere sustituir el Estado absoluto y autoritario y transformar a los súbditos en ciudadanos. Haber perseguido este fin, haber recogido la bandera de la democracia de las manos impotentes del liberalismo alemán agonizante y haberla mantenido alta en los decenios más oscuros de la política alemana a pesar de todas las persecuciones, constituye un timbre de gloria del partido socialdemócrata. A esto es a lo que se debe la simpatía que despierta en todo el mundo y que ha conducido bajo sus banderas a tantos de sus hombres mejores y a las masas de los oprimidos y de los «compañeros de viaje burgueses». Pero el solo hecho de ser republicano y democrático le ha procurado el odio implacable de los *Junker* y de los burócratas; sólo esto le ha enfrentado con las autoridades y con los tribunales, transformándolo en una secta de enemigos del Estado proscrita y despreciada por todos los «bienpensantes».

La otra componente del programa de la socialdemocracia alemana era el socialismo marxista. La fuerza de atracción que ejerció sobre las masas la fórmula de la explotación capitalista de los trabajadores y la utopía del Estado futuro con todo su bagaje de esperanza, estaba en la base de la imponente organización sindical y de partido. Muchos, sin embargo, llegaron al socialismo sólo a través de la democracia. Una vez que la burguesía alemana, tras las derrotas irremediables sufridas por el liberalismo alemán, se sometió sin condiciones al Estado autoritario de Bismarck, y mientras la política proteccionista hacía que la clase empresarial se identificara con el Estado prusiano, de suerte que militarismo e industrialismo se convirtieron para Alemania en conceptos políticamente afines, el lado socialista del programa del partido recibió nuevos refuerzos de las aspiraciones democráticas. Muchos dejaron de criticar el socialismo para no perjudicar la causa de la democracia.

Muchos se hicieron socialistas porque eran demócratas y creían que democracia y socialismo están inseparablemente unidos.

En realidad, precisamente entre socialismo[1] y forma autocrático-autoritaria del Estado existen nexos muy estrechos.[2] Ésta es precisamente la razón por la que el Estado autoritario no combatió en absoluto las aspiraciones socialistas de la manera despiadada en que se opuso siempre a todos los conatos democráticos. Al contrario, el Estado

autoritario alemán prusiano se desarrolló fuertemente en el sentido de la «monarquía social», y se habría acercado todavía más al socialismo si el gran partido obrero de Alemania hubiera estado dispuesto ya antes de 1914 a renunciar a su programa democrático a cambio de la realización gradual de sus objetivos socialistas.

La mejor manera de comprender la doctrina político-social del militarismo prusiano es examinar los resultados científicos de la escuela prusiana de política económica. En ella se establece una completa armonía entre el ideal del Estado autoritario y el ideal de una amplia socialización de la empresa industrial. Muchos representantes alemanes de la *Sozialpolitik* rechazan el marxismo no porque rechacen sus fines, sino porque no pueden compartir su concepción teórica del proceso social y económico. El marxismo, al margen de lo que pueda aducirse contra él, tiene sin embargo en común con toda la economía política científica el hecho de considerar que el proceso económico está dominado por leyes y de suponer que existe una conexión causal entre todos los acontecimientos. Sobre este punto el estatalismo alemán, que ve por doquier tan sólo rastros de la acción de grandes reyes y poderosos Estados, no puede seguirle. Está más cercana a su esencia la concepción heroica y teleológica que la causal, puesto que no admite leyes económicas y niega la posibilidad misma de una teoría económica.[3] En este aspecto el marxismo es superior a la doctrina de la *Sozialpolitik* alemana, la cual no tiene una base teórica y nunca intentó crearla.

Todos los problemas sociales se presentan a esta escuela como tareas de la administración y de la política estatal, y no hay problema a cuya solución no se aplique alegremente. Pero la receta que aconseja es siempre la misma: mandatos y prohibiciones como medios menores, estatización como gran medio que nunca falla.

En estas circunstancias, la socialdemocracia tenía una posición fácil. La teoría marxista de la economía política, que en Europa occidental y en América tenía sólo un escaso seguimiento y no conseguía mantener le paso respecto de la economía moderna, tenía poco que temer de la crítica de la escuela empírico-realista e histórica. El trabajo crítico que era preciso emprender respecto a la teoría económica marxista fue llevado a cabo por la escuela austriaca, que en Alemania estaba proscrita, y principalmente por Böhm-Bawerk.[4] El marxismo podía fácilmente desembarazarse de la escuela prusiana, ya que para él representaba un peligro no como adversaria sino como aliada. La socialdemocracia tenía que preocuparse de demostrar que la reforma social propugnada por la *Sozialpolitik* alemana no estaba en condiciones de sustituir a la revolución, y que la estatización en sentido prusiano no se identificaba con la socialización. Esta demostración no la hizo, pero su fracaso no la perjudicó, ya que era el partido condenado a una oposición eterna y estéril, que podía capitalizar sistemáticamente a favor de su punto de vista de partido la carencia de medidas sociales reformadoras y de medidas de socialización.

Si la socialdemocracia se convirtió en el partido más fuerte del Reich alemán se debe en primer lugar a la parte democrática de su programa, heredada del liberalismo. Pero al mismo tiempo el hecho de que el socialismo en cuanto tal gozara de las simpatías de la mayoría del pueblo alemán, hasta el punto de que sólo unas pocas voces eran críticas seria y radicalmente de la socialización, y el hecho de que incluso los partidos llamados burgueses quisieran socializar los sectores de producción que estuvieran «maduros» para serlo, todo esto era fruto de la propaganda del estatalismo. Las ideas socialistas no representan una superación del Estado autoritario prusiano, sino que son su desarrollo coherente; a su popularidad en Alemania el «socialismo» de cátedra de los consejeros secretos no ha contribuido menos de lo que pueda haberlo hecho la propaganda de los agitadores socialdemócratas.

Hoy el pueblo alemán, gracias a la tesis sostenida durante cincuenta años por la escuela prusiana de política económica, no tiene ni la más pálida idea del verdadero punto de contraste entre liberalismo político-económico y socialismo. Para muchos no está claro que la diferencia entre ambas orientaciones no está en el fin, sino en los medios. Incluso al alemán antisocialista el socialismo le parece la única forma económica justa que garantiza al pueblo la máxima satisfacción de sus necesidades, y si personalmente se rebela contra él, lo hace con la conciencia de que va contra el bien común por interés personal, porque se siente amenazado en sus derechos o en sus privilegios. Son sobre todo los burócratas los que adoptan este punto de vista, que sin embargo es también frecuente entre los empresarios.

En Alemania se ha olvidado desde hace tiempo que también el liberalismo, exactamente igual que el socialismo, defiende su sistema económico porque considera no

los intereses de los individuos, sino los de la colectividad. Que el fin de la política tiene que ser «la máxima felicidad para el mayor número de personas» el primero en proclamarlo fue un partidario del libre cambio, Jeremy Bentham. Bentham, por ejemplo, libró su célebre batalla contra las leyes de la usura no considerando los intereses de los prestamistas sino los de la colectividad.[5] El punto de partida de todo liberalismo es la tesis de la armonía de los intereses bien entendidos de los individuos, de las clases y de los pueblos. Rechaza la idea fundamental del mercantilismo según la cual lo que uno gana otro lo pierde, considerándola una idea buena acaso para la guerra y la rapiña, pero no para la economía y el comercio. De ahí que el liberalismo no vea ningún motivo para un conflicto entre las clases, y es pacifista en lo que concierne a las relaciones internacionales. Si defiende la propiedad privada de los medios de producción, no lo hace porque se sienta llamado a representar los intereses particulares de los propietarios, sino porque en el ordenamiento de la vida económica basada en la propiedad privada ve el sistema de producción y de distribución mejor para todos los que integran la sociedad y que garantiza la máxima satisfacción material. Y como reivindica el libre intercambio en el interior del país no porque considere determinadas clases sino el bien de la colectividad, así lo reivindica también en el comercio internacional no por amor a los extranjeros sino por el del propio pueblo.

La política económica intervencionista adopta un punto de vista distinto. Percibe en las relaciones entre los Estados conflictos insuperables. El marxismo proclamó la lucha de clases, y sobre el inconciliable antagonismo entre las clases basa su doctrina y su táctica.

En Alemania jamás se comprendió el liberalismo y éste jamás arraigó allí. Sólo así se puede explicar el que incluso los adversarios del socialismo hayan más o menos absorbido las doctrinas socialistas. Esto aparece con toda evidencia en la posición que éstos adoptan respecto al problema de la lucha de clases. El socialismo marxista predica la lucha de la clase proletaria contra la burguesía. En otras partes a este grito de batalla se contrapone el de la solidaridad de los intereses. En Alemania no. Allí a los proletarios se contrapone la clase burguesa. Al partido proletario se contrapone el cartel de los partidos burgueses. Éstos no se percatan de que de este modo admiten la validez de los argumentos marxistas, no dejando ninguna perspectiva a la propia lucha. Quien no sabe aportar en pro de la propiedad privada de los medios de producción otro argumento que el de que su abolición dañaría los derechos de los propietarios, limitaría la esfera de los adeptos a los partidos antisocialistas exclusivamente a los no proletarios. En un Estado industrial naturalmente los «proletarios» tienen la mayoría sobre las demás clases. Y si la formación del partido está determinada por la pertenencia de clase, entonces es claro que el partido proletario no puede menos de alzarse con la victoria sobre los demás.

2. *Socialismo y utopía*

El marxismo concibe la llegada del socialismo como una necesidad ineluctable. Aun concediendo la exactitud de esta opinión, no es en absoluto necesario tomar partido por el socialismo. Es posible que no podamos escapar al socialismo; pero quien lo considera un mal, precisamente por esto no debe desearlo y hacer que se acelere su advenimiento. Nadie puede escapar a la muerte; pero el conocimiento de

esta necesidad no nos fuerza en modo alguno a provocar lo más rápidamente posible nuestra propia muerte. Como no se nos fuerza a ser suicidas, del mismo modo los marxistas no deberían hacerse socialistas si estuvieran convencidos de que el socialismo no aportaría mejora alguna sino que más bien empeoraría nuestras condiciones sociales.[6]

Socialistas y liberales coinciden en considerar como fin último de la política económica alcanzar una condición social que garantice la máxima felicidad al máximo número de personas. El bienestar para todos, el mayor bienestar para el mayor número posible de personas, es el fin tanto del liberalismo como del socialismo, si bien este hecho a veces no sólo se desconoce sino que incluso se niega. Ambos rechazan todos los ideales ascéticos que quieren reducir a los hombres a la frugalidad predicando abstinencia y negación de la vida; ambos desean la riqueza social. Sus concepciones empiezan a divergir sólo a propósito de los medios a través de los cuales este fin último de la política económica puede alcanzarse. Para el liberal este fin último sólo puede alcanzarse mediante un sistema económico que se base en la propiedad privada de los medios de producción, la cual asegura el mayor margen posible a la actividad libre y a la iniciativa del individuo. El socialista en cambio trata de alcanzar este fin a través de la socialización de los medios de producción.

El viejo socialismo y comunismo perseguían la igualdad de la posesión y la igual distribución de la renta. Para ellos la desigualdad es una injusticia que contrasta con las leyes divinas y debe ser eliminada. A lo cual los liberales replican que poner trabas a la libre actividad del individuo significaría perjudicar a todos. En la sociedad socialista la diferencia entre ricos y pobres desaparecería, nadie

poseería más que otro, pero cada individuo sería más pobre de lo que hoy son los más pobres, ya que el sistema comunista tiene efectos que frenan la producción y el progreso. Es cierto —siguen diciendo los liberales— que el sistema económico liberal deja que existan grandes diferencias de renta, pero en este hecho no hay que ver una explotación de los pobres por parte de los más ricos. Lo que los ricos tienen de más no se lo han quitado a los pobres; su *surplus* en la sociedad socialista no podría ser dividido entre los pobres porque en semejante sociedad ni siquiera sería producido. El *surplus* producido en el orden económico liberal por encima de la cantidad que podría producirse también por un orden económico comunista, no se reparte enteramente entre quienes lo poseen; una parte del mismo va también a los no poseedores, de modo que cada uno, aun el más pobre, tiene interés en crear y en mantener un orden económico liberal. La lucha contra las erróneas doctrinas socialistas no es, pues, interés particular de una sola clase, sino de todos; ya que la reducción de la riqueza y del progreso provocada por el socialismo la sufren todos, el que uno tenga que perder más y otros menos es secundario respecto a la circunstancia de que todos saldrían perjudicados y que la inevitable miseria les castigaría en la misma medida.

Tal es el argumento a favor de la propiedad privada de los medios de producción que cualquier socialismo que no proponga ideales ascéticos debería refutar. Marx advirtió ciertamente la necesidad de semejante refutación. Cuando percibe el momento conductor de la revolución social en la circunstancia de que las relaciones de propiedad dejan de ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas para convertirse en obstáculos de las mismas;[7]

y cuando una vez trata, de paso, de ofrecer la demostración —por lo demás, sin conseguirlo— de que el modo de producción capitalista en un caso específico se opone y frena el pleno despliegue de la productividad;[8] pues bien, en estas dos ocasiones él reconoce la relevancia de este problema. Pero ni él ni sus seguidores podían dar al problema toda la importancia que de hecho tiene para decidir el dilema «socialismo o liberalismo». Se lo impedía ya toda la orientación de su pensamiento, basado en la concepción materialista de la historia. Para su determinismo es ya inconcebible que se pueda ser pro o contra el socialismo, puesto que la sociedad comunista es una necesidad ineludible del futuro. Para Marx, en cuanto hegeliano, se da por descontado que este desarrollo hacia el socialismo es, también en sentido hegeliano, racional y representa un progreso hacia un estadio más alto. La idea de que el socialismo podría significar una catástrofe de la civilización le habría parecido sencillamente inconcebible.

El socialismo marxista no tenía, pues, ningún motivo para ocuparse del problema de saber si el socialismo es superior o no al liberalismo. Para él se da por descontado que sólo el socialismo es sinónimo de bienestar para todos, mientras que el liberalismo enriquece tan sólo a algunos y deja en la miseria a la gran masa. Con la aparición del marxismo la controversia sobre las ventajas de ambos órdenes económicos desaparece. Los marxistas no aceptan esta discusión. No sólo no han refutado los argumentos de los liberales a favor de la propiedad privada de los medios de producción, sino que ni siquiera han intentado hacerlo *ex profeso*.

Según la concepción individualista, la propiedad privada de los medios de producción cumple su función social porque pone los medios de producción en manos de quien mejor sabe utilizarlos. Cada propietario debe emplear sus medios de producción de manera que den el mejor resultado, o sea, el máximo de utilidad para la sociedad. Si no lo hace, se dirige ineluctablemente al desastre económico y los medios de producción pasan a disposición de quien mejor sabe utilizarlos. Es este resultado ineluctable el que preserva del empleo irracional o negligente de los medios de producción y garantiza su máxima explotación. Esto no sucede de igual modo con los medios de producción que no son propiedad privada de los individuos sino propiedad estatal, ya que al faltar el estímulo del interés personal del propietario, la explotación del material no es completa como en la economía privada, y por tanto en igualdad de inversión no es posible obtener un producto igual. El resultado de la producción social, por tanto, es necesariamente inferior al de la producción privada. Y la demostración la han dado precisamente las empresas estatales y municipales. Está demostrado y es bien sabido que la productividad de tales empresas es inferior a la de las empresas privadas. El beneficio de empresas que estaban en manos privadas cayó inmediatamente cuando fueron estatalizadas o municipalizadas. La empresa pública no puede nunca hacer frente a la libre competencia de la privada; hoy esto es posible sólo cuando la empresa pública tiene un monopolio que excluye la competencia. Y esto basta para demostrar su menor rentabilidad económica.

Sólo pocos socialistas de orientación marxista han admitido la importancia de este contra-argumento; de otro modo habrían tenido que admitir que éste es el punto en torno al cual gira todo el resto. Si el modo de producción socialista no está en condiciones de obtener un producto mayor

que la economía privada; si, por el contrario, produce menos que ésta, de ella no puede esperarse ninguna mejora, sino sólo un empeoramiento de la suerte de los trabajadores. Toda la argumentación de los socialistas debería, pues, centrarse en la demostración de que el socialismo logrará superar el nivel de producción que es posible en el ordenamiento económico individualista.

Sobre este punto la mayoría de los estudiosos socialdemócratas calla; los demás se limitan a rozarlo ocasionalmente. Kautsky, por ejemplo, habla de dos medios que el Estado futuro empleará para aumentar la producción. El primero sería la concentración de toda la producción en las empresas más perfeccionadas y el cierre de todas las demás empresas que están en un nivel inferior.[9] No puede excluirse que éste sea un medio para aumentar la producción. Pero este medio funciona de un modo óptimo precisamente si existe libre competencia. En efecto, es la competencia la que margina sin contemplaciones a las empresas menos rentables. Y el hecho de que lo haga se lo reprochan constantemente los interesados, razón por la que son precisamente las empresas más débiles las que invocan la intervención del Estado y una consideración especial en los suministros públicos, en la práctica una limitación de la competencia en cualquier modo posible. Incluso Kautsky se ve obligado a admitir que los *trusts,* que se basan en la economía privada, operan en gran medida con estos medios para alcanzar una mayor productividad; más aún, él los señala como modelos de la revolución social. Es más que dudoso que el Estado socialista advierta la misma necesidad impelente de mejorar efectivamente la producción. ¿No sucederá más bien que siga manteniendo en pie una

empresa menos rentable para evitar que su cierre provoque inconvenientes locales? El empresario privado cierra sin más una empresa cuando ya no rinde, y de este modo obliga a los obreros a cambiar de sede e incluso de profesión. No hay duda de que en un primer momento esto constituye un perjuicio para los interesados, pero para la colectividad es una ventaja, ya que permite abastecer mejor y a precios más bajos el mercado. ¿Hará lo mismo el Estado socialista? ¿O más bien no tratará, por motivos políticos, de evitar crear insatisfacciones en el plano local? En los ferrocarriles austriacos todas las reformas de este tipo fracasaron cuando se intentó evitar a los pequeños centros los perjuicios que se habrían derivado del cierre de algunas oficinas administrativas superfluas, talleres y centrales térmicas. Incluso la administración del ejército encontró dificultades en el Parlamento cuando por razones militares manifestó la intención de trasladar una guarnición de una determinada localidad.

También el segundo medio para aumentar la producción que Kautsky menciona —«ahorros de todo género»— él mismo confiesa que lo encuentra ya aplicado en los actuales *trusts*. Señala sobre todo los ahorros en materias primas, en los costes de transporte, en los gastos de publicidad.[10] Por lo que respecta a los dos primeros, la experiencia nos dice que en ningún sector se da un comportamiento menos frugal y hay un tal derroche de fuerza de trabajo y de materiales que en los servicios públicos y en las empresas públicas. La empresa privada, por el contrario, trata siempre de trabajar lo más posible con ahorro, al menos por el interés del propietario.

El Estado socialista ahorrará tal vez en todos los gastos de publicidad, en los costes de los viajantes de comercio

y de los agentes comerciales. Pero habrá que ver si en cambio no acabará colocando a muchas más personas al servicio del aparato de distribución social. Ya durante la guerra experimentamos lo oneroso y costoso que puede ser el aparato de distribución socialista. Pero los costes de las cartillas para el pan, la miel, la carne, el azúcar, ¿son realmente inferiores a los costes de los anuncios publicitarios? ¿Y el enorme aparato de personas encargadas de la entrega y de la administración de estos expedientes para el racionamiento, ¿es realmente menos costoso que el empleo de viajantes de comercio y agentes comerciales?

El socialismo eliminará las pequeñas tiendas. Pero en su lugar tendrá que poner centros de distribución comerciales que no serán menos costosos. Tampoco las cooperativas de consumo tienen menos empleados de los que tiene la moderna organización del comercio al por menor, y con frecuencia, precisamente a causa de sus elevados gastos, no podrían sostener la competencia con los comerciantes si no gozaran de facilidades fiscales.

Se ve, pues, en qué frágiles bases se apoya la argumentación de Kautsky. Su afirmación de que «empleando estos dos medios un régimen proletario puede incrementar inmediatamente la producción a un nivel tal que será posible elevar notablemente los salarios reduciendo al mismo tiempo el horario de trabajo» nunca la demostró.[1]

Las funciones sociales de la propiedad privada de los medios de producción no se limitan a asegurar el máximo nivel posible de productividad del trabajo. El progreso económico se basa en la acumulación progresiva de capital. Esto no ha sido nunca negado ni por los liberales ni por los socialistas. Los socialistas que se han ocupado un poco más de cerca del problema de la construcción de la sociedad socialista no dejan de advertir constantemente que en el Estado socialista la acumulación de capital que hoy aseguran los particulares será tarea de la sociedad.

En la sociedad individualista quien acumula es el individuo, no la sociedad. La formación de capital se produce a través del ahorro; el ahorrador espera, como compensación del propio ahorro, recibir la renta del capital ahorrado. En la sociedad comunista la sociedad como tal recibirá la renta que hoy va exclusivamente al capitalista; ella distribuirá luego esta renta de manera uniforme entre todos sus miembros o de otro modo la empleará a favor de la colectividad. Pero ¿bastará sólo esto para ofrecer un estímulo suficiente al ahorro? Para poder responder a esta pregunta hay que imaginarse que la sociedad del Estado socialista se encuentra cada día ante la elección de dedicarse principalmente a la producción de bienes de consumo o de bienes de capital; que se encuentra ante tener que elegir entre producciones que duran poco, pero que también dan menos renta, y producciones que duran más pero que también dan una renta mayor. El liberal considera que la sociedad socialista se decidirá siempre a elegir el periodo de producción más breve, es decir, que preferirá producir bienes de consumo en lugar de bienes de capital, o que

consumirá, o en el mejor de los casos conservará pero no aumentará, los medios de producción que heredará de la sociedad liberal. Pero esto significaría que en el plano económico el socialismo llevará al estancamiento, cuando no a la verdadera decadencia de toda nuestra civilización, a la miseria y la indigencia para todos. No basta responder que el Estado y los municipios habrán desarrollado ya una política de inversiones a gran escala, ya que en todo caso lo habrían hecho con los medios del sistema liberal. En efecto, estos medios fueron reunidos recurriendo al préstamo, lo cual significa que fueron tomados por los particulares, los cuales esperaron de ellos un aumento de su renta de capital. Pero si en el futuro se planteara a la sociedad socialista el problema de elegir entre alimentar, vestir y alojar a los ciudadanos, o ahorrar todas estas cosas para construir carreteras y canales, abrir minas y emprender saneamientos agrícolas para las generaciones futuras, elegiría, al menos por motivos psicológicos, la primera opción.

Una tercera objeción contra el socialismo es el famoso argumento de Malthus según el cual la población tendería a crecer más rápidamente que los medios de subsistencia. En el sistema social basado en la propiedad privada, una limitación del aumento de la población la determinaría el hecho de que cada uno estaría en condiciones de criar un número limitado de hijos. En la sociedad socialista este freno al aumento demográfico desaparecería, ya que el cuidado de criar a las nuevas generaciones recaería no ya sobre el individuo sino sobre la sociedad. Pero de este modo no tardaría en producirse un crecimiento de la población tal que provocaría inevitablemente indigencia y miseria para todos.

Tales son las objeciones contra la sociedad socialista con las que cada uno debería medirse antes de optar por el socialismo.

No es ciertamente una refutación de las objeciones formuladas contra el socialismo el intento de los socialistas de tachar a quien no es de su opinión de «economista burgués», representante de una clase cuyos intereses particulares se oponen al interés general. Que los intereses de los propietarios son contrarios a los de la colectividad, debe ante todo ser demostrado. Y ésta es precisamente la cuestión en torno a la cual gira toda la controversia.

La doctrina liberal parte de la idea de que el sistema económico basado en la propiedad privada de los medios de producción elimina el contraste entre interés privado e interés colectivo en cuanto que la persecución de un interés egoísta bien entendido por parte del individuo garantiza el máximo grado de bienestar general que puede alcanzarse. El socialismo quiere erigir un sistema social en el que el interés egoísta del individuo, los fines personales, sean eliminados; una sociedad en la cual cada uno tendrá que servir directamente al bienestar común. Los socialistas tendrían entonces que demostrar de qué modo puede alcanzarse este objetivo, ya que el hecho de que entre el interés particular del individuo y el de la colectividad exista ante todo una oposición directa, tampoco el socialista puede negarlo, y él tiene que admitir además que un sistema de trabajo no se puede construir solamente sobre un imperativo categórico, porque tanto valdría entonces basarlo en el poder coercitivo de una ley penal. Pero hasta ahora ningún socialista ha hecho ni siquiera el intento de mostrar cómo sea posible superar este hiato entre interés particular

y bienestar colectivo. Pero los adversarios del socialismo, con Schäffle, opinan que en realidad éste es «el punto decisivo, aunque hasta ahora en absoluto resuelto, sobre el cual aún por mucho tiempo versará todo aquello de lo que vendría a depender la victoria o la derrota del socialismo, la reforma o la destrucción de la civilización en el aspecto económico».

El socialismo marxista define el socialismo del pasado como socialismo utópico, porque se esforzó en construir los elementos de una nueva sociedad de un modo puramente conceptual, buscando luego las vías y los medios para realizar el plan social inventado. El marxista, por el contrario, se autodefine como socialista científico. Descubre en las leyes del desarrollo de la sociedad capitalista los elementos de la nueva sociedad, pero no construye un Estado futuro. Reconoce que el proletariado, en virtud de sus condiciones, no puede hacer otra cosa que eliminar cualquier antagonismo de clase y por tanto realizar el socialismo; pero, a diferencia de los utópicos, no busca filántropos dispuestos a hacer feliz al mundo introduciendo el socialismo. Si se quiere ver en esto el punto de diferenciación entre ciencia y utopía, entonces el socialismo científico reivindica justamente su nombre. Pero la diferenciación podría tratarse también en otro sentido. Si se definen como utópicas todas aquellas teorías de la sociedad que al proyectar el futuro sistema social parten de la idea de que los hombres, tras la introducción de un nuevo orden social, son guiados por impulsos sustancialmente distintos de los que motivan a nuestro actual estado de cosas,

entonces también el ideal socialista del marxismo es utopía.[15] Ya que en esencia presupone hombres que no están en condiciones de perseguir ningún interés particular contrapuesto al interés general.[16] El socialista, siempre que se hace esta objeción, remite inmediatamente al hecho de que, si es por esto, también hoy en todo estado precedente de la sociedad mucha parte del trabajo, y precisamente del más cualificado, se efectúa como fin en sí mismo y para la colectividad, y no para provecho directo del trabajador. Y aquí cita los esfuerzos inagotables del hombre de ciencia, el espíritu de sacrificio del médico y el comportamiento del guerrero en el campo de batalla. En los últimos tiempos se ha podido oír repetidamente que los actos de heroísmo de los soldados en el campo de batalla sólo

podían explicarse si estaban motivados por una dedicación pura a la causa y por un alto espíritu de sacrificio, en el peor de los casos tal vez por el deseo de destacarse, pero nunca por el deseo de obtener ganancia personal. Pero esta argumentación pasa por alto la diferencia básica que existe entre trabajo científico de especie normal y las particulares prestaciones laborales. El artista y el científico encuentran su satisfacción en el placer en sí que les proporciona el trabajo y en el reconocimiento que esperan obtener un día, aunque sólo sea por la posteridad, aun cuando no exista ningún éxito material. El médico en el campo epidemiológico y el soldado en la batalla reprimen no sólo su interés económico sino también el instinto de conservación, y basta esto para comprender que no puede tratarse de una condición normal sino de una condición excepcional transitoria de la cual no pueden sacarse conclusiones demasiado ambiciosas.

El tratamiento que el socialismo reserva al problema del interés egoísta remite claramente a su origen. El socialismo es hijo de círculos intelectuales ante cuya cuna velaron poetas y filósofos, escritores y literatos. No niega su origen en estas clases intelectuales que se ocuparon de ideales al menos por razones profesionales. Es un ideal de gente ajena a la realidad económica. Por ello no sorprende el hecho de que haya siempre sido seguido por una numerosa representación de escritores y literatos de todo tipo, y que siempre haya podido contar con un consenso de fondo en los ambientes de los funcionarios públicos.

La concepción típica de los funcionarios aparece claramente en el modo de afrontar el problema de la socialización. Según el punto de vista burocrático, el problema se referiría sólo a una serie de cuestiones de técnica empresarial y administrativa de fácil solución simplemente dejando a los funcionarios mayor libertad de acción. Entonces se

podría socializar sin peligro de «eliminar la libre iniciativa y el sentido de responsabilidad del que dependen los éxitos de la gestión privada de las empresas».[17] En realidad, en la economía socialista no puede haber una libre iniciativa de los individuos. Es un error fatal creer que se puede dejar espacio a la libre iniciativa también en la empresa socializada recurriendo a genéricas medidas organizativas. La falta de libre iniciativa no depende de carencias organizativas; depende de la naturaleza de la empresa socializada. Libre iniciativa significa arriesgar para ganar; significa hacer una apuesta en un juego en el cual se puede ganar o perder. Toda la actividad económica está hecha de estas empresas de riesgo. Toda producción, toda adquisición por parte del comerciante y del productor, toda duda en espera de vender representa uno de estos desafíos. Más aún, lo es cualquier decisión de proceder a una mayor inversión o cambio en la empresa, por no hablar del empleo de nuevos capitales. Capitalistas y empresarios deben arriesgar; no pueden menos de hacerlo porque no tienen perspectiva alguna de conservar su patrimonio sin estos desafíos.

Quien puede disponer de medios de producción sin ser propietario de ellos no tiene ni los mismos riesgos de perder ni las mismas posibilidades de ganar que el propietario. El funcionario o el encargado no tienen necesidad de temer perder, y por tanto no se les puede dejar decidir con la misma total libertad que tiene el propietario. En cierto modo, hay que ponerles límites, ya que si pudieran hacer sin restricciones, serían cabalmente propietarios. Querer imponer un sentido de responsabilidad individual a quien no es propietario significa jugar con las palabras. El propietario no tiene sentido de responsabilidad: tiene precisamente la

plena responsabilidad, porque imagina las consecuencias de la propia acción. Quien actúa por delegación puede tener todo el sentido de responsabilidad que se quiera, pero no podrá jamás tener otra responsabilidad que la moral. Y cuanta más responsabilidad se le exige tanto más se limita su iniciativa. En una palabra, el problema de la socialización no se resuelve con las circulares de servicio y con las reformas organizativas.

3. *Socialismo centralista y socialismo sindicalista*

La cuestión de establecer si nuestro desarrollo económico está ya «maduro» o no para el socialismo deriva de la idea marxista del desarrollo de las fuerzas productivas. El socialismo podrá ser realizado sólo cuando llegue su hora. Una forma de sociedad no puede desaparecer antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas de que es capaz; sólo entonces será sustituida por una forma más alta. El socialismo no puede tomar la herencia del capitalismo antes de que éste haya concluido su tiempo.

Al marxismo le gusta comparar la revolución socialista con un parto. Los partos prematuros dan malos resultados: llevan a la muerte a la nueva criatura.[18] Desde este punto de vista los marxistas tratan de comprender si los intentos de los bolcheviques de construir una comunidad socialista en Rusia no serán prematuros. En efecto, para un marxista, que opina que una condición necesaria para la implantación del socialismo es un determinado grado de desarrollo del modo de producción capitalista y de la gran industria, tiene que ser difícil comprender por qué el socialismo ha conseguido triunfar precisamente en la Rusia de los

pequeños campesinos y no en el Occidente altamente industrializado de Europa o de los Estados Unidos.

Otra cosa es preguntar si este o aquel sector de producción está maduro o no para la socialización. Esta cuestión suele plantearse de modo que en el hecho mismo de plantearla se admite en principio que las empresas socializadas tienen generalmente una productividad inferior a las que están en manos privadas, y que por tanto sólo pueden ser socializados determinados sectores de producción de cuya menor productividad no se pueden esperar excesivas desventajas. Y así se declara que las minas, sobre todo las de carbón, están ya maduras para la socialización. Evidentemente, aquí se parte de la idea de que es más sencillo gestionar una mina en lugar de una fábrica de encajes; es decir, se cree que en el caso de la mina se trata sólo de explotar recursos naturales, algo que incluso la más torpe de las empresas socialistas sabría hacer. Y quienes a su vez consideran madura para la socialización sobre todo a la gran empresa industrial parten de la consideración de que en la gran empresa que trabaja con un aparato burocrático de cierta magnitud existen ya los presupuestos organizativos de la socialización. Pero se trata en todo caso de consideraciones en las cuales se oculta un grave sofisma. Para demostrar la necesidad de la socialización de determinadas empresas no es suficiente demostrar que en ellas la socialización produce pocos daños, porque en realidad se trata de empresas que no cerrarían aunque trabajaran peor que si fueran gestionadas privadamente. Quien no cree que a través de la socialización se obtiene una mayor productividad, debe coherentemente pensar que cualquier socialización es un error.

Una admisión implícita de la menor productividad de la economía en el sistema socialista la podemos encontrar también en la idea con que muchos autores sostienen la

tesis de que la guerra nos ha hecho retroceder desde el punto de vista del desarrollo, y que por tanto el tiempo de la maduración del socialismo gracias al desarrollo está aún por venir. Así, por ejemplo, Kautsky afirma: «El socialismo, o sea, el bienestar general en el ámbito de la civilización moderna, resulta posible sólo gracias al poderoso desarrollo de las fuerzas productivas que el capitalismo lleva consigo; sólo gracias a las enormes riquezas que el mismo crea y que se concentran en manos de la clase capitalista. Una forma estatal que ha derrochado estas riquezas con una política insensata, por ejemplo con una guerra perdida, no ofrece *a priori* ningún punto de partida favorable a la más rápida difusión del bienestar en todos los estratos sociales.»[19] Pero quien espera del modo de producción socialista —como el propio Kautsky— una multiplicación de la productividad, en rigor debe ver precisamente en la circunstancia de que la guerra nos ha hecho a todos más pobres un motivo adicional para acelerar la socialización.

Mucho más coherentes son los liberales. Éstos no esperan que un modo de producción distinto —tal vez el socialista— haga al mundo maduro para el liberalismo; para ellos el tiempo del liberalismo ha estado siempre y por doquier dado, desde el momento en que afirman la superioridad sin excepciones del modo de producción basado en la propiedad privada de los medios de producción y en la libre competencia entre los productores.

La vía por la que se debería proceder a la socialización está clara y netamente trazada por los decretos de estatización y de municipalización. Se podría incluso decir que nada es más acorde con la sabiduría administrativa de los Estados y de los municipios alemanes que esta praxis ya

plurianual. La socialización, en el aspecto técnico-administrativo, no es en absoluto una novedad, y los gobiernos socialistas que ahora trabajan en todas partes no deberían hacer otra cosa que proseguir lo que han hecho hasta ahora sus precursores del socialismo de Estado y municipal.

De esto naturalmente no quieren oír hablar ni quienes ahora tienen el poder ni sus electores. La masa que hoy pide ardientemente la más rápida realización del socialismo imagina que éste es algo muy distinto de la simple extensión de las empresas estatales y municipales. En efecto, siempre han oído decir a sus jefes que estas empresas públicas nada tienen en común con el socialismo. Pero qué otra cosa debería ser la socialización si no es estatalización y municipalización, nadie sabe decirlo.[20] Hoy se reprocha amargamente a la socialdemocracia precisamente la praxis que le ayudó a avanzar: su política demagógica, durante décadas, del día a día, en vez de la política radical por la victoria final. En realidad, la socialdemocracia ya ha abandonado desde hace tiempo el socialismo centralista; en la política cotidiana se ha hecho cada vez más sindicalista y «pequeño-burguesa» en el sentido marxista del término, y las reivindicaciones actuales del sindicalismo están en contradicción insuperable con el programa del socialismo centralista.

Ambas orientaciones tienen un objetivo común: transformar de nuevo al trabajador en propietario de los medios

de producción. El socialismo centralista quiere alcanzar este objetivo transformando a la clase obrera de todo el mundo o por lo menos de todo un país en propietaria de los medios de producción; el sindicalismo en cambio quiere transformar a la clase obrera de las distintas empresas y de los diversos sectores de producción en propietaria de los medios de producción de que se sirve. El ideal del socialismo centralista es por lo menos discutible; el del sindicalismo es en tal grado un contrasentido que no merece la pena ni siquiera ocuparse de él.

Una de las grandes ideas del liberalismo es hacer valer exclusivamente el interés de los consumidores y no dar ninguna importancia al interés de los productores. Ninguna producción merece ser perpetuada si no es capaz de proveer al sostenimiento de los consumidores, del modo mejor y más económico. A ningún productor se le reconoce el derecho a oponerse a un cambio de las condiciones de producción por ser contrario a sus intereses de productor. Fin supremo de toda la actividad económica es obtener la mejor y más abundante satisfacción de las necesidades a un coste mínimo.

Esta posición es la lógica consecuencia de la consideración de que toda producción se emprende tan sólo en vistas al consumo, y que no es nunca un fin sino siempre y solamente un medio. La objeción formulada contra el liberalismo —es decir, que sólo tiene en cuenta el punto de vista del consumidor y de olvidarse del trabajador— es tan absurda que ni siquiera tiene necesidad de ser refutada. El privilegio concedido a los intereses del productor respecto a los del consumidor —que es la característica del antiliberalismo— no significa otra cosa que el deseo de perpetuar artificialmente condiciones de producción que el desarrollo ha hecho progresivamente irracionales. Un tal sistema puede ya parecer discutible si los intereses

particulares de pequeños grupos son defendidos contra la gran masa de los demás, ya que entonces quien es privilegiado en cuanto productor gana, gracias a este privilegio, más de cuanto pierde por otro lado en cuanto consumidor: pero resulta completamente un contrasentido cuando se eleva a principio, ya que entonces cada uno como consumidor pierde en medida infinitamente superior a cuanto puede ganar como productor. La victoria del interés del productor sobre los intereses del consumidor constituye una desviación de la estructura racional de la economía y un impedimento a cualquier progreso económico.

Todo esto lo conoce perfectamente el socialismo centralista. Y en efecto se alía con el liberalismo para combatir todos los privilegios tradicionales de los productores. Parte de la opinión de que en la comunidad socialista no habrá un interés de los productores, ya que en ella cada individuo sabrá que el interés de los consumidores es el único que merece ser considerado. Aquí no interesa discutir si esta hipótesis está justificada o no; es claro en todo caso que el socialismo no podría ser lo que pretende en caso de que la hipótesis no fuera confirmada.

El sindicalismo en cambio privilegia conscientemente el interés de los trabajadores en cuanto productores. Transformando a los grupos de trabajadores en propietarios de los medios de producción (no nominalmente sino sustancialmente), no suprime la propiedad privada. Y no garantiza tampoco la igualdad. Elimina ciertamente la actual desigualdad en la distribución, pero introduce otra nueva, ya que el valor de los capitales invertidos en las distintas empresas y en los diferentes sectores de producción no corresponde en absoluto al número de obreros en ellos ocupados. La renta de cada obrero será mayor cuanto menor sea el número de obreros ocupados en su empresa o en su sector y cuanto mayor sea el valor de los medios

de producción materiales empleados. El hipotético Estado organizado según la visión sindicalista no sería un Estado socialista sino un Estado del capitalismo obrero, ya que los distintos grupos de trabajadores serían propietarios del capital. El sindicalismo haría imposible cualquier reconversión de la producción en cuanto no deja campo libre al progreso económico. Por todo su *habitus* mental corresponde al ideal de una era campesina y artesanal en la que las relaciones económicas son bastante estacionarias.

El socialismo centralista de Karl Marx, que entonces venció sobre Proudhon y Lassalle, a lo largo del desarrollo de las últimas décadas ha sido a su vez desbancado por el sindicalismo. La lucha entre ambas orientaciones, que exteriormente ha tomado la forma de una batalla entre la organización del partido político y la organización del sindicato, y entre bastidores las formas de una batalla entre los jefes de procedencia obrera y los jefes intelectuales, ha terminado con la plena victoria del sindicalismo. Las teorías y los escritos de los representantes del partido tienen aún exteriormente el estilo del socialismo centralista, pero la praxis del partido se ha ido haciendo poco a poco sindicalista, y en la conciencia de las clases vive exclusivamente la ideología sindicalista. Los teóricos del socialismo centralista, por razones tácticas —es decir, para evitar la ruptura abierta entre ambas orientaciones como ha sucedido en Francia— no han tenido el valor de atacar resueltamente a la política sindicalista; pero si lo hubieran tenido, habrían sido seguramente derrotados. Bajo ciertos aspectos éstos han favorecido directamente el desarrollo de una lógica sindicalista en el momento mismo en que combatieron la evolución hacia el socialismo centralista. Se vieron obligados a hacerlo, por un lado, para marcar una neta diferencia entre su punto de vista y el del Estado autoritario, y por otro porque los fracasos económicos de las estatalizaciones y

de las municipalizaciones eran tan visibles y generalizados que corrían el riesgo de debilitar el ardiente entusiasmo con que las masas miraban al confuso ideal del socialismo. Quien día tras día se daba cuenta de que los ferrocarriles y las empresas municipales de electricidad no eran en absoluto una primera etapa en la realización del Estado futuro, no podían ciertamente educar a la población para el socialismo centralista.

Era sindicalismo el intento de los obreros que se quedaron en paro, como consecuencia de la introducción de métodos de trabajo más perfeccionados, de destruir las nuevas máquinas. Sindicalista es el sabotaje, pero sindicalista es también en el fondo cualquier huelga, y sindicalista es la petición de introducir formas de proteccionismo social. En síntesis, todos aquellos instrumentos de la lucha de clase a los cuales el partido socialdemócrata no quiso renunciar porque temía perder la influencia sobre las masas obreras, no han hecho sino excitar los instintos sindicalistas —Marx habría dicho «pequeño-burgueses»— de éstas. Si hoy el socialismo centralista puede contar aún con algunos seguidores, no es mérito de la acción socialdemócrata, sino del estatalismo. Al socialismo centralista la propaganda se la han hecho el socialismo de Estado y el municipal; el socialismo de cátedra se ha ocupado de la propaganda cultural.

Lo que hoy tenemos ante los ojos no es naturalmente ni socialismo centralista ni sindicalismo; no es organización de la producción y tampoco organización de la distribución. Es sólo distribución y consumo de bienes de consumo ya existentes y dilapidación y destrucción de medios de producción ya existentes. Lo poco que aún se produce es fruto de los últimos residuos de economía a la que aún se le permite sobrevivir: donde este socialismo haya penetrado, no es ya el caso de hablar de producción. Las formas en que se realiza este proceso son realmente multiformes.

Las huelgas paralizan las empresas, mientras donde todavía se trabaja, y, junto con el propio sistema *ca'canny* (lentitud deliberada de los trabajadores), se encargan de reducir al mínimo el rendimiento. Con una fiscalidad elevada y con la obligación de pagar los salarios a los trabajadores aun cuando no tienen puesto de trabajo, el empresario se ve obligado a consumir su capital. En el mismo sentido operan las tendencias inflacionistas, las cuales, como ya hemos dicho, enmascaran y por tanto favorecen la destrucción del capital. Actos de sabotaje por parte de los obreros y torpes intervenciones de las autoridades convergen en la labor de desmantelamiento físico del aparato productivo y culminan la obra iniciada por la guerra y por las luchas revolucionarias.

En medio de toda esta ruina sólo la agricultura permanece, sobre todo la pequeña empresa campesina. También ésta ha sufrido gravemente bajo todas las circunstancias; también en ella gran parte del capital de ejercicio ha sido disipado y lo será aún en medida creciente. Las grandes empresas corren el riesgo probablemente de ser socializadas o fragmentadas en pequeñas explotaciones. En todo caso su productividad, aun sin calcular la reducción del capital de ejercicio, sufrirá por ello. Y, sin embargo, la devastación de la agricultura es aún relativamente poca cosa en comparación con la progresiva y sistemática disolución del aparato productivo industrial.

La extinción del espíritu de cooperación social, que constituye la esencia del proceso social-revolucionario al que estamos asistiendo, está destinada a tener en la industria, en los transportes y en el comercio, en una palabra, en la metrópolis, consecuencias distintas de las que tendrá en la agricultura. Un ferrocarril, una fábrica, una mina, no pueden ser gestionadas sin aquel espíritu que es el fundamento de la división y recomposición del trabajo. Muy distinto es el

caso de la agricultura. Si el campesino se retira del mercado y reconvierte su producción a las dimensiones autárquicas de la economía familiar, acaso viva peor que antes pero en todo caso consigue sobrevivir. Y de hecho vemos cada vez más cómo los campesinos restringen la propia actividad a las puras necesidades personales. El campesino produce todo lo que desea consumir en el ámbito de su núcleo familiar, mientras limita su producción destinada a cubrir las necesidades del ciudadano.

Es evidente la importancia de todo esto para el futuro de la población urbana. La industria alemana y germano-austriaca ha perdido ya en máxima parte el área del mercado exterior y ahora se dispone a perder también el interior. Cuando retome el trabajo en las fábricas, los campesinos se preguntarán si no les conviene más comprar los productos industriales a costes inferiores en el exterior. El campesino se hará partidario del liberalismo económico, como lo era hace cuarenta años.

No es imaginable que este proceso pueda desarrollarse en Alemania sin generar violentas conmociones, ya que el mismo significa nada menos que el ocaso de la civilización urbana alemana, la lenta muerte por hambre de millones de habitantes de las ciudades alemanas.

Si el sindicalismo revolucionario y el destruccionismo no se limitaran a Alemania y se extendieran a toda Europa y hasta a los Estados Unidos, nos hallaríamos ante una catástrofe comparable tan sólo a la decadencia del mundo antiguo. También la civilización antigua estaba construida sobre una amplia división y recomposición del trabajo; también en ella la eficacia —aunque limitada— del

principio liberal había hecho florecer una gran cultura material y espiritual. Pero todo esto desapareció cuando se perdió el vínculo espiritual que mantenía unido a todo el sistema; y quien pudo se trasladó al campo para evitar la muerte por hambre.[23] También entonces —acompañado exteriormente de gravísimas sacudidas del sistema monetario— se cumplió el proceso de reconversión de la economía monetaria en economía natural, de la economía de intercambio en economía sin intercambio. Del proceso de declive de la civilización antigua se distingue el moderno proceso de decadencia sólo en que aquel que en otro tiempo requirió varios siglos hoy se realizaría en tiempos incomparablemente más rápidos.

4. *El imperialismo socialista*

Los primeros socialistas eran contrarios a la democracia. Los socialistas quieren hacer feliz al mundo entero y son intolerantes contra cualquiera que tenga una opinión distinta. Su forma de Estado preferida sería el absolutismo ilustrado, en el cual ellos sueñan secretamente ocupar el puesto de déspota ilustrado. Pero conscientes como son de que no pueden jamás tener y tampoco alcanzar este puesto, buscan al déspota que esté dispuesto a aceptar sus planes y a convertirse en instrumento de ellos. Otros socialistas, a veces, tienen tendencias oligárquicas y quieren ver el mundo dominado por una aristocracia, por los que ellos consideran que son efectivamente los mejores, no importa que estos aristócratas sean los filósofos de Platón

o los sacerdotes de la Iglesia o el consejo newtoniano de Saint-Simon.

También aquí se produce con Marx un cambio radical en la concepción socialista. Según Marx, los proletarios forman la mayoría absoluta de la población. Por tanto, como la conciencia está determinada por el ser social, todos los proletarios tienen que hacerse necesariamente socialistas. De suerte que el socialismo, al contrario de todas las luchas de clase anteriores que han sido movimientos de minorías o en interés de minorías, es por primera vez en la historia el movimiento de la mayoría absoluta en interés de la mayoría absoluta. De ello se deriva que la democracia es el medio mejor para la realización del socialismo. La base real del socialismo democrático está constituida por el hecho de haber encontrado una propia radicación en Alemania, Austria y Rusia, es decir, en países en que la democracia no se había realizado. Aquí el programa democrático era el programa efectivo de todo partido de oposición y, por consiguiente, lo era también necesariamente del socialismo.

Cuando en Rusia a una pequeña minoría de socialistas —respecto a una población de millones de individuos— se les ofreció la posibilidad de adueñarse del poder conquistando los instrumentos autoritarios del zarismo derrotado, los principios de la democracia fueron tirados por la borda. En Rusia el socialismo no es ciertamente un movimiento de la mayoría absoluta. El que afirme que es un movimiento en interés de la mayoría absoluta, no es ninguna especial novedad: es lo que han sostenido todos los movimientos. Es cierto que el dominio de los bolcheviques en Rusia se basa en la posesión del aparato de gobierno exactamente como ocurría en tiempo de los Romanoff. Una Rusia democrática no sería bolchevique.

En Alemania el problema de la dictadura del proletariado no puede ser —como sostienen sus defensores— el

problema de vencer la resistencia de la burguesía a la socialización de los medios de producción. Si se renuncia *a priori* —como el socialismo actual pretende— a la socialización de las pequeñas empresas campesinas y se desea salvaguardar las pequeñas rentas, en Alemania poco puede esperarse una resistencia a la socialización. En Alemania las ideas liberales, las únicas capaces de resistir al socialismo, nunca arraigaron verdaderamente y hoy son compartidas por una ínfima minoría. Pero una resistencia al socialismo motivada por una lógica de intereses privados no tendrá nunca —justamente— una perspectiva de éxito, y menos en un país en el que cualquier riqueza industrial y comercial ha sido siempre considerada por la masa como un delito. Su expropiación de la industria, de las minas y de la gran propiedad territorial y la eliminación del comercio son reivindicadas obstinadamente por una mayoría aplastante. Para ponerlo en práctica no se precisa en absoluto de una dictadura. El socialismo, por el momento, puede apoyarse en la gran masa; aún no tiene por qué temer la democracia.

La economía alemana se encuentra hoy en la situación más difícil que se pueda imaginar. Por una parte, la guerra ha destruido enormes valores patrimoniales y ha impuesto al pueblo alemán la obligación de pagar indemnizaciones altísimas a los adversarios; por otra, ha despertado la conciencia de la superpoblación relativa del país. Todos deben hoy reconocer que para la industria alemana de la posguerra será sumamente difícil, si no imposible, hacer frente a la competencia extranjera sin una fuerte reducción de los salarios. Centenares de miles, mejor dicho, millones de alemanes ven cómo hoy se reducen de día en día sus modestos haberes. Personas que todavía hace pocos meses se consideraban ricas, eran envidiadas por muchos y no gozaban propiamente de una gran estima por parte de una

opinión pública que las acusaba de «haberse aprovechado de la guerra», hoy pueden exactamente calcular el momento en que habrán consumido lo poco que aún les queda de su pseudo-riqueza y se verán reducidas a la condición de mendigos. Los profesionales liberales ven cómo se reduce de día en día su tenor de vida sin ninguna esperanza de mejora.

No hay de qué sorprenderse porque un pueblo que se encuentra en semejante situación pueda ser víctima de la desesperación. Es fácil decir que contra el peligro de caer en la miseria de todo el pueblo alemán existe un solo remedio: retomar lo antes posible el trabajo y, modernizando el proceso de producción, tratar de reparar los daños causados a la economía alemana. Pero es comprensible que un pueblo al que durante décadas se le ha predicado la idea de poder, y cuyos instintos violentos han sido despertados por los horrores de una larga guerra, lo primero que haga sea buscar también en esta crisis refugiarse de nuevo en la política de poder. El terrorismo de los espartaquistas es una prosecución de la política de los *Junker*, así como el terrorismo de los bolcheviques lo es de la política del zarismo.

La dictadura del proletariado, se afirma, daría la posibilidad de remediar las dificultades económicas del momento expropiando los bienes de consumo que se encuentran en manos de las clases ricas. Que esto no es socialismo, y que ningún teórico socialista haya jamás propugnado ideas de este género, lo sabemos muy bien. De ese modo sólo se puede enmascarar malamente y sólo durante breve tiempo la dificultad de la producción sobre bases socialistas. Durante un cierto tiempo se podrá financiar la adquisición de medios de subsistencia en el exterior vendiendo títulos extranjeros y exportando obras de arte y joyas. Pero antes o después también estos medios faltarán.

La dictadura del proletariado sofocará mediante el terror cualquier germen o indicio de oposición. Se cree haber echado las bases del socialismo para la eternidad una vez que se ha despojado a la burguesía de todo lo que posee y cuando se ha eliminado cualquier posibilidad de ejercer públicamente la crítica. Naturalmente, no se puede negar que por esta vía es posible obtener mucho, y se puede sobre todo destruir toda la civilización europea; pero así no se construye un sistema social socialista. Si el sistema social comunista es menos idóneo que un sistema basado en la propiedad privada de los medios de producción para crear «la máxima felicidad para el mayor número de personas», ni siquiera el terrorismo conseguirá suplantar la idea del liberalismo.

El socialismo marxista como movimiento radicalmente revolucionario es una forma de imperialismo interno. Esto nadie querrá negarlo, y mucho menos los propios marxistas que predican abiertamente el culto a la revolución. Menor atención, en cambio, se presta al hecho de que el socialismo moderno tiene que ser necesariamente imperialista también hacia el exterior.

El socialismo moderno, en su propaganda, no se presenta como un postulado racionalista; es un partido político-económico que pretende ser una doctrina salvífica a la manera de las religiones. Como idea político-económica debería haber competido culturalmente con el liberalismo, debería haber intentado demoler en el plano lógico los argumentos de sus adversarios y rechazar las objeciones a sus propias teorías. En cambio, en conjunto, los socialistas se han preocupado escasamente de discutir científicamente ventajas y desventajas de los dos posibles sistemas de producción social. Se han limitado a anunciar el programa socialista como doctrina salvífica. Han presentado todo sufrimiento terrenal como una emanación del sistema

social capitalista y han prometido eliminar sus causas mediante la implantación del socialismo. Han responsabilizado a la economía capitalista de todos los males del pasado y del presente. En el Estado futuro todo deseo y esperanza serán satisfechos; en él el inquieto encontrará la tranquilidad, el infeliz la felicidad, el débil la fuerza, el enfermo la salud, el pobre la riqueza, el necesitado el bienestar. En el Estado futuro florecerá un arte del que el arte «burgués» ni siquiera tiene una ligera idea y una ciencia que resolverá definitivamente todos los enigmas de la realidad. Toda necesidad sexual desaparecerá. El hombre y la mujer se darán recíprocamente una felicidad erótica que las generaciones anteriores no han sospechado siquiera. El carácter humano sufrirá un cambio profundo, se hará noble e inmaculado; el hombre no tendrá ya ningún defecto espiritual, ético o físico. Todo lo que el héroe germánico espera del Walhalla, el cristiano del seno de Dios, el musulmán del paraíso de Mahoma, el socialismo lo realizará en la tierra.

Los utópicos, ante todo Fourier, no se han contenido en la descripción colorista de los detalles de esta vida de jauja. El marxismo, en cambio, evitó rigurosamente toda descripción del Estado futuro. Pero esta prohibición se refería tan sólo a la descripción del sistema económico, jurídico y político del Estado socialista, y fue un movimiento propagandístico magistral. Dejando en la mayor oscuridad las estructuras institucionales del Estado futuro, se sustraía a los adversarios del socialismo toda posibilidad de criticar y también de mostrar que su realización no sería en modo alguno la creación de un paraíso en la tierra. La descripción de las consecuencias positivas de la socialización de la propiedad, por el contrario, no la proscribió el marxismo tanto como la de los medios de producción y de las vías a través de las cuales habría podido ser obtenida. Cuando denunció sistemáticamente todo mal terreno como fenómeno

concomitante necesario del sistema social capitalista, explicando que el Estado futuro desaparecería, en lo tocante a la descripción utópica de la felicidad prometida el marxismo superó incluso a los más fervientes autores de novelas de fantasía política, convencido de que las alusiones misteriosas y los acentos místicos tienen efectos más duraderos que la esperanza aclamada.

El haberse presentado como soteriología ha favorecido al socialismo en su lucha contra el liberalismo. Quien intenta refutar con argumentos racionales el socialismo, no encuentra en la mayoría de los socialistas, como se espera, respuestas igualmente racionales, sino una fe en la redención por el socialismo sin ninguna base en la experiencia. Indudablemente se puede defender el socialismo también con argumentos racionales. Pero para la gran masa de sus adeptos es una doctrina de la salvación en la que creen y que para ellos representa una consolación y una esperanza en las aflicciones de la vida, suplantando a aquella fe religiosa cuyo mensaje de salvación ha perdido toda su fuerza. Y ante una convicción semejante toda crítica racional fracasa. Quien dirige al socialista y le previene de este tipo de objeciones racionalistas halla la misma incomprensión que la crítica racionalista de los dogmas encuentra en el cristiano creyente.

En este sentido ha sido del todo legítimo comparar el socialismo con el cristianismo. Pero el reino de Cristo no es de este mundo; el socialismo, en cambio, quiere realizar el reino de la salvación en esta tierra. Aquí está su fuerza pero también su debilidad, que le llevará a la ruina con la misma rapidez con que triunfó. Aun cuando el modo de producción socialista lograra realmente aumentar la productividad y crear incluso bienestar para todos, en mayor medida de lo que puede hacerlo el modo de producción liberal, no podrá evitar la amarga decepción de sus adeptos, que

esperaban de él también el mayor incremento del sentido de felicidad interior. El socialismo no podrá eliminar la insuficiencia de toda la realidad terrena, calmar el impulso fáustico, satisfacer el deseo interior. Cuando el socialismo se haya hecho realidad, habrá que reconocer que una religión que no lleva a la vida trascendente es un absurdo.

El marxismo es una teoría evolucionista. Incluso la palabra revolución, en el sentido en que la entiende la concepción materialista de la historia, tiene el significado de evolución. Sin embargo, la atención al carácter mesiánico de la predicación socialista impele necesariamente al socialismo marxista a la constante reafirmación del derrocamiento violento, de la revolución en el sentido estricto del término. No podía admitir que el desarrollo acercara el socialismo por una vía distinta de la que preveía el agravamiento progresivo de las contradicciones del modo de producción capitalista y por tanto remitiera la inminencia del derrocamiento revolucionario del capitalismo. Si hubiera admitido que la evolución habría llevado a realizar gradualmente el socialismo, se habría encontrado en la embarazosa situación de tener que explicar por qué tampoco sus profecías soteriológicas se habían cumplido en la misma gradual medida. Por esta razón el marxismo, a menos de no querer renunciar al instrumento más incisivo de su propaganda —la doctrina de la salvación— se ha visto obligado a permanecer revolucionario; ésta es la razón de que, a pesar de toda su ciencia, ha tenido que mantenerse fiel a la teoría del empobrecimiento y del desplome, y también por esta razón tuvo que rechazar el revisionismo de Bernstein; y, finalmente, por esta razón no pudo renunciar ni a una sílaba de su ortodoxia.

Pero ahora el socialismo ha triunfado. El día de su realización ha llegado. Millones de personas piden ardientemente la salvación que esperaban; piden riqueza, felicidad.

¿Y ahora? ¿Tienen que venir los jefes a consolar a las masas diciéndoles que acaso durante décadas o durante siglos su única merced será un duro trabajo y que la felicidad interior no podrá jamás alcanzarse con medios exteriores? ¿Y todas las imprecaciones contra el liberalismo que recomendaba a los pobres que trabajaran duro y ahorraran? ¿Y todas las mofas lanzadas contra las teorías que se negaban a atribuir todos los males terrenales a las carencias de las instituciones sociales?

El socialismo tiene *una sola vía* para salir de esta situación. Tiene que intentar —ignorando el hecho de que ejerce el poder— seguir presentándose como una secta oprimida y perseguida a la que potencias hostiles impiden realizar la parte esencial de su programa, y de este modo descargar sobre otros la responsabilidad de que no se haya producido la feliz condición que había anunciado. Así la lucha contra estos enemigos de la salvación colectiva se convierte en una necesidad perentoria de la comunidad socialista. En el interior tiene que perseguir de un modo cruento a la burguesía, y en el exterior debe agredir a los países que aún no son socialistas. No puede esperar que los extranjeros se conviertan espontáneamente al socialismo, ya que, no pudiendo explicar el fracaso del socialismo sino recurriendo a las maquinaciones del capitalismo, llega necesariamente a formular un nuevo concepto de la internacional socialista en virtud del cual ésta adquiere un carácter ofensivo. El socialismo sólo puede ser realizado si el mundo entero se hace socialista, mientras que un socialismo aislado en una sola nación es imposible. Por tanto, todo gobierno socialista debe pasar inmediatamente a ocuparse de la difusión del socialismo en el exterior.

Se trata de un internacionalismo muy distinto del de *El Manifiesto Comunista*. Se concibe de un modo no defensivo sino ofensivo. Para ayudar al socialismo a triunfar

debería bastar —se supone— con que los pueblos socialistas ofrezcan un orden tan atrayente a su comunidad que indujera a los demás a seguir su ejemplo. Y en cambio para el Estado socialista la opresión sobre los Estados capitalistas es una necesidad vital. Para mantenerse en el interior debe hacerse agresivo hacia el exterior. No puede encontrar paz mientras no haya socializado el mundo entero.

Tampoco el imperialismo socialista tiene una motivación fundada desde el punto de vista político-económico. No se ve por qué tampoco una comunidad socialista en relaciones de intercambio con el exterior no pueda procurarse todos los bienes que ella misma por sí sola no consigue producir. El último en rechazar este argumento podría ser el socialista que está convencido de la mayor productividad del modo de producción comunista.[24]

El imperialismo socialista supera en extensión y en intensidad a cualquier imperialismo anterior. La propia necesidad interna inherente al mensaje salvífico socialista que está en su origen le impele fundamentalmente a superar las fronteras en todas direcciones. No puede detenerse mientras todo el mundo habitado no haya sido sometido y mientras no haya aniquilado todo lo que recuerde otras formas de sociedad humana. Todo imperialismo precedente podía renunciar a expandirse ulteriormente apenas encontraba obstáculos insuperables en su camino. El imperialismo socialista no podría hacerlo, pues de otro modo debería considerar tales obstáculos como dificultades no sólo de su expansión en el exterior sino también de su desarrollo interno. Por tanto, debe tratar de destruirlos o perecer.

Todo el siglo XIX está dominado desde el principio al fin por la lucha contra el racionalismo, cuyo dominio al principio parecía indiscutible. Lo que se ataca es su misma premisa que asume la existencia de una homogeneidad sustancial de pensamiento de todos los hombres. Ahora en cambio el alemán *debe* pensar de un modo distinto que el británico, el dolicocéfalo de un modo diferente del braquicéfalo; a la lógica «burguesa» se le contrapone la «proletaria». Se niega al intelecto la aptitud para resolver todas las cuestiones políticas; sentimiento e instinto deben indicar a los hombres el camino a seguir.

La política racional y la economía racional han enriquecido infinitamente, al menos externamente, la vida de los individuos y de los pueblos. Se ha podido pasar por alto este hecho porque se ha mirado siempre exclusivamente a la pobreza de aquellos que viven fuera de las áreas ya conquistadas por la libertad económica, y porque siempre se ha contrapuesto la suerte del obrero moderno a la del hombre rico de hoy, en lugar de comparar la suerte de ambos con la de sus predecesores. Es cierto que el hombre moderno no está contento con su situación económica, y que quisiera tener aún más. Pero precisamente esta aspiración inagotable a una mayor riqueza es la fuerza impulsora de nuestro desarrollo, que no puede ser eliminada sin destruir las bases mismas de nuestra civilización económica. La felicidad del siervo apaleado por su amo no es ciertamente una condición ideal cuya desaparición haya que lamentar.

Pero también es cierto que al crecimiento del bienestar exterior no corresponde un aumento de la riqueza interior. El habitante de la ciudad moderna es más rico que el ciudadano de la Atenas de Pericles y que el trovador provenzal en tiempos de la caballería, pero su vida interior se agota en la función mecánica de las actividades laborales y en las distracciones superficiales de las horas de ocio. Desde

la antorcha de madera y resina hasta la lámpara incandescente el progreso es enorme; desde el canto popular a la canción de moda el regreso es espantoso. Consolémonos al menos pensando que se empieza a tomar conciencia de esta carencia. Sólo en esto está la esperanza de una civilización del futuro capaz de ofuscar a todas las anteriores.

Pero la reacción al empobrecimiento interior no debe menoscabar la racionalidad de la vida exterior. La nostalgia romántica de magníficas aventuras, de activismo y de desinhibición exteriores es sólo señal de vacío interior; permanece en la superficie, no va al fondo de las cosas. El remedio no podemos esperarlo del cúmulo indiscriminado de experiencias de vida exteriores. El hombre debe buscar la vía hacia sí mismo, encontrar en su interioridad aquella satisfacción que en vano espera del exterior. Si entregamos la política y la economía al imperialismo, al resentimiento y a los misticismos, nos haremos seguramente más pobres exteriormente, pero en modo alguno más ricos en el interior.

La actividad bélica asegura al hombre aquella profunda satisfacción que desencadena la máxima tensión de todas las fuerzas contra los peligros externos. Pero se trata simplemente de la aparición de impulsos e instintos atávicos que resultan absurdos en otras condiciones. El sentido de felicidad interior que desencadenan no la victoria y la venganza sino la lucha y el peligro brota de la viva sensación de que la indigencia constriñe al hombre a liberar todas las energías de que es capaz y a movilizar todas sus potencialidades.

Es propio de las grandes naturalezas aspirar por impulso interior a las más altas realizaciones; otros tienen necesidad del impulso externo para superar la pereza innata y desarrollar el propio yo. El hombre simple no podrá nunca participar de la felicidad que la personalidad creativa experimenta dedicándose a su propia tarea, a no ser que circunstancias extraordinarias le pongan también a él ante tareas que exigen y premian el empeño de todas sus dotes humanas. Aquí está el origen de todo heroísmo. El individuo se lanza impetuosamente contra el enemigo no por un impulso de autodestrucción o por el placer de morir, sino porque en el fragor de la acción borra en su mente el pensamiento de las heridas y de la muerte. El valor es una expresión exuberante de salud y fuerza, es una rebelión de la naturaleza humana contra las adversidades externas. El ataque es la forma primordial de la iniciativa. Con el sentimiento, el hombre es siempre imperialista.[2]

Pero la razón prohíbe que el sentimiento tenga libre curso. Querer hacer añicos al mundo para satisfacer un anhelo romántico es tan contrario a la más elemental reflexión que no merece la pena ocuparse de ello.

La política racional, identificada normalmente con las ideas de 1789, ha sido acusada de antipatriotismo y, en Alemania, de antigermanismo. La misma no tendría ninguna consideración por los intereses particulares de la patria, y

olvidaría, por la humanidad y el individuo, a la nación. Es una acusación sólo comprensible si se acepta la idea de que entre los intereses de la colectividad, por un lado, y los de los individuos y de toda la humanidad, por otro, existe un antagonismo insuperable. Si en cambio se parte de la armonía de los intereses bien entendidos, la acusación es injustificable. El individualista no podrá nunca comprender cómo una nación puede hacerse grande, rica y poderosa a costa de sus miembros, y cómo el bien de la humanidad puede ser obstáculo para el de los distintos pueblos. En la hora de la más profunda humillación de Alemania es preciso hacer una pregunta: ¿No habría sido mejor para la nación alemana seguir la política pacifista del tan maltratado liberalismo en lugar de la militarista de los Hohenzollern?

A la política utilitarista se le ha reprochado además basarse tan sólo en la satisfacción de las necesidades materiales, dejando a un lado los fines superiores que el hombre persigue. El utilitarista pensaría sólo en el café y en el algodón, olvidando los verdaderos valores de la vida. Obedeciendo a una política de este género, todos se dedicarían exclusivamente a perseguir los más bajos placeres y el mundo se hundiría en un craso materialismo. Nada es más insensato que esta crítica. Es cierto que utilitarismo y liberalismo defienden que alcanzar la máxima productividad posible del trabajo económico constituye el primero y el más importante objetivo de la política. Pero no lo hacen absolutamente porque ignoren el hecho de que la vida del hombre no se agota en los placeres materiales. Se fijan en el bienestar y en la riqueza no porque aprecien en ellos el valor supremo, sino porque saben que no hay cultura interior de alto nivel que no suponga un bienestar exterior. Si niegan al Estado la función de promover la realización de los grandes valores de la vida no es porque desprecien

los valores auténticos sino porque saben que tales valores, que son la expresión más auténtica de la vida interior, se sustraen a cualquier influencia de los poderes externos. Si reivindican la libertad de culto no es por falta de religiosidad sino por la profunda intimidad del sentimiento religioso, la cual exige que la experiencia interior esté libre de toda tosca influencia de un poder externo. Si reivindican libertad de pensamiento es porque tienen una concepción demasiado alta del pensamiento como para dejarlo a merced de magistrados y concilios. Si reivindican la libertad de palabra y de prensa es porque esperan que el triunfo de la verdad llegue a través del debate de opiniones opuestas. Si rechazan toda autoridad es porque creen en el hombre.

Ciertamente, la política utilitarista es política terrenal. Pero está en la naturaleza de toda política. Desprecia el pensamiento no quien quiere liberarlo de toda reglamentación externa sino quien desea controlarlo con la ley penal y la ametralladora. La acusación de materialismo no ataca al utilitarismo individualista sino al imperialismo colectivista.

Con la guerra mundial la humanidad ha entrado en una crisis que no tiene parangón en la historia pasada. También hubo antes guerras que aniquilaron civilizaciones florecientes y exterminaron a pueblos enteros. Pero todo esto no es en absoluto comparable con lo que está sucediendo ante nuestros ojos. En la crisis mundial, de la que estamos viviendo sólo el principio, se hallan implicados todos los pueblos del mundo. Ninguno puede permanecer al margen, ninguno puede decir que no se decide también su destino. Si en el pasado la voluntad de exterminio de los más poderosos encontró un límite en lo inadecuado de los medios de destrucción y en la posibilidad que se ofreció a los vencidos de librarse de la persecución replegándose

sobre su territorio, hoy los progresos de la técnica bélica y de las comunicaciones hacen imposible que el vencido escape a la ejecución de la sentencia de exterminio del vencedor.

La guerra se ha hecho más aterradora y más destructiva de lo que jamás pudo ser porque hoy se hace con todos los medios técnicos altamente evolucionados que la economía liberal ha creado. La civilización burguesa ha creado ferrocarriles e instalaciones eléctricas, inventado explosivos y aviones para crear riqueza. El imperialismo ha puesto los instrumentos de paz al servicio de la destrucción. Con los medios modernos sería fácil exterminar de golpe a toda la humanidad. En su espantosa locura, Calígula auspiciaba que todo el pueblo romano tuviera una sola cabeza para poder cortársela de un tajo. La civilización del siglo xx ha hecho posible que el frenesí insensato de los modernos imperialistas pueda realizar análogos sueños sanguinarios. Apretando un botón se puede exterminar a millares de personas. Era destino de la civilización no conseguir quitar los medios materiales que ha creado de manos de quienes habían quedado ajenos a su espíritu. Los modernos tiranos tienen una tarea más fácil respecto a sus predecesores. En la economía basada en la división del trabajo, quien controla los medios del mercado de las ideas y de los bienes tiene un poder mucho más sólido que el de un emperador del pasado. Hoy es fácil amordazar la prensa, y quien la controla no tiene por qué temer la competencia de la palabra sólo hablada o escrita. Incluso para la Inquisición las cosas eran más difíciles. Ningún Felipe II podría impedir la libertad de pensamiento más de lo que puede hacer un censor moderno. Mucho más eficientes que la guillotina de Robespierre son las ametralladoras de Trotsky. Nunca el individuo ha estado tan sometido como desde que estallaron la guerra mundial

y sobre todo la revolución mundial. Nadie puede hoy escapar a la técnica policial y administrativa.

Hay un único límite a este furor destructivo. En el momento mismo en que el imperialismo destruye la libre cooperación entre los hombres, sustrae a su poder la base material que lo sustenta. La civilización económica le ha forjado las armas. En el momento en que las emplea para destruir la fragua y matar al herrero, no tiene ya armas para el futuro. El aparato económico basado en la división del trabajo no puede reproducirse, y mucho menos ampliarse, si desaparecen la libertad y la propiedad. Se desmoronará, y la economía se hundirá en las formas primitivas. Sólo entonces la humanidad podrá respirar más libremente. El imperialismo y el bolchevismo, si el retorno a la sensatez no anticipa los tiempos, serán superados lo más tarde cuando sean definitivamente obsoletos los instrumentos de poder que han arrancado de manos del liberalismo distorsionando sus finalidades.

El resultado desafortunado de la guerra pone bajo el dominio extranjero a millares, o mejor, a millones de alemanes, e impone al resto de Alemania el pago de un tributo de dimensiones inauditas. En el mundo se instituye un orden jurídico que excluye permanentemente al pueblo alemán de la posesión de aquellas partes de la superficie terrestre que ofrecen las condiciones de producción más favorables. Ningún alemán podrá en el futuro adquirir la posesión de recursos agrícolas y medios de producción en el exterior, y millones de alemanes se verán obligados a alimentarse mal, hacinados en reducidos espacios del suelo alemán, mientras al otro lado del mar están abandonados millones de quilómetros cuadrados de la mejor tierra. El resultado de esta paz será un aumento de la indigencia y de la miseria del pueblo alemán. Los índices demográficos descenderán, y el pueblo alemán, que antes de la guerra

era uno de los más numerosos del mundo, en el futuro contará numéricamente menos que en otro tiempo.

Todo pensamiento y todo acto del pueblo alemán tendrán que orientarse al modo de salir de esta situación. Dos son las vías para poder alcanzar este objetivo. Una es la de la política imperialista. Reforzarse militarmente, y apenas se presente la ocasión para atacar, reanudar la guerra: tal es el medio en que hoy se piensa exclusivamente. Hoy son muchos los pueblos que han saqueado y sometido a Alemania. La cantidad de violencia que han ejercido es tal que estarán ansiosamente alerta para impedir que Alemania se refuerce de nuevo. Una nueva guerra por iniciativa alemana podría convertirse fácilmente en una tercera guerra púnica y terminar con el total aniquilamiento del pueblo alemán. Pero aun cuando resultara victoriosa, la miseria económica que causaría a Alemania sería tal que no merecería la pena, además del riesgo real para el pueblo alemán de recaer nuevamente en la ebriedad de la victoria, en aquel triunfalismo sin modo ni límite que ya repetidamente le ha sido fatal, porque al final puede llevarle de nuevo a un colosal desastre.

La segunda vía que el pueblo alemán puede emprender es la de la total renuncia al imperialismo. Afrontar la reconstrucción sólo a través de la economía, a través del trabajo, permitir, con total libertad en el interior, que se liberen todas las fuerzas de los individuos y de toda la nación: tal es la vía que lleva a la vida. Contraponer a los esfuerzos de los Estados limítrofes para oprimirnos y desnacionalizarnos nada más que la actividad económica; el trabajo, que hace ricos a los individuos, y por tanto libres, es un camino que lleva a la meta más rápida y seguramente que la política agresiva. Los alemanes, que han sido sometidos al Estado checoslovaco, polaco, danés, francés, belga, italiano, rumano y yugoslavo, salvaguardarán mejor

su identidad étnica si siguen la vía de la democracia y de la autonomía administrativa —que al final conduce a la completa autonomía nacional— en lugar de poner sus esperanzas en una nueva victoria de las armas.

La política perseguida por el grueso de la nación alemana con los medios exteriores del poder ha fracasado completamente. No sólo ha reducido al pueblo alemán como entidad, sino que ha hundido en la miseria y en la indigencia a los individuos alemanes. Nunca como hoy el pueblo alemán había caído tan bajo. Si ahora quiere de nuevo levantarse, no deberá ya tratar de agrandar el conjunto a expensas de los individuos, sino intentar dar una base duradera al bienestar de la colectividad asegurando ante todo el bienestar de los individuos. Tendrá que pasar de la política colectivista practicada hasta ahora a la política individualista.

Que esta política sea posible en un futuro a la vista del imperialismo que levanta la cabeza por todas partes en el mundo, es otra cuestión. Pero si así no fuera, es toda la civilización moderna la que se encaminaría al ocaso.

«Ni siquiera la persona más piadosa puede vivir en paz si esto no le gusta al vecino malvado.» El imperialismo arma la mano de todos aquellos que no quieren ser sometidos. Para combatir el imperialismo los pacifistas se ven obligados a emplear todos sus medios. Pero una vez ganada la batalla, puede ser que hayan derrotado al adversario, pero que hayan sido vencidos por sus métodos y por su ideología. Y entonces no dejan las armas y se hacen ellos mismos imperialistas.

Ingleses, franceses y americanos se habían mantenido al margen, en el siglo XIX, de toda voluntad de conquista haciendo del liberalismo su primer principio. Ciertamente, también en la era liberal su política no había estado totalmente exenta de veleidades imperialistas, ni se puede atribuir sin

más a un cálculo defensivo toda victoria que la idea imperialista obtuvo entre ellos. Pero no hay duda de que su imperialismo encontró su mayor fuerza en la necesidad de rechazar el imperialismo alemán y ruso. Ahora ellos han triunfado, pero no tienen la intención de contentarse con los objetivos militares indicados antes de la guerra. Hace tiempo que olvidaron los bellos programas con que afrontaron la guerra. Ahora tienen en su mano el poder y no piensan dejarlo. Acaso piensan en ejercerlo por el bien de todos; pero esto lo han creído todos los poderosos. El poder es malo en sí, al margen de quien lo ejerza.[3]

Si quieren emprender aquella política que ya nos condujo al naufragio, tanto peor para ellos; para nosotros no puede ser motivo para dejar de perseguir nuestros intereses. Si pedimos una política de desarrollo tranquilo y pacífico, lo hacemos no por amor a ellos sino por amor a nosotros mismos. El mayor error de los imperialistas alemanes fue acusar de simpatías antipatrióticas por lo extranjero a quienes aconsejaban una política de moderación. El curso de la historia ha mostrado lo mucho que se equivocaron. Hoy sabemos perfectamente a qué conduce el imperialismo.

Sería la peor desgracia para Alemania y para toda la humanidad que la política alemana del futuro estuviera dominada por el revanchismo. El único objetivo de la nueva política alemana debe ser liberarse de las cadenas impuestas al desarrollo alemán por la paz de Versalles, liberar a los conciudadanos de la servidumbre y la miseria. Ejercer represalias por la injusticia sufrida, vengarse y castigar, puede también satisfacer los instintos más bajos. Pero en política quien se venga se perjudica a sí mismo no menos que al enemigo. La comunidad internacional del trabajo

se basa en la utilidad recíproca de todos los participantes. Quien quiere conservarla y perfeccionarla debe renunciar *a priori* a cualquier resentimiento. ¿Qué conseguiría satisfaciendo su sed de venganza a costa de su propio bienestar?

En la Sociedad de Naciones de Versalles en realidad fueron las ideas de 1914 las que triunfaron sobre las de 1789; el hecho de que no hayamos sido nosotros los que les ayudamos a triunfar sino nuestros enemigos, y que la opresión se dirija contra nosotros, es para nosotros mismos importante, y sin embargo es escasamente decisivo desde el punto de vista histórico mundial. El hecho fundamental sigue siendo el de que se «castigó» a pueblos y que revive la teoría de la pérdida de derechos. Al permitir excepciones a los derechos de autodeterminación de las naciones en perjuicio de los pueblos «cautivos», se ha invertido el primer principio que sustenta la libre comunidad de los pueblos. El hecho de que ingleses, norteamericanos, franceses y belgas —que son los principales exportadores de capitales— contribuyan a que se admita el principio de que tener la disponibilidad de capital en el exterior representa una forma de dominio, y que su expropiación es una consecuencia natural de cambios políticos, indica lo mucho que hoy en esos pueblos la rabia ciega y el deseo de enriquecimiento momentáneo prevalecen sobre la reflexión racional, esa reflexión que debería inducir precisamente a ellos a un comportamiento globalmente distinto en materia de mercado de capitales.

La vía que nos aleja del peligro que el imperialismo mundial representa para el futuro de la colaboración productiva y cultural entre los pueblos, y por tanto para el destino de la civilización, es el rechazo de la política emotiva e instintiva y el retorno al racionalismo político. Si quisiéramos echarnos en brazos del bolchevismo con el mero objeto de hacer un desaire a nuestros enemigos que nos han

robado nuestra libertad y nuestros bienes o de prender fuego también a su casa, no por ello conseguiremos ningún beneficio. Nuestra política no puede consistir en arrastrar con nosotros a nuestro enemigo al abismo. Debemos en cambio esforzarnos en no caer nosotros en el precipicio y en elevarnos de la esclavitud y la miseria. Pero no podemos hacerlo ni con actos belicosos ni con la venganza ni con una política de desesperación. Para nosotros y para la humanidad hay una única salvación: el retorno al liberalismo racionalista de las ideas de 1789.

Es posible que el socialismo represente una forma mejor de organización del trabajo humano. Quien lo afirma, que trate de demostrarlo racionalmente. Si lo consigue, el mundo unificado democráticamente por el liberalismo no dudará en implantar la sociedad comunista. ¿Quién podría oponerse en un Estado democrático a una reforma que aportara el máximo beneficio a la gran mayoría? El racionalismo político no rechaza por principio el socialismo. Rechaza *a priori* el socialismo que no se dirige al frío intelecto sino a confusos sentimientos; el socialismo que no opera con la lógica sino con el misticismo de un mensaje soteriológico; el socialismo que no quiere brotar de la libre voluntad de la mayoría del pueblo, sino del terrorismo de algunos fanáticos desencadenados.